

Fidel Sebastián Mediavilla

A detailed oil painting of a man with a full, dark beard and mustache, wearing a white hooded garment. He is looking slightly to the left of the viewer with a serious expression. The background is dark and indistinct.

# EL VENERABLE RUZOLA

CALATAYUD 1559 - VIENA 1630

CENTRO DE ESTUDIOS BILBILITANOS  
Colección Historia y Sociedad



**EL VENERABLE RUZOLA  
GALATAYUD 1559 - VIENA 1630**



Fidel Sebastián Mediavilla

**EL VENERABLE RUZOLA  
CALATAYUD 1559 - VIENA 1630**



Calatayud, 2023

Publicación n.º 171 del Centro de Estudios Bilbilitanos  
Puerta de Terrer  
50300 Calatayud (Zaragoza) España  
Tlf.: (34) 976 885 528  
e-mail: direccion@cebilbilitanos.com  
y n.º 3942 de la Institución Fernando el Católico  
Organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza  
Plaza de España, 2  
50071 Zaragoza (España)  
Tlf. (34) 976 288 878/9 - Fax (34) 976 288 869  
e-mail: ifc@dpz.es  
<http://ifc.dpz.es>

#### FICHA CATALOGRÁFICA

El venerable Ruzola. Calatayud 1559-Viena 1630/  
Fidel Sebastián Mediavilla.

200p. il. ; 24cm.

ISBN: 978-84-9911-699-0

- © Del texto: Fidel Sebastián Mediavilla.
- © De las ilustraciones sus autores y Musée d'Art et d'Histoire, Ginebra. Dominio Público (portada y fig. 10), Iglesia de Nuestra Señora de la Victoria de Praga. Dominio Público (fig. 34), Licencia Creative Commons BY-SA 4.0 de Thomas Ledl (fig. 45 y 49).
- © De la presente edición: Centro de Estudios Bilbilitanos.

#### Portada:

Retrato del venerable Ruzola del taller de Rubens. Musée d'Art et d'Histoire, Ginebra.  
Dominio Público.

#### Contraportada:

Disposición de las tropas en la Batalla de la Montaña Blanca. Nuestra Señora de la Victoria de Roma.  
Fotografía de Carmelitas de Roma.

Diseño: Gistel, S.L.

I.S.B.N.: 978-84-9911-699-0

Depósito Legal: Z 2169-2023

Maquetación: Gistel, S.L.

Imprenta: Solana e Hijos, A.G. S.A.U.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio escrito o digital sin autorización expresa de sus autores.

Es mi intención, con esta biografía de Ruzola, sumarme a las del autor de la primera en lengua romance. Entre ellas: «Ofrecer a la insigne ciudad de Calatayud, patria de este gran siervo de Dios, alguna demostración de mi afecto: grande por su asunto, aunque siempre desigual a la obligación que le tenemos todos los aragoneses por lo que ha ilustrado e ilustra este reino con tantos hijos esclarecidos, como en todo género de estados y profesiones ha dado y da siempre al mundo» (Antonio Agustín, 1669).





# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b> .....	11
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	15
<b>NACIMIENTO E INFANCIA</b> .....	23
<b>INGRESA EN LA ORDEN DEL CARMEN</b> .....	31
En Valencia .....	33
<b>CARMELITA DESCALZO</b> .....	39
En Madrid .....	41
En Barcelona .....	41
A Madrid, y de allí a Valencia .....	50
Prior de Toledo .....	52
De nuevo a Madrid, y de allí a Calatayud, su patria .....	54
<b>FRAY DOMINGO EN ITALIA</b> .....	61
Primero, Génova .....	61
Roma .....	63
Maestro de novicios .....	64
En Nápoles y Sicilia .....	67
Preósito General 1617-1620 .....	69
Visita de las provincias septentrionales .....	70
Provincia de Génova .....	71
Visita de la provincia de Lombardía .....	72
<b>DE LA JORNADA QUE HIZO A ALEMANIA</b> .....	75
Domingo de Jesús María y Maximiliano de Baviera .....	76
<b>LA BATALLA DE LA MONTAÑA BLANCA</b> .....	85
Pasa por Múnich y visita en Viena al emperador .....	94
En Estrasburgo y Lorena .....	95
En Flandes .....	96
A la corte del rey de Francia .....	99

<b>DE VUELTA EN ITALIA</b> .....	103
Canonización de santa Teresa .....	103
Nuestra Señora de la Victoria .....	105
Propaganda Fide .....	106
El electorado del duque de Baviera .....	107
Recaudando fondos para las misiones .....	109
Muere Gregorio XV y le sucede Urbano VIII .....	111
Año Santo 1625 .....	112
Colaboración con san José de Calasanz .....	114
Peregrina a Asís y se cuida de las arrepentidas .....	115
Restaura el lugar del martirio de san Pedro .....	116
<b>ÚLTIMO VIAJE A VIENA Y MUERTE DEL SIERVO DE DIOS</b> .....	119
Se pide su beatificación .....	125
Una gran biografía en latín al servicio del proceso, y su epítome en español .....	130
El proceso de beatificación .....	137
Memoria de la Montaña Blanca en Roma .....	139
Recuerdo de la Montaña Blanca en Baviera .....	147
En Praga, el santuario de la Montaña Blanca .....	161
Memoria del venerable Ruzola en la ciudad de Calatayud .....	163
<b>EPÍLOGO: ESPERANDO LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS</b> .....	177
Enterrado en los Carmelitas de Viena .....	177
La Virgen de la cabeza inclinada le acompaña en su última morada .....	180
<b>CRONOLOGÍA DE DOMINGO RUZOLA</b> .....	187
<b>FUENTES</b> .....	195
<b>BIBLIOGRAFÍA</b> .....	197

## PRÓLOGO

La publicación del libro *El venerable Ruzola. Calatayud 1599-Viena1630*, de Fidel Sebastián Mediavilla, que edita el Centro de Estudios Bilbilitanos, era necesario para dar a conocer en profundidad la figura de fray Domingo de Jesús María Ruzola, más conocido como venerable Ruzola. Este importante personaje bilbilitano, que ocupa un puesto en la Galería de Bilbilitanos Ilustres ubicada en el Salón de Plenos del Consistorio de Calatayud, nació en esta ciudad en 1599 y aunque fueron pocos los años que aquí residió, su recuerdo sigue presente en la devoción de muchos bilbilitanos y bilbilitanas que se acercan hasta el convento de las madres capuchinas para rezar a los pies del conocido como Cristo de Ruzola o al oratorio de N.<sup>a</sup> Sra. Del Buen Parto, construido sobre la casa que le vio nacer y que alberga un retablo y varios lienzos representando algunos de los episodios más conocidos de su vida. Sin embargo, fuera de esta devoción popular, poco conocemos de este importante personaje que alcanzó gran fama, sobre todo, fuera de nuestras fronteras, al participar en la Batalla de la Montaña Blanca, cerca de Praga, donde fray Domingo jugó un papel relevante al animar a los soldados que en ella participaban e irrumpir en el campo de batalla con un crucifijo en una mano y un cuadro de la Virgen en la otra y finalmente ganar la batalla.

Desde el Centro de Estudios Bilbilitanos creemos importante realzar la figura del padre fray Domingo de Jesús María Ruzola y divulgar su trayectoria a lo largo de su vida, que le hizo estar al lado de papas, reyes, emperadores o embajadores que pedían insistentemente sus apreciados consejos, fundar conventos de carmelitas o ser aclamado por mareas de fieles que buscaban curaciones milagrosas allí por donde pasaba. Fue tal la fama que alcanzó, que al poco tiempo de morir, el emperador Fernando II solicitó comenzar a recoger información sobre fray Domingo con el objetivo de abrir un proceso de beatificación, proceso que se ha ido demorando y que a día de hoy, están impulsando los carmelitas de Viena.

La persona más idónea para llevar a cabo la divulgación sobre el venerable Ruzola es Fidel Sebastián Mediavilla que, gracias a un minucioso estudio

de todas las fuentes publicadas hasta la fecha, y otras inéditas fruto de una rigurosa investigación, nos descubre la figura de este ilustre bilbilitano, para muchos desconocido.

Fidel Sebastián Mediavilla nació en 1948 en Calatayud, donde cursó el bachillerato. En la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, formó parte de la primera promoción de Filología Románica. Se doctoró en la Universidad Autónoma de Barcelona con una tesis dirigida por el académico Francisco Rico sobre «La puntuación en el Siglo de Oro». Especialista en esta materia, ha recopilado y comentado las doctrinas y los sistemas de puntuación y acentuación desde la Antigüedad. En *La puntuación del Quijote* (2007 y 2008) ha definido la práctica en las imprentas de la época. Inspirado por una intuición de su amigo y maestro Alberto Blecuá, y animado por el mismo Rico, ha desarrollado un nuevo instrumento para la crítica textual (el estudio comparado de la puntuación) que ha servido, por ejemplo, para precisar el *stemma* del *Lazarillo* (2008) y *La Celestina* (2010), y dirimir cuestiones disputadas en la obra de Mateo Alemán (2008) y Malón de Chaide (2009 y 2012). En 2020 publicó *Correcciones y correctores de imprenta en el Siglo de Oro*. Ha editado, para la colección Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, el *Libro de la vida de santa Teresa de Jesús* (2014) e *Introducción del símbolo de la fe de fray Luis de Granada* (2021). En otras colecciones, el *Breve tratado de ortografía de Juan de Palafox* (2019), *Guerra entre buenos de Lorenzo Gracián* (2019) y *Peregrinación de Anastasio de Jerónimo Gracian* (2021). Ha hecho una incursión en las peculiaridades del habla aragonesa con su estudio de los «Poemas aragoneses de Cristino Gasós» (2012) y la edición crítica de *Líneas cortas y otros poemas* del mismo autor (2011). Últimamente, acaba de presentar una edición crítica de la obra más conocida del santo aragonés Josemaría Escrivá, *Camino*, publicada por el Centro para la Edición de los Clásicos Españoles (2023). Procurando dar a conocer la labor encomiable de bilbilitanos anónimos o semianónimos, con anterioridad a la presente reivindicación histórica del padre Ruzola, ha publicado en esta misma casa *Descalzas de Calatayud a Beirut* (2020), ahora traducido al francés (Albada, 2023), y tiene en prensa, sobre la misma fundación carmelita, *Dentro y fuera de la reja*, de próxima aparición. Desde 2007 es caballero de la Orden Ecuéstre del Santo Sepulcro (actualmente, comendador) y, en calidad de tal, canónigo honorario de la basílica-colegiata de Calatayud desde 2014.

El autor ha estructurado el libro atendiendo a criterios cronológicos, permitiendo al lector recorrer los episodios y hazañas más importantes del venerable Ruzola desde su nacimiento en Calatayud a su muerte en Viena. Además, el texto se completa con unas magníficas fotografías, imprescindibles para comprender el contenido del libro. El Centro de Estudios Bilbilitanos agradece a todos aquellos que generosamente han prestado sus fotografías y de forma especial a la Asociación Torre Albarrana y a los carmelitas de Roma, Viena y Múnich.

Este libro se inscribe en la colección temática Historia y sociedad, cuyo objetivo es dar a conocer la historia y las manifestaciones más significativas de la sociedad de la Comunidad de Calatayud.

**JESÚS GIL ALEJANDRE**

*Presidente del Centro de Estudios Bilbilitanos*



# INTRODUCCIÓN

El padre fray Domingo de Jesús María (1559-1630), más conocido en España como venerable Ruzola,<sup>1</sup> nació en Calatayud, vivió la mitad de su vida en Roma, y murió en el palacio imperial de Viena mientras cumplía una misión diplomática encomendada por el papa. Con fama de santidad en vida y después de muerto, el mismo emperador Fernando II de Austria encargó que se escribiera su vida y se incoara su proceso de beatificación y canonización.

La tarea de recopilar la vida y hechos del venerable Ruzola se encargó primero a un carmelita calzado, precisamente natural de Calatayud y algo pariente de Ruzola, Jerónimo Domín, residente en la capital del imperio como comisario de su Orden, que se desplazó a España para recopilar los datos: estos consistían, aparte de entrevistas a personas que le conocieron, en los relatos que, por obediencia, el propio siervo de Dios había redactado para sus superiores,<sup>2</sup> y las notas que se iban recogiendo de los primeros carmelitas descalzos de cara a la historia de la Reforma carmelitana que se publicaría por partes.<sup>3</sup> Lo que escribió Domín se publicó en Génova, pocos meses después de la muerte de Ruzola, el mismo año 1630, y es un tomito impreso de 67 páginas en octavo con información tan solo de la etapa de España y noticia escueta de la muerte en Viena.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Actualmente, se denomina 'siervo de Dios' a aquel cuya causa de beatificación y canonización ha sido incoada; y 'venerable' a aquel cuya heroicidad de virtudes ha sido aprobada. Antes de la codificación canónica de 1917, al siervo de Dios se le denominaba preferentemente venerable; por ello, en nuestro texto usaremos indistintamente ambos apelativos para referirnos a Ruzola, a quien, como a los demás afectados, se le respetaron los derechos adquiridos (véase Gandía 2021:253).

<sup>2</sup> Véase, abajo, nota 12.

<sup>3</sup> El primer volumen de la *Reforma de los descalzos de nuestra Señora del Carmen...* saldría en Madrid el año 1644, publicado por fray Francisco de Santa María, historiador oficial de la Orden. Se sucederían en total siete volúmenes entre 1644 y 1739. En el volumen IV, 1684, José de Santa Teresa traza una amplia semblanza de fray Domingo basada en informaciones comunes a las que reproducen sus primeros biógrafos.

<sup>4</sup> Lleva por título: *Elogio del venerable padre fray Domingo de Jesús María y Ruzola, general que fue de los carmelitas descalzos de la congregación de Italia... Por el maestro fray Jerónimo*

Con este material y la importante relación del que fue confesor y secretario del siervo de Dios en Italia durante sus quince últimos años,<sup>5</sup> más la abundante documentación del archivo imperial de Viena, a instancias de la emperatriz viuda de Fernando II y la esposa de su sucesor, el emperador Fernando III encargó una biografía completa a uno de los hombres más sabios y eruditos de aquel tiempo, el español don Juan Caramuel —residente, entonces, también en la capital del imperio—, el cual llevó a cabo una obra magna, concluida e impresa en Viena en 1655, un folio de 615 páginas a dos columnas, sin contar otras 80 de láminas y paratextos, todo ello escrito en latín.<sup>6</sup> Esta constituye la fuente principal para los escritores posteriores.

En primer lugar, y enseguida —cuatro años más tarde, 1659—, el general de la Congregación de Italia de los Carmelitas Descalzos, fray Filippo della Santissima Trinità, publicaba en latín —inevitabilmente, con carácter de obra institucional— una *Historia venerabilis Dominici*,<sup>7</sup> que pronto conoció traducciones al francés y al italiano.<sup>8</sup>

Diez años más tarde, en 1669, fray Antonio Agustín, obispo de Albaracín, publica una traducción al español del texto de Caramuel, reduciendo considerablemente su extensión, pretendiendo con estas dos medidas hacerlo más asequible a sus conciudadanos:<sup>9</sup>

---

*Domín, Comisario General de la Alemania Superior de la Orden de nuestra Señora del Carmen de la Observancia*, en Génova, por Giuseppe Pavoni, 1630.

<sup>5</sup> El fiel secretario Pietro de la Madre di Dio, Angelini, dejó escrita una *Vita del M. R. P. Fr. Domenico di Gesù Maria, carmelitano scalzo*. Una copia auténtica (la que hemos consultado) se conserva en el Archivo General de los Carmelitas Descalzos (Mss. 319 a).

<sup>6</sup> Conocida abreviadamente como *Dominicus*, su título completo es como sigue: *Caramuelis Dominicus: hoc est, Venerabilis patris Dominici a Jesu-Maria, Parthenii Ordinis Carmelitanorum Excalceatorum. Generalis, virtutes, labores, prodigia, ectases, et revelationes, quibus lectorum instituitur ingenium, et voluntas formatur, Authore Reverendissimus et Illustrissimus D. D. Ioanne Caramuele, S Theol. Doctore, Monsserratiensium et Disenbergensium Abbate, Sacrae Caesareae Majestatis Sacellano, Concionatore, Consiliario, denominato Episcopo Rosonensi, et Regino-hratzensi. Viennae, in Austria. Apud Mathaeum Cosmerovium, Sacrae Caesareae Majestatis Aulae Typographum. Anno a Christo Dei Filio ex Maria nato [falta el año, que fue 1655].*

<sup>7</sup> Philippus a Sanctissima Trinitate, *Historia venerabilis Dominici a Iesu Maria, Discalceatorum Ordinis Beatissimae Mariae a Monte Carmelo Congregationis S. Eliae Praepositi Generalis*, Lyon, 1659. La traducción italiana se publicó en Roma en 1668, y es por la que citaremos aquí.

<sup>8</sup> Aunque no lo declara expresamente, Filippo, como no podía ser de otro modo, conocía (y seguía) la obra de Caramuel: «María emperatriz, esposa de Fernando III, infanta de España, escribió dos cartas en alabanza de Domingo en el mismo año 1639. Una a Urbano VIII sumo pontífice, la otra al cardenal Barberini, su nepote, en la cuales particularmente solicitaba del papa facultad para dar a la estampa la maravillosa Vida del venerable Domingo» (Filippo 1668:577-578).

<sup>9</sup> *Epitome de la vida, virtudes, trabajos, prodigios, éxtasis y revelaciones del venerable padre fray Domingo de Jesús María (en el siglo Ruzola), General de la Sagrada Orden de los Padres Carmelitas Descalzos. Sacado por la mayor parte del libro latino de esta Historia que escribió y dedicó al Señor Emperador Ferdinando III el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don Juan Caramuel... Dispuesto por el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Fray Antonio Agustín, Obispo de Santa María de Albaracín, del Consejo de Su Majestad, que lo dedica al rey don Carlos, nuestro Señor. En Zaragoza, por Juan de Ybar. Año 1669.*



La codicia estudiosa con que busco ... las obras del ilustrísimo señor obispo de Campania y Satriano, don Juan Caramuel ... me granjeó la dicha de encontrar en el convento de San José de los padres carmelitas descalzos de esta ciudad de Zaragoza, la vida que, a instancia y devoción del señor emperador, sacó a luz el año de 1655 del venerable padre fray Domingo de Ruzola ... Lastimeme no solo, o no tanto, del descuido o modestia aragonesa en celebrar y dar a conocer al mundo los varones insignes de este reino ... Lastimeme de que hubiesen llegado a España tan pocos tomos de este libro de monseñor Caramuel; pues aun yo, en tantos años como ha que se imprimió, no he podido tenerle, ni aun verle, hasta ahora, hallándome ya con dieciséis tomos en folio de diferentes facultades y cuatro o cinco en cuarto de este doctísimo y universalísimo autor, y teniendo encomendado, desde que vi con admiración las primeras, que se me dé noticia de cuantas obras llegaren suyas a España. Lastimeme de que, por muchos tomos que vinieren de este libro, habían de ser pocos los que lo buscasen, y menos los que lo entendiesen, por ser pocos los que gustan, y menos los que alcanzan aquel género de erudición selecta y universal, y no ser estos, por lo ordinario, los más dados a los ejercicios de oración, mortificación, caridad y devoción, que son los frutos que debemos sacar de las vidas de los santos. Y finalmente, me lastimé de que estuviesen privados de estos frutos, que tan copiosamente me prometo de la del venerable padre fray Domingo, todos los aragoneses y españoles que no supiesen latín ... (Agustín:cv).<sup>10</sup>

También de modo manuscrito poco anterior o posterior a la obra de Agustín (no trae fecha), Jerónimo de San José traza una *Cifra* (suma, o resumen) de la vida del venerable fray Domingo de Jesús María,<sup>11</sup> tomada del texto latino de Caramuel. Este carmelita aragonés era conventual del monasterio de Zaragoza,<sup>12</sup> en cuya biblioteca había encontrado el obispo Agustín el tomo que le entusiasmó y tradujo al español, el mismo del que se sirvió, sin duda, fray Jerónimo.

Todas estas biografías del siglo XVII abundan en los hechos extraordinarios que acompañan la vida de Ruzola desde niño y luego en su paso por el

---

<sup>10</sup> Un breve compendio de la obra de Antonio Agustín fue publicado en el siglo XIX por el ilustre bilbilitano don Vicente de la Fuente y la Junta Provincial de la Asociación de Católicos en Madrid: *Vida del venerable padre fray Domingo de Jesús María, en el siglo Ruzola*, Imprenta de Alejandro Gómez de Fuentenebro, Madrid, 1879. La intervención de don Vicente de la Fuente viene desvelada por José Fernández Montaña en «Tres cartas originales del padre Nieremberg», *El siglo futuro. Diario católico*, 12-XII-1885, p. 1. (De la Fuente había sido cofundador, en 1868, de la Asociación de Católicos de España, cuya sección provincial de Madrid publicó este librito).

<sup>11</sup> Jerónimo de San José (O.C.D.), *Cifra de la vida del venerable fray Domingo de Jesús María*. Se conserva una copia del manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid (MSS/8473).

<sup>12</sup> Jerónimo de San José, Ezquerria (Mallén 1587 - Zaragoza 1654) estudió leyes y cánones en Huesca y Salamanca. Ingresó en el Carmelo descalzo en 1609. Fue cronista oficial de su Orden. Escribió también una biografía de san Juan de la Cruz, *Dibujo del venerable varón fay Juan de la Cruz* (1629), ampliada en *Historia del venerable fray Juan de la Cruz* (1641). Redactó una *Historia de la orden reformada*, de la que solo se publicó el primer volumen (1637); y el más conocido *Genio de la Historia* (1651). Dejó inéditos otros escritos de diverso carácter, como la *Cifra*.

Carmen calzado, en su vida de carmelita descalzo, en sus actuaciones en la Guerra de los Treinta Años, y en las misiones diplomáticas que llevó a cabo por mandato de los sucesivos papas.

El gusto barroco de los lectores de vidas de santos, y una tendencia de los propios religiosos a asociar la santidad a manifestaciones extraordinarias —a pesar de la insistencia de los pontífices de que esta radica más bien en el ejercicio heroico de las virtudes— hace que las páginas de estos libros estén plagadas de fenómenos místicos: éxtasis y visiones, penitencias extenuantes, milagros innumerables, y peleas denodadas con ejércitos de demonios sostenidas en la soledad de su celda.

Teniendo en cuenta que el interés de los lectores de hoy día es diferente, y que domina actualmente una valoración más crítica hacia la hagiografía, en nuestro relato daremos tan solo noticia de la existencia de esos fenómenos, y detalles de alguno que reporte un interés añadido. Sin embargo, me parece conveniente salir en defensa de los biógrafos antiguos, los cuales, si bien pudieron recrearse intencionadamente en la enumeración y descripción de fenómenos extraordinarios, no los inventaron, ni mucho menos. Todos aquellos autores beben en las mismas fuentes que arrancan, como se ha dicho arriba, de las confesiones firmadas por Ruzola y del testimonio de los que convivieron con él (una de estas recopilaciones la he podido ver detenidamente en Roma,<sup>13</sup> y de su contenido se irá dando cuenta aquí como primicia).<sup>14</sup>

Todos los narradores de la vida de Ruzola repiten las mismas historias y fenómenos de lo acaecido mientras residió en España. En concreto, disponemos de varios manuscritos recopilados por carmelitas de su tiempo con testimonios propios y ajenos. Así, una *Suma de algunas cosas maravillosas que Dios ha obrado por el padre fray Domingo de Jesús María...* escrita mucho antes de la muerte del siervo de Dios por fray Antonio de la Cruz, natural de Daroca, que vivió entre 1566 y 1598. Este texto, en 98 folios está encuadernado, con otros también relativos a Ruzola, en un volumen facticio que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid.<sup>15</sup> Al comienzo de su relación, advierte:

---

<sup>13</sup> En el Archivo de la Postulación General de los Carmelitas Descalzos, en Roma, en la sección dedicada al venerable Ruzola (con el número 10) se conserva una colección de relatos debidamente autenticados, con el título: *Vita o Relazione di coscienza del venerabile servo di Dio fra Domenico die Gesu e Maria carmelitano scalzo scritta di suo proprio pugno essendoli stato imposto dall' obediencia* (en adelante, *Relación*). Abarca desde su nacimiento hasta la llegada a Italia en 159 folios, manuscritos en dos columnas: la de la derecha en español, y la de la izquierda en italiano. Siguen otros folios no numerados con un largo índice de las cosas más admirables que se contienen en la relación.

<sup>14</sup> Silvano Giordano lo menciona entre las Fuentes de archivo (Giordano 1991:10), pero no parece haberlo utilizado: de hecho, no cita ningún pasaje del manuscrito.

<sup>15</sup> Antonio de la Cruz (O.C.D.), *Suma de algunas cosas maravillosas que Dios ha obrado por el padre fray Domingo de Jesús María...* (MSS/3163).

Lo que yo aquí escribiré son algunas cosas que yo he sabido de él mismo, otras visto, otras oído a personas fidedignas que le han oído y visto, y dícho-me a mí algunas es de esta manera. Fuimos novicios juntos en Pastrana y vivimos juntos en una misma celda; después estuvimos juntos en Barcelona y en una celda algún tiempo, y teníamos particular amor y voluntad: decíame algunas cosas que le habían sucedido, como un amigo a otro, encargándome siempre no lo dijese a otro. Yo procuraba sacarle cuanto podía, aunque siempre era con mucha importunidad. Otras cosas que yo he visto también. Y a otro religioso llamado fray Antonio de San Bartolomé, a quien amaba mucho, le ha dicho otras; y él también otras visto. Y así, de lo que yo fray Antonio de la Cruz he sabido he hecho esta breve recopilación por cumplir con lo que la santa obediencia me ha mandado para manifestación de la gloria de Dios y para que se vea cómo tiene Dios santos en la tierra por quien la sustenta y hace ahora tantas mercedes a los hombres que se disponen, como antes, y aun mucho mayores, para que todos se animen a servirle, pues de tal manera se comunica a sus amigos en la tierra (Antonio de la Cruz:1r-1v).

Otro manuscrito de la misma Biblioteca Nacional presenta un interés particular para nuestro fin,<sup>16</sup> pues incluye, además de las siempre repetidas historias y observaciones, alguna particular de que haremos mención a su tiempo. También este da fe de sus fuentes:

Habiendo revuelto varias veces los innumerables papeles manuscritos que para su Historia general ha juntado nuestra Reforma, y hallando las cosas pertenecientes a la milagrosa vida del gran padre y santísimo varón fray Domingo de Jesús María (hijo de esta Congregación y General de la de Italia) repartidas por muchas partes (no fáciles de juntar al menos noticioso de los dichos papeles), determiné, así para devoción mía, como para excusar este trabajo al que con latitud y buen estilo la haya de escribir, recogerlas en estos cuadernos con el mío, tosco e insipiente, asegurando, al que las viere, que con toda diligencia y desvelo las he entresacado de las relaciones graves y fidedignas que religiosos gravísimos y doctísimos, de nuestra descalcez y fuera de ella, nos dejaron, habiendo sido primero confesores o preladados del venerable padre, y de las que él mismo escribió obligado del precepto que para ello le pusieron los superiores, como en la misma narración se verá. Y por que conste que es así, lo firmé de mi nombre, sujetándolo todo a la corrección de nuestra santa madre la Iglesia, fray Pedro de Santa Teresa (Pedro de Santa Teresa:IV).

El opúsculo, inédito, es un manuscrito en octavo de 240 páginas no numeradas y fechado en 1647. Escrito por el carmelita navarro seguramente

---

<sup>16</sup> Pedro de Santa Teresa (O.C.D.), *Vida, virtudes y obras maravillosas del venerable padre fray Domingo de Jesús María, religioso carmelita descalzo, hijo de la Congregación de España y general que fue de la de Italia, recogida de varias graves y fidedignas Relaciones para devoción suya*, 1647. Copia del manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid (MSS/6880).



**Figura 1.** Grabado al frente del manuscrito con el retrato de Ruzola sacado del natural cuando tenía 63 años. Biblioteca Nacional de Madrid.

en Zaragoza, de donde era conventual.<sup>17</sup> Pedro de Santa Teresa conoce, cita y corrige cuando debe el opúsculo de Domín (véase Pedro de Santa Teresa:24).

En un papel irregular añadido a la última hoja, escribe Pedro, con su misma letra: «Aquí falta que añadir todo lo que sucedió al santo fray Domingo en treinta años que estuvo en Italia, que son cosas innumerables y las mayores y más milagrosas que se han visto en muchos siglos».

<sup>17</sup> El manuscrito de fray Pedro recoge testimonios de la vida de Domingo Ruzola para la confección de la Historia de la Reforma y para el proceso de canonización. Del mismo autor se conservan en la misma Biblioteca Nacional de Madrid unas poesías del mismo formando parte de una *Colección de opúsculos...* (ms. 6.620) a cargo del carmelita Valentín de la Madre de Dios. Los versos de fray Pedro ocupan las pp. 279-286, presentadas con esta anotación: «Poesías de nuestro padre fray Pedro de Santa Teresa, alias el Poeta», y pp. 376ss.

Para la otra mitad de su existencia, la que pasó en Italia, desde 1604, contamos con el pormenorizado relato del que fue su confesor y secretario durante los últimos quince años de su vida, Pietro de la Madre de Dios, quien lo acabó de redactar a la muerte de Ruzola, en 1630.

Para nuestro objetivo, hemos podido contar además, afortunadamente, con un par de trabajos de investigación llevados a cabo recientemente con método histórico, lejos de la hagiografía anterior: uno, fruto de la tesis doctoral del carmelita descalzo Silvano Giordano, que discurre por todo el arco de la vida de Ruzola;<sup>18</sup> y otro del catedrático de La Sorbona, Olivier Chaline,<sup>19</sup> que ha prestado especial atención a la intervención protagonista y decisiva del siervo de Dios en la batalla de la Montaña Blanca.

El proceso de beatificación, tan inmediatamente incoado, y con tanto empeño de los príncipes europeos, ha ido discurrendo con los pasos que se detallan más abajo. Estancado desde la mitad del siglo XX, se está actualmente reactivando, como se explicará más adelante, en su lugar oportuno.

En España, en Aragón, y en Calatayud, se conoce el nombre del venerable Ruzola, pero se sigue desconociendo, por lo común, cuáles fueron sus andanzas, sus hazañas, sus luchas y sus glorias. Vaya este trabajo que ahora presentamos como continuación del de aquel benemérito obispo, fray Antonio Agustín, que lo tradujo para que lo conociesen «todos los aragoneses y españoles que no supiesen latín» (Agustín:cv).

---

<sup>18</sup> Silvano Giordano, *Domenico di Gesù María, Ruzola (1559-1630): un carmelitano scalzo tra politica e riforma nella chiesa posttridentina*, Teresianum, Roma, 1991 (294 páginas).

<sup>19</sup> Olivier Chaline, *La bataille de la Montagne Blanche: un mystique chez les guerriers*, Noesis, París, 2000 (623 páginas).



## NACIMIENTO E INFANCIA

Nació el 16 de mayo de 1559 en Calatayud. Fueron sus padres Miguel Ruzola, notario público de la ciudad,<sup>20</sup> y Jerónima López.<sup>21</sup> Domingo fue el cuarto de los once hijos que tuvo el matrimonio. Sobrevivieron Miguel, el primogénito, que llevó el nombre del padre, fue carmelita (calzado) y llegó a ser doctor en Teología, buen predicador y algo poeta;<sup>22</sup> María se casó y tuvo una hija; Martín murió joven; Domingo fue el cuarto; y Sebastián, que quedó en el siglo con la herencia, se casó y tuvo varios hijos (véase Giordano:40).

Fue bautizado Domingo al tercer día en la parroquia de San Juan de Vallupié, cuyo solar, al ser derruida, dio lugar a la antigua Plaza de San Juan el Viejo, y luego de la Leña.<sup>23</sup> La casa donde nació se conserva en la plaza del Olivo, y es hoy un oratorio dedicado a nuestra Señora del Buen Parto —cedido ahora a la cofradía de San Pascual Bailón—, aunque más conocido como oratorio del venerable Ruzola.

---

<sup>20</sup> Su nombre figura junto a algunas de sus intervenciones en el Archivo de Protocolos Notariales de Calatayud (véase Giordano 1991:38).

<sup>21</sup> Al parecer, la madre era de Cervera de la Cañada, a once kilómetros de Calatayud (Giordano 1991:40n16), y el padre provenía de Etxebarria, a pocos kilómetros de Marquina, en la actual provincia de Vizcaya (véase Giordano 1991:38n10).

<sup>22</sup> Después de haber ejercido en diversas ciudades, murió en Calatayud en 1615, a la edad de 68 años. Escribió en verso *Conversión, lágrimas y penitencia de la Magdalena* (ver Latassa:II, 203). Se conserva un retrato suyo, proveniente del antiguo convento de carmelitas observantes, en la iglesia de Santa María de la Peña, patrona de Calatayud. Se describirá más abajo, a su tiempo.

<sup>23</sup> Muy indignado, escribe el historiador de Calatayud: «La preciosa iglesia de San Juan de Vallupié, que los beneficiados y parroquianos dejaron arruinar torpemente a fines del siglo pasado, para bajarse a la iglesia de la Compañía y para que los vecinos tuvieran el gusto de mejorar las vistas y tener delante de sus casas una fea plazoleta con honores de corralón. Sabíase que la iglesia era de gusto plateresco, restaurada a principios del siglo XVI, en tiempo de Carlos V, por los mismos arquitectos que corrieron con la construcción de la fachada de Santa María, y que la fachada era de aquel precioso gusto» (Fuente:II, 410). Cuando se derribó la antigua iglesia, su parroquia pasó al templo que habían levantado los jesuitas y abandonado con su expulsión, y que ahora se llamaría San Juan el Real, por ser concesión del rey a la ciudad. En los archivos que conserva de la sede primitiva se puede leer el acta de bautismo de Domingo Ruzola (véase Giordano 1991:37n2).



**Figura 2.** Exterior de la casa natal del padre Ruzola.  
(Foto: Asociación Torre Albarrana)



**Figura 3.** Placa que recuerda el lugar de nacimiento del venerable Ruzola. (Foto: Asociación Torre Albarrana)



La hagiografía hace hincapié en los presagios de santidad que antecedieron y acompañaron el nacimiento del niño, así como la piedad de sus primeros años, explicando pormenores de oraciones y ayunos y obras de misericordia. Lo que los autores describirán en términos admirables viene relatado por el interesado —siempre en tercera persona— con la sencillez que acompaña a la humildad:

Decíale su madre muchas veces con gran ternura. ¡Ay, hijo, y cuántos favores y regalos me han hecho por tu amor! Y eran, como ella decía, haber oído muy muchas veces música del cielo durante el preñado, y después de nacido, que le causaba grande admiración ... Le decía: «No te puedo llamar hijo de mi dolor, por haber sido en una de las ocasiones sobredichas el parto» (*Relación:2v*).

Y en cuanto le era posible, apuntaba en otra dirección la atención y los méritos:

Y aunque al niño le causaban grande temor estas cosas que le decía su madre, y proponía de servir a nuestro Señor ... todavía pensaba el hijo que aquellos regalos del cielo los hacían a la madre, porque era tenida por buena y ejemplar mujer (*Relación:3r*).

De su temprano amor a los pobres:

Cuando hasta lo ocho años iba a la escuela, ordinariamente daba su almuerzo a los niños pobrecitos, y muchas veces llevaba a casa algún pobre convidado; y por tener al niño contento, le sentaban a comer en la mesa con todos (*Relación:3v*).

Los biógrafos relatan dos episodios que hubiéramos pasado por alto a no ser porque quedó constancia de ellos en sendas pinturas sobre la puerta de la iglesia de Santiago de Calatayud, hasta que desaparecieron con la demolición del templo en 1863. La una representaba al apóstol Santiago a la mesa con la familia Ruzola; y la otra, la aparición de Jesús al pequeño Domingo de Ruzola, que era tentado del demonio (véase Borrás Gualís:192-193). Una extensa narración del obispo Agustín nos consuela de la pérdida de las pinturas:

Gustaban mucho, como tan piadosos, sus padres, de ver tal clemencia en su hijo, y para fomentarla y promoverla más le dieron licencia para que llevase cada día un pobre a su casa a quien hospedase, regalase y sirviese en nombre de Cristo ... Halló un día en la puerta de Santiago un peregrino, y escogiólo por su convidado, cuya devota presencia y agradable conversación alegró, instruyó y consoló toda la casa y familia. Sus palabras y razones fueron todas celestiales; y con ellas les enseñó y declaró las excelencias de las obras de caridad y misericordia; y les exhortó a ejercitarla con los vivos y con las almas de los difuntos. Llamó aparte, a la despedida, a Domingo, y díjole que él era el apóstol Santiago, enviado de Dios para mostrarle cuán gratas le eran sus limosnas y devociones, y para confirmar su perseverancia. Y, al irle a responder, desapareció. Agradecido, procuró corresponder el devoto niño a

tanto favor adelantándose cada día en la virtud al paso que en el cuerpo y en la edad.; y al mismo tiempo que en él la gracia, se aumentaba en el demonio la envidia. Pareciose empresa imposible sacar de golpe virtudes, aun en aquella tierna edad arraigadas, y contentose por entonces con procurar, como acostumbra, poco a poco irles dando batería, y enflaqueciéndolas para arrancarlas después. Vestido de hombre y revestido de pobre un día, púsose entre los demás. Llegó Domingo y puso los ojos de su piedad en él como en el más miserable hasta en lo exterior y representada figura. Hízose en diablo de rogar: que aun quiere que nos cueste trabajo (¡oh ceguedad humana!) el darle gusto; pero luego se dio por convidado y se dejó conducir. En el ínterin, pues, que se paraba la mesa y los llamaban a comer, cogiendo a solas al incauto niño, y descogiendo todos los artificios retóricos del infierno, con semblante ya de maestro, y ya de amigo, comenzó a darle consejos y documentos diabólicos dirigidos todos, o asestados, contra la abstinencia, contra los ayunos, contra la limosna, contra la penitencia, contra la oración, contra la lección de libros espirituales, y encaminados a abrir brecha y a introducir en su alma el desvanecimiento con la alabanza; la soberbia con la lisonja (que fue el exordio por donde entró a captar su benevolencia); la lujuria con el regalo, que él llamaba en los niños necesario sustento; la avaricia con la moderación en dar limosna, que daba a entender ser prudencia; y finalmente todos los vicios, con la aplicación a los libros de fábulas, comedias, sátiras y los demás profanos, que decía ser necesarios para la elocuencia humana, y aun para la divina y las demás ciencias. Oyolo sin hablar Domingo; pero con tan grave aversión y enfado, que desmintió el proverbio común de que *quien calla otorga*; pues él, callando y disintiendo, mostró bien cuán en vano grita o ladra el demonio si el hombre voluntariamente no se deja morder o asir. No lo pudo sufrir ni disimular la diabólica soberbia del infernal convidado. Comenzó a irritarse y a tratar a todos los de casa con indecencia. Sentose a la mesa sin que lo llamasen; vituperó unos platos, despreció otros, y con términos descompuestos e insolentes. Advirtiéronle su obligación, y dónde estaba. Mostrose más impaciente con la reprehensión, y últimamente echó a rodar los platos y la mesa. Inquietáronse todos y turbáronse. Fuese sin despedirse. Domingo lo siguió, pero no pudo alcanzarlo. Volvió corrido y confuso, y pidió perdón a sus padres, que lo riñeron y le amonestaron para que fuese de allí adelante más cauto o prudente, y no les llevase a casa huéspedes que diesen ocasión a escándalos semejantes. Reconoció ingenuamente su culpa con gran paciencia; confesola y ofreció la enmienda con toda humildad. El día siguiente fuese a la iglesia: oró rogó con insistencia a Dios por el acierto, para que no le negasen a él la licencia, y perdiesen sus padres la devoción de tan santa costumbre. Y al salir templo encontró un peregrino de tan peregrina hermosura y majestuosa presencia, que no se atreviera a pedirle que honrara su casa y su mesa si él mismo no se convidara. Vio Domingo el cielo abierto al oírle decir que deseaba ser su pobre aquel día; con que le pareció que se acabaría de serenar la memoria, que duraba aún, de la tempestad pasada. Así sucedió. Saludolos a todos, al entrar en casa, con la paz. Echó la bendición en la mesa. Habló poco, pero con tal gravedad y eficacia, y con tal alta y celestial doctrina, y tan provechosa para las almas que, olvidados de la comida, estuvieron todos suspensos alimentándose por los ojos y por los

oídos, sin apartarlos ni divertirlos del huésped. Finalmente dio a Dios primero las gracias, y luego al padre, a la madre y a Domingo, al cual, llamándolo a solas y llevándose lo consigo, lo fue instruyendo en todo lo contrario a cuanto el huésped del día antecedente le había aconsejado. Llegaron al pórtico de la iglesia de Santiago y, dándole su bendición, desapareció, habiéndole primero dicho que era Jesús Nazareno, y ofreciéndole en comprobación de esto, tomándole la mano, que con ella y la virtud que con aquel contacto le imprimía, acompañando al suyo la señal de la cruz y la oración, daría salud a los enfermos en el cuerpo y en el alma, ahuyentaría los demonios y hallaría obediencia pronta en los elementos (Agustín:7-9).

Estaba a punto de cumplir diez años cuando murió su padre (el 26 de febrero de 1569). Posteriormente, en fecha no precisada, murió la madre, que sobrevivió algún tiempo al marido. Al quedar solo, el pequeño fue acogido por una prima de Jerónima. La información proviene del padre Jerónimo Domín, autor de su primera biografía, que era nieto de la mujer que recibió a Domingo niño en su casa. Lo narra en un manuscrito sobre el nacimiento e infancia de Ruzola, que se recoge en el volumen facticio que encabeza el relato de Antonio de la Cruz:

Murió la madre, y mi agüela le llevó a su casa al padre fray Domingo, y sola mi madre estaba en casa, porque las demás hijas, y tías mías, estaban casadas. Allí estuvo no sé qué tiempo, y pidió el hábito del Carmen, y de casa de mi agüela fue al Carmen, y allí cuidó mi agüela de él como si fuera su hijo. Desde entonces cobró tan grande amor a mi madre y, siendo calzado y descalzo, siempre fue a casa de mi madre, y la tuvo como a hermana. Y de aquí el haber tenido tanto cuidado de mí y de mis hermanos (Domín en Antonio de la Cruz:284r-284v).

Este Jerónimo Domín, de la Orden del Carmen, sería el designado por el emperador, como se ha dicho, a la muerte del venerable Ruzola, para recoger en España información para el proceso de canonización.<sup>24</sup> Pocos meses después de la muerte de fray Domingo publicaba, con lo allegado, su breve biografía del siervo de Dios.<sup>25</sup>

Un hermano de la madre de Domingo, Francisco López, formaba parte de la comunidad del Carmen de Calatayud.<sup>26</sup> Este lo acogió más tarde para

---

<sup>24</sup> Hijo de Juan Domín y Francisca de Funes, Jerónimo nació en Calatayud el 9 de enero de 1576. Recibió el hábito de carmelita en su ciudad natal el 27 de octubre de 1592, e hizo la profesión en Zaragoza el 28 de octubre del año siguiente. Después de obtener el grado de *magister*, fue nombrado comisario general de su orden para Alemania y Bélgica. En 1630 recibió el encargo del emperador de recoger la información sobre fray Domingo. Fue nombrado obispo de Gaeta en 1637, y murió en su sede el 23 de abril de 1650.

<sup>25</sup> Véase nota 4.

<sup>26</sup> Aunque historiadores modernos lo ponen en duda (Giordano 1991:46n6), Ruzola afirma que su tío era prior del Carmen cuando le llevó consigo (*Relación*:5r). A partir de este testimonio, afirman lo mismo Pietro della Madre di Dio:l, 24 y Caramuel:34.



**Figura 4.** El pequeño Ruzola con el Niño Jesús en brazos (detalle del gran cuadro que cuelga en el oratorio de su casa natal). (Foto: Asociación Torre Albarrana)

protegerle y darle educación, posiblemente pensando en hacer de él un buen fraile. En ese mismo convento había tomado el hábito religioso el hermano mayor, Miguel Ruzola, el año 1561. En 1565 la comunidad estaba formada por doce miembros más dos estudiantes: Miguel Ruzola y Julián Álvarez. En 1578 había aumentado a quince religiosos, seis de los cuales, sacerdotes.

Del viejo edificio medieval en que se instalaron los carmelitas el año 1330, no queda hoy nada, ni tampoco del convento que se levantó más tarde, al mismo tiempo que la nueva iglesia en el reinado de Felipe III. Era este un edificio con una fachada herreriana muy semejante a la de la basílica-colegiata del Santo Sepulcro que se yergue frente al solar que ocupaba el Car-

men. Derribado en el siglo XIX, en la fachada del edificio que se construyó en su lugar, se fijó en 1930 una lápida conmemorativa que actualmente se puede ver en el interior de la edificación que sustituyó a aquella otra.

El año del ingreso de Domingo en el Carmen no es seguro: los testimonios oscilan entre 1567 y 1571. Allí recibió una formación catequética sólida y se aplicó a la práctica de devociones piadosas, y profundizó en el estudio del latín. A cambio y en compensación de todo ello, él debía colaborar en la tarea de cuidado de la sacristía. Las horas que le sobraban del estudio y de la atención a su tarea las dedicaba a la oración:

Las noches, en despidiéndolo de su celda el padre prior para que se fuese a dormir, se iba a pasarlas en dos capillas a la puerta de la iglesia: la una de la Virgen Santísima, y la otra de un venerable Crucifijo, ofreciéndoles alternativa y repetidamente, ya a la Madre, ya al Hijo, su corazón; y permitiéndole a la naturaleza el necesario alivio del sueño, que, para que fuese más breve y le molestase menos, lo pasaba en pie ... Muchos fueron los [éxtasis] que tuvo, y muchos los favores del cielo que de noche recibió en aquellas dos capillas. En la del Cristo, con repetidas y vivas representaciones de la Pasión ... Y en la de Virgen, con frecuentes avisos, consejos, y a veces mandatos que mereció oír de su misma boca; y, tal vez,<sup>27</sup> que de los virginales brazos se trasladase a los suyos el Niño Jesús que, al pedírsele blandamente después la divina Madre, él, tan confiada como devotamente, se le negaba y, para restituirsele, se resistía (Agustín:12-13; véase también Caramuel:38-39; Filippo 1668:52-53).

Véase el relato de lo mismo escrito por el propio padre Domingo (en tercera persona), con algunos italianismos:

Se estaba mucho tiempo diciendo paternostres y avemarías, a veces en la capilla de un Cristo muy devoto hecho de relieve, y otras veces en otra de nuestra Señora, que estaba más adentro donde estaba una imagen también de bulto de nuestra Señora con su hijo en los brazos. La cual imagen de nuestra Señora habló muchas veces al dicho niño con tanta familiaridad y amor como si fuera su Madre, y mucha más, y muchas veces le daba y le ponía a su Hijo en los brazos, y le decía la Virgen que lo amase y regalase mucho, y que le pidiese muchas cosas. Era tan grande el gozo que el niño tenía de tener en sus brazos al *bambino* de María, que le parece que no era poco no morir de contento. Decíanle muchas veces que les viniese a hacer compañía, y el niño lo hacía de tan buena gana, *tirado* de la hermosura de la Madre y del Hijo, y del gusto extraordinario que en ello sentía, que se le pasaban las noches enteras estando con ellos, y se quejaba de la noche y del día porque se pasaban tan presto, porque todo le parecía un momento (*Relación*:5r-5v).

---

<sup>27</sup> 'alguna vez'.



## INGRESA EN LA ORDEN DEL CARMEN

Llevaría dos o tres años en el convento del Carmen cuando pasó por Calatayud el padre provincial, Juan Nadal, y, oyendo hablar tantas maravillas de Domingo, le invitó a hacerse religioso de su orden. El niño pidió tiempo para considerarlo. Uno de los hagiógrafos lo cuenta así:

Viéndose apremiado el santo niño a dar la respuesta, no le pareció justo determinarlo por sí solo, y acordó de acudir por el consejo a la que siempre tenía por soberano oráculo de sus dudas. Postrose derramando tiernas y afectuosísimas lágrimas delante de una imagen de la santísima Virgen, y rogole, con amorosas y repetidas instancias, le declarase su voluntad y la de su santísimo Hijo. No sintiendo, después de largo rato, impulso alguno, se levantó, no menos perplejo que desconsolado, de la oración; y al pasar por una capilla de Cristo crucificado, que estaba al salir de la de nuestra Señora, vio bajar de él súbitamente un rayo de luz y, entre ella, una voz que le dijo: «Hijo, óyeme». Cayó, con esto, como otro Saulo, despavorido, en tierra, siendo por esto confortado del Señor. Oyó que, entre otras razones, le decía estas que él mismo dejó escritas de su nombre en una Relación que, con precepto y obediencia de los preladados, hizo estando en el desierto de Bolarque, año de 1601: «Hijo, mi voluntad es que me sirvas en esta religión de mi Madre Y aunque en ella has de tener muchos trabajos y persecuciones de los hombres y asechanzas de los demonios, no temas, que yo seré tu Maestro y te daré particular luz y conocimiento de los engaños del enemigo, de tal manera que jamás seas engañado si voluntariamente no quieres dejarte engañar. Pero no por esto dejes los maestros espirituales, antes tú sigue en todo por su parecer; que, aunque alguna vez sea distinto lo que ellos te ordenaren de lo que yo quiero, tendré gusto en que los obedezcas». Oyendo estas palabras que del Cristo salían, a quien, como en la misma Relación afirma, veía menear los labios como si estuviera vivo, quedó admirado cuanto gozoso (Pedro de Santa Teresa:10-12; véase también Agustín:13; Caramuel:40; Domín:6-7).

He querido demorarme en esta cita del manuscrito inédito porque remite a la fuente originaria, y es la más detallada, y porque la escena que describe está fielmente representada en el cuadro que adorna una de las paredes del oratorio erigido en su casa natal de Calatayud.



**Figura 5.** Coloquios de Ruzola niño con la Virgen y el Cristo del Carmelo viejo. (Foto: Asociación Torre Albarrana)

Lo mismo, contado por él —con el encanto, la ingenuidad y sencillez de una confesión confiada— en la *Relación* que se conserva en Roma, escrita después de lo de Bolarque, como muestran los italianismos que deja escapar:

Con esta ocasión comenzó a pedir a la *Madona* y a su hijo en aquellas ocasiones sobredichas y en otras —que la imagen de nuestra Señora se estaba en su misma forma—, y a esto nunca le respondían. Pero, saliendo una noche de la capilla de nuestra Señora, al tiempo que pasaba por la del Cristo Crucificado, le dio una voz tan grande y espantosa, que cayó temblando en tierra casi sin sentido, y le dijo que se levantase y que no temiese, y que entrase en la religión de su Madre; el niño estaba dudando no fuese el demonio. Le dijo que no era como pensaba, y que en señal que no era el demonio, sino Dios, le decía lo que él pensaba, y que para que lo viese más claro, y no dudase,



entendiese que los pensamientos de los actos libres internos no los puede saber el demonio, sino Dios ... Le prometió su protección y ayuda, llamándole hijo, y mostrándole cuán cara le era la devoción y particular amor que tenía a su Madre, y repitiendo que entrase seguramente a servirlo, y imitarlo en su religión (*Relación:6v-8r*).

De esta manera, se resolvió, con doce años, a pedir el hábito de la Orden del Carmen. El provincial, a su regreso, le admitió y le reclamó para que hiciese el noviciado en Zaragoza. Allí tomó el hábito el 24 de mayo, vigilia de Pentecostés de 1572. Durante el noviciado cayó en gracia a su prior, el maestro Juan Salanova, que lo tomó a su servicio. Allí fue iniciado en la práctica de la oración mental, que, por otra parte, ya venía haciendo a su modo. Pasados seis años y seis meses, profesó el 8 de diciembre de 1578.<sup>28</sup> En el año 1580 le encargaron la atención de los enfermos. Era el año de la peste y el catarro universal: «Estaba hecho el mundo todo un hospital o una enfermería común; y en la del convento del Carmen de Zaragoza eran los enfermos de contagio setenta» (Agustín: 20). La responsabilidad era grande, también porque enviaban allí a curarse a enfermos de otros conventos. A todos acudía Domingo con diligencia.

Tuvo entonces deseo de llevar vida más retirada. Su confesor le habría aconsejado que pidiera ser trasladado al convento de Onda, más observante; pero, pensándolo luego mejor, le sugirió Valencia, donde podría seguir los estudios de Teología. Pedro de Santa Teresa piensa que quería huir del aplauso de las gentes de Zaragoza, que le admiraban:

Le sacaron del noviciado después del tiempo dicho y, comenzando el Señor a publicar su santidad, hasta entonces oculta, con obras maravillosas que por él obraba dentro y fuera de casa, se extendió la opinión de manera que todos le llamaban el santo carmelita ... Fue creciendo tanto con esto el concurso y aplauso que el pueblo le hacía, que, temerosos los prelados no perdiese con los pocos años, o con alguna cavilosa astucia de Satanás, los tesoros que en su alma depositaba el cielo, resolvieron sacarle de Zaragoza y, a petición suya, enviarle al convento de Valencia, donde por la gran distancia le parecía no ser posible llegase su memoria (Pedro de Santa Teresa:24-25).

## EN VALENCIA

Esto sucedía a finales de 1580 o en 1581. En todo caso, en 1582 su nombre figura entre los conventuales de Valencia. Era este el convento más grande y prestigioso de la provincia carmelita de Aragón: en 1578 contaba con 34 frailes, de los cuales, 17 eran sacerdotes; en 1578, 18 sacerdotes, 15 estudiantes y 5 legos; y en 1585 un total de 45 conventuales. En relación con la universi-

---

<sup>28</sup> Tomo la precisión de estas fechas del manuscrito de Pedro de Santa Teresa:24.

dad de la ciudad, el convento del Carmen era, desde mediados del siglo XIV, estudio general. El capítulo general de 1564 decidió que se instituyese un colegio para la enseñanza de la gramática, la retórica, la dialéctica, y otras disciplinas. En los sucesivos capítulos, a partir de 1565, establecieron el estudio teológico dotado de dos cátedras. Los estudiantes carmelitas no podían estudiar en la universidad si antes no habían cursado la teología durante cuatro años. No consta qué estudios siguió Domingo Ruzola. Al parecer, no debieron ser particularmente profundos, habida cuenta de que, más tarde, después de hacer la profesión como descalzo en Pastrana, fue enviado a Alcalá para estudiar Teología.

Habiendo cumplido 21 años y recibido la tonsura y las órdenes menores, fue enviado a Tortosa a recibir las órdenes mayores en años sucesivos: subdiaconado, diaconado y presbiterado de manos del obispo don Juan Izquierdo.

Vuelto a Valencia, se preparó para cantar su Primera misa. Mantuvo una relación fraternal con el beato Nicolás Factor, quien, poco antes de morir le presentó a san Luis Beltrán, con quien entablaría una estrecha amistad. El encuentro con el anciano Nicolás Factor, franciscano que gozaba fama de santo y extático, fue con ocasión de un exorcismo que comenzó el valenciano y concluyó felizmente fray Domingo. A partir de entonces, se veían con frecuencia: Nicolás acudía al convento de los carmelitas y ambos se comunicaban cuanto se refería a sus almas. Domingo se encontró presente a la muerte del franciscano en Valencia el 23 de diciembre de 1583. En sus propias palabras:

Cuatro meses antes que muriese el santo padre fray Nicolás Factor, tuvo revelación de su muerte y de que el dicho religioso [él mismo, fray Domingo] quedaría en su lugar a ganar almas para Dios; y, tenida que hubo una noche esta revelación, fue antes de amanecer al dicho religioso y, dándole cuenta de todo, y de como había de quedar con los raptos o éxtasis ordinarios que él tenía, el religioso se afligió mucho porque le dio grande temor el haber de andar toda la vida con cosas tan exteriores y peligrosas. Y así le rogó instantemente que pidiese a nuestro Señor que, si era posible, no lo dejase en estos peligros, que él holgaría más de padecer trabajos y dolores por su amor, que no tener, con peligro de perderse, los regalos sobredichos. Quedó de pedirlo a nuestro Señor, y con esto se partió. Pasados algunos días, volvió a él diciendo que le era concedida la gracia; y que así los éxtasis y raptos se le convertirían en dolores, y que así, en las fiestas de nuestro Señor y de nuestra Señora, y de otros muchos santos y santas principales y devotos suyos, los padecería, y muy grandes; y que había dado mucho gusto a nuestro Señor esta su demanda, y que así se le daría todo aquello que se le había dado en los raptos, y mucho más, para sí y para los prójimos; que padecería muchos dolores, trabajos y testimonios, que de todos le libraría nuestra Señora, pues en solo él tenía toda la confianza; y que del todo no cesarían los raptos, aunque sí hacia el fin, y otras cosas particulares. El padre fray Nicolás Factor murió

puntualmente al fin de los cuatro meses, conforme le había estado revelado, y puntualmente se cumplió y cumple todo lo que le había profetizado. Aquel le dijo también que, aunque se escondiese debajo de la tierra, de allí lo sacaría el Señor, porque no solo tuviese cuidado de sí, sino también de los otros; para todo lo cual le daría tanta luz y gracia, que se vería la mano del Señor sobre su cabeza, la fuerza de su divina palabra en su lengua, y el espíritu de la profecía; y que la imposición de sus manos sanaría los enfermos, y resucitaría los muertos con la fuerza de su oración; y que hasta sus vestiduras harían en vida y en muerte muchos milagros y maravillas; y que ganaría tantas almas al Señor, que confesarían las criaturas que el dedo de Dios estaba en él; y otras cosas, todas las cuales le causaban harta vergüenza siempre que sucedían; y así siempre pedía al Señor que lo que hubiese de ser fuese sin publicidad (*Relación:40v-42v*).

A san Luis Beltrán, según Pedro de Santa Teresa, lo amó también muy especialmente, como a un padre a quien confiaba su alma y seguía sus consejos.

Aunque este periodo valenciano no parece que le ayudara mucho a la profundización de sus estudios, sí le supuso un tiempo rico de actividad. Aquí le ocuparon en el oficio de ayudante del sacristán para el cuidado y aseo de la iglesia, ornamentos y vasos sagrados. Continuaba dedicando todo el tiempo que podía a la oración y contemplación. Aunque el oficio de sacristán mayor se encomendaba, por lo común, a un religioso anciano, habiendo cuenta con la modestia y virtud de Domingo, se lo confiaron a él no sin que este se resistiera a dejar de ocuparse de los oficios más humildes.

Había ido el rey Felipe II a Valencia, en noviembre de 1585, a celebrar cortes y para la jura del príncipe heredero, llevando consigo, también, a su hija la infanta Isabel Clara Eugenia (de diecinueve años), quien deseaba mucho conocer y a fray Domingo y hablarle por todo lo que había oído de él.<sup>29</sup> Condescendiendo el rey, fue un día con sus hijos a la iglesia del Carmen y, acabada la misa, pasaron al claustro y mandaron venir al carmelita. Este, temiendo que le buscaran, se había escondido en la bóveda donde nadie pudiera encontrarle. El provincial le llamó en voz alta que pudiera ser oída en todo el recinto, y al reclamo de la obediencia religiosa se hizo presente y saludó con una humildad y modestia que complació al rey. El monarca y los príncipes le invitaron a que fuera a palacio con frecuencia para que pudieran hablar. Domingo respondió que haría lo que le ordenase la obediencia de sus superiores, de quien solo dependía. Desde entonces, el rey le tuvo en mucha estima y le llamaba para pedir consejo sobre diversas materias. La infanta, por su parte, le confió su conciencia y le pidió que la instruyese en

---

<sup>29</sup> En 1585, durante el segundo semestre, se celebraron las Cortes generales de la Corona de Aragón. Durante las mismas, el príncipe Felipe fue jurado como sucesor primero por los valencianos el 7 de noviembre, el día 9 por los aragoneses, y el 14 por los catalanes.

materia de oración. Obedeciendo a su provincial, Domingo acudía de vez en cuando a predicar en palacio con satisfacción de quienes le escuchaban. Esta relación con la familia real tendría continuidad cuando, ya carmelita descalzo, fuera trasladado a Madrid, y, particularmente con la infanta Isabel Clara Eugenia en Bruselas a partir de 1621 con ocasión de la muerte de su esposo el archiduque Alberto. Con ella mantendría contacto epistolar hasta el final de su vida.

Murió el provincial Jaime Ximeno, a quien la popularidad de su súbdito no parecía crearle preocupación. Le sucedió otro que no conocía lo que valía fray Domingo, y le fue contrario. Los más siguieron el desvío que el nuevo superior mostraba por su compañero. También entre el público los había escépticos hacia sus éxtasis, milagros y profecías.

La virreina de Valencia, en cambio, consciente de este desamor, aumentaba su aprecio por el fraile carmelita. Por entonces, 1588, se estaba formando la armada Invencible a la que se había de incorporar un hijo del virrey y la virreina. Esta lo encomendó a las oraciones de fray Domingo y le preguntó, indiscreta, cómo había de suceder. Después de consultarlo con el Señor, el carmelita la informó del desastroso final que sobrevendría, y le aconsejó que a su hijo ni a persona querida expusiera a tal peligro. Se hizo público este mal anuncio, y ello fue motivo para que se conjuraran contra fray Domingo no solo todos los políticos y cortesanos, sino muchos eclesiásticos, y no solo los émulos de su orden, sino otros religiosos antes aficionados a él, llegando hasta calumniarle y atribuirle que inventaba los éxtasis y fenómenos místicos para ganar aprecio y riquezas y más libertad para tratar mujeres.

Por entonces, un sermón predicado por el dominico Luis Beltrán contribuyó involuntariamente a exacerbar los ánimos. Predicaba este, en general, que los éxtasis no tenían por qué ser siempre sobrenaturales; que podían ser simples hechos humanos. Después de traer algunos ejemplos de sucesos acaecidos en tiempos de san Vicente Ferrer, dijo que quizás no todos los fenómenos místicos contemporáneos fueran auténticos. El pueblo creyó que se refería a Nicolás Factor y Domingo Ruzola. Para añadir más fuego a la hoguera, llegó por entonces a toda España la noticia de la confesión de superchería por parte de la famosa dominica de Lisboa que decía tener impresas las llagas de Cristo.<sup>30</sup> Acusado de haber tenido correspondencia epistolar con

---

<sup>30</sup> Sor María de la Visitación, dominica, entró en el convento de la Anunciada, de Lisboa, a los once años; allí profesó tiempo después llevando una vida ejemplar que le atrajo la elección como priora con solo treinta y dos años. Movida por el afán de ser tenida por santa, inventó haber recibido las cinco llagas de Cristo en manos, pies y costado, y coronada con la corona de espinas; estos embustes los abonaba con relatos de continuas apariciones sobrenaturales; al principio, y durante años, consiguió pasar diversos exámenes que llevaron a pronunciarse a su favor a las autoridades religiosas (provincial y general dominicos, inquisición, curia romana y papa Gregorio XIII) y a la autoridad civil (cardenal infante y rey Felipe II). Quizás quien más sintió haber sido en-

ella, fray Domingo fue acusado del mismo engaño y, con falsedad, de asegurar que también él tenía las llagas impresas en sus manos y costado. En esta ocasión, el patriarca de Valencia, don Juan de Ribera intervino desde el púlpito para defenderlo, con lo que se alejó la malevolencia de los eclesiásticos, pero no así de algunos de sus correligionarios.

Se le llegó a denunciar al Santo Oficio. Este le examinó y, después de haber escuchado a treinta y nueve testigos, reconoció no hallar en él ni en sus éxtasis nada reprochable; que «habiendo conferido, y hallado verdaderas sus profecías, no había razón para prohibirlas por falsas o recogerlas; y que, en cuanto a la armada y jornada de Inglaterra, se debía suspender, para no errar, el juicio hasta que se viese el suceso» (Agustín:51). La sentencia se leyó el 6 de febrero de 1590. Se aconsejaba que fray Domingo saliese lejos de ese foco de notoriedad. Pero él mismo ya lo había procurado, y para esa fecha estaba en el noviciado de carmelitas descalzos de Pastrana (Guadalajara).

---

gañado fue fray Luis de Granada que, anciano y casi ciego, dictó una hagiográfica *Historia de sor María de la Visitación*, que no se publicaría hasta 1962, y una posterior retractación, el *Sermón de las caídas públicas*, con el que intentó evitar el escándalo de quienes habían creído en aquellas supercherías. El descontento y las denuncias surgieron de dentro de su propio convento, dando lugar al fin a un examen a fondo de parte de la Inquisición, que descubrió el engaño, y la sentencia y dio cuenta pública de sus conclusiones.



## CARMELITA DESCALZO

Había muerto en 1582 santa Teresa de Jesús. Su reforma crecía con la fundación de nuevos monasterios no solo de monjas, sino que también se multiplicaban los conventos de frailes, sobre todo durante el mandato del primer provincial, el padre Jerónimo Gracián. Ahora mandaba, con otros designios, el padre Nicolás Doria.<sup>31</sup> Fray Domingo, que había deseado siempre la mayor perfección, pensó hacerse descalzo. Lo consulto en su oración y entendió que debía hablar con su superior y hacer lo que este le dijera; y si era que no, que siguiera insistiendo. Primero, el provincial se lo negó creyendo que sería suficiente, para huir de la fama que le rodeaba y de la que se quería alejar, instalarse en el convento de la villa de Onda, distante de Valencia unos 70 kilómetros; pero lo pequeño del lugar y el natural más indiscreto de la gente sencilla hizo que el famoso carmelita fuera recibido allí con mayores aclamaciones y aplauso de las gentes. A los pocos días, salió de este apuro al recibir carta del provincial en que le daba licencia para pasarse a los descalzos, y le decía que él mismo estaba decidido a dejar el provincialato y pasarse con él al Carmelo reformado. Temiendo que esto pudiese retrasar sus propósitos, y haciendo uso de la licencia recibida, fray Domingo no esperó y marchó al convento recoleto de San Felipe de Valencia, donde le estaban esperando hacía tiempo.

Los carmelitas descalzos habían llegado a Valencia en 1589. Era el arzobispo, san Juan de Ribera, quien había querido traer primero a las monjas de santa Teresa. Le había hablado de ella y de sus fundaciones el obispo de Ávila, don Álvaro de Mendoza. Pidió a la santa que fundara en Valencia. La santa se negó por cuestión de jurisdicciones: el obispo quería tenerlas sujetas a él, y la fundadora quería que dependieran de los padres carmelitas descalzos. Las monjas no vinieron entonces, pero lo hicieron después de la muerte de la santa fundadora, el año 1588, después de ponerse de acuerdo

---

<sup>31</sup> La diferencia de criterios originó un famoso conflicto de tristes consecuencias. Para el conflicto Gracián-Doria, véase Sebastián [2021:14-21].

las partes. El provincial, Elías de San Martín, pidió al patriarca Juan de Ribera poder fundar también un convento masculino. El prelado aceptó con gusto, y le ofreció, para comenzar, una pequeña casa que era de su propiedad. Se llamaría de San Felipe. La toma de posesión no pudo ser antes del 28 de marzo de 1589 en que está fechada una carta de Felipe II al virrey de Valencia, Francisco Moncada, marqués de Aytona, en que le encargaba la fundación del convento de descalzos a pesar de la oposición de la ciudad. Los motivos de la oposición eran dos: el primero, que los valencianos se resistían a mantener más instituciones sin rentas propias; el segundo, que juzgaban lesiva para los derechos de la ciudad la intervención del rey. A pesar de todo, el aprecio que tenían por los carmelitas tanto don Juan de Ribera como el virrey consiguió allanar las dificultades, y los descalzos pudieron comenzar su vida regular en la ciudad del Turia.

Domingo pidió el ingreso en los descalzos al prior de San Felipe, que era fray Manuel de Jesús. Este no dijo sí ni no. Consultó con el vicario general, Nicolás Doria. Doria, en principio no se sentía atraído por la idea de incorporar otro extático (ya había unos cuantos). La insistencia de Domingo consiguió que, al fin, el órgano de gobierno establecido por Doria, la Consulta, diese su autorización. Allí, en San Felipe, cuando contaba treinta años, comenzó fray Domingo de cero con toda humildad, a las órdenes del maestro de novicios. Pero el concurso de la gente que le buscaba no cesó. Los superiores reconocieron que aquel lugar no era suficiente para el retiro que Domingo quería practicar, por lo que le enviaron a seguir su noviciado en Pastrana, en la provincia de Guadalajara, que era el segundo convento más antiguo de los frailes, fundado personalmente por santa Teresa en 1569. Fray Domingo fue allí un dechado de novicios:

Hombre era ya y muy hecho; pero de tal modo se ajustó a la condición pueril de los demás niños, sus discípulos, que en el trato y candidez exterior parecía aventajarse a todos. Solo en la virtud y ejercicio heroico de ella se mostraba varón robusto ... Hubo en aquel año tantas enfermedades en el convento, que, por no haber quien ayudase en los oficios comunes, era fuerza encargárselos todos, y acudía a ellos con tanto gusto y puntualidad, que fue no menos consuelo de los dolientes, que alivio y edificación de los sanos. Él fregaba, él barría, él limpiaba los vasos inmundos, él hacía las camas y, finalmente, no perdonaba trabajo a que no se esforzase con ánimo fervoroso. Cuando, después de acabar con las ocupaciones, era tiempo de que tomase algún descanso, se daba todo al espíritu pasando en vigiliass gran parte de la noche por que los demás, por cuya cuenta corría la oración perpetua que en aquel convento se tiene por el príncipe Ruy Gómez, duque de Pastrana,<sup>32</sup> durmiesen (Pedro de Santa Teresa:80).

---

<sup>32</sup> Ruy Gómez. príncipe de Éboli había hecho donación al padre Ambrosio Mariano (Mariano de San Benito) de la ermita de San Pedro de Pastrana, donde se hizo el convento de frailes.



Transcurrido el año, hizo su profesión solemne, el 22 de noviembre 1590, a la edad de 31 años, repitiendo los tres votos que ya había hecho en la observancia (véase Pedro de Santa Teresa:81).

## EN MADRID

Enseguida, por orden del vicario general Nicolás Doria, le mandaron al convento de San Hermenegildo de Madrid. Hicieronle ayudante del maestro de novicios, al que había de suplir frecuentemente por tener que atender este a otros ministerios. La piedad y virtudes ejercidas en modo heroico por Domingo, así como las conversiones y otros hechos milagrosos obtenidos por medio de su oración, tenía a todos admirados. Según recogen los biógrafos, fue por entonces cuando Dios le dio un segundo ángel de la guarda, de más categoría «para conservarse firme su virtud sobre el fundamento de la humildad, combatida del viento de los aplausos; y de dos tan grandes enemigos como la enemistad declarada de los demonios y la indiscreta amistad y devoción de los hombres» (Agustín:64; véase Pedro de Santa Teresa:91-93; Caramuel:128). Una vez más, como antes en Valencia, temiendo los superiores que pudiera haber intervención diabólica, mandaron a algunos religiosos y doctores que examinasen su espíritu. Estos, de acuerdo con la regla que da santo Tomás para estos casos, hallando que las revelaciones y éxtasis de fray Domingo no paraban en sola especulación, sino que conducían siempre a su aprovechamiento y al del prójimo, y que sus efectos eran en él la humildad, la prontitud para obedecer y la tolerancia y paciencia en todo género de injurias y trabajos, declararon de común acuerdo que en seguir su espíritu, aunque singular, no había nota, ni sospecha de peligro (véase Agustín 65).

Enviáronle a que estudiara teología en el convento colegio de San Cirilo de Alcalá.<sup>33</sup> También en aquella ciudad universitaria recibió, a su pesar, aplauso y admiración. Estuvo poco tiempo. En 1593 lo encontramos ya en Barcelona.

## EN BARCELONA

El 18 de julio de 1588, el capítulo general celebrado en Madrid acordó dividir la joven (y pujante) congregación en cinco provincias, entre las cuales figuraba la de San José de la Corona de Aragón, que comprendería los conventos de Barcelona, Mataró, Tárrega y Génova. Entre 1589 y 1591 se añadirían los de Perpiñán, Lérida, Tortosa, Gerona y Tamarite de Litera. Una grave peste, sufrida en Cataluña, y en particular en Barcelona el año 1589, supuso un

---

<sup>33</sup> El colegio de Alcalá se había fundado, después de Pastrana, para facilitar la formación académica de los frailes en aquella universidad.

cierto retraso en los planes de expansión. Murieron, a consecuencia de la epidemia, varios carmelitas descalzos, algunos de ellos contagiados mientras atendían a los apestados.

El traslado de fray Domingo tuvo lugar poco después de estos hechos. Había acudido a Alcalá el prior de Lérida para captar voluntarios que fueran a ocupar en Cataluña los puestos que habían dejado los fallecidos. Junto con la falta de manos para sacar adelante los trabajos que ya tenían, les expuso con convencimiento las grandes perspectivas que aquella provincia presentaba para la expansión de los descalzos. Varios estudiantes se mostraron dispuestos; entre ellos, Domingo de Jesús María. Esto sucedía en 1593. El provincial de Cataluña, Domingo de la Presentación, le destinó a Barcelona, donde podría seguir los cursos de teología. En efecto, desde el capítulo provincial de 1590 el convento barcelonés de San José había sido constituido como colegio para el estudio de la teología, mientras que el de Lérida se destinó al estudio de artes (filosofía). Allí permanecería, según propia confesión, dos años y medio.<sup>34</sup>

Faltando ya enfermos que cuidar, encomendaron a los recién llegados que se dedicasen a confesar. Obtuvo Domingo muchos frutos en este ministerio, también haciendo recordar a algunos culpas secretísimas ya olvidadas, y sacando a otros del poder del demonio con el que tenían firmada cédula de entrega.

Después de una primera temporada en que consiguió pasar inadvertido, las revelaciones y éxtasis que le concedía Dios eran tan numerosas y tales que cundió su fama, de manera que entre sus propios contemporáneos era llamado «el taumaturgo».<sup>35</sup> Por haber sido representado después en pintura, y colocado en el altar mayor de la capilla erigida en su casa natal, relataremos aquí el siguiente prodigio:

Año 1593. Desde el día de la Asunción de la Virgen andaba arrebatado su espíritu con frecuencia. Hasta finales de agosto vivió una especie de desposorio espiritual. El 20 de ese mes, fiesta de San Bernardo, sobrevino sobre la ciudad de Barcelona un violento temporal. Los frailes subieron a cumplir los ritos previstos para estas ocasiones a una sala del último piso en que había una ventana que permitía ver un amplio panorama de la ciudad. Corresponde a Domingo officiar el rito. Cuando hubo pasado el temporal, los frailes fueron marchando a sus ocupaciones. Quedaron solos Domingo de Jesús María

---

<sup>34</sup> «De Alcalá fue a Barcelona con ocasión de que el provincial de aquella provincia de Cataluña había venido a buscar religiosos que fuesen a ayudarles a Barcelona, porque había peste en aquella ciudad y habían muerto ya cinco religiosos, y con esta ocasión ofreció su vida de muy buena gana por sus hermanos, y así fue en compañía del provincial a ayudarle, aunque, cuando llegaron, ya la peste iba cesando, y con esta ocasión estuvo dos años y medio en la casa de Barcelona» (*Relación:92r-92v*).

<sup>35</sup> Véase el testimonio de Jerónimo Gracián en Sebastián [2021:260].

con Antonio de San Bartolomé, y fray Bartolomé del Santísimo Sacramento. Este, que no había asistido nunca a un arrobamiento, quedó impresionado del modo en que se había absorto fray Domingo durante el exorcismo. Decidió darse más a la oración, y conocer más acerca de éxtasis y contemplación. Buscaba la ocasión de poder ir a la celda de Domingo por si podía ver algo de extraordinario. Comunicó su interés a los otros dos religiosos que iban de vez en cuando adonde fray Domingo con la misma intención. Decidieron los tres ir aquella noche y la próxima. Lo que vieron lo relatan en sendos libros manuscritos, como testigos de vista, Antonio de San Bartolomé,<sup>36</sup> y Antonio de la Cruz,<sup>37</sup> del que copian, con variantes, los demás: se le apareció la Virgen con san Bernardo y muchos otros santos de su devoción; y nuestra Señora, como había hecho en otro tiempo con san Bernardo para premiar lo mucho y bien que hablaba de Ella, le dio a beber el néctar de sus pechos virginales (véase Antonio de San Bartolomé:179-180; Antonio de la Cruz:21-21v; Pedro de Santa Teresa:113-114; Filippo 1668:180-181; Agustín:71; Caramuel:139; Domín:32-33).

Antonio de San Bartolomé atestigua:

Asistiendo nosotros en su celda para ayudarle y socorrerle en sus necesidades, vimos todos tres, que, como tengo dicho, se llamaban los dos fray Antonio de la Cruz y fray Bartolomé del Santísimo Sacramento, y yo el infrascripto ... Al fin, viendo una cosa tan extraordinaria, queriéndonos más certificar de todo, por si otra vez sucediese, metió uno de nosotros la luz en la celda, y vímosle hacer y decir tales cosas, que por ellas entendimos que estaba presente Jesucristo nuestro Señor y la Virgen, como él después, alegándole sus propias palabras, nos lo confesó, porque le vimos hacer con la boca algunas acciones como de niño que mama... (Antonio de San Bartolomé:179r-179v).

Esto es lo que representa el lienzo del oratorio de Nuestra Señora del Buen Parto en su casa natal, en el que se ve salir un chorrito de leche del pecho de la Virgen directamente a la boca del venerable Ruzola.

El relato del padre fray Pedro de Santa Teresa es el más circunstanciado (y elegante):

Entre los demás santos que con Cristo se aparecieron, fue uno san Bernardo, con el cual, en presencia de la Santísima Virgen, tuvo el venerable

---

<sup>36</sup> *Libro de la vida y milagros del padre fray Domingo de Jesús María, que por otro nombre se llamaba fray Domingo de Ruzola*, ocupa los folios 157-192v del volumen facsimilar a nombre de Antonio de la Cruz, Mss/3163 de la Biblioteca Nacional de Madrid. En el último folio escribe una autenticación de lo que acaba de escribir: «Este tratado de la vida de nuestro venerable padre y amigo fray Domingo de Jesús María le compuse yo, fray Fernando Caldera, que entre los padres carmelitas me llamaba fray Antonio de San Bartolomé, por mandato de nuestro reverendo padre fay Alonso de Jesús María, como lo vi y oí al dicho padre fray Domingo, y por ser verdad lo firmé di mi nombre, siendo Co-rector de esta villa de Madrid» (Antonio de San Bartolomé:192v).

<sup>37</sup> Ver nota 11.



**Figura 6.** Detalle del retablo del oratorio de Nuestra Señora del Buen Parto. (Foto: Asociación Torre Albarrana)

padre una amorosa cuanto humilde contienda: que, viendo que su devoción y amor para con aquella gloriosísima Señora prefiriese a la suya, no viniendo el santo en ello, alegó en su favor los servicios que había hecho, con las mercedes y regalos que, en retorno, había recibido de su liberal mano; especialmente, aquella de haber sido alimentado con la purísima leche de sus preciosos pechos. Volviéndose entonces el venerable padre a la Virgen, lleno de una santa envidia, le dio una como amorosísima queja porque, siendo su amor tan antiguo, tan cordial y tierno como ella sabía, no había llegado a merecerle tantas veces aquel favor. Queriendo al mismo tiempo mostrar la Virgen el que a su siervo tenía, y satisfacer, si así se puede decir, a su queja, vuelto el rostro a san Bernardo, le dijo: «Yo a ti, Bernardo, te di la paga adelantada; y, obligado por la leche que te di, me amaste; pero Domingo antes de recibir los favores me amó; por lo cual, quiero mostrar el que le tengo haciéndole las mercedes que a ti hice». Y, llegándose a él, le abrazó y dio leche de sus pechos santísimos. Los religiosos que le acompañaban, habiendo ya entrado la luz en la celda [la había apagado antes Domingo por pudor], veían como tragaba, aunque no la leche ni a quien se la daba (Pedro de Santa Teresa:113-114).

Aunque en su relación de sucesos extraordinarios escrita por obediencia que se conserva en Roma (*Relación*), no menciona este lance espiritual en particular, lo acredita diciendo de sí mismo: «Diole a beber la Virgen Santísima de la leche de sus pechos, y Cristo nuestro Señor, de la sangre de su costado» (*Relación*:155v).

En este tiempo de residencia en Barcelona, dedicó tiempo a confesar, también, a las monjas carmelitas descalzas, entre ellas su fundadora, Catalina de Cristo (de Balmaseda y San Martín), que había sido compañera de santa Teresa. Leonor de la Misericordia, compañera de Catalina desde los tiempos en que habían coincidido en la fundación de Pamplona, escribiría en 1594 una *Relación de la vida de la venerable Catalina de Cristo*,<sup>38</sup> por mandato del padre Ruzola.<sup>39</sup>

El monasterio de monjas carmelitas descalzas de Barcelona había sido fundado el 14 de junio de 1588, por iniciativa del primer fraile catalán Juan de Jesús Roca, con siete monjas, entre las cuales se contaba Catalina de Cristo, que había ingresado en Medina del Campo (Valladolid) en 1571. A

---

<sup>38</sup> *Relación de la vida de la venerable Catalina de Cristo, religiosa carmelita descalza. Hecha por sus hijas en este convento de la Purísima Concepción de la Madre de Dios. En Barcelona. Año de 1594.* Así reza la portada del manuscrito autógrafo que Leonor de la Misericordia había preparado para la imprenta, y que se conserva en el convento de San José de carmelitas descalzas de Pamplona. Se imprimió por primera vez en edición de Pedro Rodríguez e Ildefonso Adeva en Monte Carmelo, Burgos, 1995.

<sup>39</sup> «Reverendísimo padre fray Domingo de Jesús María: El entender es gloria de nuestro Señor tener en la memoria las muchas virtudes que resplandecieron en todo el discurso de la vida de nuestra madre Catalina de Cristo ... nos ha hecho alargar en lo que vuestra reverencia nos ha mandado escribir» (Carta de las Carmelitas Descalzas al padre Domingo de Jesús María, Barcelona, 19 de abril de 1595, *apud* Rodríguez 1995:405).

esta mandó santa Teresa como priora a Soria en 1582; en 1583 fue llamada a fundar el monasterio de Pamplona, de donde pocos años después vino a comenzar en Barcelona. En palabras de Ruzola, y refiriéndose a sí mismo:

En el tiempo que estuvo en Barcelona fue confesor ordinario de las monjas descalzas, y en ese mismo tiempo era priora de aquel convento aquella gran madre y santa religiosa, compañera que fue de nuestra santa Madre, la cual la envió a fundar aquellos dos conventos de Pamplona y Barcelona, que se llamaba Catalina de Cristo, cuya vida no es menos maravillosa que la de nuestra santa Madre, como se puede ver en el libro que de su vida hizo escribir a las religiosas de aquel convento después de su muerte, como testimonios de vista de sus heroicas virtudes, para su aprovechamiento y para memoria y ejemplo de todas ellas y de las demás. Porque, ¡cómo no ha de quedar en memoria una tan grande caridad, y amor de Dios tan encendido, que muchas veces la vio, y la vieron, que del corazón le salían llamas de fuego visibles, que pasaban las vestiduras, y aun después de muerta! Y veía este religioso, cuando la confesaba, muchas veces, estas flamas, que, como relámpagos hacían resplandecer el confesonario. Mas lo que mucho notaba eran sus grandes virtudes; porque tenía tantos deseos de padecer por amor de Cristo Señor nuestro, y de ser toda suya, que por eso fue llamada Catalina de Cristo, y en señal de que en esta le daba mucho gusto, le dio el Señor bien en qué merecer todo el tiempo de su vida con grandísimas enfermedades y dolores, padecidos con tanta alegría y paciencia cuanto continuamente los deseaba y los pedía al Señor y los tenía por gloria.

Ayudola a morir, y no parecía ella la que moría, sino la que ayudaba a bien vivir y morir a los que estaban presentes; porque, con el grande amor que tenía al Señor, estaba de Él tan enamorada, y de su Cruz Santísima, que no hay esposo en el mundo que tales cosas supiese decir a su esposa, como ella le decía.

Para con las religiosas parecía un predicador apostólico, o un ángel; y para sí, en vida y en muerte, era más con las obras que con las palabras un juez rigurosísimo, y así se humillaba haciendo grandísimos actos de humildad y de propia confusión. Mas finalmente, prevaleciendo el amor, volviéndose a su amado Cristo Señor nuestro, que la visitó visiblemente en aquella hora de su felice tránsito juntamente con la Virgen Santísima, y san José, y con nuestra santa Madre, y con san Juan Bautista, que fue el intercesor que tomó cuando hizo voto de castidad de ocho a nueve años, entregó su espíritu al Señor, el cual, como a esposa amantísima, la llevó en su compañía a su santa gloria acompañada también de muchos ángeles, y de otra numerable compañía, estando presente y viendo todo esto y más el sobredicho religioso (*Relación:92r-93r*).

El 3 de enero de 1594 acudieron el rector del convento de San José, Bautista de la Trinidad, y fray Domingo, requeridos para atender a la priora en sus últimos momentos. El rector la confesó y le administró los últimos sacramentos mientras fray Domingo leía la Pasión según san Juan. A las diez de la noche, cuando expiró Catalina, fray Domingo entonó un Tedeum. A la

mañana siguiente rehusó los ornamentos negros que le habían preparado y utilizó los blancos para celebrar no la misa de difuntos sino una de Santa María (véase Leonor de la Misericordia 193-195; Filippo 1668:197). Días después, el 10 de febrero, explicó a la priora Ana de los Ángeles y a Leonor de la Misericordia que la misma noche en que murió Catalina, había visto su alma en la gloria de los santos (Giordano 1991:77n72). Su biografía la escribió Leonor de la Misericordia entre el 19 de abril de 1594 y el 1 de marzo de 1595 (véase Leonor de la Misericordia 405): fray Domingo podría leer tardíamente, en 1613, ya en Roma, una copia que le envió la autora.

Catalina había sido enterrada en la iglesia del monasterio junto a la grada del coro, en un lugar muy húmedo. Las monjas quisieron exhumarla para ponerla en un sitio más adecuado, pero fray Domingo indicó que no se hiciera hasta pasado un año. La ocasión se presentó en verano de 1594 cuando se extendió la noticia de que los superiores querían enviar a fray Domingo a Toledo. Las monjas insistieron en trasladar los restos de la fundadora, y el religioso, que preveía y esperaba encontrar el cuerpo incorrupto, dispuso que a la exhumación estuvieran presentes solo cuatro monjas. Se procedió el 9 de agosto de ese año 1594. Presentes, las cuatro religiosas y fray Domingo con un compañero, encontraron el cuerpo sin señales de corrupción a pesar de que las ropas que la vestían se habían desecho. Después de haber limpiado y vestido adecuadamente el cuerpo, fue llamada toda la comunidad a venerarlo. A primeros de septiembre, cuando fray Domingo abandonó Barcelona, la priora Ana de los Ángeles le confió cartas para el provincial de Aragón, Alonso de los Ángeles, que se encontraba en Zaragoza, y para el general Elías de San Martín con las informaciones sobre lo acaecido. Fray Domingo se encargó de transmitirlo, también, de viva voz (véase Leonor de la Misericordia:210-211; Filippo1668:198).

El 9 de febrero de 1597, el general Elías de San Martín encargó al provincial de Aragón que solicitara del obispo de Barcelona el examen de la vida y milagros atribuidos después de su muerte a la madre Catalina, e hiciera examinar por médicos el cuerpo para certificar si la incorrupción podría considerarse de orden sobrenatural, y enviar los resultados al defensorio general. Fray Domingo, a distancia, alentaba estos procesos convencido de la santidad de la fundadora por las cosas que él mismo había visto el tiempo que la trató. En una carta escrita a Leonor de la Misericordia un año después, le decía haber hablado sobre Catalina de Cristo al general en Toledo y haber interesado al confesor del rey con ocasión de haber sido invitado a comer con él (véase Giordano 1991:78n277). Más tarde, en 1604, los superiores religiosos dispusieron que el cuerpo incorrupto se trasladase a Pamplona, donde desde entonces se venera. Fray Domingo, que a la sazón se hallaba de nuevo en Barcelona para embarcarse a Italia, fue encargado de acompañar los restos hasta la ciudad navarra. Después de hacer entrega, se volvió inmediatamente (Leonor de la Misericordia:226).

En Barcelona, no solo ejerció el sacramento de la penitencia con las monjas, sino también con laicos, a pesar de que solo recibió las licencias para confesarlos al final de su estancia en Cataluña (véase Giordano 1991:78-79).

Acompañado por su provincial, visitó el santuario de Montserrat (Caramuel:163).

De entre los muchos prodigios que cuentan los testigos de su estancia en Barcelona, traemos aquí, por su interés literario, uno de ambiente muy cervantino, el de los bandoleros catalanes, narrado por Pedro de Santa Teresa con alusiones semejantes a las que probablemente, veinte años después, conoció de primera mano Miguel de Cervantes (véase Martín de Riquer 2005) y, desde luego, reflejó en los capítulos 60-65 de la Segunda parte del Quijote:

No menos rara que la referida fue la conversión de cierto caballero cabeza y caudillo de una escuadra de gente facinerosa que en Cataluña llaman bandoleros. Para cuya inteligencia es primero de saber que, estando un día el venerable padre con otro religioso mirando una cuestión de santo Tomás en su celda, vieron ambos caer sobre un papel blanco visiblemente algunas gotas de sangre. Admirado el religioso, quiso cogerlo; pero, adelantándose el venerable fray Domingo, lo asió y dobló a modo de carta, y así, a vuelta de otras,<sup>40</sup> lo dejó sobre la mesa. Llegole, pues, en este tiempo un pliego despachado con propio por el sobredicho caballero,<sup>41</sup> en que le significaba que, para consuelo suyo, y para poder comunicarle muchas cosas graves de su conciencia, tendría a gran dicha que se viesen en algún puesto del campo, ya que entrar en poblado a él no le era posible. No hallando ocasión el siervo de Dios para acudir a su consuelo, le respondió por escrito; y, queriendo cerrar la carta, dispuso el Señor (cuyos altísimos y profundísimos juicios nadie alcanza) que, en vez de poner cubierta a la que él había escrito, la pusiese, sin advertir, al papel blanco sobre que cayeron las gotas de sangre. Viendo el caballero de vuelta al propio y que no llevaba consigo al que tanto deseaba, quiso, triste, saber la causa; y, rompida la nema<sup>42</sup> al pliego, comenzó (¡oh clemencia y sabiduría grande de Dios!) a leer no la satisfacción que del venerable padre se prometía por no acudir a puesto señalado, sino todos sus pensamientos, todos sus homicidios, todos sus pecados, como si él mismo hubiera sido el secretario de ellos. Conociendo, por el efecto y luz sobrenatural que el Señor le hacía, ser Dios y no hombre quien había dictado aquel papel, pues a él solo era patente lo que en sí conservaba tan oculto, dejó el monte, fuese a la ciudad, buscó al bendito padre, y postrado, a suspiros comenzó con sentimiento grande a llorar sus desaciertos. Sabido por el siervo de Dios lo que pasaba, y cuán a lo milagroso quería ganar el cielo para sí aquella alma, la dispuso con amor y prudencia; y, hecha una buena y larga confesión, fue el

<sup>40</sup> 'juntamente con otras'.

<sup>41</sup> *despachado con propio*: 'enviado por medio de mensajero'.

<sup>42</sup> *la nema*: 'el cierre o sello'. La voz *nema*, en griego y en latín, significa 'hilo'. Antiguamente, las cartas se cosían con hilo y después se sellaban.



ejemplo con que después procedió a la medida del escándalo pasado (Pedro de Santa Teresa:137-138).

Estando todavía en los comienzos de la fundación (habían llegado en 1586), los religiosos pasaban mucha necesidad por el retiro y poco trato que tenían con los seglares. Pero dándose a conocer por medio del venerable fray Domingo y sus maravillas, comenzaron los caballeros y gente poderosa de la ciudad a mostrarse con los religiosos tan pródigos, que estos se veían obligados muchas veces a despedir las limosnas y presentes que les hacían por ser tantos y tan ajenos al estado de pobreza y penitencia que profesaban. Les enviaban a menudo la comida ya cocinada para todos, y limosnas y cosas necesarias para el uso común. Y, si no aceptaban lo que les enviaban, se lo dejaban por los rincones, o por fuerza se lo hacían tomar. De manera que en breve pudieron levantar iglesia y otras obras para el convento, y pudieron experimentar la promesa de Jesús a los que, olvidándose de sí y despreciando el mundo, trabajan por el reino de Dios (véase Pedro de Santa Teresa:165). La iglesia, dedicada a San José, sería bendecida el 3 de octubre de 1593, antes de que estuviera terminado el edificio. La ceremonia se celebró con asistencia de las autoridades civiles, que habían financiado en parte la construcción. Fray Domingo fue encargado de adornar la iglesia y la explanada que da a las Ramblas, así como el recorrido de la procesión, para lo que acudió a los muchos amigos que tenía para conseguir los tapices y adornos necesarios.<sup>43</sup>

Como continuaban y crecían los prodigios, y la estimación de parte de los sencillos, los envidiosos no lo podían sufrir. Volvió fray Domingo a ser víctima de nueva acusación ante la Inquisición que, de nuevo y tras examinarlo, declaró no haber nada que censurar. Al parecer, fue el propio superior del convento de Barcelona, fray Bautista de la Trinidad, quien denunció a fray Domingo a la Inquisición (véase Giordano 1991:79). El proceso comenzó el 2 de junio de 1594 y durante su desarrollo fueron interrogados, además del superior, otros dos religiosos de quienes no consta el nombre. A estos se les pidió, después de la deposición oral, una relación escrita. No consta que esta se llegase a hacer, como tampoco se siguió ninguna acción más después de este encuentro de fray Domingo con la Inquisición.

Fray Bautista de la Trinidad había informado a sus superiores de la denuncia que había presentado a la Inquisición. Estos pensaron sacar a fray Domingo de Barcelona y llamarlo a Madrid, y, con el fin de apartarle del trato con seglares, «sepultarle, como habían pensado, en el Desierto de Bolarque» (Pedro de Santa Teresa:182). Hacia el final de julio de 1594 llegó la noticia de que los superiores querían trasladarle a Toledo.

---

<sup>43</sup> La iglesia y el convento de San José fueron objeto de la violencia anticatólica, y quemados, en 1835. Sobre aquel solar de las Ramblas de Barcelona se alza hoy el conocido Mercado de la Boquería.

A comienzos de septiembre, Domingo salió de Barcelona en dirección a Madrid por orden del general Elías de San Martín. Se paró algunos días en Zaragoza donde se encontró con el provincial de Aragón, Alonso de los Ángeles, y le ayudó, con el concurso de algunas amistades suyas, en las gestiones para fundar un convento en la ciudad. La fundación de Zaragoza, convento de San José, sería inaugurada el 18 de diciembre de 1594.

## **A MADRID, Y DE ALLÍ A VALENCIA**

En Madrid fue recibido con poco agrado debido a las informaciones que le habían precedido. Después de examinar su espíritu, los superiores quedaron convencidos de su virtud, y decidieron, en lugar de mandarle al desierto de Bolarque, ponerle donde pudiera ser de provecho y edificación al prójimo. De manera que resolvieron que fuera a Valencia atendiendo las instancias de muchas personas que anteriormente allí le habían tratado, y para que ayudase a llevar la carga del gobierno del convento al padre fray Miguel de la Virgen con título de subprior. «Antes de partir, pareciéndole a uno de los padres definidores, llamado fray Nicolas de San Cirilo, no ser justo que de varón tan esclarecido y santo dejase de quedar alguna memoria en aquella casa de Madrid, pidió licencia al general para que fray Juan de la Miseria lo retratase y que a él le mandase en obediencia que diese para ello lugar, como se hizo» (Pedro de Santa Teresa:183). Declara el propio definidor:

Fui a nuestro padre general y supliquele fuese servido darme licencia para retratar a fray Domingo. Su reverencia me la dio con mucha facilidad, y pedí al hermano Juan de la Miseria me hiciese caridad de retratarme a fray Domingo, que ya tenía licencia de nuestro padre general. El cual, con mucho fervor, dijo que de muy buena gana le retrataría: que se lo trajese. Voy a la huerta y llámole. Y fuimos a la celda de fray Juan. Él, muy contento pensando que era para haber consejo u otra cosa. Dígole que se siente en un escabelete que estaba allí,<sup>44</sup> y al punto entendió para lo que era, y digo verdad como religioso, que se le puso el rostro como de difunto, diciendo: «Jesús, padre, no trate vuestra reverencia de esto, que no se sufre».<sup>45</sup> Y levántose del escabelete, y yo le dije que se sentase y callase, que nuestro padre general lo mandaba. Me salí cerrando la puerta ... Torné, pues, a ver cómo iba nuestro retrato, y estaba el más melancólico y encapotado; de manera que le dije a fray Juan con mucha cólera: «¿Qué diantres ha hecho aquí, hermano?» Él respondió: «¿Qué queréis que haga, que no quiere poner mejor gesto?». Yo le dije al fray Domingo con mucha risa de lo que fray Juan había respondido: «Ponga buena cara, como cuando está muy devoto y alegre con nuestro Señor y nuestra Señora». De lo cual le dio mucha risa. Y así, borró el retrato que tenía hecho

---

<sup>44</sup> *escabelete*: 'pequeño escabel o taburete'.

<sup>45</sup> 'que es demasiado'.

fray Juan, e hizo este que yo tengo conmigo, que, aunque le parece un poco, pero no tanto como yo quisiera (Nicolás de San Cirilo:150v-151r).

Del cuadro que afirma Nicolás conservar en su poder no se sabe hoy el paradero. En cuanto al relato, no puede dejar de recordarnos el lance de santa Teresa en el convento de Sevilla resistiéndose a la insistencia de Jerónimo Gracián para que se dejase retratar del mismo Juan de la Misericordia.<sup>46</sup>

Este Nicolás de San Cirilo era uno de los definidores que peor concepto se había formado de fray Domingo, y que había cambiado radicalmente al conocerle en persona: «Luego que le vi, me satisfizo tanto la sinceridad y pureza de palabras y acciones, que toda mi indignación y odio contra él al punto se me convirtió en gozo, amor y reverencia con este santo religioso, y lo mismo fue de todos los padres» (Nicolás de San Cirilo:148r).<sup>47</sup>

Se desconoce la fecha en que fray Domingo se incorporó al convento de San Felipe de Valencia, pero hubo de ser a finales de 1594. Allí ejerció el oficio de subprior hasta 1598. Los hechos acaecidos en esta segunda estancia en Valencia, al decir de fray Pedro de Santa Teresa, quedaron sepultados por el olvido o la negligencia de sus contemporáneos y por no haberlo puesto a tiempo por escrito. Entre otras cosas, atendió las confesiones de las carmelitas y encaminó a su convento la vocación de una señora noble y principal que se llamaba doña Teresa de Rebolledo, un caso complejo porque era casada con un rico mercader que, habiendo quebrado en sus negocios y acabado en la cárcel, concedió a su esposa el permiso de entrar en religión con tal de que renunciara a recibir posibles bienes de él.

En este tiempo, a finales de 1597, viajó a Madrid no se sabe por qué motivo. Allí hizo propaganda de su devoción por la difunta Catalina de Cristo. Y aprovechando un mes de vacaciones que le concedió el nuncio, estuvo en Toledo, donde visitó a las carmelitas descalzas.

Durante esta etapa valenciana comenzó el padre Ruzola su actividad literaria. Estaba escribiendo un libro que se titularía *Estimulo de amor y armonía espiritual ente la mortificación de las pasiones, purgación de los pecados, reformation de las costumbres, expulsión de los vicios e introducción de las virtudes etc.* Lo había

---

<sup>46</sup> «También acaeció que pintaba dentro del claustro fray Juan de la Misericordia; y un día le mandé que la retratase, y a ella que estuviese queda y se dejase retratar. Esto sintió ella mucho, porque era muy humilde; y no sintió tanto la descomodidad y grosería con que fray Juan la retrataba —que la hacía estar sin menearse la cabeza ni alzar los ojos mucho tiempo—, cuanto que hubiese de quedar memoria y figura de ella en el mundo. Y al cabo la retrató mal, porque, aunque era pintor, no era muy primo; y así, decía la madre Teresa con mucha gracia: “Dios te lo perdone, fray Juan, que, ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa”» (Jerónimo Gracián, *Peregrinación de Anastasio*, p. 217).

<sup>47</sup> Nicolás de San Cirilo, *Relación de las cosas que yo propio oí al purísimo y candidísimo padre fray Domingo*, se encuentra en el volumen facticio a nombre de Antonio de la Cruz, Biblioteca Nacional de Madrid, MSS/3163. La *Relación* de Nicolás ocupa los folios 148r-151v).

comenzado a petición de las monjas de Barcelona. Estaba redactado en forma de coloquio interior entre Cristo y su esposa el alma. Seguía el esquema de las tres vías espirituales, purgativa, iluminativa y unitiva. Su proyecto era, una vez terminado, enviar una copia a Barcelona para que las carmelitas lo dieran a la stampa en aquella ciudad. Apenas regresado de Toledo a Madrid, se había encontrado con el general, que esperaba ver el libro ya terminado. En cambio, había que seguir trabajando en él.

## PRIOR DE TOLEDO

En el capítulo siguiente, que se tuvo en Pastrana en 1598, lo eligieron prior del convento de Toledo; al punto acepto y partió, a pesar de la repugnancia que siempre tuvo a mandar.

Salió de Valencia y pasó por Zaragoza, donde fue acogido fervorosamente por la población. Como buen aragonés, no dejó de ir a besar el Pilar. Allí tuvo una visión que le sacó de la duda que albergaba acerca de si en verdad había estado el apóstol Santiago en España. En esta visión, la Virgen le certificó la presencia del apóstol en tierra española, y le mostró que el lugar exacto donde ella se le había aparecido era precisamente aquel que veneraba la antigua tradición. Sobre este suceso, contamos con dos relatos del propio padre Ruzola. Uno indirecto, en una «Copia de una carta o relación que de su misma letra escribió doña Ana de Mendoza y de la Vega, duquesa del Infantado, para nuestro padre fray Esteban de San José, general de los Carmelitas Descalzos», que forma parte del volumen facticio a nombre de Antonio de la Cruz citado (ff. 315r-316r):

En Guadalajara a 15 de enero de 1603. Estando en mi oratorio con el padre fray Domingo Ruzola, hablando diversas cosas le pregunté si había visto a nuestra Señora ... conjúrele tanto e hícele tanta fuerza, que me dijo, si le guardaba secreto ... y díjome que tres veces había visto a nuestra Señora, las dos con los ojos del cuerpo; la otra, en visión imaginaria o intelectual; y la primera vez había sido nuestra Señora del Pilar en Zaragoza; y que le había consolado mucho, porque le había, entre otras cosas, sacado de una duda que había muchos años hacía oración para que nuestra Señora se la declarase; y era saber si había venido Santiago a España; y que le dijo nuestra Señora que sí; y que ella le había venido a visitar; y le mostró el lugar donde apareció a Santiago y que es el mismo que se tiene en Zaragoza por tal; y que se lo mostró como estaba entonces; que era un campo junto al río, donde había algunos muladares, y estaba allí Santiago, de manera que vio todo lo que allí pasó (*apud* Antonio de la Cruz:315r).<sup>48</sup>

De esta carta da cuenta Giordano en su biografía (Giordano 1991:85). Desconocida por Caramuel, Antonio Agustín explica (Agustín:fv) cómo tuvo

<sup>48</sup> Pedro de Santa Teresa reproduce el mismo texto en su manuscrito, páginas 195-196.

conocimiento de ella primero en reproducción parcial, y luego en la copia que poseía el general de la orden, y la reproduce íntegra en su *Epítome* (Agustín:f2v-f3v). Concuerta en todo, salvo alguna ligera variante, con el texto reproducido parcialmente aquí arriba.

Es segundo relato, inédito, lo tomamos de la *Relación* escrita de propia mano por el venerable Ruzola en obediencia a sus superiores:

Le sucedió en nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; y fue que, enviándole el nuncio de España a componer en aquella ciudad, y en otra de Aragón,<sup>49</sup> algunas diferencias y otros negocios, habiendo de ir a la ciudad de Zaragoza, la reina Margarita le pidió que en aquel grande santuario de nuestra Señora del Pilar le dijese una misa pidiendo por su intención la gracia al Señor que la hiciese su sierva y que la diese sucesión para su reino. El cual lo hizo así.<sup>50</sup> Y acabada la misa, estando delante de su imagen, dando las gracias, se le apareció la Virgen Santísima sobre el mismo pilar donde está ahora la imagen de bulto, y le dijo: «Dudan algunos, hijo mío, de la venida del apóstol de mi Hijo a este lugar, y de que yo en él lo haya visitado y consolado. Él vino, y lo fabricó a mi honra ayudando con sus propias manos a los ángeles y a sus compañeros, y mi Hijo y yo, en agradecimiento, la hemos visitado, y visitamos, muchas veces, teniendo particular protección de esta mi ciudad, que soy el muro de ella, y así la he librado con mi presencia de ser muchas veces destruida. De la cual, y de este reino, también el apóstol es dado por muy particular protector, y sentirán nuestra particular protección e intercesión en todas sus necesidades siempre que de corazón recurrieren a este mi segundo santuario. Y porque has deseado saber esta verdad por mi honor, te la manifestamos ahora para que sea manifiesta a todo el mundo» (*Relación*:120v-122).<sup>51</sup>

Con gran facilidad y brevedad consiguió Domingo, por entonces, poner de acuerdo a los cabildos del Pilar y la Seo de Zaragoza sobre antiguas cuestiones de preeminencias, habiéndoselo encomendado el señor nuncio, que era a la sazón Domenico Ginasio, más tarde cardenal.

Ocupaba entonces la cátedra de la diócesis de Tarazona fray Diego de Yepes, que había sido confesor de santa Teresa, el cual rogó a fray Domingo que le pasase a ver de regreso a Madrid. Con él sostuvo sabrosos coloquios sobre la vida de la santa, en cuya biografía andaba entonces ocupado el señor obispo, y se supone que cumplió el encargo recibido del nuncio.

Llegó en su viaje, camino de Toledo, a Madrid, siendo recibido con gran alborozo. Allí tuvo noticia de la última enfermedad y, más tarde, de la muerte de Felipe II el 13 de septiembre de 1598. Desde que le había conocido en

<sup>49</sup> Tarazona, como se verá enseguida.

<sup>50</sup> Su petición fue escuchada: el primer hijo varón de la reina Margarita, futuro Felipe IV, nació el 8 de abril de 1605.

<sup>51</sup> Del encargo de la reina Margarita y de su éxito tratan Caramuel:191 y Agustín:99; pero no hacen ninguna mención de esta revelación mariana sobre el Pilar de Zaragoza.

Valencia el año 1585 rezaba muy particularmente por él. Durante esta enfermedad, fray Domingo arreció en las penitencias ofrecidas por su persona. Le fue dado en éxtasis ver que el monarca iba al purgatorio y, días después, subir al cielo acompañado por una multitud de santos, entre los que iban muy señalados san Lorenzo, san Luis rey de Francia y la madre Teresa de Jesús (véase Pedro de Santa Teresa:198).

No fueron muchos los meses que fray Domingo se detuvo en Madrid. Llegó finalmente a Toledo. En la ciudad imperial, siendo el prior, servía a todos como si fuera el último, al tiempo que ejercía la autoridad, cuando era necesario, con la fortaleza y severidad necesarias. Hizo ampliar los edificios, que resultaban escasos para la necesidad del convento. Esto fue muy criticado al principio; pero logró su propósito ajustando las aportaciones de los fieles con la compra de materiales y los jornales de los albañiles.

Fueron por entonces a Toledo los reyes Felipe III y doña Margarita, quienes honraron el convento de fray Domingo y su misma celda, donde quisieron conversar con él. Aquel viernes santo comieron los reyes con la comunidad en el refectorio ayunando, como los religiosos, a pan y agua, y mandando que se repartiera a los pobres la comida de su palacio. La devoción que le tenían los reyes le obligaba a ir a veces de Toledo a Madrid, porque gustaban conversar con él y oírle predicar, y consultarle asuntos de espíritu y conciencia.

### **DE NUEVO A MADRID Y, DE ALLÍ, A GALATAYUD, SU PATRIA**

En noviembre de 1599 fallecía el prior del convento de Madrid, y era elegido fray Francisco de la Madre de Dios, que lo era del de Pamplona. No pudiendo incorporarse este por el momento, fue elegido vicario suyo fray Domingo, por lo que hubo de venir de Toledo a la capital, con gran contento del rey y la reina, que lo tendrían más cerca y con mayor posibilidad de conferenciar con él.

Vivían los religiosos en un lugar desacomodado. Se les ofrecían dos solares donde se podrían trasladar. El rey en persona quiso, por el amor que tenía a fray Domingo, ir a verlos en persona y escoger el mejor. Al día siguiente comenzaron las obras con tanto brío y con tanta liberalidad no solo de los monarcas, sino de muchos fieles, que al cabo de un año estaba casi terminada la iglesia y se podían habitar algunas celdas.<sup>52</sup> Movidos por

---

<sup>52</sup> El primitivo convento de San Hermenegildo se fundó por orden de Felipe II en el año 1586 aprovechando inicialmente el solar de unas viejas casas de Ximénez Ortiz en la calle de Cataño, a espaldas de la calle de Alcalá. Esta ubicación fue provisional hasta que finalmente se trasladaron al nuevo convento en la confluencia de la calle de Alcalá y la Gran Vía en diciembre de 1605. Este templo se financió con donaciones. Derruido en 1870, se conserva su iglesia como edificio superviviente, y es hoy parroquia de San José.

la curiosidad y por los deseos de estar con fray Domingo, se presentaron los reyes a ver las obras y hablaron largo rato con él, honrando con su presencia la celda del carmelita antes y después de comer.

Sus muchas penitencias y ayunos le llevaron a adelgazar en extremo y debilitarse hasta el punto de necesitar la ayuda de un bastón para caminar. Y aunque ni los médicos que le envió la reina le hicieron cambiar su plan de vida, por obediencia a su superior, moderó sus sacrificios hasta recuperar alguna fortaleza corporal.

A partir de 1600 gobernó el Carmen Descalzo el padre fray Francisco de la Madre de Dios, quien decidió sacar de la corte a fray Domingo y enviarlo primero a Calatayud, y luego al desierto de Bolarque.

Para lo que sigue contamos con un texto, único e impagable, de Pedro de Santa Teresa que, para la estancia de Domingo en Calatayud y su comarca, contó con el testimonio directo de uno de los religiosos que convivió con él en aquel convento:<sup>53</sup>

Habiendo sido electo por general nuestro reverendo padre fray Francisco de la Madre de Dios, lo despachó luego a Calatayud, así por excusar el ruido que en la corte hacía, como para que con su asistencia ayudase a la nueva fundación que en aquella ciudad, patria suya, el año antecedente se había hecho.<sup>54</sup> No se vio nuestro padre frustrado del intento; porque, como la fama del siervo de Dios corría y era una por todas partes, deseaban los naturales gozar de los ejemplos de su paisano, de que hasta entonces habían estado privados por no tener allí convento la orden. Y admirando en él, cuando le vieron, lo que España toda admiraba, procuraron acudirle,<sup>55</sup> y acudir por su medio a los religiosos y convento, con que se fue disponiendo bien la fundación.

Antes (a lo que podemos entender) de pasar a ella, se detuvo algún día, o días, en Guadalajara, porque el afecto que la señora duquesa del Infantado le tenía no permitía menos ...

El edificativo modo con que el venerable padre procedió en Calatayud, y el aplauso que le hicieron el tiempo que allí se detuvo, depone el padre fray Francisco del Espíritu Santo por estas palabras: «Estando yo en la fundación de Calatayud el año 1600, llegó a aquel convento el santo fray Domingo de Jesús María, a quien nuestro padre Francisco de la Madre de Dios envió aca-

---

<sup>53</sup> En Antonio de la Cruz no viene nada al respecto, ni en Antonio de San Bartolomé, pues el relato de estos termina con la fundación del convento e iglesia de los padres carmelitas descalzos de Barcelona.

<sup>54</sup> Se había constituido gracias a una donación de don Guillermo o Guillén de Gotor (Caramuel:182; Agustín:94). La casa estaba cerca del puente de San Lázaro, y la fundación se había hecho el año 1588. Pasarían al edificio definitivo junto a la Puerta de Terrer en 1600 y permanecieron allí hasta la excomunión de 1835. Este edificio lo comprarían después, para trasladarse a él, en 1880, las monjas carmelitas (véase Sebastián 2020:16 y 35).

<sup>55</sup> 'asistirle, proporcionarle medios'.

bando de ser vicario de Madrid, con título de que ayudase a la fundación, por ser natural de aquella ciudad, y por apartarle de donde hacían mucho ruido sus arrobamientos. Llegó un día de la Pascua de Navidad, y, preguntándole aquella misma noche en la recreación qué llevaba de nuevo de Madrid, respondió que dos grandes prendas; y eran dos láminas pequeñas: una de nuestra madre santa Teresa de Jesús,<sup>56</sup> y otra de san Pedro de Alcántara. Sacolas para que las viéramos todos; y, teniéndolas en las manos, dije yo, no sin malicia, porque del todo no creía lo que de él decían: “¡Oh padre fray Domingo, ¡qué de gloria tendrán los dos en el cielo, que tanto padecieron en la tierra!”. Él al punto respondió con una gran voz: “Sí, sí”. Y quedose arrobado. Yo entonces, para probar si era verdad lo que decían que estando de aquella manera le meneaban con un soplo, me puse detrás de él, y, muy quedo, le soplé sin que pudiese oírme; y al punto tembló y se movió el cuerpo como si fuera una hoja de un árbol. Quisímosle quitar las láminas que tenía en las manos, pero no fue posible abrírseles. Viendo esto el prior, fray Andrés de la Madre de Dios, le mandó en su mente, para probar la prontitud de su obediencia, que las soltase; y al mismo punto lo hizo abriendo las manos. Rogámosle después le mandase desarrobar; y mandóselo, pero haciendo contrario propósito en lo interior, y, por más veces que lo mandaba, se estaba quedo. Hizo después, sin hablar palabra, intención que volviese del rapto, y luego, haciéndose gran fuerza y echando sangre por la boca, volvió en sí”.<sup>57</sup> Todo el tiempo que en aquella casa estuvo, vivió con gran observancia y perfección, guardando estrechísimo silencio por más que le mortificasen. Algunos, con curiosidad, anduvieron más de un año reparando en sus acciones, y en todo este tiempo no le pudieron notar sola una falta ni imperfección. En la ciudad, todos andaban tras él cortándole los hábitos cuando salía en público;<sup>58</sup> y lo mismo era en toda la comarca. Un día fuimos a la villa de Ateca los dos a pedir la limosna de la fruta; pidiéronle que predicase en la iglesia mayor; y él lo hizo con tal espíritu que, a lo último, haciendo una exclamación, se quedó arrobado. Con esto, toda la gente del lugar no nos dejaba: cortábanle los hábitos, la capa, o lo que podían; y otros besaban las huellas que dejaba en el suelo; y diéronnos tanta fruta de limosna, que no sabíamos qué hacernos de ella en el convento. Luego me envió a mí la obediencia a Zaragoza, con que no nos vimos más; y aunque muchas cosas de oídas, estas afirmo como testigo de vista.

»No quedó la villa de Ateca, que tan liberal se mostró en la piedad con el venerable padre, sin su debida recompensa; porque, estando un día con Vicente de Cardona en una huerta que dentro de su misma casa tenía,<sup>59</sup> tratando de la gran falta que para los campos hacía el agua por no haber llovido en mucho tiempo, dijo muy alto, descuidado: “¿Que es tanta, señor, la necesidad?: pues pediremos a Dios el remedio”. Prosiguieron la conversación

---

<sup>56</sup> Cuando esto sucedía, no habían sido beatificados todavía ninguno de los dos. Sí, en cambio, cuando se escribe (1630).

<sup>57</sup> Sobre echar sangre, véase nota 62.

<sup>58</sup> Para conservar como reliquias de santo.

<sup>59</sup> El caballero don Vicente de Cardona recibió sepultura el año 1628 en la capilla la Magdalena de la iglesia de Santa María de Ateca (véase Francisco Martínez García, *Ateca, entre 1500 y 1800*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2018, p. 173).



algún espacio; y comenzando a cubrirse el cielo de repente, volvió a decir el bendito padre: "Recojámonos poco a poco, que parece ya viene el agua". Hicieronlo así; y, comenzando luego a llover, no cesó en tres días, con que totalmente se remedió la tierra. Así afirma en su deposición el padre fray Domingo de la Madre de Dios, definidor general que fue de nuestra orden, habérselo oído referir al sobredicho Vicente de Cardona, y que por maravilla obrada a ruegos del venerable padre se celebró entonces en Ateca. Con una guinda en la mano, afirma otrosí, haber visto arrobado al santo varón, y tan sobre la tierra, que tocaba el cuerpo al techo; cuyo prodigio le dijeron religiosos de Calatayud ser tan ordinario, que ya no les hacía extrañeza, aunque a él, como a seglar que aún era entonces, se la causó muy grande.

»En los lugares de la comarca donde salía a predicar o juntar limosnas, era tal el aplauso y honra que le hacían, que, a ser hombre bajado del cielo, no se le pudiera hacer mayor, ni tratar con más estima. De algunos casos singulares en ellos acaecidos se acuerdan hoy los ancianos, de que solos dos o tres referiré. Partiendo una vez a Daroca, no se sabe si al llegar a aquella ciudad o al salir de Calatayud, dejando el camino real, partió como de carretera, siguiéndole alguna gente, por unos callejones muy a trasmano. Avisáronle que no iba bien. Respondió: "Ya lo sé, pero conviene esto". Llegó a una casa, llamó a la puerta, y a la que salió a responder dijo: "Tenga cuenta con una mujer que está ahí, no suceda alguna desgracia". Buscáronla luego, y no encontrándola, subieron a los desvanes, donde la hallaron acomodando una sogá de que se ahorcar. Admiraron la milagrosa providencia, quitáronsele de las manos, y viéndola ya fuera de peligro, prosiguió el bendito padre su camino.

»Llegando a Daroca, y hospedándole en su casa el doctor Blas Bailo, deán de aquella santa iglesia,<sup>60</sup> deseó mucho, como él mismo refiere, ver el misterio santísimo de los Corporales, tan milagroso como célebre en España. Como, por algunas causas y estorbos graves, no lo pudieron venir a conseguir los que lo procuraban,<sup>61</sup> los sosegó él, y dijo: "Pues yo espero en el Señor que le tengo de ver antes que me vaya". Acabando un día de predicar un sermón tan tierno y espiritual que trocó en arroyos de lágrimas a los oyentes, quiso pasarse por la capilla con intento solo de venerarlos. Apenas se puso de rodillas para hacerlo, cuando, quedando fuera de sí, hicieron en él mis pruebas para volverle a los sentidos, pero nada aprovechó, ni aun para moverle, porque parecía de bronce el cuerpo. Acudiendo al seglar que le había venido acompañando y a quien por orden del prelado obedecía, le pidieron le hiciese volver, o por lo menos hablar. Dio él sus veces para esto último al deán; y, con ellas, si le preguntaban, respondía; si llegaban a soplarle la ropa, temblaba todo el cuerpo; hasta que últimamente le mandó volver, e hízolo con la pron-

<sup>60</sup> Don Blas Bailo, canónigo y deán de la colegiata de Daroca era natural de Burbáguena (véase Francisco Ynduráin, «Para la cronología de la "Historia de Santa Orosia", de Bartolomé Paláu», Archivo de Filología Aragonesa, 5 (1953), pp. 166-169; aquí, 168).

<sup>61</sup> El relicario que contiene los corporales en el centro del retablo permanece cerrado de ordinario, y solo se abre para su ostensión en contadas ocasiones.

titud y accidentes de fuerza y sangre que solía.<sup>62</sup> Cargó tanta multitud a verle y cortarle los hábitos y cabellos, que ni en la iglesia ni en las calles se podían revolver. Queriendo, los que le iban asistiendo, que no llegasen, recelando algún daño, les dijo lleno de humildad: “Déjenlos, vuestras mercedes, que hacen lo que aquella y ciega y maldita gente que huía de Cristo y seguía a Barrabás”. Preguntándole en la posada el deán lo que en el arrobamiento le había pasado, respondió haberle cumplido el Señor sus deseos mostrándole patentemente todo aquel santísimo misterio, con que había quedado y estaba consoladísimo.

»En Sabiñán, Miedes, Belmonte, Burbáguena y otros pueblos del partido de Calatayud, hay tanta memoria del venerable padre, que no acaban de engrandecerle, como ni los portentos y maravillas que le vieron obrar. Pero, porque por el curso de tantos años no deponen ya de ellas con las circunstancias necesarias, se pasará aquí en silencio, por referir otras en que no cabe esta duda» (Pedro de Santa Teresa:212-218).

Es lástima que en la *Relación* de mano de Ruzola no haya mención a este paso por Calatayud, del que sí dan cuenta sus biógrafos, aunque muy escuetamente, tratando, eso sí, de su contribución a la instalación del nuevo convento (véase Caramuel:182; Agustín:93-94; y Giordano 1991:85-86).

Por apartarle de esta expectación, decidieron los superiores enviarlo al desierto o yermo de Bolarque, en el término de Pastrana. En los catorce meses que duró allí, no cesó de dar gracias a Dios y a su general por tenerle apartado del aplauso de las gentes, y gozando de la soledad de aquel lugar apartado. Se dio más si cabe a la contemplación y al ejercicio de la vida penitente, recibiendo continuas gracias sobrenaturales. Ente ellas, seleccionamos una de las que recoge Pedro de Santa Teresa en su manuscrito como más notables:

No lo fue poco la que la mañana de Resurrección de 1601 le acaeció. Deseaba mucho saber si era cierto que la Santísima Virgen fue la primera a quien Cristo Señor nuestro había aparecido después de resucitado,<sup>63</sup> y enten-

---

<sup>62</sup> Echaba sangre «casi siempre que había tenido alguna cosa muy superior, como raptos, revelaciones, visiones, y algunas veces ímpetus, lo cual era de esta manera: Que, cuando volvía en sí, sentía un fuego en el alma tan intenso, y en el cuerpo tan sensible, que hacía en él el mismo efecto que vemos que hace el agua en una caldera que le hacen un gran fuego debajo, que hace saltar y borbotar el agua hacia arriba contra todo su natural, por la fuerza y violencia que recibe del fuego que le han aplicado. Así el cuerpo y el alma, a la presencia de aquel fuego tan superior, saltan y jubilan, como dice el Real Profeta David cuando dice *Cor meum, et caro mea exultaverunt in Deum vivum*, y de tal manera hierbe la sangre, que viene a salir por todos los extremos. Verdad es que, aunque parece tan grande violencia el echar en cantidad la sangre viva del pecho, con todo eso, es con tan grande suavidad cuando procede de amor y no de pena, que parece que de pura suavidad venga el alma a menos: en que se entiende aquel lugar del salmo 118 *Deficit in salutare tuo anima mea*, y el otro de los Cantares: *stipate me malis, fulcite me floribus, quia amore langueo*, quedando sin fuerzas como si hubiese tenido una enfermedad» (*Relación*:11v-12v).

<sup>63</sup> Aunque no lo dicen los evangelios, así lo ha creído la piedad popular y algunos místicos, bien por revelación privada, como esta, o porque piensan que tuvo que ser así: «Díjome [Jesús]

dió que sí con tanta gloria y deleite suyo que, quedando en arrobamiento, fue llevado al cielo, donde vio y gozó de las solemnísimas fiestas de aquel día, y asistió en compañía de aquellos antiquísimos patriarcas, profetas y santos a la visita de Cristo como si en realidad de verdad entonces sucediera (Pedro de Santa Teresa:230).

Vino a sacarle de este retiro un requerimiento para trasladarse a Italia, donde desempeñaría grandes servicios a la Iglesia universal.

---

que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo» (Santa Teresa de Jesús, *Cuentas de conciencia*, 13, 12, en *Obras completas*, p.461).



## FRAY DOMINGO EN ITALIA

### PRIMERO, GÉNOVA

Se encontraba en Roma fray Pedro de la Madre de Dios,<sup>64</sup> aragonés, por asuntos de la orden, granjeándose el aprecio del papa y de otros príncipes de la Iglesia, hasta el punto que, queriendo que hubiese carmelitas descalzos en la ciudad eterna, el pontífice Clemente VIII despachó un breve al nuncio de España mandando que se enviasen a Roma cuatro de estos religiosos, y que uno de ellos fuera fray Domingo, cuya fama era celebrada ya en toda Italia. Y así se fundó poco después el primer convento de descalzos junto a la sede de Pedro.<sup>65</sup> El nuncio, recibido el breve, lo envió al general, y este a fray Domingo, que por entonces se veía libre, en Bolarque, de la fama que le rodeaba, y esperando poder seguir viviendo discretamente en aquella tierra extraña. Ante la repentina orden de ponerse en camino de Roma, acudió enseguida a Valladolid, la corte, a pedir licencia y despedirse de los reyes. De allí pasó a Pastrana, donde se encontraba el general a pedirle su bendición. Con las aclamaciones acostumbradas al pasar por lugares habitados, llegó finalmente a Barcelona a mediados del mes de marzo de 1604. Acudió a verle gran tropel de gentes a su convento. Se recrudeció la admiración que había

---

<sup>64</sup> En el siglo, Pedro Jerónimo Villagrassa de Ablanque, Daroca, 16-VIII-1565 - Nocera, 26-VIII-1608.

<sup>65</sup> En la instalación de los carmelitas descalzos en Roma tuvo algo que ver el padre Jerónimo Gracián, que, habiendo sido expulsado injustamente de su orden, se hallaba a la sazón en la Ciudad eterna: «Y puedo decir que fui ocasión de que se fundase monasterio de los carmelitas descalzos en Roma. Digo que fui yo ocasión porque, entendiendo yo cuánto convenía que en aquella ciudad, cabeza de la Iglesia, hubiese monasterio de esta orden (que no le había, y hay cuatro de carmelitas calzados —Transpontina, San Martín, San Crisógono y San Julián—), cuando yo estaba en casa del cardenal Deza con algún favor y amigos en Roma, vinieron allí fray Pedro de la Madre de Dios y el prior de los carmelitas descalzos de Génova. Díjeles que fundasen allí convento; si no, que yo lo fundaría; y que mirasen qué honra les redundaría que uno que habían expelido de su congregación por malo fuese su fundador en Roma. Causáronles gran admiración estas palabras; y, como me tienen por atrevido y me veían con favor, esforzaronse a fundar, dando yo muchas gracias a Dios de ver hecho aquel convento» (*Peregrinación de Anastasio*:179-180).

despertado en el tiempo que había vivido en aquella ciudad diez años antes. Su fama de taumaturgo atraía a los enfermos en busca de curación. El jurista Jerónimo Pujades atestigua en su *Dietari* que solo el domingo 2 de mayo, pudo contar trescientos enfermos, la mayoría ciegos, que habían acudido al acabar la misa fray Domingo, a pedirle la sanación, pues había corrido la voz de que días antes había devuelto la vista a un ciego (véase Giordano 1991:112).

Finalmente, se embarcó en una galera genovesa a finales de junio. Hubo que aprovechar la noche para que se desplazara sin publicidad al palacio del virrey, que era el duque de Monteleón, con el intento de que, protegido por los soldados de la guardia, pudiera llegar al puerto. Pero ni esto bastó; y se le tuvo que descolgar por una ventana a una hora intempestiva, y aun así tuvo dificultad para llegar al muelle, donde le esperaban muchos para despedirle (véase Pietro:263; Agustín:111-112). Durante el travesía, el barco sufrió los efectos de una furiosa borrasca y el encuentro con cuatro bajeles africanos. Pasajeros y marineros se acogieron a las oraciones de fray Domingo y, cuando menos lo esperaban, pudieron escapar del peligro de los piratas. Y llegaron felizmente a Génova después de diez días.

Era el mes de julio de 1604. Allí los cuatro religiosos fueron recibidos en el convento de Santa Ana, la primera fundación de carmelitas descalzos fuera de España, fundado por mandato del padre Jerónimo Gracián, primer provincial del Carmen reformado al terminar su mandato en 1585.<sup>66</sup> Nicolás Doria, que había sucedido a Gracián en el gobierno de la orden, al contrario que aquel, no quería que la reforma saliera de las fronteras de España, por lo que se entiende que la llegada de fray Domingo y sus compañeros no fuera acogida con buen rostro por algunos. Uno de ellos se atrevió a decir:

«¿Qué necesidad había de salir de España? ¿Qué falta hacía a la Italia? ¿Qué negocios tenía en Génova?». A tan malévola como soberbia pregunta respondió alumbrado del cielo con esta humildad y mansedumbre: «Yo vengo a que te confieses conmigo, y a absolvete de un pecado oculto que hasta ahora ha mucho tiempo que callas; y así, examina diligentemente tu conciencia; y si yo, con la gracia de Dios, te reduzco a ella ... no habrá sido sin causa a Italia mi venida» (Agustín:113 traduciendo a Caramuel:225; Pietro:266, piadosamente para con su Orden, transfiere la personalidad del adversario a un ciudadano anónimo).

Contaba fray Domingo cuarenta y cinco años cuando llegó a Italia ansiando pasar oculto y retirado. Bien lejos estaba su pensamiento de lo que

---

<sup>66</sup> Disponer de un convento en Génova suponía, entre otras cosas, una excelente solución para alojar a los frailes en los necesarios desplazamientos a Roma. En el tiempo que demoró Doria en Génova, enviado por el padre Gracián, recibió del arzobispo de aquella ciudad el ofrecimiento de una iglesia dedicada a Santa Ana, donde fundar.

iba a suceder. Tan pronto se supo que estaba en Génova, no quedó persona, noble o plebeya, que no fuera al convento de Santa Ana a verlo y a pedir su bendición. Entre otros, principalmente Andrea II Doria, entonces marqués de Torriglia, que estaba al mando de las galeras de Génova y era muy aficionado al Carmelo reformado. Acudió este con toda la nobleza y los jefes militares de la plaza; y, para poder tener más ocasión de trato, se hizo reservar una celda en el convento a fin de retirarse allí de tanto en tanto y poder hablar con fray Domingo. Pasada la octava de Corpus, marchó el marqués a pasar los meses de verano en su feudo de Loano y, con permiso de los superiores, se llevó consigo a fray Domingo para que también su familia disfrutase de las enseñanzas y el buen ejemplo del religioso, y para que diese su consejo sobre la edificación que estaba levantando allí para convento de carmelitas descalzos.

## ROMA

Estando en la imaginable tranquilidad de Loano, vino recado del comisario general de los descalzos para que pasase de inmediato a Roma junto con otros cinco religiosos y los que habían venido de España con él. Domingo se despidió de sus ilustres huéspedes, y, a pesar de los consejos en contra por la mala ocasión que se presentaba para viajar por mar en esa estación del año, se embarcó, y llegó felizmente a Roma el 26 de octubre de aquel 1604.

Florece ya en la Urbe el convento de Nuestra Señora de la Scala en el Trastevere.<sup>67</sup> A estas alturas, la Orden de Carmelitas Descalzos se había escindido en dos congregaciones, la de España y la de Italia, con prelados propios. A frente de esta italiana, gobernaba el padre fray Pedro de la Madre de Dios, que provenía de la primera fundación genovesa. Constituían la congregación, por el momento, el convento de frailes de Génova, fundado en 1584, y el de monjas, en 1590, junto con el nuevo convento de la Scala, erigido en Roma en 1597. Por cierto, que, cuando las monjas fundadoras pasaron por Barcelona camino de Génova en el verano de 1590, después que ellas se hubieron embarcado, la madre Catalina de Cristo, fundadora y priora de las descalzas de Barcelona, no pudo menos de exclamar: «¡Ay, descalzas, y quién os ha metido en la mar!». Y volviéndose a sus monjas, comentó: «Estas hermanas se volverán así juntas como van. Yo no lo veré; mas no pasarán mu-

---

<sup>67</sup> Este primer convento fue conocido con el nombre de Santa Maria della Scala, por una imagen de la Virgen que había en el arco de una escalera a la que se atribuyeron, hacia 1592, muchos prodigios. Demolidos los edificios colindantes, se levantó allí una iglesia que el papa Clemente VIII encomendó al padre Pedro de la Madre y Dios y a los primeros carmelitas que vinieron de Génova. Mediante breve *Sacrarum Religionum* de 20-III-1597, se erigió el convento, separado de la jurisdicción de la Congregación de España juntamente con los dos conventos de Génova, que ya existían (véase Sebastián 2021:180n23).

chos años» (Leonor de la Misericordia:141). En efecto, las monjas hubieron de volver a su convento de Malagón, en 1594, obedeciendo a las directrices actuales de la Congregación española de no fundar fuera de la península.

Cuando llegó a Roma, Domingo se encontró en aquel convento de la Scala con fray Pedro de la Madre de Dios al frente, como comisario general; fray Juan de Jesús María, vicario; y fray Alberto del Santísimo Sacramento, maestro de novicios. Llegaba deseoso de no ser conocido, y poder vivir con apartamiento del mundo. Con este fin, se propuso no estudiar el italiano; pero fue en vano, pues de modo natural lo aprendió y fue capaz de hablarlo expeditamente muy pronto, de manera que podía suplir, en sus ausencias y enfermedades, tanto al vicario como al maestro de novicios, que tenían muchos negocios a su cargo, y escasa salud.

### **MAESTRO DE NOVICIOS**

En 1605 tuvo aquella Congregación de Italia su primer capítulo general, en el cual fue elegido fray Domingo como maestro de novicios y subprior. En aquellos primeros años de la nueva congregación en que estuvo el noviciado en el convento de la Scala, se formaron los religiosos que extenderían la orden por toda Europa, excepto España. Su enseñanza se vio enriquecida por dos obras pedagógicas escritas por fray Juan de Jesús María, *Instructio novitiorum* e *Instructio magistri novitiorum*, que se imprimieron respectivamente en Roma en 1605 y en Nápoles en 1608.

El marqués de Villena, que era el embajador español en Roma y había conocido y venerado a fray Domingo en España, avisado además por la reina Margarita, le visitaba con frecuencia y le consultaba de palabra y por escrito sobre los asuntos más graves de gobierno, y sus consejos los tenía por oráculos. Nombrado virrey de Sicilia, para disponerse bien a esta nueva responsabilidad, se salió de la ciudad y fue a hacer confesión general con fray Domingo, que se hallaba entonces en el convento de San Silvestre que, entretanto, se había fundado e inaugurado el 17 de abril de 1605 en Tuscolano.

Este año 1605, habiendo gozado León XI de la silla de papa por breves días después de Clemente VIII,<sup>68</sup> le sucedió Paulo V. Este, por las noticias que tenía de fray Domingo a través del embajador, se quejó de que no le hubiese visitado todavía valiéndose, además, de las recomendaciones que traía de sus reyes. Se excusó el religioso con humildad, pidió perdón de su encogimiento, que él se reprochaba como grosería, y le pidió las gracias que, a su

---

<sup>68</sup> El pontificado de León XI duró solo veintiséis días (del 1 al 27 de abril de 1605). Estando para morir, «recibió por confesor a nuestro venerable padre fray Pedro de la Madre de Dios, natural de Daroca en el reino de Aragón, de quien dice el mismo [cardenal] Baronio que no se hallaba otro ni más santo, ni más docto en Roma, predicador que había sido de clemente VIII, y confesor del cónclave, y en sus manos dio su espíritu a Dios» (Palafox 1845:12).



salida de España, le habían encargado los reyes que pidiese a Su Santidad,<sup>69</sup> y todas se las concedió, aunque anteriormente, por grandes y no usadas, las había negado a los embajadores.

En el año 1608 se tuvo el segundo capítulo de la Congregación italiana de la orden, y fue elegido general el padre fray Pedro de la Madre de Dios; y fray Domingo, definidor general y prior del convento de la Scala, dignidades que rehusó primero y aceptó después obediente. Acudió primero a afirmar la fábrica del convento e iglesia de la Scala, y a proveerlos de imágenes que facilitaran la devoción. Consiguió del Pontífice la concesión de parte de una plaza que convenía para ampliar el coro; y, de los vecinos, unas casas que dominaban y, por tanto, impedían la clausura regular. Dio fin a la iglesia, la dotó de capillas laterales, dilató el coro detrás del altar mayor. Y pagó las deudas que su antecesor había contraído para comprar el terreno y poner los fundamentos. El 27 de agosto de aquel año murió, a causa de una enfermedad, el padre general.

Había, por entonces, dado fin Andrea Doria a la edificación en Loano del conjunto de iglesia, palacio y convento de Monte Carmelo para que lo habitasen carmelitas descalzos, y deseaba que fray Domingo asistiese para que la dedicación de la iglesia tuviese la mayor solemnidad posible.<sup>70</sup> Hallábase entonces en Roma su hermano Carlos Doria, duque de Tursis, y general, desde que murió su padre, de las galeras de Génova, que, con su mujer, doña Juana de Espinosa, había ido a visitar a la Virgen de Loreto, y pudieron hacer juntos el camino hacia Loano. El 25 de noviembre se embarcaron en Civitavecchia en la nave capitana. La oración del carmelita les libró de peligro de perecer en medio de una tormenta. Llegados a destino, como faltaban algunos preparativos, durante aquellos días fray Domingo empleaba parte de

---

<sup>69</sup> Entre ellas, la reina pedía unas indulgencias que poco tiempo antes había concedido el papa a la emperatriz María, hija de Carlos V, viuda del emperador Maximiliano, que había regresado a España y establecido en el monasterio de las Descalzas Reales (véase Giordano 1991:111n68).

<sup>70</sup> La fundación en este pequeño centro de la Riviera ligure, feudo de los Doria por donación de Carlos V en 1548 al almirante Andrea, había sido promovida por Andrea II Doria. Este trató con el padre Fernando de Santa María, prior del convento de Génova, el cual fue autorizado a aceptarlo por carta del comisario general Pedro de la Madre de Dios de 19 de julio de 1602. Reservándose a perpetuidad el patronato de la iglesia, cedían a los carmelitas descalzos convento e iglesia y la dotación completa de todo lo necesario para la sacristía, oficinas y biblioteca. La primera piedra se puso el 3 de septiembre de 1602, estando ya prácticamente acabada la residencia aneja para los príncipes. Poco después se establecieron los primeros frailes, provisionalmente alojados en el palacio del Borgo. A finales de 1609, la iglesia, del título de Santa María del Monte Carmelo, estaba acabada. A la inauguración fue invitado el general de la orden, que era ahora el padre Fernando de Santa María, y el prior del convento romano de Santa María de la Scala, Domingo de Jesús María. La construcción mantiene hoy la misma disposición originaria, formada por un gran claustro cuadrangular en torno al cual se disponen las dependencias del convento. La iglesia separa el convento de la residencia de los Doria. La cripta excavada bajo el altar mayor fue destinada por los fundadores para sepulcro de la familia.

su tiempo en dibujar, para lo que se daba buena maña; y trazó una imagen que presentó al príncipe, y este, ricamente guarnecida, la dedicó para corona o remate del altar mayor de la iglesia. También dibujó para la esposa del príncipe, a instancias de este, otra imagen que heredó y tuvo como legado precioso su hija doña Cenobia Doria.

Concluida la fábrica, y prevenido todo lo necesario, habiendo llegado para la ceremonia el vicario general, fray Fernando de Santa María con un grupo de religiosos, se señaló para la dedicación de la iglesia la fiesta de la Purificación de la Virgen. Ofició todas las ceremonias previstas fray Domingo de Jesús María.

En esta ocasión conoció a un sacerdote secular al servicio de los Doria, Annibale Angelini, que estaba pensando hacerse religioso. El encuentro de Angelini con fray Domingo le llevó a optar por los carmelitas descalzos, donde cambiaría su nombre por el de Pietro della Madre di Dio. Sería, durante los últimos quince años de fray Domingo, su confesor y secretario, y le acompañaría en sus viajes por toda Europa. Fue tomando nota de todo, y con ello escribiría una extensa biografía del padre Ruzola.<sup>71</sup> Allí cuenta su primer encuentro:

En este tiempo se encontraba todavía en casa del príncipe un indignísimo sacerdote secular, gran pecador, que es el escritor de esta historia, el cual, habiéndole el Señor, con gran misericordia, dado muchas veces inspiración de apartarse del mundo a una vida más religiosa, y dejar las muchas ofensas que continuamente hacía a su Divina Majestad, haciendo penitencia por las cometidas en la vida pasada, siempre lo había dejado para más adelante ... En aquel estado me encontró el padre fray Domingo, del cual, habiendo yo concebido gran opinión de santidad por lo que de él había visto y oído, e incluso que tenía grandes luces celestiales para este tipo de dudas, me inspiró gallardamente el Señor que acudiese a él para saber su voluntad... (Pietro:II, 21-23).

Angelini había visto a fray Domingo antes, nada más llegar este a Génova rodeado de gran expectación:

Entre todos se adelantó el marqués de Torriglia, que, para hacerlo con mayor comodidad, fue a estar la jornada entera en una celda contigua a la de nuestro padre, donde lo visitó muchas veces con particular gusto y devoción, de la cual, para darme parte también a mí, que había entrado poco hacía a su servicio, quiso que le viese en los primeros días de su llegada de España, habiéndome ordenado, a tal efecto, que un sábado por la tarde me encontrase en la iglesia de Santa Ana, donde, habiendo acudido también él, mientras los religiosos salían a cantar la acostumbrada *Salve Regina*, me dijo

---

<sup>71</sup> Pietro della Madre di Dio, Angelini, *Vita del M. R. P. Fr. Domenico di Gesù Maria*, manuscrito 319 a del Archivo General de la Orden de Carmelitas Descalzos, Roma (en adelante, Pietro). Véase, arriba, nota 5.

con gran entusiasmo: «Mira aquel padre calvo que está a mano derecha de la penúltima pareja, ese es el padre fray Domingo, que, como os he dicho, es un santo que ha hecho grandes cosas en España, y ahora pasa a Roma. Y esta fue la primera vez que lo vi (Pietro:II, 2).

Recibió el hábito de manos de fray Domingo el 7 de junio de 1609 en el convento de Santa María de la Scala. En 1615 fray Domingo lo tomó, como se ha dicho, por confesor y secretario; y desde entonces este le acompañaría en todos sus viajes, excepto el último, de 1629 por motivos de salud. Moriría en Roma, en el convento de Santa María de la Victoria el 24 de marzo de 1630, un mes después que fray Domingo dejando terminada su biografía.

Al marchar el marqués de Villena a Sicilia trocando la embajada de Roma por el virreinato, sintió mucho tener que separarse de fray Domingo y sus consejos, de manera que obtuvo del papa, antes de partir, la promesa de que se lo enviaría a Palermo cuando hubiera ocasión o causa razonable. Pronto se produjo una ocasión en que le virrey necesitaba de la compañía y el consuelo de su persona.

Era época de apuros económicos en la monarquía española. El virrey había expedido a España una importante suma de dinero y objetos de valor en un convoy a las órdenes de un hijo suyo natural. El convoy fue apresado por piratas tunecinos; y el hijo, hecho prisionero, no quiso rescatarse —a pesar del intento de su padre—, y se hizo musulmán. Ante esta grave contradicción, el marqués de Villena, Juan Fernández Pacheco, escribió al papa que le enviase a fray Domingo para que le confortase (véase Giordano 1991:132).

## **EN NÁPOLES Y SICILIA**

De esta manera, apenas volvió de Génova, hubo de partir fray Domingo a Sicilia. Salió de Roma a mediados de octubre del año 1609 llevando por compañero a fray Arsenio de San Francisco y asistido de un criado de confianza del marqués. De camino, paró en el convento de Nápoles y celebró misa en casa del virrey, conde de Benavente, a quien ya conocía de Valencia. En Salerno le hospedaron los padres dominicos, quienes, para más honrarle, le hicieron ocupar la celda que ocupó santo Tomás de Aquino y donde recibió tantos favores del cielo y escribió tantos artículos y cuestiones. Finalmente, se embarcó y llegó a Palermo donde fue recibido con aplauso por el virrey, la nobleza y el pueblo siciliano.

Aquí siguieron sus éxtasis y revelaciones, y milagros obrados por su intercesión. El marqués de Villena quiso agradecerle más con fundar un nuevo convento para los de su orden, cuya primera piedra puso el arzobispo, cardenal Giannettino Doria. Este convento pudo comenzar la vida religiosa al cabo solo de un año, en julio de 1610. Al cabo de seis meses de su llegada, fray Domingo volvió a Roma.

Tomo tierra en Mesina y luego en Monteleone (hoy, Vibo Valentia) obrando prodigios, como habitualmente. En este último punto le arrebataron el manto y se lo repartieron las gentes como reliquias mientras exclamaban «¡Ya ha vuelto el santo!». Después de otras escalas y nuevas curaciones milagrosas, llegó a Roma probablemente en la segunda mitad de mayo, a tiempo para asistir a la profesión de Pietro della Madre di Dio, Angelini. Fue enseguida a besar el pie del sumo pontífice de parte de los virreyes de Nápoles y de Sicilia. El papa lo acogió benignamente y le agradeció el convento que dejaba fundado en Palermo y le animó a extender por todos los reinos de Europa su sagrada orden.

En abril de 1611 celebró la Congregación de Italia (llamada de San Elías) su tercer capítulo, del que salió elegido general el padre fray Juan de Jesús María, y por prior del convento de Roma fray Jerónimo de Jesús María; y de Nápoles, nuestro fray Domingo de Jesús María. El papa no quiso prescindir de la cercanía de fray Domingo y del gran bien que hacía en el centro de la cristiandad, por lo que trocaron sus destinos los priores de Nápoles y Roma. Al nuevo general debemos la mayor parte de la información de que disponemos sobre la vida y milagros de fray Domingo, puesto que le mandó en virtud de obediencia que escribiese un compendio de los prodigios que por su medio había Dios obrado, y de los favores que él había recibido del cielo. Este compendio lo ilustró con notas al margen el mismo general, y con un elogio adecuado a sus méritos y virtudes y a cuanto hizo en pro de su orden y de sus hermanos de religión siendo prior de aquel convento de Roma en que se llegaron a juntar más de setenta religiosos observantísimos. Una copia autenticada de esta relación se encuentra en el Archivo de la Postulación General de la Orden de Carmelitas Descalzos, en Roma, y de ella hemos entresacado, por primera vez algunos pasajes para ilustrar este libro, como ya se dijo a su tiempo.

El papa Paulo V le era tan aficionado que le encomendó la preparación de su sobrino Marcantonio, príncipe de Sulmona, para la primera comunión.<sup>72</sup> Favoreció mucho el pontífice este convento de la Scala y otros dos que llegó a tener esta orden en la Urbe. Comenzó fray Domingo la fábrica del primero de estos, el colegio de San Pablo, luego llamado de la Victoria por la imagen de la Virgen que colocó en él, como se verá, y fue terminado en pocos meses. Para la dedicación de la iglesia, designó el papa a su nepote el cardenal Scipione Borghese, que quiso visitar después el convento, y alabó la pobreza proporcionada y la hermosura de su fábrica.

El cuarto capítulo general, en 1614, lo eligió por segunda vez definidor general y procurador de toda la orden. El oficio de procurador se extendía in-

---

<sup>72</sup> Este antiguo título del reino de Nápoles fue recreado por Felipe III de España para el sobrino del papa, Marcantonio Borghese.

cluso a la misión de Persia, que procuró promover con todo su poder (véase Pietro:II, 69). Ese mismo año fue beatificada la fundadora Teresa de Jesús. Al parecer, fray Domingo tuvo parte importante como procurador de la causa (véase Agustín: 133; Pietro:306). Esta beatificación fue celebrada con toda solemnidad en el convento de la Scala, del que ahora era fray Domingo su prior.

Entre 1612 y 1619 se empleó en fundar a base de limosnas una Casa de Penitencia para mujeres arrepentidas, llamada vulgarmente La Lungara, del nombre de la calle donde se ubicaba. Ya se había ocupado fray Domingo de trabajar en favor de estas mujeres en Valencia y Barcelona. Sus émulos tomaron pie de esta ocupación para levantar calumnias, hasta el punto de que los superiores le mandaran apartarse de ella. Enterado el papa, le mandó con precepto que continuara en esa labor que era tan conveniente para la salvación de las almas.

En 1615 asistió en sus últimos momentos al padre fray Juan de Jesús María, varón conocido por sus virtudes y por la elegancia tan erudita como piadosa de su pluma y de su lengua; pues sus sermones eran muy celebrados, y de sus escritos dejó más de cincuenta y tres libros y tratados espirituales tanto en latín como en lengua vulgar; entre ellos el *Estímulo de compunción*, que el marqués de Aytona, virrey de Cataluña, mandó traducir del latín al obispo Antonio Agustín, y se publicó en Barcelona en 1661, y más tarde en Zaragoza en 1666.

De esta época, cuenta Pietro della Madre di Dio infinidad de milagros obrados no solo estando presente, sino también a distancia por escrito.

### **PREPÓSITO GENERAL 1617-1620**

El 13 de mayo de 1617 fray Domingo sucedió en el generalato a Fernando de Santa María, sin que sus ruegos le valieran para que dejara de obligarle la obediencia. Al día siguiente, el papa aprobó la elección en público consistorio, enviando de su parte, a felicitarlo y darle el parabién, a sus sobrinos el cardenal Borghese y el príncipe de Sulmona, a quienes siguieron buena parte de los cardenales y prelados y nobles de la corte romana.

Para esa fecha la Congregación italiana de San Elías de Carmelitas Descalzos se había extendido por toda Europa y Persia, contaba con veintisiete conventos masculinos y trece monasterios femeninos distribuidos desde Flandes a Polonia y Sicilia, difíciles de gobernar convenientemente desde el centro, por lo que se distribuyeron en provincias. De acuerdo con la antigüedad de sus conventos: la provincia de Génova, que comprendía la Liguria, la Toscana y el Piamonte; la provincia de Roma, con el Lacio, la Umbría, las Marcas y el reino de Nápoles y Sicilia; la provincia de Polonia; la provincia de la Lombardía, que se extendía hasta Venecia y la Romaña; la provincia de

Francia, que comprendía también la Lorena; y finalmente la de Flandes, a la que estaba agregado el convento de Colonia.

Fue su primer propósito aplicar en toda su observancia la reforma. Y así, convocó un día a todos los preladados de la Congregación que habían concurrido al capítulo general, y les habló de cuánto desdice de la pobreza auténtica cualquier tipo de propiedad. Y les exhortó a dejar allí mismo cualquier relicario que tuvieran por devoción en su poder. Y empezando por sí mismo, dejó sobre la mesa el crucifijo y el rosario que llevaba encima. Y el cardenal Orsini, que se hallaba en el convento y había gustado de asistir al capítulo, se quitó de encima el pectoral. Se distribuyó todo después para que cada uno tuviese estos objetos en uso, no ya en posesión. Al cardenal se le restituyó el pectoral y se llevó, muy agradecido, el rosario de fray Domingo (véase Caramuel:284-285; Agustín:143-144; Pietro:325).

Una grave enfermedad de Domingo puso en paréntesis la felicidad que todos se prometían de este mandato. Le tuvo en estado grave desde poco después del capítulo hasta la fiesta de los Ángeles custodios, el 2 de octubre, si bien quedó tan flaco y débil, que no pudo retomar la actividad hasta finales de noviembre. Comenzó entonces a disponer los asuntos de gobierno de la congregación previendo salir, pasados los rigores del invierno, a visitar las provincias.

### **VISITA DE LAS PROVINCIAS SEPTENTRIONALES**

Salió de Roma el 14 de mayo de 1618 con la licencia y bendición del papa y acompañado por su secretario y confesor Pedro de la Madre de Dios. El cardenal Borja lo condujo en su carruaje hasta el castillo del marqués Olgiate, en la Campaña, donde pernoctó. De allí partió para Viterbo el día siguiente en una litera que le envió y puso a su disposición el cardenal Orsini. En Caprarola fue huésped del cardenal Farnese. En Viterbo le recibió el arzobispo, cardenal Tiberio Muti. La tarde del domingo 27 entró en Siena, donde le esperaba el arzobispo, y permaneció allí hasta el día 30 visitando iglesias y monasterios, y predicando y oyendo confesiones. El 31 de mayo de 1618 entró en Florencia. Cosme II de Médicis y su mujer, María Magdalena de Austria, lo tuvieron como huésped en el palacio gran ducal. Habiendo curado el gran duque de una grave enfermedad, este, atribuyendo su salud a fray Domingo, decidió edificar, en agradecimiento, un convento, junto a la iglesia de San Pablo Apóstol, para frailes descalzos. Compró el príncipe aquellas casas y dispuso que fueran perpetuamente sustentados a su cargo doce religiosos. Su madre, Cristina de Lorena, prometió equipar la sacristía de todo lo necesario, como hizo.

El viernes 15 de junio de 1618 fray Domingo reemprendió su camino. En el puerto de Livorno lo esperaba desde dos semanas antes una galera que le

había enviado Carlos Doria, duque de Tursis. La tarde del 19 zarpó la nave y al día siguiente atracó en el puerto de Génova.

### PROVINCIA DE GÉNOVA

Había en Génova dos conventos de frailes descalzos y uno de monjas. El más antiguo, primero en Italia, el de Santa Ana, fundado por el padre Nicolás Doria por mandato de Jerónimo Gracián, a finales de 1584 (el 1 de diciembre), y destinado ahora a casa de estudio; y el convento de Santa María de la Salud, para noviciado.<sup>73</sup> Estaba también el monasterio de Jesús María, de religiosas, y otros varios conventos repartidos por la provincia de la Liguria, con lo que solo faltaba una casa de desierto como las había en España, donde los carmelitas mayores pudieran dedicarse más plenamente a la contemplación. Llegó, pues, a Génova el 20 de julio, y fue recibido calurosamente por toda la gente principal, especialmente por sus buenos amigos don Carlos Doria y su mujer, Plácida Espínola. Se encontró con que el prior de Santa Ana, fray Ángel de Jesús María, milanés, había conseguido de la República un terreno grande y selvático entre las montañas, a espaldas de la ciudad de Varazze, a unos treinta kilómetros de Génova, muy a propósito para su intento, bien apartado de la ciudad. Allí, en pocos meses se labraría de limosna todo lo necesario: casa, celdas, iglesia y ermitas. Se pobló enseguida con religiosos provenientes de los otros conventos, para ayudar con su vida retirada a la acción apostólica de toda la orden. La iglesia fue dedicada, con la advocación de San Juan Bautista, el día de la Virgen del Carmen, 16 de julio de 1618, con toda solemnidad y concurso de los duques de Tursis, nobleza y pueblo, celebrando la misa y predicando fray Domingo de Jesús María. Este quiso quedarse allí unos días para dar comienzo a la vida eremítica del nuevo establecimiento.

El 22 de julio el general dejó el desierto y se dirigió al convento de Loano, en el que hizo la visita canónica hasta el día 27. El 29 estaba de nuevo en Génova donde asistió a la muerte del príncipe Juan Andrea Doria. Hizo aquí la visita canónica al monasterio de Jesús María, al noviciado de Santa María de la Salud y al convento de Santa Ana, casa de estudio. Antes de partir dispuso que se hiciese un segundo monasterio de descalzas, que se fundaría el año siguiente con monjas provenientes del otro monasterio genovés, de Jesús María, con el título de Santa Teresa.

---

<sup>73</sup> El convento e iglesia de Santa Maria della Sanità fue edificado sobre la antigua capilla de San Bernardino, de la familia De Mari. Stefano De Mari (1593-1674), dogo de la República de Génova hizo donación de ella a los carmelitas descalzos, que tenían muy cerca su convento e iglesia de Santa Ana.

## **VISITA DE LA PROVINCIA DE LOMBARDÍA**

El 25 de septiembre de 1618 emprendió el regreso a Roma. De paso, en Pavía encontró muchos antiguos amigos suyos. Los magistrados de la ciudad le ofrecieron, para que hiciese allí convento o para que sus religiosos la administrasen, la iglesia de Santa María de las Gracias, insigne por su fábrica y por la devoción de una imagen de la Virgen que en ella se conservaba. De momento, el obispo no dio la licencia, pues deseaba que la atendiesen sus sacerdotes diocesanos; pero, al cabo de tres años, acuciado por los pleitos que su administración había generado, se vería necesitado de acudir a los padres carmelitas para que se hicieran cargo de ella, y salió bien de todo con el auxilio de fray Domingo.

El 15 de octubre celebró la fiesta de la beata Teresa de Jesús en Milán; y después de terminar la visita canónica al convento, siguió viaje. Obró, como de costumbre, muchos prodigios a su paso por Milán, Cremona, Parma, Módena y Bolonia. En la pequeña iglesia del convento de Bolonia celebró solemnemente la Navidad aquel año. Estando allí recibió la visita de los duques de Mantua y una invitación del duque Maximiliano de Baviera para visitar Múnich.

A mitad de enero se puso de nuevo en marcha. El día 17 estaba en Faenza, donde declaró concluida la visita de la provincia, y el 24 en Forlì. Siguió por Cesena, Loreto y Foligno, y llegó al convento de Terni el 15 de febrero de 1619. En Loreto, durante su estancia de dos días había admirado la pobreza del lugar en que había vivido en la tierra la Virgen María, y había comprado un libro sobre la historia milagrosa de aquella casa, que fue leyendo y meditando, después, en el camino.

Concluida la visita, apresuró cuanto pudo la vuelta a Roma, tanto por cumplir el mandato del papa de que regresase pronto, como por huir de las aclamaciones de las gentes que le salían al encuentro. Llegó, por fin, por Pascua de Resurrección a Roma, y halló una novedad impensada: todos los prodigios que había obrado durante la visita a las provincias, todas las obras heroicas que habían referido sus devotos habían sido transformadas por la envidia de sus émulos en hipocresía, de tal suerte que habían hecho perder su buen nombre entre los que antes le admiraban, incluidos algunos cardenales, haciendo llegar hasta los oídos del mismo Santo Padre, con pretexto de falso celo, todas estas detracciones y calumnias. En su humildad reconocía que, aunque no tenía conciencia de haber pecado durante la visita ni venialmente, reconocía humildemente que, cuando todos le acusaban, algo habría hecho mal.

Al día siguiente de llegar solicitó audiencia para ir a besar el pie a Su Santidad, dispuesto a sufrir la indignación que esperaba hallar en él y a pedir perdón humildemente por todo lo que le imputaban. Entró, llegó, y halló al papa con la misma benevolencia de siempre y agradeciéndole los



bienes que había obrado a su paso. Esto se supo y atajó las infundadas calumnias que se habían propalado (véase Agustín:152-153; Caramuel:304).

Hallándose impedido para visitar las demás provincias, designó para que lo hicieran en su nombre cuatro insignes religiosos, y reservó para sí la visita de los conventos de Roma y circunvecinos; entre ellos, el de San Silvestre,<sup>74</sup> que era casi como yermo o desierto, y amaba especialmente, al cual se retiraba siempre que podía para darse más a la contemplación en aquella soledad. Allí, este año de 1619, exhumó el cuerpo de fray Juan de Jesús María, que se había hallado incorrupto después de varios meses de su fallecimiento en 1615, y merecía veneración.<sup>75</sup>

Muchos prodigios siguió obrando durante este tiempo en Roma después que volvió de la visita, y especialmente en el que residió en el convento de San Silvestre.

En el capítulo general de 1620, que se celebró en el convento romano de Santa María de la Scala, concluyó su mandato como general, y fue elegido primer definidor general. Se estudiaron diversas propuestas de nuevas fundaciones. Domingo de Jesús María quedaba disponible y estaba presto a partir adonde hiciera falta. El 10 de junio de 1620 recibió del defensorio general la autorización para aceptar dos nuevos conventos, uno en Baviera y otro en Viena. El día 17 se puso en marcha para Alemania.

---

<sup>74</sup> A pocos kilómetros de Castelgandolfo, del lago de Albano y de los Castelli Romani, el convento se encuentra en la parte más alta del monte Compatri. Los carmelitas descalzos se establecieron allí en 1605.

<sup>75</sup> El venerable Juan de Jesús María, natural de Calahorra, fue maestro de novicios en Santa María de la Scala, electo general de los carmelitas descalzos de Italia en 1611, se retiró al convento de San Silvestre en 1614. Allí se custodian sus restos incorruptos en una capilla dentro de la iglesia.



## DE LA JORNADA QUE HIZO A ALEMANIA

La defenestración de Praga del 23 de mayo de 1618, provocada por el intento de los Habsburgo de limitar la libertad religiosa, rompió de manera definitiva el precario equilibrio entre el emperador Matías y los estados de Bohemia. Los bohemios organizaron un gobierno autónomo capaz de conducir la resistencia contra la previsible ofensiva imperial. En efecto, esta comenzó a partir del 20 de julio de ese año 1618 venciéndose la balanza de parte de los insurgentes, pero pronto prevaleció la superioridad del ejército imperial.

Bohemia buscó aliados con escaso resultado. Francia, en parte por la presión del papa, se mantuvo neutral; el elector palatino, los holandeses y el rey de Inglaterra, después de largos parlamentos diplomáticos, se contentaron con ayudar económicamente. El príncipe elector luterano Juan Jorge de Sajonia, por su parte, se alineó con el emperador.

La muerte del emperador Matías el 20 de marzo de 1619 puso fin a los intentos diplomáticos entre bohemios e imperiales. Visto que las perspectivas de entendimiento con el futuro emperador Fernando II parecían nulas, la dieta de los estados bohemios, convocada en Praga el mes de julio, dio un giro a los acontecimientos estableciendo la confiscación de las tierras pertenecientes a la corona y a las instituciones católicas con el fin de conseguir los medios económicos para sufragar la guerra.

Fernando II de Habsburgo ciñó la corona imperial el 28 de agosto de 1619. Dos días antes, en Praga, los estados generales le habían declarado depuesto de su dignidad de rey de Bohemia, y otorgado la corona al príncipe elector palatino Federico V, que era calvinista. Con los insurgentes se alinearon la Moravia, los protestantes de Hungría, y los estados de Alta y Baja Austria. El emperador podía contar con el apoyo económico de España y los ejércitos de Maximiliano de Baviera. El acuerdo con este último se firmó en octubre de 1619, cuando Fernando II, a su regreso de Frankfurt, donde había recibido la corona imperial, se detuvo en Múnich. Maximiliano ostentaría el mando supremo del ejército de la Liga católica (compuesta por el ducado de Baviera, los tres obispos electores de Tréveris, Maguncia y Colonia, los obis-

pos de Bamberg-Würzburg y Spira, y otros aliados menores), que se había disuelto en 1616 y ahora se volvía a unir.

Maximiliano reunió en Würzburg, entre diciembre de 1619 y marzo de 1620, a los miembros de la Liga católica para efectuar preparativos militares y financieros, mientras hacían su trabajo los embajadores que había enviado a París, Madrid y Roma en busca de ayuda de tropas y de dinero.

A principios de 1620 quedaron completos los dos bandos. De su lado, el emperador podía contar, aparte de su propio ejército, con el de la Liga y con las fuerzas españolas de Flandes. Los bohemios se encontraban rodeados de fuerzas hostiles.

A finales de julio de 1620, Maximiliano de Baviera estaba listo para iniciar su campaña contra los bohemios y sus aliados.

### **DOMINGO DE JESÚS MARÍA Y MAXIMILIANO DE BAVIERA**

Tenía fray Domingo muchos amigos por toda Europa con los que mantenía correspondencia, y estos le estaban agradecidos por los consejos y las luces que les daba acerca de las cuestiones que le planteaban. Era uno de estos el duque Maximiliano I de Baviera. Había deseado el duque, en 1616, tener noticia de las personas que destacaban en Roma por su ciencia y virtud. Su agente en aquella corte, Giovanni Battista Crivelli le envió una relación de los que él estimaba por tales, destacando la figura de fray Domingo de Jesús María, que aventajaba a todos. De este modo, deseó Maximiliano entrar en contacto epistolar con el famoso carmelita, mostrándole su afecto y el de su esposa, doña Isabel de Lorena.

Desconsolado por la falta de sucesión en su matrimonio, y en el de su único hermano, Alberto, temía por la continuidad de su nación en la religión católica por ser su legítimo heredero el conde palatino, pertinaz calvinista. Pidió fray Domingo la intercesión del cielo, y escribió al duque asegurándole que a su hermano le daría Dios hijos. La correspondencia se hizo, a partir de entonces, más frecuente; y, para que fuera fluida, estableció el duque postas, de manera que los correos que se cruzaban entre su corte y Roma llegaban en seis días. El año 1616 tuvo Alberto una hija; y luego tres hijos en 1618, 1620 y 1621. Viendo asegurada la sucesión de su casa —y, por consiguiente, de la religión católica— en los hijos de su hermano,<sup>76</sup> quiso Maximiliano que fray Domingo acudiera a Baviera para agradecerle con las mayores muestras de afecto los favores que le había alcanzado con su intercesión. En 1617 procuró persuadirle que era conforme a su oficio de general de la Congregación vi-

---

<sup>76</sup> Finalmente, le heredaría un hijo propio, Fernando María, habido de su segunda esposa, la archiduquesa María Ana de Austria, de cuyo matrimonio nacería otro hijo todavía, Maximiliano Felipe.

sitar las provincias de carmelitas descalzos de Alemania,<sup>77</sup> y empeñó en este negocio al cardenal protector de la orden. Domingo procuró hacer el viaje en 1618, pero se opuso el papa, que no le dejó pasar de Génova, y el carmelita escribió al duque excusándose a principios del año 1619. Y el duque volvía a insistir en el mes de julio,<sup>78</sup> pidiéndolo también al pontífice por medio del cardenal Millino, protector de la orden, y de su agente o embajador.

Se interpuso un nuevo inconveniente. En 1620 Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, terminó su mandato como virrey de Nápoles y, en su lugar, fue designado *ad interim* el cardenal Gaspar Borja.<sup>79</sup> Este, que tenía como confesor a fray Domingo, pidió al papa poder llevarlo consigo a Nápoles como consejero.<sup>80</sup> Con ocasión de una audiencia de fray Domingo con el papa para tratar de asuntos de su orden, el pontífice le pidió opinión de cómo se podría dar satisfacción a la petición del duque a la que ahora se sumaba la del emperador. En efecto, Fernando II, tan solo un mes después de haber sido elegido emperador, se había dirigido a fray Domingo pidiendo acudiese a su corte para que le ayudara a desempeñar sus deberes con sus oraciones y sacrificios, y su consejo. Siguiéron más cartas del emperador y de la emperatriz, en su nombre, y otras de fray Domingo dando explicaciones a su retraso. Ahora

---

<sup>77</sup> La rápida extensión de la Congregación italiana de los carmelitas descalzos había ya alcanzado a Polonia, a Francia con la Lorena, Flandes, Colonia...

<sup>78</sup> «Si es tan grande como me escribe la pena que vuestra paternidad ha sentido por los impedimentos que le han retenido hasta ahora de venir a consolarnos, puede considerar cuál ha sido la mía y la mi señora cuando al vernos privados de su presencia cuando ya le esperábamos con los brazos abiertos para recibirle y abrazarle. Entretanto, nos consuela la esperanza que nos da de nuevo su amor, que se corresponde con nuestro deseo, más considerando que el viaje le proporcionará a usted tanta salud cuanta consolación dará a nosotros su presencia ... En Munich, 17 de julio de 1619. De vuestra paternidad afectísimo y obligadísimo hijo, Maximiliano, duque de Baviera» (*apud* Caramuel: 575; la traducción, del italiano, es nuestra).

<sup>79</sup> Gaspar de Borja (o Borgia) y Velasco, arzobispo de Sevilla y de Toledo, primado de España, fue designado embajador en Roma y ocasionalmente virrey de Nápoles en 1620 sustituyendo al duque de Osuna, hasta que seis meses después fue relevado por el cardenal Antonio Zapata.

<sup>80</sup> Maximiliano escribió enseguida a su agente en Roma: «Ha supuesto un mazazo la noticia que vuestra señoría me da en la suya de 21 de marzo acerca de la dilación de recibir la durante tanto tiempo deseada consolación; la estación en que es diferida la venida del padre general de los carmelitas descalzos me hace dudar que a su hora no surja un nuevo impedimento. Entretanto perderá su paternidad la ocasión de adquirir un gran mérito ante el Señor si hubiese querido venir a participar de las presentes tribulaciones de Alemania, donde su presencia habría aportado, sin duda, mucha ayuda, y a mí, y a la duquesa, consolación singular ... En Nápoles ayudará su paternidad a encaminar el gobierno de un reino, y aquí ayudará no solo a un imperio, sino a la misma fe católica; pero me ha parecido conveniente señalarlo a vuestra señoría a fin de que se empeñe todo lo posible en conseguir que el dicho padre se resuelva a cambiar de planes poniendo por obra este viaje en ocasión y estación tan cómoda, y difiera aquel otro a septiembre, en que, incluso por la bondad del viento, lo podrá hacer con menos peligro ... En Neoburgo, 7 de abril de 1620. Maximiliano, duque de Baviera» (*apud* Caramuel:575). El día 15 del mismo mes, desde Munich, el duque le escribe más largo sobre los mismos argumentos para que consiga que fray Domingo vaya cuanto antes a Baviera (véase el texto completo en Caramuel:576-577). Y con fecha 26 de abril al sumo pontífice Paulo V (ver Caramuel:577).

le escribía apremiantemente. Fray Domingo puso todo en manos del santo padre, aduciendo que, obrando en nombre de la obediencia, a pesar de sus años y achaques, el Señor le daría fuerzas para lo que conviniera.

Para contentar también al cardenal Borja, dispuso el papa que fray Domingo le acompañase hasta Gaeta, y, volviendo de inmediato, se dispusiera a viajar a Baviera y Alemania con orden de que después visitase en Flandes a la infanta Isabel Clara Eugenia; y le concedió, con su bendición, todas las indulgencias posibles. El duque dio orden de que besasen en su nombre el pie del pontífice, y en Roma comenzó a sentirse la ausencia que haría una persona tan querida, admirada y útil a la religión. Se veía como una gracia el que pudiera defender a la Iglesia de sus enemigos, que pudiera asistir al general del ejército bávaro en aquel conflicto con los protestantes y exhortar a la vitoria de los católicos; pero se sentía tener que carecer de sus sermones, exhortaciones y de su ejemplo; con todo, se sobrellevaría esta pena con la esperanza de verlo volver victorioso.

El apremio del duque de Baviera, los problemas que veía en torno suyo y el aprecio que hacía de la presencia allí del general de los carmelitas descalzos se puede apreciar en esta carta dirigida al papa Paulo V:

Beatísimo Padre en Cristo: Después de besarle humildemente los beatísimos pies, sabe bien Vuestra Santidad de cuán gran peligro está circundada y de cuán grande tempestad agitada la religión católica en aquella parte de Alemania, que, para refrenarlas y alejarlas, es preciso combatir las con armas espirituales y materiales.<sup>81</sup> Dan testimonio las historias y los ejemplos que algunas veces ha sido de gran ayuda la presencia de aquellos que eran más y más próximos a Dios, entre los cuales estimando yo que deba ser contado el reverendísimo padre fray Domingo, general de los carmelitas descalzos, humildemente pido a la Santidad Vuestra que, una vez celebrado el capítulo general de aquella orden, se digne dar licencia al dicho padre, y aun ordenarle que, al menos por un poco de tiempo, venga conmigo y con el ejército católico. Hará, en verdad, Vuestra Santidad, cosa útil a la cristiana república, y a mí gratísima, la cual confío contribuya a no ser negada el compromiso de que el padre será de vuelta a Roma en el término que se fije, el que sea determinado por Vuestra Santidad ... De Múnich, el 16 de abril de 1620 (*apud* Caramuel: 577; la traducción, del italiano, es nuestra).

Se celebró, pues, capítulo general; dejó fray Domingo digno sucesor en el generalato, y partió del convento de Santa María de la Scala el miércoles

---

<sup>81</sup> A partir de la paz de Augsburgo de 1555, había dos religiones en el imperio: el catolicismo, que era la del emperador; y el luteranismo, la de varios de los electores, principalmente el de Sajonia. Entre los protestantes surgiría la discordia a medida que algunos príncipes luteranos se iban convirtiendo a la religión de Calvino: esta no había sido reconocida por la paz de Augsburgo en 1555 y era igualmente odiada por los católicos que por los luteranos. En 1618 no había más que un elector protestante, el de Sajonia, frente a dos calvinistas, el conde palatino y el margrave de Brandemburgo.

17 de junio de 1620 llevando consigo como compañero, confesor y secretario a fray Pedro de la Madre de Dios, y a fray Anastasio de San Francisco, hermano lego genovés, con la bendición de Su Santidad y del nuevo general. Para sí y para su socio fray Pedro llevaba el venerable Ruzola, para el tiempo que permaneciera en aquellas partes, amplias facultades de predicar, confesar, y hasta absolver herejes, y a los que habían leído o retenido libros heréticos y prohibidos —con tal que los entregaran—, concedidas y firmadas por Paulo V el 16 de junio de 1620. El gasto del viaje corrió por cuenta del duque de Baviera, y fue al frente de la expedición, para cuidarlo y honrarlo, el ilustrísimo barón Giovanni Angelo Crivelli, hijo del embajador bávaro.

Tras abandonar el suelo italiano, el 15 de julio, en las proximidades de Innsbruck encontraron a Lorenzo Pietrangeli, enviado por el duque para recibirlos y acompañarlos en adelante. Así llegaron el 26 de julio a Schärding, adonde se había retirado Maximiliano para despedirse de su esposa antes de dar comienzo a la campaña militar en la Alta Austria. Allí se dedicó fray Domingo a ofrecer oraciones y sacrificios por el éxito de la campaña y a exhortar a los soldados con sermones y pláticas. El 28 de ese mes se despidió el duque de la duquesa para ponerse en marcha. Fray Domingo prometió a la esposa devolverle en pocas semanas al duque sano y salvo y victorioso, con lo que la dejó consolada.

El padre Ruzola seguía al ejército en una litera, debido a su delicado estado de salud. Los otros dos religiosos, en un carro que había puesto a su disposición Giovanni Angelo Crivelli. Conquistada Grieskirchen, Domingo pudo celebrar misa por primera vez el 29 de julio en un altar portátil en la casa donde se alojaba el duque. El día 31, al acabar la misa, en presencia de los oficiales, bendijo el estandarte de Maximiliano, que por un lado exhibía una imagen de la Virgen con la frase «*Terribilis ut castrorum acies ordinata*»,<sup>82</sup> y por el otro el emblema de Jesús y María con la leyenda «*Da mihi virtutem contra hostes tuos*».<sup>83</sup> Los días en que no marchaba el ejército, además de la misa, que siempre decía, administraba los sacramentos, predicaba, visitaba los cuerpos de guardia y a los enfermos, repartía las limosnas que otros le encomendaban, y procuraba alentar a todos. Repartía también medallas con indulgencias, y escapularios de la Virgen del Carmen. Habiendo recibido la imposición de uno de estos el duque y todos los jefes del ejército, cundió de tal modo el ejemplo, que fue necesario enviar recado a Munich para que la duquesa hiciese preparar varios millares y los enviase. Bendecidos por fray Domingo, los recibían los soldados con gran devoción.

Al parecer, el 15 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, tuvo, en un largo raptó, clara revelación de todo lo que había de suceder en aquella

<sup>82</sup> 'Terrible como un ejército en orden de batalla' (Cantar de los cantares 6, 9).

<sup>83</sup> 'Dame fuerza contra tus enemigos' (Del himno Ave Regina Caelorum).

guerra y cuanto había de hacer o padecer el ejército, con todas sus circunstancias. Desde entonces, instó que se fuese en busca del enemigo, que su uniesen los ejércitos católicos y se diese una gran batalla en la que se hallaría el éxito de toda aquella empresa. Esto tenía gravísimas dificultades y peligros que exponían pormenorizadamente los generales del emperador, el conde Bucqoy y el conde Dampierre;<sup>84</sup> pero tanto el emperador como el duque de Baviera, sometiendo la razón a la piedad, y confiando en la palabra y virtud de fray Domingo, desoyendo a todo el Consejo de Guerra y a la voz de su misma experiencia, mandaron que se juntasen los ejércitos y saliesen al encuentro del enemigo y buscasen, en una sola batalla, la profetizada y prometida victoria.

Escribió el emperador a fray Domingo desde Viena encomendándose a sus oraciones, y este le respondió llenándole de esperanza. El monarca le mandó a decir, ahora de palabra por medio del general Dampierre, que acudiese a la corte para que allí les infundiera ánimos con su presencia; pero la contestación decía:

Yo me holgara de dar ese gusto al César, pero la ocasión y el tiempo no lo permiten. La causa es una misma de Dios, de la Iglesia y del César; y esta es la que ahora únicamente debemos tratar, adelantar y llevar, sin desistir de ella, hasta su glorioso fin. Hemos de deponer al intruso y sacrílego Federico, a quien, atrevidamente temerarios, en Bohemia, han aclamado por rey;<sup>85</sup> y hemos de abatir y postrar la soberbia de la herejía. Al César le hemos de dar todo lo temporal y sagrado que es del César; y a Dios todo lo sagrado y espiritual que es de Dios; y el reino, ayer católico y hoy hereje, se lo hemos de restituir a la Iglesia Romana. Conseguida esta victoria, quedaremos desembarazados y libres; entonces yo iré a darle el parabién al emperador (*apud* Agustín: 163).

El día de San Genaro, 19 de septiembre, se juntaron, contra el parecer de muchos, como se ha dicho, los dos ejércitos, sintiéndose todos muy

---

<sup>84</sup> Charles-Bonaventure de Longueval (1571-1621), conde de Bucquoy, uno de los principales comandantes de su tiempo. || Henri Duval (1580-1620), conde de Dampierre, uno de los grandes hombres de armas de la Guerra de los Treinta Años.

<sup>85</sup> Los países de la Corona de Bohemia pertenecían al Imperio romano germánico. Elegido por la dieta, el rey de Bohemia era uno de los siete electores del emperador. El deseo de los Habsburgo de aumentar su influencia se tradujo en el impulso que dieron a la contrarreforma en sus dominios, cuya nobleza hasta entonces era mayormente protestante; la proclamación del archiduque Fernando de Estiria como rey de Bohemia en 1617 fue mal recibida por los nobles protestantes, que temían las consecuencias de su conocido fervor católico, y manifestaron su oposición con la defenestración de Praga de 1618. Esperando el apoyo de la Unión Protestante y de Inglaterra, los bohemios coronaron al príncipe elector Federico V del Palatinado, que era calvinista, y fueron prontamente declarados rebeldes por Fernando, quien para entonces ya había sido elegido emperador del Sacro Imperio. Con el apoyo de España, también gobernada por los Habsburgo, y de la Liga Católica, liderada por el duque Maximiliano de Baviera, las fuerzas imperiales lograrían derrotar a los rebeldes en la decisiva batalla de la Montaña Blanca en 1620, y retomar el control de las provincias bohemias.



animados y fortalecidos por el estandarte imperial, en el que campeaban bordadas, en un lado, junto a un devoto Crucifijo, estas palabras del salmo 73: *Exurge, Domine, et iudica causam tuam*;<sup>86</sup> y en el otro, con la imagen de la Virgen, esta invocación: *Monstra te esse Matrem*.<sup>87</sup> Al encontrarse los ejércitos, fray Domingo les dirigió una plática y, acto seguido, celebró la misa, a la que siguió una exhortación a los generales y a la tropa para que marchasen sin dilación (aduciendo también motivos militares) en busca del enemigo.

A principio del mes de octubre sitiaron la ciudad fuerte de Pilsen,<sup>88</sup> y las tropas del duque de Baviera se alojaron cerca de un pequeño palacio que se levantaba en lo alto de una colina junto al lago, en un pueblecito llamado Strakonitz. Las tropas contrarias se habían acantonado en aquella casa, que pertenecía a la Orden de Malta, y la habían abandonado hacía poco. El 11 de octubre, reconociendo el interior de aquel palacio, encontró fray Domingo varias estatuas de santos maltratadas, y una pintura sobre tabla de tan solo 30 cm de ancho y 45 de largo llena de polvo y suciedad. Al levantarla y limpiarla, descubrió que se trataba de una representación de la Virgen Santísima adorando de rodillas al Niño recién nacido, con san José a un lado, y dos pastores al otro, profanada por los herejes: una mano impía había horadado con un cuchillo los ojos de la Virgen, de san José y los pastores, dejando intactos los del Niño. Interpretándolo como una acción de la iconoclastia calvinista, limpió el cuadro e hizo voto de acometer cuanto le fuese posible para honrar y dar gloria a aquella imagen. Al instante, tuvo una iluminación del cielo haciéndole presente la inmediata victoria que había de conseguir el ejército de su bando. Y dijo a su compañero: «Yo sé que esta imagen ha de ser célebre en todo el mundo; y que ha de obrar muchos y grandes prodigios» (*apud* Agustín: 166).<sup>89</sup> La enseñó al duque, a los príncipes y cabezas del ejército, y comenzó a tenerla con grande veneración, procurando reparar las injurias recibidas de parte de los protestantes.

Y la Virgen empezó a mostrar su favor librando a fray Domingo de las manos de unos ladrones que le intentaron robar la bolsa de las limosnas que recogía para los soldados enfermos, y al duque de Baviera de la embestida de cuatro mil húngaros que, si no fuera por su intercesión y las oraciones que mantuvo durante toda la noche fray Domingo junto a su imagen, lo hubieran cogido y llevado prisionero.

La situación del ejército bávaro era crítica en ese momento. A las enfermedades y carencia de víveres se sumaba el peligro de amotinamiento por el retraso en el pago de las soldadas. Teniendo en cuenta que el periodo del

<sup>86</sup> 'Levántate, Señor, y vuelve por tu causa' (Salmo 73, 22).

<sup>87</sup> 'Muestra que eres Madre', del himno mariano «Ave maris Stella».

<sup>88</sup> Al oeste de Bohemia, en la república checa.

<sup>89</sup> Véase el relato completo, con mucho detalle, recogido en su manuscrito por el secretario de fray Domingo (Pietro:IV, 140-144).



**Figura 7.** Reproducción antigua de la imagen profanada hallada por fray fray Domingo. Sustituye hoy a la original en Nuestra Señora de la Victoria. (Foto: Fidel Sebastián Mediavilla)

año no era el mejor para emprender una batalla, Maximiliano se planteaba abandonar la campaña militar en espera de circunstancias mejores. El 26 de octubre pidió a fray Domingo que fuera a ver al general Buquoy para conocer su opinión. El comandante de las tropas imperiales se mostró contrario al abandono, y su convicción favorable a la prosecución de la campaña se impuso. A partir de este momento se intensificaron los combates acercándose el ejército católico hasta las proximidades de Praga. El 30 de octubre, con ocasión de una escaramuza de los napolitanos comandados por Carlos Spinelli, fray Domingo estrenó su imagen de combate: montado a caballo por primera vez, portaba un crucifijo fijado a la extremidad de su bastón, y el pequeño cuadro de la Virgen encontrado en Strakonitz colgado sobre el pecho. Así lo narra el compañero de Ruzola, y añade que «daba gran devoción a los que lo veían; y, con sus enfervorecidas palabras llenas de fe y de esperanza, infundía grande ánimo a los católicos para combatir valerosamente» (Pietro:IV, 161).

El día siguiente hubo mucha actividad de la artillería por ambas partes contendientes mientras el ejército se encontraba a seis millas de la capital de Bohemia. Fray Domingo observaba los combates junto a los jefes militares. Una bomba cayó muy cerca de donde estaba el grupo, matando a dos soldados.



## LA BATALLA DE LA MONTAÑA BLANCA

El día de la octava de Todos los Santos fue de gran gozo para el siervo de Dios porque al día siguiente, 8 de noviembre, se había de combatir la batalla. Una nueva visión del cielo le adelantaba la victoria. Fue adonde el duque para comunicarle lo que había visto e infundirle ánimo.

Esta batalla a las puertas de Praga constituiría el episodio definitivo del primer periodo de la guerra de los Treinta años, que permitiría a Fernando II recuperar el control de sus territorios de Bohemia. Su desarrollo en una y otra parte de los contendientes, y su éxito tan sobresaliente han sido objeto de estudio para los historiadores. La intervención decisiva de fray Domingo, conocida a partir, sobre todo, de la documentación aportada por sus hagiógrafos (Caramuel, Pedro de la Madre de Dios, Felipe de la Santísima Trinidad) ha sido completada recientemente con el examen de muchas otras fuentes documentales por los historiadores Silvano Giordano [1991] y Olivier Chaline [2000]. En lo que sigue, nos guiamos por las informaciones y comentarios aportados por unos y otros.

La Montaña Blanca, que toma su nombre de las margas claras que la conforman, no es muy elevada. Su punto más alto no pasa de los 380 metros. Sin embargo, domina durante unos sesenta metros el arroyo de Litovice dando la impresión, a quien se acerca desde el oeste, de una especie de muro que habrá que escalar. Es, además, una especie de encrucijada de caminos. Desde la meseta que la corona, se alcanzan con la vista las lejanas montañas que encierran el corazón del reino, y, así como las laderas descienden suavemente hacia el sudeste, en cambio, son escarpadas en el norte de cara al arroyo, y en el sur donde se abre el valle de Motol. Los protestantes consideraron que el sitio era ideal para atrincherarse. Desde allí verían fácilmente acercarse al enemigo.

Era preciso alcanzar esa posición, y se dispuso la marcha para la noche. Al atardecer del día 7 se deshizo la niebla, y los bávaros pudieron ver los escuadrones protestantes, que se pusieron enseguida a cubierto. Echada la noche, cada uno de los ejércitos veía el fuego del enemigo. Pero no se com-

batía. Entretanto, los bávaros habían recibido refuerzos cuantiosos de caballeros valones y polacos y de mosqueteros, pero el general Boquoy, a quien se esperaba, estaba todavía lejos de allí.

Los protestantes, al mando de Anhalt, hicieron un último esfuerzo por alcanzar la cima de la Montaña Blanca a fin de encontrarse al seguro. Los últimos 15 kilómetros que les separaban del coronamiento los superaron, agotados, a la una de la madrugada. Los caballeros húngaros se quedaron en el plano, en el pueblecito de Ruzyne, y, sin tomar ninguna precaución, se dispusieron a dormir sin dejar centinelas.<sup>90</sup>

Fray Domingo de Jesús María, que acompañaba a las tropas bávaras desde julio pasado, advirtió que el enemigo se había desplazado hacia la montaña y había dejado hogueras encendidas para hacer creer que todavía estaban en su anterior acantonamiento. Igual que sus adversarios, los bávaros —a la cabeza de los aliados— habían comido poco y apenas dormido cuando a la media noche recibieron la orden de ponerse en marcha. El duque, con sus consejeros, había salido sin oír misa, porque urgía actuar de inmediato.

Praga está cerca. Durante la noche, fray Domingo ha tenido la visión de un ángel deslumbrante de luz indicándole el camino que habían de seguir, como la vía láctea que señala el camino de Compostela. La capital se convierte en una especie de imán gigantesco que atrae con todas sus fuerzas a la vanguardia bávara que se lanza hacia la Montaña Blanca sin preocuparse de si les siguen o no; pero todo el ejército de la liga se pone a seguirlos a toda prisa sin vacilación.

Entre la oscuridad y la niebla, los soldados de los Estados, que han tomado la Montaña Blanca, oyen el ruido de los que se intentan acercar; pero, cansados, y confiados en los hombres que han dejado abajo, no se molestan en precaverse, persuadidos de estar protegidos por la niebla.

Los soldados católicos acuden a confesarse durante toda la mañana. Los sacerdotes les escuchan acusarse en sus propias lenguas: en alemán, en italiano, en español, muchos en francés, también, sin duda, en polaco. Luego escuchan, pronunciadas en latín, las palabras de la absolución, *ego de absolvo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*, mientras hacen, de rodillas y lentamente, la señal de la cruz.

Al amanecer del 8 de noviembre, al disiparse la niebla, se descubrió la disposición de uno y otro ejército. Christian von Anhalt, al mando del enemigo, gozaba de una disposición hartamente favorable: habiendo alineado sus tropas sobre la Montaña Blanca, con las espaldas protegidas por la ciudad de Praga, solo podía ser atacado de frente. Los dos ejércitos católicos, des-

---

<sup>90</sup> Para estos y otros detalles relativos al lugar y desarrollo de la batalla, véase Chaline [2000].

pués de haber marchado durante toda la noche, se habían desplegado en la llanura que miraba a la Montaña Blanca. Primero habían llegado los bávaros; luego, los imperiales. La urgencia hizo que aquel día no oyeran misa el generalísimo ni los generales, ni que siquiera la dijera fray Domingo. Volvió a hacer acto de presencia la prudencia humana y sus exigencias reclamando retrasar la batalla y esperar un campo más propicio que el que tenían delante. A mediodía, se celebra consejo de guerra. Los pareceres estaban muy repartidos: Maximiliano de Baviera era partidario de atacar; el general Tilly también. Buquoy se oponía. Maximiliano no era un estratega confirmado ni tenía la experiencia que sus dos generales habían adquirido en los Países Bajos; pero quería la batalla, y había hecho todo lo posible para hacerla en ese momento casi inevitable. Había que aprovechar la ocasión sin esperar; si no, el enemigo tendría tiempo para atrincherarse en la montaña cerrando absolutamente el paso hacia Praga. Buquoy veía todo lo que se podía perder con una batalla cruel, pensando en los sufrimientos de sus soldados; Maximiliano, en cambio, en todo lo que había que ganar con la victoria de esa batalla decisiva. El conde Buquoy valoraba la ventajosa posición de los bohemios, superiores por la caballería, con las tropas descansadas y la posibilidad de retirarse a Praga, mientras los católicos, además de estar en situación desfavorable, en caso de tener que replegarse, no tenían donde ponerse al seguro; proponía rodear la posición del enemigo y dirigirse hacia Praga obligando al enemigo a abandonar su posición ventajosa. El barón Tilly y el coronel Lamotte eran de opinión contraria prefiriendo atacar la montaña, pues la solución propuesta por Buquoy daría ocasión a que la artillería bohemía les atacara por el flanco; tenían dos soluciones, o atacar resueltamente, o retirarse, con el peligro de ser atacados por la superior caballería enemiga. El Consejo entraba en un callejón sin salida. Uno de los consejeros, Carlos Spinelli, comandante del tercio de los napolitanos, sugirió hacer alguna escaramuza, al menos, para tantear las defensas enemigas. Esta sugerencia había surtido efecto de adhesión, cuando, de repente, surgió en medio de la reunión un personaje inusitado a quien, nadie, al parecer, había invitado, el padre Domingo de Jesús María. Según atestigua el jesuita padre Buslidius, confesor de Maximiliano, allí presente, el carmelita, habiendo entrado cubierto con su capa blanca, intervino apasionadamente diciendo: «Soy yo, que entro en este consejo sin ser invitado para deciros que hay que ir enseguida contra el enemigo, y con todas nuestras fuerzas. Hay que confiar en Dios, en la Virgen y en todos los santos, cuya octava celebramos hoy. Venceremos» (*apud* Chaline 2000:137n157).<sup>91</sup> Apoyando sus palabras les mostró la imagen de la Virgen profanada de la que no se separaba jamás.

---

<sup>91</sup> Lo mismo testifica, con otras palabras, el secretario y confesor de fray Domingo, Pedro de la Madre de Dios: «Entonces, nuestro padre fray Domingo de Jesús María, que estaba al lado del duque y había oído todas las opiniones, viendo tanta dificultad y irresolución en un asunto que,

Buquoy se doblegó y aceptó —en contra de toda su experiencia militar—, bajo la palabra del carmelita, no solo la escaramuza, sino la batalla misma. A partir de ese momento, todo era posible. La situación daba un giro inaudito. Se dio la orden de ponerse en marcha para atacar. Los soldados la acogieron con alegría. Más valía, al fin, la batalla, que toda la cadena de penalidades que llevaban padeciendo desde que comenzara la campaña. Al atardecer, el jesuita irlandés padre Fitzsimon, confesor de Buquoy entonó, a una orden suya, la *Salve*. Los oficiales respondieron remarcando, seguramente los versículos más acomodados a su situación: *ad te clamamus gementes et flentes in hac lacrimarum valle*. El valle de lágrimas sería la vaguada encenagada que habían de pisar antes de llegar a la meseta. Después de bendecir a las tropas, el padre carmelita se retiró y se puso a rezar implorando a Dios la victoria para sus hijos fieles. Un clamor se alzó entonces: «Santa María» gritaron a una sola voz millares de voces en las laderas, sobre todo en el ala derecha de los imperiales, que era la más próxima a los enemigos. Todas las energías se concentraban en ese grito que les estimulaba. Esa contraseña que constituía un desafío contra el hereje era la misma que había escogido don Juan de Austria en la mañana de Lepanto. Pelearían como si fuera contra el turco. Se renovaba el espíritu de cruzada. Los caballeros se pusieron en marcha; los bosques de picas comenzaron a avanzar hacia la cima de la montaña. El cañón tronó. Los imperiales subían aprisa a pesar de la pendiente. Arriba, los confederados oyeron este tumulto que se acercaba a sus líneas, en cambio, silenciosas.

La batalla fue muy sangrienta. Duró algo menos de dos horas, pero agotadoras, llenas de vaivenes imprevisibles. El duque no intervino personalmente en la batalla; confió el mando a Tilly y permaneció observando las operaciones junto a Buquoy, que yacía en litera a causa de una herida sufrida días antes. La primera media hora se combatió con igualdad sin que la

---

para él, era tan claro, a pesar de que no había sido invitado, entró, sin embargo, y, movido de un celo ardiente por el honor de Dios, de su Santísima Madre y de la religión católica, habiendo fijado en lo alto de su bastón el crucifijo que llevaba en la mano, mostrando sobre su pecho la imagen de la Virgen, en voz alta y sonora, con palabras llenas de fuerza, exhorto al consejo a la batalla: “¡Ah, hijos de la Iglesia! ¿Es este momento para dudar? ¿Ahora que el Señor ha puesto en nuestras manos sus enemigos, nuestros enemigos, no vamos a ir a la batalla a obtener una victoria segura? *O felix pugna, in qua Deus est in causa!* Esta es la causa del Señor, vayamos y defendámosla con energía pongamos de nuestra parte las pocas fuerzas que tenemos, y Él suplirá lo que falta y nos dará la victoria. Los enemigos vienen puesta toda su confianza en el orgullo, pero nosotros vamos confiados en el Señor y en su ayuda que los lanzará a la confusión. Ved aquí lo que han hecho a la Santísima Madre de Dios (y les mostró la imagen con los ojos agujereados); estad seguros de su intercesión, que Dios vengará la injuria que le han hecho y la convertirá en honor de su Hija, Madre y Esposa. Hoy es la octava de Todos los Santos: ellos ruegan por nosotros con toda la Iglesia triunfante. La Iglesia militante lo hace también esperando esta alegría y consolación. Tened fe en Dios, y marchad con alegría, porque Él combatirá en favor vuestro y os dará la victoria. Deprisa, deprisa, ¿por qué esperar? No perdamos una buena ocasión» (Pietro:IV, 180-181, la traducción es nuestra).



victoria pareciese favorecer a una u otra parte. La otra media fue favorable a los herejes, que ya la daban por suya. Solo fray Domingo, confiado con lo que le había sido revelado, montando, a instancias del duque, en un caballo y con el crucifijo fijado a su bastón en la mano, en lugar de la espada, y llevando colgado del cuello, en lugar de escudo, la imagen de la Virgen profanada en Strakonitz, invocando su favor y exhortando a los católicos, rompiendo por entre los escuadrones del ejército victorioso de los enemigos, hizo tal impresión en unos y en otros, que al cabo de media hora se declaró la victoria por los católicos. A una orden de Tilly, la caballería mandada por el coronel Kranz irrumpió y puso en fuga a los escuadrones de Christian von Anhalt el joven. En ese momento el ejército bohemio se retiró precipitadamente a la ciudad de Praga sufriendo muchas pérdidas durante la huida, y muchos húngaros se ahogaron en el Moldava.

Tanto el duque de Baviera como todos los jefes militares hubieron de reconocer que con solas fuerzas humanas no hubiera sido posible ganar aquella batalla tan trascendental, de la que no solo estaban pendientes Bohemia, Sajonia, el Estado de Brandemburgo, el Palatinado y el Imperio todo, sino Europa entera. Y todos reconocieron unánimes que la victoria había sido milagrosa, y haberse debido, en lo humano, al consejo, exhortaciones, dirección y presencia de fray Domingo de Jesús María. Y, en lo sobrenatural, a las oraciones que, con él por delante, todos habían elevado al cielo, y especialmente a la Virgen María por medio de aquella devota imagen, a la que comenzaron a dar gran culto con el nombre de Victoriosa o Nuestra Señora de la Victoria. Era la primera victoria de la guerra de los Treinta Años. La Montaña Blanca pone fecha, 8 de noviembre de 1620, después de la defenestración de Praga, a la aplastante derrota de las tropas protestantes de los Estados de Bohemia. Después de haber profetizado la victoria de los católicos, fray Domingo había sabido convencer a un consejo de guerra indeciso, para que dieran la batalla. A los soldados, les infundió la certeza de la victoria: a su éxtasis místico había seguido el éxtasis feroz de los combatientes.

En la ciudad de Praga, donde hasta entonces hacían burla del duque de Baviera por haberse confiado a la influencia de una especie de mago que había pedido le enviaran de Roma, ahora reconocían que el mago en cuestión tenía poderes verdaderamente prodigiosos.

Un milagro de proporciones no menores al de la victoria fue el comportamiento de las tropas victoriosas a su entrada en la ciudad conquistada. Entraron los hombres de armas empuñando en una mano la espada y pasando las cuentas del rosario con la otra, avergonzando de este modo a quienes habían osado ultrajar la imagen y el nombre de María (Agustín:172; Caramuel:351). En lugar del acostumbrado pillaje al que suelen ser sometidas las ciudades conquistadas, Praga no sufrió violencia ni en las personas ni en las casas, ni en los enseres. A ello ayudó la circunstancia de que no pudieran entrar el primer día, habiendo obstaculizado el camino los carruajes de los que



Figura 8. Grabado al frente del libro de Caramuel con el padre Ruzola señalando el crucifijo vencedor de la batalla que se libra ante la ciudad de Praga, a sus espaldas.

huían de la ciudad. De otra parte, se prohibió al ejército vencedor romper filas; Maximiliano encargó a dos regimientos de hacerse cargo de la puerta de Pohorelec para impedir la entrada de las tropas que pudieran ir en busca de botín: los jefes de los regimientos dieron orden de castigar con la pena capital a quien abandonara las filas. El mismo rey de los bohemios, al recibir la noticia de la derrota y sin remedio para detener a sus enemigos, reunió a su familia y se puso al abrigo del otro lado del Vltava (ver Chaline 2000:380).

El duque, en una muestra de modestia y piedad, no quiso recibir el triunfo con que los soldados querían que entrase, yéndose directamente, con sus acompañantes ordinarios, a primera hora de la tarde, a la iglesia de los capuchinos, donde fray Domingo entonó un Tedeum en acción de gracias.<sup>92</sup> Y de allí a la fortaleza, dejando toda la honra para Dios y para la Virgen, cuya imagen milagrosa entró triunfante sobre el pecho de fray Domingo, el cual hizo un sermón a los jefes del ejército sobre el evangelio que correspondía a la misa del mismo día de la batalla: *Date quae sunt Caesaris, Caesari, et quae sunt Dei, Deo*, ‘Dese al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios’, lo cual no carecía de misterio, o providencia, por mejor decir.

Fray Domingo escribió enseguida al papa y al cardenal Borghese, su sobrino, que era superintendente general de los estados pontificios y protector en Roma de la nación germánica. Se conserva un resumen de la misiva dirigida al Pontífice, con fecha incierta: quizás del día 9 o 10:

Vuestra Santidad puede dar gracias a Dios de la victoria contra los enemigos y de la toma de la ciudad de Praga. De que un enemigo tan poderoso, tan orgulloso y hábil para buscar posiciones ventajosas, haya sido batido de un solo golpe, vencido cuando todo el mundo creía que lo mejor que se podría hacer por este año era poner asedio a Praga. Que, sin embargo, por el deseo que había de entablar batalla, se ha seguido de día y de noche al enemigo, y de que finalmente ha llegado la octava de Todos los Santos. Comenzada la batalla, en solo dos horas fue deshecho completamente el ejército enemigo, dejando un gran número de muertos y de prisioneros, algunos de alta graduación, y heridos, y otros ahogados durante la huida, perdiendo gran cantidad de enseñas y toda la artillería y el bagaje, mientras nuestras bajas fueron mínimas. De que los prisioneros hayan dicho que todo había sido milagroso, y que ellos habían quedado como hechizados. Y de que ese mismo día por la noche los jefes vencedores fueron con sus hombres hasta cerca de la ciudad de Praga y enviaron dos emisarios a la ciudad para invitar a la guarnición que se rindiese, y a la mañana siguiente los soldados comenzaron a cruzar la muralla sin encontrar resistencia, y se les ordenó no saquear por respeto a los católicos (*apud* Chaline 2000:402; la traducción es nuestra).

---

<sup>92</sup> La defenestración de mayo de 1618 había provocado el exilio de arzobispo, del abad de Strahov y de los jesuitas; los premostratenses fueron dispersados, y sus bienes de Strahov saqueados. Solo los capuchinos pudieron quedar en su convento, fundado en 1600. Allí se dirigieron los vencedores de la Montaña Blanca para dar gracias por su victoria.





**Figura 9.** Entrada triunfal en Praga. Fresco de Luigi Serra (1846-1888) en el ábside de Nuestra Señora de la Victoria de Roma.

Los informes de los jefes militares del momento obvian el papel relevante del carmelita y el carácter a todas luces milagroso de la victoria. El general Buquoy redactó un informe en español, en clave exclusivamente militar, para el emperador Fernando II, que fue enviado enseguida a Felipe III. También Maximiliano de Baviera escribe al emperador y al papa Paulo V en términos militares, pero resaltando el carácter providencial de la batalla. Estas diversas versiones sirvieron de matriz para los relatos posteriores que irán siendo reproducidos y enriquecidos según se vayan difundiendo. Si bien todos dan las gracias a Dios por el resultado, las diferencias no dejan de ser notables.

En los ocho días siguientes se dispusieron los presidios y alojamientos para asegurar aquellas provincias, y el 15 de noviembre, que fue el octavo, en la capilla del alcázar se cantó un solemne Tedeum, concluyendo con una salva real de arcabuces, mosquetes y cañones. Se comenzaron a celebrar muchas misas rezadas y cantadas, y el arzobispo de Praga, con el cabildo de la catedral y todo el clero de la ciudad, con los abades, monjes y demás religiosos que habían sido desterrados por los herejes volvieron a dar gracias a

la Virgen Victoriosa y a dar el parabién al duque, que les restituyó sus casas y posesiones. Con esto, devuelta a la ciudad su anterior estado de orden y paz, y dejando gobernadores y mandos militares para defender tanto la ciudad como la provincia, y proporcionar paz y seguridad a aquellos países, el duque se volvió a su corte con la mayor parte de su ejército. Y mandando derribar los arcos que para recibirlo en triunfo habían levantado sus vasallos, atribuyendo el éxito de la empresa a Cristo y a su Santísima Madre, se dirigió lo primero a la catedral, y de allí a su palacio, donde la duquesa, después de recibirle con la alegría que cabe imaginar, dio las gracias a fray Domingo por lo bien que había cumplido su promesa de devolvérselo sano, salvo y victorioso.

La noticia traspasó enseguida Bohemia para llegar a Viena, Bruselas, Roma, París... Su interpretación variará, de unos lugares a otros, según quién sea el portador de la noticia, los canales de difusión empleados, y hasta de lo que se esté dispuesto a aceptar.

En Roma, según escribía el 6 de diciembre el cardenal Borghese a fray Domingo, el papa Paulo V, al conocer el éxito por el que había tanto rezado, se dirigió a Santa María Mayor para rezar en la capilla que él mismo había mandado trazar, y peregrinó a pie, después, a Santa María sopra Minerva y a Santa Maria dell'Anima, donde celebró misa e hizo cantar un solemne Tedeum (véase Chaline 2000:419).

La presencia, intervención y protagonismo del carmelita descalzo en este conflicto ha levantado la suspicacia de numerosos historiadores que no han visto en este episodio nada más que una «leyenda católica». Sin embargo, las fuentes no permiten dudar de su papel. Es más, la presencia de fray Domingo de Jesús María permite arrojar luz sobre aspectos de la batalla de la Montaña Blanca a menudo pasados por alto. Estos aspectos han sido ahora atendidos ampliamente y con nueva documentación por Chaline [2000]; y también Giordano [1991]. La realidad de las visiones de fray Domingo están fuera de la competencia del historiador; pero no puede pasarlas por alto como si no hubieran existido, pues es por causa de ellas por lo que el religioso acude, sin ser llamado, a un consejo de guerra para convencerle de dar la batalla. Su efecto tangible está ahí a la vista. Existen multitud de testimonios escritos para el proceso de beatificación del siervo de Dios que el historiador no puede ignorar; más teniendo en cuenta que quienes los redactan son conscientes de su obligación de decir la verdad y que mentir en ello pondría en juego su salvación eterna, aparte de que, descubierta la impostura, quedaría suspendido el mismo proceso. Dicho esto, queda clara también la posibilidad de error o confusión en las deposiciones.

Del papel de fray Domingo en la decisiva batalla de la Montaña Blanca existen muchos otros documentos. De una parte, la abundante literatura generada a consecuencia de la batalla. Por ejemplo, la biblioteca de los pre-

mostratenses de Strahov en Praga conserva muchas obras relativas al hecho. Por otra parte, hay que tener en cuenta las pinturas y exvotos de la iglesia de Santa María de la Victoria, en Roma; los trece grandes cuadros que cuelgan en la iglesia de los carmelitas de Múnich sobre la participación de fray Domingo en las campañas de Bohemia. Y el enorme cuadro contando la batalla de 1620 en el retablo principal de la iglesia de Santa María de la Victoria de Praga, en que el religioso lleva consigo el cuadro de la imagen milagrosa. Y, sobre todo, en el monasterio e iglesia llamada también de Santa María de la Victoria sobre la propia Montaña Blanca, centro de peregrinación cristiana a partir de comienzos del siglo XVIII. Chaline dedica un amplio y documentado capítulo de su obra a analizar el carácter religioso de la batalla, decidida y ganada por la decisión y la participación directa y directora de un religioso (caso único en la historia) en virtud de la aplicación de la doctrina y casuística de la guerra justa (véase Chaline 2000:217ss.).

### **PASA POR MÚNICH Y VISITA EN VIENA AL EMPERADOR**

Ya pensaba fray Domingo volver a la paz de su celda y a la soledad de la vida religiosa, cuando recibió cartas del papa ordenándole, antes de regresar a Roma, visitar en Viena al emperador, y a la princesa de Flandes Isabel Clara Eugenia en Bruselas; en París a la reina Ana, y que acabase de concluir en Lorena con el duque unos negocios gravísimos que otros habían comenzado y nadie había llevado todavía a buen término.

Por su parte, Maximiliano, una vez ocupada la ciudad de Praga, se puso en marcha de regreso a Múnich. Fray Domingo tenía previsto visitar enseguida al emperador obedeciendo las órdenes del papa; pero, debido a la inclemencia del tiempo y a que no eran seguros los caminos entre Bohemia y Viena, el duque lo retuvo consigo un tiempo. Durante este viaje a Múnich murió Giovanni Angelo Crivelli, y fray Domingo lo comunicó por carta a su padre con su habitual delicadeza y caridad. El carmelita pasó las fiestas de Navidad como huésped de Maximiliano de Baviera.

El 13 de enero Domingo partió para Viena acompañado de fray Pedro de la Madre de Dios y fray Anastasio de San Francisco. Llegó a su destino el 28 de enero y fue recibido con todos los honores por el emperador. Este lo hospedó en su palacio y lo visitaba frecuentemente y le consultaba acerca de la política que convendría seguir para la restauración de la religión católica en los territorios recientemente reconquistados. El carmelita causó una óptima impresión en Fernando II y le conquistó para su proyecto de dedicar en Roma una iglesia a la Virgen, a cuya intercesión atribuía el éxito de la batalla de la Montaña Blanca. En este tiempo, se empleó en difundir la devoción mariana, repartió escapularios y dejó instituida la Cofradía de Nuestra Señora del Carmen.

En esos días llegó a Viena la noticia de la muerte de Paulo V,<sup>93</sup> al que fray Domingo amaba sobremanera. El emperador, para no echar tanto de menos a fray Domingo al partirse, ofreció y fundó a sus religiosos sendos conventos en Viena y en Praga, con tanta diligencia que el de Viena se lo entregaría ya acabado en 1623 el 5 de octubre en que se celebraba entonces la fiesta de Santa Teresa. En Praga les dio un templo que habían tomado los protestantes, añadiéndoles un edificio para su habitación.

### **EN ESTRASBURGO Y LORENA**

El 1 de marzo de 1621 fray Domingo se despidió del emperador y volvió a Múnich por poco tiempo. De allí, el 3 de abril marchó a Estrasburgo para visitar, de parte del emperador, a su hijo el archiduque Leopoldo, obispo de aquella diócesis, que lo alojó en su casa y con el que contrajo una amistad que se demostraría duradera. Prosiguió después su camino y llegó, al fin, a la Lorena el 21 de abril. En Nancy, donde residía la corte ducal, en lugar de ir a alojarse a su convento, hubo de obedecer a la invitación del duque e instalarse en su palacio, también con el deseo de ganarse su benevolencia de cara a las negociaciones que había de llevar a cabo con él. Dio comienzo a su comisión, declarada en un breve de Paulo V, y confirmada ahora con otro de su sucesor, Gregorio XV.

Ya el 25 de julio de 1620, el cardenal Borghese había escrito a fray Domingo señalándole que el papa le encomendaba

tratar con el duque de Lorena un asunto de gran importancia según las instrucciones que le mando aquí anexas. Desea Su Santidad que cuando pase vuestra reverencia por Lorena al ir o volver de Flandes, trate del negocio conforme al contenido de dichas instrucciones con la mayor diligencia, el cuidado y eficacia que pueda, pero con la destreza y prudencia que requiere la calidad del asunto y la condición del príncipe con quien se trata. Es negocio que importa extraordinariamente a Su Santidad, y espera que Dios nuestro Señor le concederá conducirlo a buen término, importando mucho que se guarde secreto ... De Roma, a 25 de julio de 1620, al servicio de vuestra reverencia, el cardenal Borghese (Instrucciones del cardenal Borghese, *apud* Caramuel: 580).

Las instrucciones que Caramuel recoge a continuación van en la dirección de aconsejar al duque (Enrique II, llamado el Bueno) que provea su sucesión católica: puesto que no tiene hijos varones, pero sí dos princesas, y su hermano Francisco, conde de Vaudémont, dos hijos varones, el pontífice está dispuesto a dar la dispensa de parentesco para una unión entre primos (véase Caramuel: 580-581). El 1 de agosto le envía una carta de apremio en el

---

<sup>93</sup> Había acaecido el 28-I-1621.

mimo sentido la hermana del duque, Cristina de Lorena, casada con el gran duque de Florencia, concedora de lo que se le manda desde Roma, e insiste, entre otras razones, en que

siendo Su Alteza mortal, como los demás hombres, podría ser que el dilatar mucho esta resolución de casar a la hija heredera de su estado, la dejase a ella y al estado en extremo peligro, que sería el mayor daño que a nuestra casa y al cristianismo podría venir, con peligro de que en tal ocasión se extendiese también a Lorena la herejía de que está rodeada (Carta de Cristina de Lorena, *apud* Caramuel: 581).

Las dudas del duque provenían de que el testamento de René II de Lorena establecía que el ducado debía transmitirse únicamente por línea de varón. La gran duquesa de Toscana volvió a escribir a fray Domingo el 1 de septiembre dándole instrucciones para que tratase de lo mismo con la cónyuge del de Lorena. Finalmente, el duque casaría a su hija mayor, Nicole, con el hijo mayor de su hermano, aunque, a su muerte, quedó por heredero su hermano Francisco, y solo después de este heredarían el trono su hijo y sobrina.

El negocio estaba en tal punto, y tan resuelto el duque en no hacer según le pedían unos y otros, que se hubiera interrumpido la conversación de inmediato a no ser por la paciencia, perseverancia, gracia y, sobre todo, ayuda del cielo con que contaba fray Domingo, que consiguió vencer su resistencia, logrando que el duque se aviniera a lo que entendió que era voluntad del papa y de Dios, a pesar de lo que él tenía por mejor opción. Lo cual fue computado como milagro político del siervo de Dios.

Desde Nancy escribió al rey Luis XIII, a su confesor y al valido, condestable Luynes,<sup>94</sup> animándolos y confirmándolos para proseguir en la empresa de arrojar completamente la herejía de Francia.<sup>95</sup>

## EN FLANDES

Al aplauso con que se le recibió al llegar a la región de Lorena, se pude comparar el dolor con que se le vio partir. Salió de Nancy el 6 de junio de 1621

<sup>94</sup> Charles de Luynes, marqués de Albert y I duque de Luynes.

<sup>95</sup> En su carta al rey, le insta a procurar «por todas las vías posibles la conversión de los herejes; pero, si no se quieren convertir, debe emplear toda su potencia para extirparlos del todo o expulsarlos del reino, siendo cierto que estado o reino en el cual rige otra ley y otra religión que la católica romana, no es estable ni seguro, no pudiendo fiarse un rey católico de gente enemiga de Dios ... Todo esto he querido mencionar a vuestra majestad para consolación mía, estando cierto que Dios nuestro Señor dentro de su alma le va espoleando a grandes cosas ... El resto, Dios mediante, lo diré a vuestra majestad cuanto antes de viva voz ... Nancy, abril de 1621» (*apud* Caramuel: 583-584). La carta al confesor del rey, padre Arnolfo, y al condestable, duque de Luynes, vienen reproducidas en Caramuel: 585-586; su contenido es una exhortación a colaborar con su consejo e influencia en la consecución de lo que se le pide al rey de parte de Su Santidad para bien del cristianismo.



en dirección a Tréveris en una litera que había puesto a su disposición el duque de Baviera. Siempre delicado de salud, en el camino tuvo un ataque de pleuritis. Los médicos que le vieron en Tréveris dijeron que no había nada que hacer: se llegó a buscar un lugar adecuado para darle allí mismo sepultura. No obstante, salió adelante, y prosiguió el viaje. Llegó a Colonia, sede arzobispal de Fernando, hermano del duque de Baviera, el 29 de junio. Fue recibido por una multitud que asedió por varios días su convento queriendo ver al héroe de la Montaña Blanca. Allí se empleó en visitar y venerar a sus «innumerables mártires».<sup>96</sup> El príncipe elector, que estaba en Bonn, no quiso que se desplazara fray Domingo, sino que acudió en persona a Colonia para conferenciar con él y recibir sus consejos. Salió de allí protegido por unas compañías de caballos que le había enviado el príncipe de Flandes, archiduque Alberto, para que le acompañasen hasta Bruselas, temeroso de que pudiera ser objeto de algún atentado de parte de los herejes por el camino poco seguro por la proximidad a Holanda. La ciudad de Colonia le asignó también una escolta de infantes.

Se puso en marcha el 4 de julio de 1621. Llegó a Lovaina y, queriendo retirarse a un convento a modo de desierto que habían edificado para los frailes los archiduques, supo que el príncipe Alberto estaba enfermo, y se dirigió de inmediato a Bruselas, adonde llegó el día 8. Encontró al príncipe en cama disponiéndose a bien morir: y solicitó del siervo de Dios no que pidiese su salud, sino que le ayudase a prepararse. Fray Domingo escuchó su confesión, le dio la absolución repetidas veces, le administró la comunión por viático, y le ayudó con sus oraciones y exhortaciones hasta que expiró el 13 de julio. Hizo luego fray Domingo un razonamiento a los que asistían al difunto y a cuantos se encontraban presentes sobre cómo se acaban las grandezas del mundo. La archiduquesa, al recibir la noticia del tránsito de su amado esposo, se mostró muy consolada con el género de muerte que había tenido. Aunque era costumbre en la Casa de Austria no dar audiencia ni recibir embajadas durante los cuarenta primeros días de viudez, fray Domingo pidió a la piadosa princesa Isabel Clara Eugenia, que recibiera al nuncio, Guidi di Bagno, que había llegado por esos días a tomar posesión de su cargo, y despachase sus negocios, e hiciese excepción con el representante del sumo pontífice, a lo que accedió, y recibió sus cartas credenciales el 2 de agosto.

Fray Domingo había decidido dejar Bruselas el 6 de agosto de 1621, pero Isabel Clara Eugenia, a pesar de su contrariedad, lo quiso retener a fin de que Rubens le hiciera un retrato (véase Giordano 1991:200). Este cuadro, de medio cuerpo, se conserva en el Musée d'Art et d'Historire de Ginebra.

---

<sup>96</sup> Una lectura errónea de una inscripción junto a las reliquias había convertido legendariamente las «once m ('mártires') vírgenes» que murieron con santa Úrsula y están enterradas en la basílica de esta advocación en «once mil vírgenes».



**Figura 10.** Retrato del taller de Rubens. Musée d'Art et d'Histoire, Ginebra.

Movidas de las pláticas y ejemplo del siervo de Dios, cinco damas de palacio, flamencas y españolas, se consagraron a Dios, y con sus haciendas y dotes se levantó el convento de carmelitas descalzas de Gante, donde, acompañadas para mayor honra por la misma archiduquesa, trocaron sus galas por el hábito de sayal y estameña.

Antes de salir de Bruselas, la archiduquesa le pidió el Santo Cristo, aquel que había blandido fray Domingo durante la batalla de la Montaña Blanca

y había desbaratado los escuadrones de los herejes, el cual, habiéndoselo pedido en don el emperador, se lo había negado. Ahora, para contentar y agradecer tantas atenciones a la infanta, decidió darle la cruz, reservándose para sí la imagen para colocarla sobre otra cruz nueva. En recompensa y agradecimiento, la infanta abrió su tesoro de reliquias para que tomara lo que quisiera.

El marqués de Espínola, general del ejército y mayordomo mayor, le fue a visitar y le expuso la situación política y militar de aquellos países, y quedó admirado de tanta comprensión del arte del gobierno y de la guerra en un religioso pobre, descalzo y contemplativo. Y con su consejo se dio comienzo a algunas empresas que redundaron en gloria de las armas españolas.

Domingo procuró de la princesa cartas de recomendación al Romano Pontífice para la canonización de la madre Teresa de Jesús, como las había obtenido del emperador, del duque de Baviera y de elector de Colonia.

De Bruselas pasó a Amberes a ver a la madre Ana de San Bartolomé, compañera de santa Teresa, a quien hizo de secretaria y enfermera, y ahora de heredera de su espíritu en tierras flamencas. Habiéndose despedido de ella, Domingo emprendió viaje a la corte de París.

## **A LA CORTE DEL REY DE FRANCIA**

Fray Domingo, desde Nancy, había anunciado a Luis XIII su visita con una carta en que le comunicaba el matrimonio acordado entre la hija del duque Enrique de Lorena y su primo. Al mismo tiempo, se complacía con el rey por el celo con que estaba combatiendo contra los herejes, y le invitaba a poner todo su empeño en convertirlos; y, si no se avenían, echarlos fuera del reino, puesto que difícilmente podría un rey fiarse de los que habían vuelto las espaldas a Dios. Con la misma exhortación a extirpar la herejía había escrito al condestable Luynes. Solamente en el escrito que dirigió al confesor del rey, el jesuita Arnoux, se refería a su visita a la corte francesa como un encargo del papa, pero sin declarar el objetivo concreto de la comisión.

Pero, antes de que saliera de Bruselas, fue a visitarle el embajador de Francia y le prohibió en nombre del rey que entrara en sus estados. Esto pudo ser motivado porque algunos ministros, aprovechando la corta edad del monarca,<sup>97</sup> y admirados de la facilidad con que fray Domingo había vencido la resistencia del duque de Lorena, temieran poner en confrontación los argumentos y santos intentos del siervo de Dios con los de ellos, que eran diversos. Fray Domingo respondió con humildad que acataba el mandato, desistía en su intento, y añadió que él no tenía negocios personales ni ajenos que tratar con el rey, sino tan solo visitar a la reina de parte y por orden del

---

<sup>97</sup> Luis XIII había nacido en 1601.

Santo Padre. Al mismo tiempo, la reina madre (que lo era de un rey y de dos reinas, la de España y la de Inglaterra),<sup>98</sup> que estaba retirada de la corte en Tours, enviaba primero a su confesor y luego a un canónigo a pedir a fray Domingo que acudiera a Francia. Para entonces, convencidos los ministros por las palabras que el siervo de Dios había dirigido al embajador de que no le movían negocios temporales, escribieron que ya el rey permitía que fuese a París; pero el gran canciller ponía una objeción: que, si acudía, se le prohibía toda propuesta de negocio o de gobierno. A pesar de su humildad, le pareció a fray Domingo que con esta salvedad se faltaba a la reverencia debida al sumo pontífice, y decidió no ir, estimando menor toda la Francia que la conservación de la autoridad apostólica. Pero, estando presente el general de su orden, le mandó en nombre de la obediencia religiosa que aceptase la invitación.

Pasó, y paró con aplauso general y dando a todos la bendición, por Douai, donde los carmelitas tenían convento; por Seyne, monasterio de religiosas bernardas. Excusose con el duque de Nevers, que le escribió llamándole para negocios gravísimos, contestándole por escrito lo que, después de consultado, le había de decir.

El 20 de agosto de 1621 llegó a París con la acogida que siempre le dispensaban las gentes a su paso. Al día siguiente, el embajador y otros grandes señores hubieron de dejar sus carruajes a buena distancia del convento para hacerse paso entre la multitud que se apiñaba a sus puertas.

El día de la octava de la Asunción, 22 de agosto, y el 25, fiesta de San Luis rey de Francia,<sup>99</sup> predicó con general aplauso no solo de los sencillos, sino del clero y entendidos que copiaron e hicieron publicar ambos sermones que habían sido predicados de repente.

El 26 de agosto dejó París en dirección al convento de Charenton. En Tours, el 12 de septiembre visitó a la reina madre María de Médicis y al cardenal Richelieu, y predijo a la madre del rey su regreso a la corte, y una segunda, más larga y sensible ausencia de ella.<sup>100</sup> Dos días después, Luis XIII mandó a buscarle y asistió a su misa. Pedro de la Madre de Dios, su compañero, relata una conversación privada entre fray Domingo y el rey en el apartamento del condestable Luynes, en el curso de la cual el carmelita entregó al rey una cruz que este se puso al cuello, y lo exhortó, como ya había

---

<sup>98</sup> María de Médicis, que había sido regente durante la menor edad de Luis XIII, fue madre de Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV de España, y de Enriqueta María de Francia, esposa de Carlos I de Inglaterra.

<sup>99</sup> San Luis se celebra el 25 de agosto.

<sup>100</sup> La reina había sido exiliada por su hijo en 1617. En 1622 fue admitida de nuevo en la corte. En 1631, habiendo sido enviada por su hijo al castillo de Compiègne, huyó a Bruselas, vivió al amparo de las cortes de Alemania e Inglaterra. Murió en Colonia el año 1642 privada de su condición de reina.

hecho por carta, a «que procurase con toda diligencia extirpar los herejes de su reino, porque de otro modo no podría estar nunca seguro» (Pietro:IV, 345).

La misión informal de fray Domingo en la corte de Francia coincidía con la acción diplomática desplegada por el nuncio Octavio Corsini para privar a Federico V del apoyo que le pudiera llegar de parte de Luis XIII. El rey francés había recibido de los ingleses la propuesta de que suspenderían sus ayudas a los hugonotes a cambio de que Francia contribuyese a obtener al conde Palatino la restitución del electorado. Es probable que la orden enviada de Roma a fray Domingo de pasar a la corte francesa se inscribiese en el mismo contexto (véase Giordano 1991:206-207).



## DE VUELTA EN ITALIA

Habiendo concluido en Francia todo lo que le había encomendado Paulo V y después Gregorio XV, el 15 de septiembre fray Domingo se puso en camino. Tomó una nave en Narbona y, después de haber tocado el puerto de Marsella, llegó a Génova el 2 de octubre. Allí, junto con los que se habían embarcado con él, hizo cuarentena por razón de una peste que se sospechaba en el país galo; pero, a instancias de personas influyentes que escribieron para este fin, se le dejó entrar en la ciudad al undécimo día de su arribo. Le intentaron detener ofreciéndole un sitio dentro de la ciudad para fundar un convento de su orden; pero, habiendo recibido carta del cardenal Ludovisio, nepote del papa, en que se le ordenaba volver a Roma, al día siguiente partió<sup>101</sup> —dejando con harto sentimiento a toda aquella república— en una embarcación proporcionada por la duquesa de Tursis, esposa de Carlos Doria. Una borrasca obligó a tomar tierra en los estados del gran duque de Florencia, cuya esposa le envió una carroza que lo llevó a alojar en su palacio de Pisa. En Florencia consoló a la duquesa que acababa de quedar viuda. Y finalmente llegó a Roma el 9 de diciembre de 1621 habiendo empleado en su viaje un año y medio. El día siguiente fue a besar el pie a Su Santidad. Gustó el santo padre que le contara por menudo el suceso de la batalla de Praga y todo lo demás de Alemania, Flandes y Francia.

### **CANONIZACIÓN DE SANTA TERESA**

Aprovechó esta ocasión fray Domingo para solicitar que se llevase a cabo ya la canonización de su santa fundadora. A esto se oponía don Diego de

---

<sup>101</sup> El 29 de octubre de este año 1621 le había escrito monseñor Pietro Pavone, maestro de cámara de Su Santidad, quien, sabiendo hacía algunos días «que vuestra paternidad había llegado a Génova con buena salud, tomó particular consuelo de verlos enseguida de regreso a Roma, pero no habiendo tenido todavía noticia de su partida, me ha ordenado Su Santidad que le escriba que venga lo antes posible ...» (*apud* Caramuel:587). Y el 5 de noviembre lo hacía el cardenal Ludovisio: «Con el regreso de vuestra paternidad a Italia, ha aumentado el deseo no solo mío sino de nuestro Señor; de manera que Su Santidad me ha mandado escribirle que tenga la bondad de venir cuanto antes, dándole Su Beatitud la licencia para hacerlo así como su bendición...» (*apud* Caramuel:587).

Barrionuevo, caballero del hábito de Santiago, que, en nombre de la villa de Madrid,<sup>102</sup> pedía la de san Isidro, y deseaba, y tenía ya concedido, que se celebrara primero. Pero la autoridad y constancia de fray Domingo no se doblegó, e incluso abogó por el adelanto de la proclamación de la santidad de otros dos beatos españoles, Ignacio de Loyola y Francisco Javier, y aun por instancia que le hicieron los padres del Oratorio, la del italiano Felipe Neri, de manera que se concluyó que Gregorio XV celebrara simultáneamente —cosa nunca vista— las cinco canonizaciones, que tuvieron lugar en San Pedro de Roma, precisamente, en la fiesta de San Gregorio I Magno, el 12 de marzo del año 1622.

Esta canonización cumulativa tuvo una ventaja financiera y política por el ahorro económico que suponía a los patrocinadores. Propuso Gregorio XV devolver las cantidades ahorradas para la financiación de las necesidades de Alemania. Para ello, encargó a dos cardenales tantear la disposición de los procuradores de las causas. El general de los jesuitas (por san Ignacio y san Francisco Javier) y el de los carmelitas descalzos (por santa Teresa) ofrecieron destinar las sumas correspondientes en favor de la Liga. El embajador imperial consiguió convencer a sus homólogos español (por san Isidro) y toscano (por san Felipe Neri) ingresar las cantidades que les correspondían en las arcas imperiales.

El 20 de junio Domingo obtuvo de Gregorio XV, de viva voz, poder añadir en la oración de la misa y del oficio de santa Teresa, tomada del común de vírgenes, el inciso «et coelestis eius doctrinae erudiamur affectu»,<sup>103</sup> en gracia al contenido de sus obras espirituales, que se estaban difundiendo, por entonces, ampliamente.

## NUESTRA SEÑORA DE LA VICTORIA

El domingo 8 de mayo de ese mismo año 1622, queriendo el papa que se diese la mayor veneración a la imagen de la Virgen a la que se atribuía el triunfo sobre los herejes en la Montaña Blanca, se efectuó su traslado solemne desde la basílica de Santa María Mayor hasta la iglesia de San Pablo, junto al colegio de los padres carmelitas —que, desde entonces, por orden del pontífice cambió el nombre por el de esta nueva advocación de Santa María de la Victoria—, y se la instalase en un suntuoso retablo que para ello se creó, otorgando amplias indulgencias a los que la visitasen devotamente.

<sup>102</sup> Don Diego de Barrionuevo había sido enviado a Roma por el Ayuntamiento de Madrid en su calidad de regidor para procurar la canonización del beato Isidro, cuya canonización fue patrocinada desde el principio por aquella villa y corte.

<sup>103</sup> En el misal actual, *et caelestis eius doctrinae pabulo Semper nutriri*, 'y alimentarnos siempre de su celestial doctrina'.





**Figura 11.** Retablo mayor de Nuestra Señora de la Victoria de Roma. En el centro, la pequeña imagen milagrosa. (Foto Fidel Sebastián Mediavilla)

Todas las banderas arrebatadas a los enemigos en aquella batalla acompañaron, arrastradas, esta especie de triunfo que constituyó la procesión del traslado y entronización de la imagen; fueron depositadas en la iglesia y forman parte, junto con las pinturas que decoran los muros y el ábside, de la memoria de aquel suceso y de la protección, en él, de María.

En una de las capillas de esta iglesia se instalaría más tarde la famosa composición escultórica del *Éxtasis de santa Teresa* concebida y ejecutada por Gian Lorenzo Bernini.

## PROPAGANDA FIDE

Por aquel tiempo, habiendo dado comienzo Su Santidad Gregorio XV a la Congregación de *Propaganda fide*, que se compone de trece cardenales y dos preladados, quiso que fray Domingo formase parte de ella. Este fue un medio eficaz para que el siervo de Dios desplegara toda su caridad, informándose de los sujetos que pudieran ser más a propósito para misioneros, yéndolos a buscar, escogiéndolos y proporcionándoles los medios con tal generosidad que llegó a suscitar las críticas entre muchos, incluso hermanos suyos de religión, no entendiéndolo que pasaran por sus manos tan abundantes cantidades de dinero, que él ponía inmediatamente al servicio de la extensión de la fe católica según los fines y criterios de aquella Congregación.<sup>104</sup> Habiéndose extendido esta mala opinión entre algunos cardenales, el papa quiso despachar un breve en que elogiaba el trabajo de fray Domingo y pedía que todos le asistiesen en esta santa ocupación y ninguno se lo estorbase. Quiso el Pontífice honrarle aún más acudiendo a su convento y, después de haber orado ante la imagen de nuestra Señora de la Victoria, entregarle personalmente el breve.

Como esta ocupación en la Congregación de *Propaganda fide* le ocupaba un tiempo que restaba a la comunicación con sus fieles y amigos, estos le pidieron que compusiera un libro de devoción. Se resistió mucho, pero al fin, insistiendo en ello la misma autoridad del papa, sacó a luz el volumen titulado *Sententiarium spirituale*,<sup>105</sup> dividido en tres partes, que corresponden a las vías purgativa, iluminativa y unitiva de la vida interior, tratando de lo más esencial de ellas con brevedad y claridad. Por deseo de los príncipes que le habían conocido personalmente, el librito pronto fue traducido a las lenguas

<sup>104</sup> Con este fin, Gregorio XV había mandado expedir un breve (fechado el 1 de marzo de 1622) autorizando a fray Domingo a pedir y administrar toda clase de bienes que le fueran entregados para este fin por los fieles (véase el texto latino del breve en Caramuel:588-589).

<sup>105</sup> *Sententiarium spirituale, documenti et pratiche affective, nelle tre vie della perfectione christiana: purgativa, illuminativa et unitiva, diviso in tre parti*, Alessandro Zannetti, Roma, 1622, 3 vols. 16.º.

más comunes: al latín, español, francés, flamenco y alemán.<sup>106</sup> Quizás en España es donde menos se conoció, por circular otros libros con el mismo asunto escritos también por sujetos de gran virtud y talento. En conformidad con la tercera parte del *Sententiario*, instituyó una Congregación cuyo fin es la caridad con los prójimos y la devoción a las almas del purgatorio, que Gregorio XV confirmó con una bula especial, y favoreció con grandes privilegios, como indulgencia plenaria al entrar en ella y al salir, por la muerte, para ir a gozar de Dios.<sup>107</sup>

## EL ELECTORADO DEL DUQUE DE BAVIERA

Deseaba mucho el papa que el duque de Baviera, por la parte que había tenido en la victoria de la Montaña Blanca, añadiera a otros muchos honores que había acumulado, la dignidad de príncipe elector. Lo quería también el emperador Fernando II, pero lo detenían razones o consecuencias políticas que se podían derivar del gran poder de los herejes, a quienes no parecía conveniente irritarlos de nuevo. Pero, habiéndose convocado una Dieta general en Ratisbona poco antes de la Navidad de 1622, lo que ni el papa ni los príncipes católicos, eclesiásticos y seculares, habían logrado, se consiguió valiéndose Su Santidad de fray Domingo, a quien hizo escribir una carta al emperador, tan eficaz que, habiéndola recibido, en la sesión que se tuvo el 25 de febrero de 1623 declaró a Maximiliano, duque de Baviera, por conde palatino con dignidad de elector, y entregándole las insignias de tal por sus propias manos. Por su interés, y por ser un modelo de alta diplomacia, la trascribimos íntegra, traduciendo del original italiano:

Vigilia de la santa Navidad de Cristo nuestro Señor, por cuyo amor me pongo a escribir esta mía a vuestra majestad con grandísimo deseo de que obtenga el efecto que más conviene a la gloria de nuestro Señor y para mayor bien de la Casa de Austria y para la misma persona de Vuestra Majestad, de la que me importa tanto que acierte en sus resoluciones, que basta ser cosa suya para darme grandísima preocupación; y, amándole yo tanto en el Señor, y como al presente no haya cosa que más le deba preocupar para asegurar su conciencia, la Casa de Austria y el Imperio, que conferir el electorado a persona católica, y no querer poner en peligro que todo se pierda de una vez, le ruego y suplico de parte del Señor y de su Madre Santísima que cuanto antes lo asegure y dé esta satisfacción al cielo y a la propia conciencia, declarando elector al duque de Baviera, que, aparte de cumplir con su promesa, dese cuenta que es el mejor camino para asegurar la conciencia y a la Casa de Austria, no pudiéndose dudar que la defenderá ningún otro con más fide-

<sup>106</sup> En Inglaterra estaba prohibida la publicación y entrada de textos religiosos católicos.

<sup>107</sup> Dio a la imprenta también, en latín, unos *Argumentos de los salmos*, en el que trata del contenido de cada salmo con gran erudición (*Alia argumena psalmodum ad utiliore[m] divini officii rectionem*, Alexandre Zannetti, Roma, 1623).

lidad y prontitud que él, que por ella no ha temido poner en riesgo su propia vida; y hará un modo de obligarlo mucho más rompiendo vuestra majestad con todas las dificultades que especulativamente se le ofrecen, pues, en cuanto a aquellas que se presentan de parte de los herejes, se dan a conocer como meras razones de estado que tanto desagradan a Dios nuestro Señor, siendo clarísimo que los herejes y luteranos han de buscar siempre otro elector herético para el lugar del palatino, para atraer el imperio a sus designios y, aunque odian tanto a los calvinistas, sus principales enemigos, solo por este intento harán todo lo que haga falta para introducir al palatino o alguno de los suyos, y no es razonable que sean más diligentes los hijos de las tinieblas, que son los herejes, que vuestra majestad, hijo de la luz, que trabaja para Dios. Pero dejemos esto, porque no se puede creer que Vuestra Majestad, tan buen católico, haya pensado nunca en volver a meter de nuevo al palatino en su estado, ni otro hereje en su lugar, más, por el contrario, remover a aquellos que lo son, si fuera posible. Creo que el demonio se empleará a fondo por medio de algún ministro infernal, bajo especie de razón de estado, para darle este consejo que arruinaría completamente el estado y a Vuestra Majestad. No tengáis miedo de que un rey católico, como es un rey de España, haya de oponerse a esta resolución, o dejar de socorrer a vuestra majestad; más bien, os aseguro que Dios nuestro Señor lo empujará a hacer mucho más que en el pasado, puesto que la Casa de Austria ha sido ensalzada por Dios bendito por haberle honrado, y por haber confiado en él; y, si en algún momento se ha encontrado en apuros y necesidades, ha sido por causa de malos acuerdos de vuestros antecesores con los herejes poniendo en tanto peligro a la religión católica como ahora se ve en la pobre y afligida Alemania. Guárdese, pues, nuestro emperador de hacer por ningún respeto humano cosa perniciosa para la santa Iglesia, o indigna de su corona.; porque sería ponerse en contra de Dios y darle ocasión de que le mandara un extraordinario castigo, porque, en efecto, *horribile est incidere in manus Dei viventis*. Yo os hablo en esta carta como si estuviera, a punto de morir, delante del tribunal de Dios, sin interés ninguno; que, si bien el duque de Baviera es tan gran hijo mío en el Señor, y tengo la estima de su persona que se le debe, no menos proclamo que solo me mueve a escribir el deseo grande que tengo de vuestra salvación, mayor gloria de Dios y bien de la santa Iglesia. No tenga miedo vuestra majestad, confíe en Dios, no tarde en ejecutarlo, para que no tenga que arrepentirse cuando no haya ya remedio. Excluya decididamente al hereje sacrílego excomulgado y toda su casa, rebelde y capital enemiga de Dios y de esta corona. Su arrepentimiento es como el de Judas, y cualquier componenda que Vuestra Majestad hiciese con él o con su antecesor, bastaría para arruinar todo el imperio, y se haría un gran daño a la Iglesia y religión católica. Yo quedaré clamando noche y día en mis pobres oraciones a fin de que el Señor le conceda fuerza, virtud y valor, como ha hecho en tantas otras resoluciones, y créame Vuestra Majestad que no podrá venir nueva más grata a Roma para mí y para toda la corte como no la hemos tenido hasta ahora, como tanto deseo y encomiendo al Señor, como cosa de la que depende tanto bien común y particular. Me parece muy importante también que se haga una liga entre los príncipes cristianos que pueda reprimir la fuerza y el orgullo de aquellos rebeldes herejes, y del turco, en caso de que se moviese contra el imperio, lo

que temo mucho, y voy haciendo gestiones en este sentido, y me es gran consuelo ver cuánto preocupa a Su Santidad y al cardenal Ludovisio, y cuánto compadecen a Vuestra Majestad, que estiman sus cosas como propias. Así pues, hijo amantísimo y nuestro emperador, deme este extremo contento de conferir cuanto antes el electorado del duque de Baviera, esperando de Dios nuestro Señor y de su santísima Madre, que darán a vuestra majestad el premio de una obra tan santa, que le darán aquella consolación y defensa que vuestra majestad y nosotros deseamos (*apud* Caramuel: 589-590).

El duque y su esposa escribieron aquel día dando gracias a Gregorio XV y a fray Domingo, atribuyendo el feliz suceso y el enaltecimiento de su Casa al cuidado, interposición y diligencia del carmelita.<sup>108</sup>

### RECAUDANDO FONDOS PARA LAS MISIONES

Se había de celebrar en mayo de 1623 capítulo general de su orden, y había de tener lugar en el convento que en obsequio suyo había edificado en Loano el duque de Tursis. Era preciso que acudiera fray Domingo en su calidad de definidor. Obtuvo licencia del papa por lo mucho que importaba allí su presencia. Salió de Roma y se detuvo, a instancias de sus príncipes, en la ciudad de Massa durante la Semana Santa confesando y predicando y haciendo el fruto acostumbrado en las almas, y obteniendo los milagros corporales, también, cuando era voluntad de Dios. De algunos de ellos mandó hacer información el príncipe y los envió más tarde a Roma el año 1627.<sup>109</sup> Pasó después de Pascua de Resurrección a Génova en una galera que le había enviado el duque de Tursis.

<sup>108</sup> El duque: «... en agradecimiento del afecto con que tanto se ha empeñado vuestra paternidad en hacérmela conferir [la dignidad electoral]. Será ahora mi obligación empeñar todos mis desvelos, todo mi haber y poder en honor y servicio de la santa Iglesia... Ratisbona, 25 de febrero, 1623» (*apud* Caramuel:590-591). Y la duquesa, en el mismo lugar y fecha: «Me siento obligada por la gratitud a hacer partícipe de nuestra alegría con mis propias letras ... y por eso vengo a significarle que hoy, 25 de febrero de 1621, sábado, día dedicado al culto de la santísima Virgen, nuestra singular Abogada, mi señor duque, con alegría de todos los buenos y rodeado de un considerable número de príncipes y de la nobleza, ha recibido de mano de Su Majestad Cesárea la enseña y el título del electorado del sacro imperio ... Grande entiendo que ha de ser el contento de vuestra paternidad que con tanta eficacia ha colaborado al logro de esta gran alegría nuestra...» (*apud* Caramuel:591).

<sup>109</sup> Carlos, duque de Massa, escribía al confesor de fray Domingo: «A mi agente de Roma envié algunas cosas para que las consignase a vuestra paternidad acerca de lo que sucedió en esta casa para gloria de Dios por mediación de nuestro buen padre fray Domingo, y están autenticadas, como habrá visto, por mano de notario, y con testigos, entre los cuales Dios ha querido que, aunque yo me encontraba presente y visto las cosas sobresalientes con mucha edificación mía y del pueblo, sin embargo, he querido hacer a vuestra reverencia declaración por medio de esta carta escrita de mi propia mano y sellado con mi propio sello, a fin de que pueda servir para mayor relieve de las cosas narradas, añadiendo además [y cuenta una curación en que la enfermedad que tenía pasó a fray Domingo después de que este le bendijese con su crucifijo] ... Massa, 16 de octubre de 1627» (*apud* Caramuel:597-598).

Celebrose con paz y provecho el capítulo general. Con ánimo de edificar, Caramuel recoge el hecho de que, habiendo tenido el procurador general aviso de que su madre estaba en trance de muerte en Génova, todos convinieron en que era su deber de hijo acudir de inmediato; todos, excepto fray Domingo, que se opuso y lo estorbó diciendo que, aparte de que los negocios públicos se han de anteponer a los particulares, aquel religioso podía ayudar solo con la oración, y que eso lo podía hacer también, y aun mejor, desde donde estaba, ofreciendo ayudarle también él desde allí con las suyas (Caramuel:457; Agustín:208). Comenta Agustín: «Resolución y dictamen que, aunque a algunos pudo parecer sobrado rigor, los más prudentes lo atribuyeron a motivos superiores que ellos ignoraban y el siervo de Dios tenía; y los religiosos retirados y observantes se confirmaron en el amor de la quietud y encierro que tan propio es de la perfección monástica, la cual debe imitar en cuanto le sea posible, al discipulado de Cristo, donde sabemos que aun para ir a dar a sus padres sepultura se negaba licencia» (Agustín:208).

Volvió, concluido el Capítulo, a Génova, donde, llamado al consistorio más secreto, rogado por todos los senadores, dio su parecer en materias muy graves y convenientes para aquella república; y hasta en las militares siguieron estos sus consejos, y añadieron, a causa de ellos, algunas nuevas fortificaciones a las que ya había.

Allí tuvo carta del cardenal Borja en que, de orden de Su Santidad, le instaba a regresar.<sup>110</sup> Enseguida se dispuso a partir. Pero, mandando la república genovesa que nadie le diera embarcación, carruaje o caballo, le obligaron a detenerse; al tiempo que enviaban una carta al papa señalándole la necesidad que tenían de él, y suplicándole para que le permitiese quedar allí al menos aquel verano. Los genoveses le dieron, excepcionalmente, permiso para que fuese a visitar a la duquesa de Parma con el compromiso de volver cuanto antes. En Parma, rehusó alojarse en el palacio y fue al convento, y en su celda lo visitaron el día siguiente el duque y el cardenal Aldobrandini. Predicó en la Compañía en la fiesta del beato Luis Gonzaga, y en la misa que celebró dio la comunión a una gran multitud de fieles. En el ínterin, habían llegado a Génova cartas del cardenal Millino, protector de la orden, indicando que el papa accedía a lo que la república le había pedido.<sup>111</sup> Enviaron las

---

<sup>110</sup> Le escribe en español: «... Aunque pudiera estar cierto por lo que me dicen ... que vuestra paternidad viene camino de Roma, por cumplir con lo que me mandó Su Beatitud, escribo estos renglones. Su Santidad me dijo el jueves que vuestra paternidad reverendísima viniese a Roma con toda brevedad porque no le traten mal las mutaciones [el destemple del cambio de estación] entrando el tiempo. Es también voluntad de Su Beatitud que vuestra paternidad reverendísima ejecute esta orden suya con secreto. Desea muy de veras ver a vuestra paternidad reverendísima...» (*apud* Caramuel:598).

<sup>111</sup> «Ha hecho hoy eficazísima instancia a nuestro Señor el señor duque de Pastrana [embajador de España] para que dé orden a vuestra paternidad de quedarse por este verano en Génova, y Su Santidad me ha mandado indicarle que no intenta hacerle violencia, pero ... que a Su Santi-

cartas a Parma. Volvió Domingo a Génova, y, consultado acerca de todos los negocios de gobierno y estado, sirvió mucho allí a la república y a la Iglesia con su asistencia y consejo. Y se hubiera detenido más en el desierto que había fundado años atrás en aquellos lugares si el cardenal Millino no le hubiera escrito de parte de Su Santidad que volviera de inmediato.<sup>112</sup>

### MUERE GREGORIO XV Y LE SUCEDE URBANO VIII

Muchas cosas podía seguir gestionando todavía fray Domingo en Génova, pero entendió que no debía hacer esperar al pontífice. Llegó, pues, a finales de junio a Roma. El día 28 fue a besar el pie de Su Sanidad y le hizo relación de cuanto había obrado con su comisión, y de lo que quedaba comenzado; lo cual encargó el papa continuasen otros religiosos de su orden, pues quería tenerle cerca, especialmente ahora que presumía pronta su partida de este mundo. Llegado el momento, llamó a su presencia a fray Domingo, hizo confesión general y se dispuso a su traspaso con el auxilio de los santos sacramentos. Le dijo que tenía intención de honrarle en el próximo consistorio con el capelo cardenalicio junto a monseñor Giovanni Battista Coccini. Le alabó en la elección del segundo, pero rogó que, respecto a él, le honrase como lo había hecho su antecesor, Paulo V: con no honrarle y dejarle en la pobreza y humildad de su orden en que tan gustoso vivía. Concedióselo el papa, pero le pidió que permaneciese en palacio acompañándole y consolándole hasta el último aliento.

Murió Gregorio XV y tuvo digno sucesor en Urbano VIII. Enseguida, los émulos de fray Domingo esparcieron la especie de que este no era grato al nuevo pontífice. Se extendió la noticia por toda Europa, de lo que se alegraron los envidiosos, y no desgradó a los príncipes, que, esperando cada uno no encontrar en Urbano la resistencia que opuso siempre su antecesor, podría reclamar la presencia de fray Domingo en su corte y disfrutar de su presencia y consejo. Se conservan —y se pueden leer en el apéndice de la Historia escrita por Caramuel— las cartas con que solicitaron esta gracia el emperador Fernando II,<sup>113</sup> su augusta consorte doña Leonor, su hijo Fernando III, la

---

dad le complacerá que vuestra paterniad quede para dar esta satisfacción tan deseada... Roma, 20 de junio de 1626» (*apud* Caramuel: 598). El duque de Pastrana, en fecha anterior, le escribía haciendo hincapié en los inconvenientes de la estación que menciona el papa en la suya para hacer el viaje: «... además de que los calores van tan adelante que sería peligro conocido aventurarse vuestra paternidad a entrar en Roma, y no es justo por ningún caso ... Roma, 10 de junio, 1626» (*apud* Caramuel:598).

<sup>112</sup> «... y Su Santidad, así como agradece sus oficios, no quiere concederle que se retire al yermo, sino que lo quiere en Roma, y me ha mostrado gran deseo de que vuestra paternidad regrese pronto por más instancia que se le haga de permanecer en Génova...» (*apud* Caramuel:599).

<sup>113</sup> Al final de la carta escrita en latín por sus secretarios el 25 de octubre de 1623, añade el emperador en italiano: «Perdone vuestra paternidad que no le escriba de mi propia mano. Le

princesa de Flandes Isabel Clara Eugenia, la reina de Francia María de Médicis, el duque de Baviera Maximiliano, el duque de Mantua, la gran duquesa de Florencia y otros príncipes europeos, y no menos algunas repúblicas, como la de Génova. El emperador no se contentó con escribir, sino que dio el encargo de procurarlo con el papa y con el mismo fray Domingo a su embajador, el príncipe Sabelio. Su Santidad, que estaba ajeno a lo que la envidia publicaba, y estimaba al siervo de Dios como era razonable, se excusó con Su Majestad Cesárea respondiendo que corría ya el 1624 y se acercaba el Año santo de 1625, y se necesitaba mucho de fray Domingo en Roma por el provecho que podría hacer en los peregrinos que acudirían de todas partes. Lo mismo se excusó con el duque de Mantua, que ponía el acento de su petición en encontrarse próximo a morir, y desearía el consuelo de la presencia del siervo de Dios. Lo mismo con la república de Génova que, temiendo una guerra de parte de Saboya, confiaba conjurarla con la ayuda del carmelita a quien estimaban sobremanera desde que había pasado de España a aquella provincia. A estos, al no tener licencia para ir a acompañarlos, les envió el famoso crucifijo con el que se había vencido la batalla de Praga, del que nunca se había desprendido, si bien no hizo donación, sino préstamo por el tiempo necesario para obtener los beneficios impetrados. Y así, habiendo recibido el senado la sagrada imagen del crucificado, la envió y fue colocada enseguida con toda reverencia en Saona, que era la Plaza de armas, y obró su presencia de tal modo que se compusieron las diferencias sin llegar a las armas. Con esto, depositaron el crucifijo en el Carmen de Génova, y de allí fue trasladado a la corte romana, y finalmente a la iglesia de de la Virgen de la Victoria, donde hoy se conserva, habiendo sobrevivido al incendio de 1833.

## AÑO SANTO 1625

Al comienzo del año 1625 se abrió en Roma la Puerta santa y fue publicado el Jubileo universal del Año santo que se celebra en la Iglesia cada veinticinco años. Durante este Año santo, Domingo siguió obrando milagros y curaciones de cuerpos. Consideraba que este año, destinado a santificar las almas, más bien debería ser llamado año de las miserias, habida cuenta de las grandes calamidades temporales que concurrían, puesto que en Alemania se habían levantado e instaurado los herejes; los españoles y franceses contendían por la Valtelina; entre Saboya y Génova se guerreaba; una gravísima peste se extendía por toda Sicilia con gran mortandad y había entrado

---

aseguro que cuanto antes pueda venir a estas partes tanto me será más grato por poder recibir la consolación de la paternidad vuestra en mis tribulaciones, a la que tanto yo como mis hijos y consorte encomiendo a sus oraciones. De vuestra paternidad afectísimo hijo en Cristo, Fernando» (*apud* Caramuel:592).



incluso en el reino de Nápoles y amenazaba a toda Italia. Por todo ello ofrecía continua oración y lloraba a menudo, y sufría frecuentes éxtasis de los que quedaba muy debilitado.

El 5 de febrero, fiesta de Santa Águeda, se le reveló el conflicto entre Francia y España, y que había de atajarse por medio del sumo pontífice, y se le mandó dijese a Su Santidad que enviase para esto a entrambos reyes un legado de suprema autoridad que los pusiese de acuerdo; y habiéndolo comunicado con su general, el padre Pablo Simón de Jesús María, y, de orden suya, con el papa, persuadió al pontífice a que enviase para lograr tanto bien a su nepote el cardenal Barberini.<sup>114</sup>

Tras convalecer de una grave enfermedad, pronto se incorporó fray Domingo con todas sus fuerzas al confesonario con gran consuelo de los peregrinos. Venidos de fuera, entre otros, el archiduque Leopoldo se confesó con él y recibió de sus manos la comunión,<sup>115</sup> y se quedó a comer con los religiosos en el convento. Otros muchos príncipes y señores recibieron de su mano el escapulario de la Virgen del Carmen. Transcurrió el año curando enfermos y endemoniados, con lo que, al volver a sus tierras los peregrinos, estos expandieron más todavía la fama del carmelita taumaturgo.

Pero como Dios suele administrar a sus elegidos los favores y los trabajos, permitió que, con ocasión de que unos visitantes apostólicos recorriesen los lugares píos y monasterios de Roma, recibieron algunas acusaciones sobre fray Domingo de parte de sus émulos, haciéndole cargos y amplificándolos, de manera que, para los que le conocían más eran recomendaciones, especialmente para Urbano VIII que, cuando lo supo, no pudo dejar de enfadarse contra los falsos delatores, y tomar por su cuenta no solo la defensa de fray Domingo, sino apoyar y premiar su inocencia, con lo que aquella borrasca pasó y salió de ella más acreditada la virtud del siervo de Dios.

Del celo de este por la propagación de la fe dan cuenta las cartas que se conservan dirigidas a Paulo V y Gregorio XV, al príncipe Sabelio, embajador de Alemania; y del emperador,<sup>116</sup> duque de Baviera y otros príncipes para fray Domingo. Y, singularmente, un Memorial que este dio a Su Santidad Gregorio XV, y después a Urbano VIII, de mucho espíritu y lleno de razones no solo cristianas, sino políticas, solicitando una Bula de la Cruzada general contra el turco, que hubiera tenido efecto si no se hubieran renovado y re-crudecido las guerras entre los príncipes católicos.<sup>117</sup>

---

<sup>114</sup> El cardenal Barberini negoció con Richelieu en París, y en Madrid con el conde-duque de Olivares. Ambos personajes firmarían, en nombre de sus monarcas, el Tratado de Monzón el 5 de marzo de 1626.

<sup>115</sup> Leopoldo Guillermo de Habsburgo, séptimo y último hijo del emperador Fernando II.

<sup>116</sup> Véase la del emperador, fecha de 26 de marzo de 1622 en Caramuel:594.

<sup>117</sup> Véase el texto completo del memorial en Caramuel:595-597.

## COLABORACIÓN CON SAN JOSÉ DE CALASANZ

Junto a la actividad ligada a su propia orden religiosa y al convento que presidía, fray Domingo emprendió otras que le ponían en contacto con el efervescente ambiente religioso de la Urbe. Y esto desde el principio, de modo que tanto él como sus hermanos de religión recién llegados no tardaron a insertarse de modo constructivo en el panorama romano.

En 1592 había llegado a Roma el sacerdote aragonés José de Calasanz para procurarse una canonjía en alguna de las sedes hispanas. Después de varios intentos sin éxito, comenzó en 1595 un periodo de profundización interior adscribiéndose a diversas confraternidades. La que llegaría a producir en él una huella indeleble y de consecuencias trascendentales fue la confraternidad de la Doctrina Cristiana. El conocimiento directo de la carencia de instrucción de los niños de muchos estratos de la sociedad romana le llevó a implicarse en ese ámbito, de manera que en 1597 dio inicio a una primera escuela en los locales que puso a su disposición gratuitamente el párroco de Santa Dorotea en el Trastevere. Era el mismo año en que los carmelitas descalzos tomaban posesión de la iglesia de Santa María de la Scala. Entre su prior, Pedro de la Madre de Dios, y Calasanz, ambos aragoneses, surgió una amistad natural. En 1601, el carmelita fundó una Confraternidad del Escapulario para estimular la piedad y, en concreto, la oración mental. José de Calasanz fue uno de sus primeros miembros. Los contactos del sacerdote con los religiosos carmelitas fueron fundamentales. Al parecer, fueron los carmelitas descalzos quienes contribuyeron eficazmente a dar una dirección definitiva a su vida, a su espiritualidad y a su apostolado. Fueron los que le ayudaron con el consejo, y también con limosnas, a fundar la primera orden religiosa dedicada a la enseñanza.

Las escuelas gratuitas de Calasanz suscitaron las protestas de los maestros profesionales, que veían en ellas una amenaza a sus exiguos ingresos. Se hicieron algunas denuncias. Cuando llegó a Roma Domingo de Jesús María, José de Calasanz comenzó a confesarse con él (Giordano 1991:138). Este puso en contacto con Calasanz a varios de sus colaboradores que le ayudarían, también económicamente, para procurarse unos locales adecuados para ejercer el apostolado de la enseñanza. El primer decenio de las escuelas transcurrió con una relativa inestabilidad del personal docente. Los alumnos iban en aumento, y el profesorado aguantaba poco por las escasas perspectivas económicas. Después de varios intentos fallidos de colaboración estable con instituciones religiosas, finalmente, el papa Paulo V, con un breve de 6 de marzo de 1617 constituía la Congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías como instituto religioso independiente. Al principio tomaron la costumbre de cambiarse el nombre civil por uno nuevo religioso, y de adoptar como calzado las sandalias, todo ello sugerido por fray Domingo de Jesús María.

En 1627 tuvieron su primer capítulo general los padres de la Escuela Pía, y pidieron a fray Domingo que asistiera a él a fin de autorizar con su presencia aquel instituto recién comenzado. José de Calasanz le manifestó públicamente su agradecimiento por cuanto había hecho en pro del nuevo instituto.

### **PEREGRINA A ASÍS Y SE CUIDA DE LAS ARREPENTIDAS**

A comienzos de la Cuaresma del año 1628 fray Domingo pasó al convento de la Scala, donde iba a tener lugar capítulo general, pero no pudo hallarse en él porque le sobrevino una grave enfermedad de la que llegó a estar desahuciado por los médicos, de manera que pasaron a darle el último saludo el cardenal Barberini y los mayores príncipes eclesiásticos y seculares de aquella corte. Pero no murió de esta enfermedad. Su convalecencia fue larga y con muchos achaques y accidentes. Ese año cayó un rayo en la celda de fray Domingo, que pudo ser presagio de su muerte, que sería el año siguiente, «efecto de la ira de Dios no contra fray Domingo, sino contra el mundo, indigno de gozar más tiempo de su presencia» (Agustín:213).

Sintiendo ya que, con la edad, le faltaban las fuerzas, quiso, antes de que le dejasen del todo, prepararse para la última jornada con una peregrinación a Asís para honrar a nuestra Señora de los Ángeles, a san Francisco y santa Clara.<sup>118</sup> Pidió licencia, para ello, a Su Santidad, quien, atendiendo a su estado de salud, se la concedió con la condición de que hiciera el viaje en coche o litera. En Asís lo hospedó el obispo Marcelo Crescencio. Dijo misa en la iglesia de San Francisco, y comulgó mucha gente de su mano. De paso por Perugia veneró, entre sus reliquias, el anillo nupcial de la Virgen María, que se conserva en la catedral desde el siglo XV.<sup>119</sup> Dejó fundada en Asís, a solicitud de algunos caballeros, y con la asistencia del obispo, una casa de penitencia, como en Roma, para mujeres arrepentidas. En la Porciúncula obró muchos milagros en enfermos y desconsolados.

Y regresó a Roma a tiempo de atajar la mudanza que estaba a punto de sufrir la casa de penitencia que había fundado años atrás, que la querían cambiar sus estatutos, si bien con buena intención. Algunas de aquellas mujeres que habían sido acogidas en aquel instituto como penitentes, deseando mayor perfección, con ayuda de su confesor pretendían convertirlo en con-

---

<sup>118</sup> A los pies de la colina de Asís, se encuentra la basílica patriarcal de Santa María de los Ángeles. Se construyó entre 1569 y 1679 albergando dentro de ella la Porciúncula, una pequeña iglesia del siglo IX, el lugar donde el joven Francisco de Asís encontró su vocación y renunció al mundo para vivir en la pobreza entre los pobres y comenzó el movimiento franciscano, que trasladaría santa Clara para las mujeres.

<sup>119</sup> La venerada reliquia, un anillo tallado en piedra de cuarzo calcedonio, se encuentra en Perugia desde 1473, pero ya desde el siglo X se encontraba en Chiusi (Toscana), procedente de Jerusalén.

vento de monjas conversas. Las otras penitentes recurrieron a fray Domingo, que acudió al papa y le demostró la necesidad que había de aquella institución tal y como estaba establecida: para las que quisieran ser religiosas, no faltaban monasterios en Roma adonde acogerse; pero las que no eran llamadas por Dios a aquel estado no tenían otro lugar donde poder retirarse si se quitaba aquella casa. Convencido el papa de sus razones, la mantuvo y, a ruegos de fray Domingo, le asignó como protector al cardenal de San Sixto. Atendiendo a las observaciones que se habían redactado con motivo de la visita canónica que se había hecho en 1624, fray Domingo reelaboró las reglas de la casa y las entregó a las penitentes acompañadas de una carta el 21 de septiembre de 1628.

### **RESTAURA EL LUGAR DEL MARTIRIO DE SAN PEDRO**

Al principio del año 1629, visitando la iglesia de San Pedro in Montorio, donde según la tradición fue crucificado san Pedro, entrando en la cripta del templete de Bramante, donde se venera la roca en que fue enclavada la cruz del primer papa, viendo todo aquello muy pobre y descuidado, se apenó y, como era muy devoto del príncipe de los apóstoles, determinó hacer cuanto fuera necesario para adornar aquel venerable lugar con mármoles y otras piedras, como estaba el resto de la iglesia. Expuso este proyecto al cardenal Borgia que, aprobándolo, prometió correr con el gasto. Fue luego al papa, que, con mucho gusto, aprobó la obra y encomendó al superior del convento de franciscanos que alberga aquella iglesia que lo dejase hacer. Se llevó a término el trabajo con todo esplendor: se dispusieron dos escalinatas muy cómodas para los peregrinos, y amplias ventanas. Se cubrió el suelo de mármol y de madera de ciprés, considerando que sobre aquel suelo se había derramado la sangre del mártir cuando fue crucificado. Al derribar un muro para ampliar la puerta de entrada, se encontró una lápida de mármol con esta inscripción:

Lapidem Apostolorum Principis martirio Sacrum.  
 Ferdinandus Hispaniarum Rex.  
 Et Isabella Regina Catholica.  
 Post ereptam ab eis sedem posuerunt.  
 Anno salutis christianae. M.D.II.<sup>120</sup>

<sup>120</sup> Exactamente, lo que todavía se puede leer hoy escrito sobre la piedra es: *SACELLUM APOSTOLOR. PRINCI./ MARTYRIO/ SACRUM./ FERDINAND. HISPAN. REX/ ET HELISABE. REGINA CA/ THOLICI. POST. ERECTAM/ AB EIS AEDEM POSS./ AN. SAL. XPIANE. M.D.II.* En la restauración que se hizo de la lápida a comienzos del siglo XIX para reparar los destrozos sufridos en 1798, se completó la esquina superior izquierda con la inclusión de una palabra (*sacellum*) que cambió su significado aludiendo a todo el recinto ('capilla'), en lugar de la piedra (*lapidem*). Sobre la cripta del templete y la intervención del padre Ruzola, véase Luis Arciniega García, «El templete de San Pietro in Montorio de Bramante: intereses de fundación y reproducción, y algu-

En el reverso, traía el nombre del cardenal Carvajal, que había sido el encargado de poner la primera piedra del templete. En las esquinas de esta piedra encontró Ruzola cuatro cavidades circulares con monedas de plata con la imagen del rey Fernando (el templete se había construido por orden de los Reyes Católicos a sus expensas). La lápida fue colocada allí mismo como frontal del altar de San Pedro con las llaves.

Acabó fray Domingo toda aquella obra en breve tiempo y la enriqueció con reliquias del propio apóstol que le había entregado la princesa de Flandes cuando estuvo en Bruselas.

Por su parte, hizo añadir esta inscripción:

Hic mundus, antiquissima traditione, et magno fidelium devotorum concursu, principis apostolorum martyrii locum veneratur. Renovatus est, anno Domini M.DX.XXIX.<sup>121</sup>

---

nas paradojas resultantes», en Ximo Company, Borja Franco, Iván Rega, eds., *Bramante en Roma. Roma en España: Un juego de espejos en la temprana Edad Moderna*, Universitat de Lleida, 2014, pp. 128-159.

<sup>121</sup> 'Aquí el mundo, según una antiquísima tradición y el gran concurso de fieles devotos, venera el lugar del martirio del príncipe de los apóstoles. Ha sido restaurado en el año del Señor 1629' (*apud* Filippo 1668:506; Agustín:216; Caramuel:472).



## ÚLTIMO VIAJE A VIENA Y MUERTE DEL SIERVO DE DIOS

Instando siempre el emperador Fernando II con cartas y por medio del príncipe Sabelio, su embajador, para que fray Domingo volviese a Alemania, escribió en agosto de 1629 a Su Santidad pidiéndole se lo enviase, a fin de conseguir lo que con otros legados y ministros no había podido concluir.<sup>122</sup> Salió por fin, de Roma, el 22 de octubre instruido por el sumo pontífice acerca de todo lo necesario para su legacía.

Con la muerte del duque de Mantua, feudatario del imperio, el 25 de diciembre de 1627, se había creado un problema de sucesión con repercusiones en toda Europa. Pretendía el trono el duque de Nevers para su hijo, que contraía matrimonio con una hija del duque difunto sin haber pedido consentimiento al emperador ni haber informado a Madrid, mientras el emperador tenía previsto transmitirlo al duque de Nassau. Entre otras gestiones diplomáticas, Urbano VIII, a finales de marzo de 1628, había encargado al nuncio en Viena presionar para que los diversos pretendientes al ducado fueran llamados por el emperador para evitar que se impusieran por la fuerza, y el 28 de marzo había escrito al emperador su propuesta. El 8 de abril de 1628 el pontífice decidió enviar, como nuncios extraordinarios, Juan Bautista Pallotto a la corte imperial, César Monti a la de España, y Alejandro

---

<sup>122</sup> Con fecha 25 de agosto de 1629, desde el castillo de Waltersdorf, escribe Fernando II al papa Urbano VIII haciéndose sabedor de que, después de haber estado enfermo, fray Domingo goza ahora de buena salud para emprender el viaje; y le señala que en Alemania podría, además, dar auge a su orden de carmelitas descalzos (véase el texto latino en Caramuel:599). Con la misma fecha y desde el mismo castillo, la emperatriz Leonor dirige al pontífice la misma petición y las mismas observaciones (véase la carta en Caramuel:599-600). Así mismo, Fernando y Leonor dirigen sendas epístolas al embajador comunicándole las que se han escrito al papa para que haga personalmente lo demás que sea preciso para obtener la licencia para que viaje a Viena el siervo de Dios (véase en Caramuel:600-601). El papa contesta finalmente el 6 de octubre de ese año 1629, concediendo, al emperador y a la emperatriz; a esta, con mucha cortesía: «Alabo la avaricia de Vuestra Sacra Majestad que entre las rocas del Carmelo tan diligentemente buscáis las gemas que brillan con el esplendor de la santidad, y provechosas para la salud espiritual...» (*apud* Caramuel:601).

Scappi con Juan Francisco Sachetti a los príncipes de la Italia septentrional. El papa quería impedir una guerra en Italia que habría implicado a España y al Imperio, para evitar que los holandeses renovasen sus ataques a Flandes y las posesiones españolas de América, y acabasen erosionados los resultados conseguidos con la restauración católica en los territorios imperiales.

Pallotto partió de Roma el 22 de abril de 1628. El día anterior Domingo de Jesús María le había hecho saber que deseaba verse con él pero que se lo impedía su salud. Pallotto lo fue a ver la mañana del día de su partida. Fray Domingo le expuso su preocupación por la situación de la Italia septentrional que podía degenerar de manera peligrosa. Como súbdito del rey de España y amigo del emperador sufría con esta situación, sobre todo considerando que ambos monarcas eran la causa y que su proceder no venía guiado por la justicia sino por la razón de estado. Por ello, temía la ira de Dios, tanto más merecida cuanto mayores favores había derramado sobre ellos. Rogaba que expusiera este argumento al emperador. En cuanto se sintiera mejor, escribiría personalmente al soberano. Hubo movimiento de tropas y la firma de la paz de Fernando II con Dinamarca, etc. La situación tomó un giro especialmente preocupante para Urbano VIII cuando tropas imperiales entraron en Italia dirigiéndose contra el ejército mantuano, y Ambrosio Spinola, gobernador de Milán tomó Monferrato. Una guerra en territorio italiano habría puesto en peligro los intereses de la religión católica en el imperio. Este particular afectaba directamente a la conciencia del emperador, y debería seguir al respecto los consejos de sus confesores más que los de sus consejeros políticos. Para influir en ese sentido, Urbano VIII decidió enviar a fray Domingo a Viena.

A primeros de julio de 1629, por iniciativa del papa, fue tanteado fray Domingo acerca de su disponibilidad para ir de nuevo a ver al emperador. A pesar de encontrarse débil, el carmelita se mostró dispuesto a partir en cuanto se le dijese. Informado Maximiliano de Baviera, estuvo conforme. Hubiera preferido tenerle consigo en Múnich, pero comprendió que era mejor que acudiera a Viena, y después le recibiría en Baviera.

Después de haberse despedido del papa, fray Domingo salió de Roma el 22 de octubre de 1629 acompañado de fray Anastasio de San Francisco y Alejandro de Jesús María. Su habitual compañero, Pedro de la Madre de Dios, no le pudo acompañar en esta jornada por motivos de salud. Tras un viaje lleno de inconvenientes, fray Domingo llegó a Viena, y se fue a apearse en su convento el día de Santa Cecilia, 22 de noviembre, estando ausentes, en una partida de caza, Sus Majestades Cesáreas, que, en cuando supieron de su arribo, le escribieron dándole la bienvenida. El día 24 la emperatriz, sin ir a su palacio, se dirigió primero al convento, donde la recibió fray Domingo con humildad y agradecimiento. El día 27 fue a visitarle el emperador, y también su hijo el rey de Hungría, futuro emperador, y le honraron a vista de todo el pueblo con tres abrazos. Consideraron los monarcas que, para poder tratar



con mayor comodidad y espacio, convendría que el siervo de Dios se alojara en palacio, y, aunque repugnaba a la humildad y puntualidad en sus deberes del siervo de Dios, atendiendo al fin de su embajada para conseguir los tratados de paz y demás negocios que le había encargado el pontífice, accedió a ello, y el día 6 de diciembre, fiesta de San Nicolás, se trasladó a un cuarto del palacio, en el que le visitaban a diario el emperador, la emperatriz y el rey de Hungría, y le consultaban no solo asuntos de sus conciencias, sino los más secretos de gobierno y estado. Y a todo respondía con destreza llevándolo siempre a la consecución de la paz. Asistían a su misa, y gustaron de que los caballeros y servidores de palacio recibieran de su mano el escapulario de la Virgen del Carmen que ya habían recibido Sus Majestades el año 1619.

En la política internacional había ocurrido, entretanto, todo lo que el papa temía. Los holandeses habían reemprendido la hostilidad con los flamencos. Los españoles y los imperiales se habían dirigido a la Liga para pedir refuerzos: el marqués de Aytona, en viaje de Viena a Bruselas, había tomado contacto en este sentido con Maximiliano de Baviera. Inglaterra, por su parte, insistía en la reintegración del conde Palatino y parecía decidida a luchar contra los españoles y aliarse con sus enemigos. En el frente oriental las cosas no estaban mejor. En el norte, parecía que se iba a formar una alianza de holandeses, suecos y daneses frente al imperio. La sucesión en Mantua todavía era motivo de disputas.

A comienzos de diciembre mantuvo fray Domingo su primera entrevista con el emperador y el príncipe Eggenberg, su primer ministro, por así decir, y su consejero más próximo. El esfuerzo del carmelita apuntaba no solo a allanar el camino hacia una solución del conflicto, sino, más aún, a disipar la desconfianza que se respiraba en Viena en las relaciones con Urbano VIII. La sucesión de encuentros y la cordialidad con que la familia imperial trataba a fray Domingo, dieron paso a la esperanza de conseguir resultados concretos.

Pero su enfermedad y debilidad fue en aumento, y los médicos no sabían qué más hacer. Nadie se atrevía a decirle lo que él bien sabía: que se acercaba su hora. Por esto, y para desterrar de la corte y del palacio «este abuso, este error universal de dejar morir a los enfermos como unos bárbaros, por no haber quien les diga que se mueren, dijo a uno de los médicos fray Domingo: “Nunca huyas ni rehúses decir a un cristiano (cuanto más a un religioso) el peligro y estado de su enfermedad...”» (Agustín:226). El día de la Purificación de la Virgen, 2 de febrero, sacó fuerzas de flaqueza y dijo misa, pero hubo que llevarle enseguida a la cama. Recibió el viático acompañado por el emperador. Y dándole al emperador una carta o memorial en que especificaba todas las calamidades públicas, le respondió de palabra ofreciéndole que, de su parte, procuraría la paz en Italia. El 4 de febrero, dándole ya los médicos pocas horas de vida, preguntándole su compañero si había llegado su hora, respondió que todavía no. Manifestó el deseo de

estar a solas cuando recibiese la extremaunción, lo que no consiguió porque quisieron asistir el emperador, la emperatriz y el rey de Hungría, junto con los cardenales Paleotto y Harrach, y su provincial, que actuó de ministro. Habiéndose difundido la noticia de su muerte inminente, acudió infinidad de personas de todos los estamentos a recibir su bendición, que no dejó de echar a unos y a otros con mano y voz débiles no sin grandes molestias. Llegada su hora, se despidió de sus hermanos de religión, de sus hijos espirituales, grandes y pequeños, mencionando en particular al emperador Fernando II, emperatriz Leonor, rey de Hungría y Bohemia, archiduque Leopoldo, duques de Baviera y Doria, príncipe de Massa, cardenal Borja y otros con los que había contraído amistad estrecha. Acudió a recibir su último aliento el emperador con sus dos hijos. Quiso fray Domingo quedarse a solas con el emperador y estuvieron hablando media hora: de qué hablaron no se sabe, pero se supone que sería de la paz de Italia y de la guerra de Monferrato, que era el motivo de su viaje y el fin de su legacía. Al anochecer pidió que le dijese la recomendación del alma, a lo que asistieron todos aquellos señores. A pesar de estar en el palacio imperial, se estaba con la camisa y sábanas de lana para dar ejemplo de observancia a la pobreza de su condición religiosa; aunque, habiéndoselo mandado la obediencia, aceptó luego sin replicar, la camisa de lienzo que le hicieron poner. Todavía duró siete días más entre dolores y éxtasis. Finalmente, el sábado 16 de febrero, despidiéndose con la mirada de los monarcas y otros señores allí presentes, a las diez de la noche, cerró apaciblemente los ojos y entregó su alma a Dios.

Uno de los dos carmelitas que le acompañaron en este último viaje escribió una relación de su muerte para enviar a Roma. Desde Roma se envió una copia a España y, ampliándola con una breve biografía, se imprimió en Barcelona. El manuscrito de Pedro de Santa Teresa trae como apéndice el impreso, también en octavo. La numeración de sus páginas va de la 243 a la 259. Las correspondiente a la muerte y exequias dicen así:

Luego que el venerable padre murió, tomó el señor emperador el baculillo de que el santo usaba, por reliquia, y se fue a su cuarto. Compúsose y vistiose el santo cuerpo aquella noche con el hábito de la religión, no el que traía, sino otro. A la mañana, después de haber un pintor, de orden de Su Majestad hecho un retrato muy al propio del venerable padre, mandó llevasen el santo cuerpo a su capilla, donde había dos ventanas muy grandes, para que por ellas pudiese el pueblo satisfacer a su devoción viéndole y reverenciándole; mas, como el cuerpo había quedado tan hermoso y apacible, y era tan grande la fama de su santidad, fue tanto el concurso del pueblo que acudió, que, no pudiendo la guarda de Su Majestad Cesárea resistirle, se entró rompiendo puertas y paredes, y hasta el mismo suelo y pavimento donde el santo cuerpo estaba, para verle y venerarle y llevar alguna reliquia suya, o tocar imágenes y rosarios, e ir con esto consolados. Aquella misma mañana bajó el señor emperador con los príncipes de su corte a visitar el santo cuerpo; y, postrándose delante de él con gran humildad, le besó las manos y los pies, y

lo mismo hicieron los príncipes. Después de comer volvió a hacer lo mismo: y entrando en la celda donde murió, tomó el santo hábito del padre, y las alpargatas, y besándolas con rara y cristianísima piedad, dijo que aquello quería para reliquias y consuelo suyo. La capa mandó se enviase a la señora infanta de Flandes: joya debida a la gran devoción y veneración que siempre tuvo al bendito padre. Lo demás que había en la pobre celda se repartió entre aquellos príncipes, dando parte de ello al duque de Baviera, como tan aficionado al siervo de Dios. Lo restante de aquel día se gastó en dar lugar a la devoción del pueblo, que acudía a venerar el santo cuerpo, viniendo muchos herejes a reverenciarlo y, postrados delante de él, le besaban los pies.

El día siguiente se le dijeron muchas misas, y una de ellas cantada, a la cual se quiso hallar Su Majestad. A la tarde llevaron el venerable cuerpo a nuestro convento de carmelitas descalzos, donde Su Majestad, como prenda suya, le quiso depositar, quedándose con la llave de tan rico tesoro. El modo de llevarlo y de esta fúnebre procesión fue solemnísimo; porque, habiendo el señor emperador con sus hijos pasado de palacio a nuestro convento para allí aguardar al santo cuerpo, estando toda Viena en las calles y ventanas por donde el cuerpo había de pasar, y tocando a muerto todas las campanas de la ciudad todo el tiempo que duró la procesión, la comenzaron las religiones por su orden según la antigüedad de cada una. Después de esto se seguía el clero, y tras ellos la música de la capilla imperial. Inmediatamente iban nuestros religiosos, y ocho de ellos llevaban el venerable cuerpo. Y luego los pajes de Su Majestad con hachas en las manos. Tras estos iba toda la guarda y arqueros. Después venían los consejeros secretos, gentileshombres y otros señores de cuenta, cada uno en el lugar que según su dignidad le tocaba. Finalmente, todo el pueblo procuró honrar y engrandecer al venerable padre llamándole a boca llena *el santo carmelita descalzo*. Llegando el cuerpo a nuestro convento, fue recibido del señor emperador, que quiso estar presente mientras los religiosos le besaron los pies y cantaron un oficio entero de difuntos. Y este acabado, se fue, y los religiosos volvieron a besar y reverenciar los pies de su venerable padre, que tanto lo habían deseado ver en su casa, gozosos de poseer su santo cuerpo. El día siguiente mandó Su Majestad que nadie trabajase en Viena, sino que se cerrasen todas las tiendas, y holgasen como si fuera día de fiesta. Y volviendo por la mañana al convento, asistió a una misa cantada que dijo un obispo, y a un excelente sermón que hizo un buen padre de la Compañía, predicador de Su Majestad Cesárea, donde dijo grandes alabanzas, así de la religión como del santo padre. Acabado esto, cantó otra misa el Gran Canciller de Hungría, asistiendo a ella Su Majestad Cesárea con toda la corte. Lo restante del día se dejó para la devoción del pueblo, que era tanto el que acudía, que no es decible. A la tarde le enterraron nuestros religiosos junto al altar de nuestra Señora, a la mano derecha, igual con la tierra, en la misma caja en que Su Majestad Cesárea lo envió. Con que se cumplió la profecía que había nueve años dicho el príncipe Egemberg, que él dejaría sus huesos en Viena. Y era cosa tan pública y sabida en toda aquella corte esa profecía, que todos se lamentaban de que con su muerte se hubiese cumplido más presto de lo que ellos quisieran. Las exequias que le hicieron las demás religiones y otras comunidades piden particular relación (Pedro de Santa Teresa:255-258).

Para no prevenir el juicio de la Iglesia y evitar aun la apariencia de culto público, los religiosos no quisieron admitir las lámparas que muchos señores enviaban para que ardieran delante del sepulcro. Sin embargo, el emperador escribió a Roma pidiendo licencia para que se pudieran admitir y poner, y hacer otras demostraciones de veneración.

El monarca informó de la muerte de fray Domingo a su embajador en Roma para que lo notificase al papa. En la Urbe se esparció la noticia a primeros de marzo. El nuncio Pallotto, en la carta que envió por su parte, daba cuenta de un primer milagro obrado después del deceso; de los encargos de que se debía haber ocupado fray Domingo, aunque suponía que debían andar en debida forma, expresaba que el mismo carmelita estará contento de poder trabajar en su favor mejor desde el cielo.

El 29 de febrero de 1630 Fernando II encargó al embajador Savelli que pidiera autorización al papa para imprimir la biografía de fray Domingo y para venerar la tumba con ofrendas votivas.

La Congregación de *Propaganda Fide* conmemoró su muerte en la sesión de 5 de abril de 1630. Se acordó colocar su retrato con una elogiosa inscripción en latín reconociéndolo como promotor y benefactor insigne.

La ausencia durante la mayor parte de su vida de su ciudad natal, el no quedar parientes suyos en ella, y el hecho de pertenecer a la Congregación de Carmelitas Descalzos de Italia, independiente de la de España, justifican que la noticia de su muerte tardase en llegar, y se conoció por una carta del propio emperador en que hacía saber al Ayuntamiento del fallecimiento del ilustre bilbilitano al tiempo que le pedía colaboración en la recogida de testimonios de cara al proceso de beatificación y canonización. El correo imperial se recibió en Calatayud a principios de abril d 1632. Un mes más tarde, el 11 de mayo se ofrecieron solemnes exequias por su alma en la iglesia de San Juan de Vallupié, en la que había recibido las aguas bautismales. Según un manuscrito contemporáneo escrito por un carmelita descalzo llamado fray Martín de los Ángeles:

Adornose toda la iglesia de luto, desde la cornisa a su pavimento, con emblemas y jeroglíficos muy agudos, que explicaban las virtudes del venerable difunto y lágrimas de esta ciudad. Erigiose un hermoso catafalco debajo de la media naranja, a cuyo primer suelo, que tenía estado y medio, se subía por enfrente del coro y de la capilla mayor por muchas y seguras escaleras, a cuyo lado había balaustres torneados de madera de color negro. Había en el primer tercio, delante del catafalco un tumba o túmulo abierto de un rico paño de brocado de tres altos, bordado de seda y oro, y encima un hábito de carmelita descalzo. A los cuatro extremos había escudos de armas de la ciudad y del reino de Aragón y sagrada religión del Carmen, y estaban rodeados todos los balaustres de grandes hachas ... En el tercer tercio había una como media naranja teñida de negro y blanco, sobre la cual había una figura de ángel, y a sus pies un retrato del venerable padre fray Domingo, que escribía

como doctor. En las cuatro esquinas había cuatro torreones negros, con hachas ardiendo en cada uno.

Estaba también este tercio o división, como los demás, cerrado de balaustrones negros, llenos de luces como los demás.

De esta manera estaba adornada la iglesia de San Juan para las honras del venerable padre, y así, a once de mayo por la tarde, se juntaron en la santa iglesia colegial de Santa María la Mayor todas las parroquias y conventos de la ciudad, muchos caballeros y damas y las cofradías y oficios de la ciudad. Salió la procesión, entre las cuatro y cinco de la tarde, en la forma siguiente: Iban delante las trompetas, clarines y timbales de la ciudad vestidos de luto y destemplados, que causaban sentimiento. Seguíanse después muchos pífanos y cajas de la misma manera. Inmediatamente, iban luego los oficios y cofradías de la ciudad, y todos de luto. Luego iban las cruces de las parroquias enlutadas, y después de esto seguían todas las sagradas religiones según sus antigüedades; y los últimos, los padres carmelitas descalzos, en el más honorífico lugar; porque por esta vez se lo cedieron los conventos más antiguos. Seguían luego inmediatamente la clerecía de las iglesias parroquiales, y luego los canónigos y dignidades de sus dos santas iglesias colegiales, en cuyo gremial, acompañado de sus ministros y asistentes, iba el deán, que había de hacer el oficio. Coronaba esta majestuosa pompa la imperial y nobilísima ciudad, acompañada de muchos consejeros y caballeros, todos con ricos largos lutos, haciendo el sentimiento y duelo... (*apud* FuenteII:410-412).

## SE PIDE SU BEATIFICACIÓN

Poco después de la muerte de fray Domingo, Fernando II escribió a los soberanos europeos pidiéndoles que hicieran recoger información sobre el siervo de Dios de cara a abrirle un proceso de beatificación. Encomendó el encargo de visitarlos y hacer la recopilación a Jerónimo Domín, carmelita calzado residente en Viena, natural de Calatayud como fray Domingo, a quien había conocido y tratado de pequeño. El 11 de junio envió el emperador una carta de presentación de Domín a Maximiliano de Baviera: ese mismo año el obispo de Frisinga mandó instruir el proceso informativo. El 15 de junio, el emperador se dirigió en el mismo sentido al rey de España Felipe IV, al rey de Francia, a Isabel Clara Eugenia gobernadora de Flandes, al duque de Lorena, al gran duque de Toscana, al elector de Colonia y a otros varios príncipes alemanes, y a la ciudad de Calatayud, patria del siervo de Dios.

Estos fueron los primeros pasos del largo proceso de beatificación, abierto de nuevo en el siglo XX y olvidado a partir de los años cincuenta, según se explicará más detenidamente en su lugar correspondiente.

Aunque fueron innumerables las maravillas que obró la omnipotencia divina por medio de fray Domingo a lo largo de sus setenta y un años de vida, no fueron menores las que obró por medio de su venerable cadáver, de sus vestiduras y su intercesión. «Yo las callo todas —dice, concluyendo su

retrato el obispo Antonio Agustín— porque, para conocer y admirar la virtud divina que residía en él bastan las referidas, y sobrarian las demás, para el intento de este epítome, cuyo asunto solamente ha sido proponer brevemente a la imitación un modelo de virtud, y dar juntamente ocasión y materia a la curiosidad, elegancia y erudición de los elocuentes y doctos aragoneses, y bilbilitanos, para dilatarse más en este asunto, y en otros de este género que tiene sepultados el olvido, con perjuicio universal de su patria y de nuestro reino» (Agustín: 233).

Los bilbilitanos tardaron tiempo en conocer la muerte de su ilustre ciudadano, como se ha dicho más arriba. Un día de principios de abril de 1632, dos años después de la muerte del siervo de Dios, el ilustre concejo municipal se vio sorprendido por un correo que llegaba de la casa imperial de Viena (escrito nueve meses antes): el emperador en persona informaba al Ayuntamiento de Calatayud del fallecimiento de fray Domingo de Jesús María en el palacio imperial de Viena, y enviaba tres cuadros que representaban al venerable de cuerpo entero en hábito de carmelita descalzo. Uno de ellos se cree que debe ser el que se conservaba en el oratorio de nuestra Señora del Buen Parto erigido en el solar de la casa de los Ruzola (Fuente: II, 408) y actualmente se exhibe en el museo de la colegiata de Santa María. Representa a fray Domingo en pie portando su crucifijo en la mano derecha y el bastón en la izquierda; detrás de él, un fondo con los dos ejércitos combatiendo a caballo en la batalla de la Montaña Blanca con espadas y armas de fuego; detrás, el río y las murallas y casas de la próxima ciudad de Praga.

La carta, larga y precisa, merece ser reproducida en estas páginas después de traducida del latín en que venía escrita:

Fernando II, por la gracia de Dios electo Emperador de Romanos, siempre Augusto, etc.

Nobles y esclarecidos, de corazón amados nuestros. Al tiempo que, en los reinos a Nos sujetos, la fe católica es cada día más acometida de tropel y provocada con osadías airadas, con razón tenemos por muro potentísimo de nuestra defensa el patrocinio de los santos, que, con su vida y muerte, confirmaron el verdadero culto de Dios en la Iglesia católica. Innumerables ejemplos de la divina gracia y merecimientos se refieren del venerable sacerdote fray Domingo de Jesús María de la Orden de Carmelitas Descalzos, cuya suma integridad de vida, amor para con Dios y celo de aumentar su Iglesia Nos mismo experimentamos y vimos no solo en tiempos pasados, cuando este venerable varón estaba en estos países, sino después también, que, con licencia del sumo pontífice, concedida a instancias y petición nuestra, volvió de Roma a Nos hasta el último aliento de su vida, el cual entregó a Dios en nuestro propio palacio. Pero lo que de verdad, entre las demás acciones tuyas, dignas de eterna memoria, alcanza lugar de más encumbrada gloria y a lo que principalmente nos referimos, es que, al principio de la rebelión de Bohemia, hallándose nuestro ejército cerca de la ciudad de Praga, donde se veía comprometido en gravísimo asunto, alentado por su exhortación



**Figura 12.** Retrato enviado por el emperador al Ayuntamiento de Calatayud. Museo de Santa María. (Foto: Asociación Torre Albarrana)

y bendición, acometió al enemigo tan afortunadamente que alcanzó una insigne victoria, la cual fue como principio y origen de los demás prósperos sucesos... (*apud* Fuente:II, 408).

Habla luego de sus primeras gestiones para obtener la beatificación del venerable padre, y concluye con estas palabras:

Pero, como en la ciudad de Calatayud, en la cual nació el sobredicho sacerdote fray Domingo, y vivió mucho tiempo, hayan sucedido muchas cosas con su persona, al tenor de las presentes, benévolamente os pedimos y requerimos que queráis aceptar y promover este nuestro deseo, como lo manifestará el dicho electo obispo de Gaeta,<sup>123</sup> a quien podéis dar crédito y buena fe en esta parte, y también favorecer y ayudar su comisión en gracia nuestra en cuanto pudiere ser y pareciere justo. Haréis en esto una cosa que será no solo agradable a Dios, y en recompensa de ella estéis ciertos que benignamente os daremos muestra de nuestro agradecimiento.

Dadas en la ciudad nuestra de Viena a once del mes de junio del año del Señor de 1631, y de nuestro reino etc. (*apud* Fuente:II, 409).

Al recibir la noticia proveniente de tan alto monarca, la ciudad se dispuso a organizar un solemnísimos funeral que se ha descrito en el apartado anterior.

Esta es, de entre las cartas en que el emperador pide colaboración para formar el expediente del proceso de beatificación, la primera de que tenemos noticia. Además, Fernando II envió misivas en ese sentido, como se ha adelantado, al rey Felipe IV de España el 15 de junio de 1631, a Maximiliano I duque de Baviera el 11 de junio de 1631, y otras similares al rey de Francia, a la princesa Isabel Clara Eugenia de Flandes, al duque de Lorena, al duque de Florencia, al elector de Colonia y a otros príncipes que habían conocido al siervo de Dios, así como a las ciudades Barcelona, Valencia, Toledo y Valladolid, además de Calatayud, en las que había vivido, haciendo memoria de sus méritos y virtudes en pro de la religión, y pidiendo facilitasen su trabajo a la persona de su confianza a quien ha encargado recoger los testimonios, el padre fray Jerónimo Domín, doctor en teología, comisario general de la Orden del Carmen para Alemania, y obispo, entonces electo, de Gaeta. Por su parte, el duque de Baviera había hecho introducir la causa al obispo de Freising.

El padre Domín, que seguramente continuaría recabando información, ya el mismo año 1630 publicó en Génova, imprenta de Giuseppe Pavoni, un *Elogio del venerable padre fray Domingo de Jesús María...*, con una exposición muy resumida de la vida que hizo el siervo de Dios en España, antes de transferirse a Italia, y con los datos que con incomparable mayor amplitud expondría más tarde Juan Caramuel. El opúsculo de Domín es un 8.º de

---

<sup>123</sup> Se trata del padre Jerónimo Domín.



67 páginas. Va dedicado al emperador Fernando II, a cuyo amparo confía su publicación:

Esto es, Señor, lo que he alcanzado saber de las mercedes que al venerable padre fray Domingo nuestro Señor le ha hecho, lo que se va descubriendo; y de los muchos milagros que Dios por él ha obrado, será servido que, debajo del amparo de Vuestra Majestad Cesárea, salga a luz en tiempo oportuno. LAVS DEO (Domín:67).

Se abrieron dos informaciones, una en Múnich, y otra en Viena, donde tuvo lugar en 1635, en presencia de Sus Majestades Imperiales la exhumación del cuerpo del siervo de Dios. En 1639 se atribuyó a su intervención un considerable número de milagros, entre los que se contaba la derrota de los suecos en Praga (Paz de Praga, 1635); y Fernando III, recién coronado emperador, siguiendo el interés que había puesto en el caso su padre y antecesor, el 19 de enero de ese año 1639 escribió al cardenal protector del imperio, decano del colegio cardenalicio, príncipe Mauricio de Saboya, indicándole que, concluidas las informaciones sobre la vida y milagros del siervo de Dios fray Domingo de Jesús María, y habiendo sido enviadas a Roma debidamente autenticadas, prosiguiese las gestiones ante la curia (ver en Caramuel:600-601). El mismo día, y con la misma petición, se dirigía al cardenal Barberini.

Cinco días más tarde, su augusta esposa, escribe directamente al papa Urbano VIII. Nacida infanta de España, la emperatriz María se dirige en español al Pontífice con las siguientes palabras que transcribimos aquí íntegramente:

Muy Santo Padre: El emperador mi señor, y mi tío, que santa gloria haya, habiendo por mucho tiempo conocido la virtud, y visto el fin glorioso del venerable padre fray Domingo de Jesús María, general que fue de la sagrada religión de los padres carmelitas descalzos, para que los hechos heroicos de su santa vida no padeciesen olvido, procuró que en los obispados de Viena, Frisinga y Malinas se formasen procesos auténticos sobre la santa vida y costumbres irreprehensibles suyas a efecto y con intento de tratar de la canonización. Ya los procesos están jurídicamente concluidos, y ahora se remiten cerrados a Vuestra Santidad, a quien suplico que, después de admitirlos con su acostumbrada benignidad, según la Sacra Congregación de Ritos, se sirva de dar licencia para imprimir la milagrosa y ejemplar vida de este admirable varón, para imitación y edificación de sus devotos.<sup>124</sup> Y porque el concurso de los fieles a su venerable sepulcro es muy frecuente, permita Vuestra Beatitud que, pues por intercesión de este santo padre confiesan muchos que han recibido de Dios singulares beneficios, como yo misma lo he experimentado,

---

<sup>124</sup> El libro de la vida y milagros de fray Domingo saldría impreso en Viena en 1655, dedicado por su autor al emperador Fernando III, escrito por el eminente doctor Juan Caramuel, doctor en teología, abad de Montserrat (Viena) y Disemberg (Maguncia), capellán, predicador y consejero del emperador, electo obispo de Mostar, etc.

puedan exponer allí sus votos para su consuelo y edificación del pueblo cristiano. Espero, fiada en la merced que suelo recibir de Vuestra Beatitud, que en esto, que resulta en honra y gloria de Dios y mayor consuelo mío, alcanzaré de Vuestra Santidad esta mi petición, en que recibiré singular gracia de Vuestra Beatitud. Cuya muy santa persona guarde nuestro Señor al bueno y próspero regimiento de su universal Iglesia. En Viena, a 24 de diciembre de 1639.

De vuestra Santidad, humilde y devota hija  
Doña María, por la gracia de Dios,  
Emperatriz de Romanos, Reina de Hungría,  
y de Bohemia, Infanta de España  
Archiduquesa de Austria, etc.  
que sus santos pies y manos besa  
(*apud* Caramuel:611-612)

En la misma fecha, la emperatriz escribe informando al cardenal Barberini de la carta enviada al sumo pontífice, siempre en los mismos términos de la del emperador a dicho cardenal de 19 de diciembre pasado.

## **UNA GRAN BIOGRAFÍA EN LATÍN AL SERVICIO DEL PROCESO, Y SU EPÍTOME EN ESPAÑOL**

### **1655 *El Dominicus de Caramuel***

Juan Caramuel y Lobkowitz (Madrid. 1606 - Vigevano, Lombardía, 1682) es uno de los personajes más asombrosos de su siglo. Escribió con agudeza y erudición inauditas acerca de todas las materias posibles; famoso entre los matemáticos por sus aportaciones personales al cálculo de probabilidades. Dedicó en 1655 una impresionante biografía a fray Domingo de Jesús María. Se trata de una obra única en su género entre la inmensa bibliografía de Caramuel, que escribió por encargo del emperador Fernando III y con el aliento de Eleonor de Gonzaga, emperatriz viuda de Fernando II —que se consideraba agraciada por un milagro del carmelita— y la emperatriz Leonor de Mantua, tercera esposa de Fernando III. Al acudir a él, se había buscado el intelectual provisto de los recursos necesarios, un hombre fiel a la dinastía, y un enérgico apologista de la reconquista católica. Va dedicado al emperador Fernando III.

Caramuel fue en su época, «non moins que Pascal, un “effrayant génie”» (Chaline 2000:480), o, en expresión de uno de sus contemporáneos, «Salomón de estos tiempos». <sup>125</sup> Nació en Madrid el 23 de mayo de 1606, de la unión de un caballero luxemburgués ingeniero y astrónomo diletante, y de una dama de origen bohemio, pariente de los Lobkowitz. Se manifestó

<sup>125</sup> Mateo de Anguiano, *Vida y virtudes del capuchino español... Francisco de Pamplona*, Imprenta Real, Madrid, 1704, f. ¶15v.

pronto como un niño prodigio apto para cualquier actividad: estudió primero en Alcalá, y entró después en el Císter y recibió una cuidada formación teológica, especialmente moral, en Salamanca. Después de una estancia en Portugal, se trasladó a los Países Bajos españoles en 1635, concretamente a Lovaina en un momento en que el príncipe de Orange asediaba la ciudad, y los estudiantes y monjes fueron movilizados para la defensa. Caramuel, rememorando las aficiones paternas, se hizo ingeniero militar encargado de las fortificaciones. Contribuyó al fracaso de Orange. Pero esta no fue más que una de sus muchas actividades. Español de nacimiento, entró al servicio del cardenal-infante Fernando de Austria, gobernador de los Países Bajos desde 1634, que le nombró su predicador y consejero espiritual. A él dedicó en 1636 su virulenta *Declaración mística de las armas de España*, digno paralelo del *Mars Gallicus* de Jansenio, aparecido el año anterior, también contra los franceses. Elegido en 1638 abad de Melrose, abadía escocesa destruida por los protestantes, Caramuel obtuvo su doctorado por la universidad de Lovaina; publicó su *Theologia regularis*, pero no pudo obtener la cátedra. A la muerte del cardenal-infante, abandonó los Países Bajos en 1644 y se estableció en el Palatinado.

En 1643 había sido nombrado abad de Disibodenberg, una abadía desaparecida refundada sobre el papel, que no era más que una ruina en medio de un país protestante transitado por las tropas enemigas. Caramuel se refugió junto a la guarnición española de Frankental y, por segunda vez, se dedicó a hacer de ingeniero militar. Allí compuso nada menos que su *Theologia moralis*, muy antiagustiniana, que despertó la alarma de los teólogos rigoristas. Conocido y apreciado por Martinic, a quien dedica su *Perpendicularum inconstantia*, fue llamado a suceder al abad de los benedictinos de Montserrat instalados en Praga en el monasterio de Emaús.<sup>126</sup> Lo sería entre los años 1647 y 1658. Cambió el hábito cisterciense por el benedictino, y pasó de entenderse con el nuncio Chigi, a depender directamente de los Habsburgo de Viena,<sup>127</sup> predicando ya en junio de 1647, en Presburgo (Bratislava) en la coronación de Fernando IV como rey de Hungría. De regreso a su abadía, volvió a encontrarse con la guerra. Los suecos, viendo cercana la firma de la paz, intentaron hacerse con la ciudad de Praga para acabar la guerra con

---

<sup>126</sup> El monasterio de Emaús, en Praga, había sido fundado por el emperador Carlos IV en 1347. Tras una corta etapa medieval floreciente, sufrió una gran decadencia a consecuencia de las guerras husitas, tan solo superada con la llegada de monjes benedictinos españoles de la rama montserratina el año 1635, los cuales permanecerían hasta 1871. Emaús se convirtió entonces en un importante foco de relaciones checo-españolas no solo religiosas, sino también científicas y artísticas, especialmente durante el mandato del polígrafo Juan Caramuel (véase Pavel Stepánek, «Montserrat a Praga: l'etapa espanyola al monestir d'Emaus a Praga (1635-1871)», *RACBASJ. Butlletí XX* (2006), pp. 51-69.

<sup>127</sup> Al incorporarse los españoles, el fundador (el emperador) había establecido que el monasterio dependería del obispo de Viena, ya no del de Praga (véase Stepánek 2006:54).

una victoria por sorpresa. La resistencia improvisada de los ciudadanos hizo fracasar el intento. Caramuel se mostró a la altura de las circunstancias: organizó militarmente a sus clérigos, actuó como ingeniero dirigiendo los trabajos de refuerzo de las antiguas y mediocres fortificaciones, apuntando él mismo el cañón hacia las posiciones suecas. Vencido el enemigo, y firmada la paz, su prestigio creció todavía más. En 1649 el cardenal Harrach le nombró vicario general, y poco después y se contaba con él para ocupar la sede de una de las nuevas diócesis en que se quería dividir la muy grande de Praga.

Los años de Praga fueron muy fecundos para Caramuel. Se empleó en la recatolización restaurando la Orden del Císter en Bohemia y escribiendo un gran número de libros. En dos de ellos se ocupa de los sucesos de Bohemia y, en especial, de la Montaña Blanca. La *Encyclopedia concinatoria*, dedicada a Fernando II contiene un ataque en toda la regla contra el Palatino, «hombre afeminado» que ha escapado a la ciudad cuando la batalla era inminente, cuando se jugaba bajo sus muros la suerte del Palatinado, de la corona de Bohemia y del Imperio. Opone un Fernando-gigante a un Federico-pigmeo. El mismo año 1652 apareció otra obra, dedicada ahora, a la emperatriz Eleonor Augusta, el *Maria liber* en que declina los nombres de la Virgen.

Y en 1655 publica su *Dominicus*, biografía de fray Domingo de Jesús María Ruzola.

En el prólogo hace notar su embarazo:

¿Voy a dedicarme a escribir milagros, éxtasis y revelaciones? No me atreveré a negar ni a reconocer, y me remitiré a la finura de juicio de los lectores. No osaría juzgarme apto, yo que estoy habituado a las demostraciones matemáticas: todo lo que en matemáticas o física no está respaldado por un razonamiento evidente, y todo lo que en una y otra teología (dogmática y moral) no está soportado por los artículos de la fe, o lo rechazo absolutamente ... o bien lo eludo antes que admitirlo (Caramuel:dv).

Precisa que no renunciará a la verdad, que es el alma de la historia, a fin de averiguar los verdaderos milagros y prodigios de fray Domingo:

Distinguiendo, en principio, la fe humana de la divina, y no tolerando que se mezclen y confundan las demostraciones evidentes con las conjeturas y razones probables, gozando de los privilegios de la libre sinceridad, declaro que rehúso en este libro presentar a fray Domingo entre los santos canonizados por la Iglesia y contar sus hechos prodigiosos como artículos de fe; pero sí considerarlo no entre los santos y bienaventurados, y relatar sus hechos no como milagrosos, sino como raros, notables y prodigiosos. Y, con el fin de que no se deslice ninguna ocasión de equívoco o alucinación, afirmo que califico como venerables a los hombres ilustres que han vivido piadosa y santamente y han obrado milagros, y de los que la autoridad humana, sea pontífices u obispos, preladados, emperadores, reyes, príncipes, teólogos, juristas o médicos,

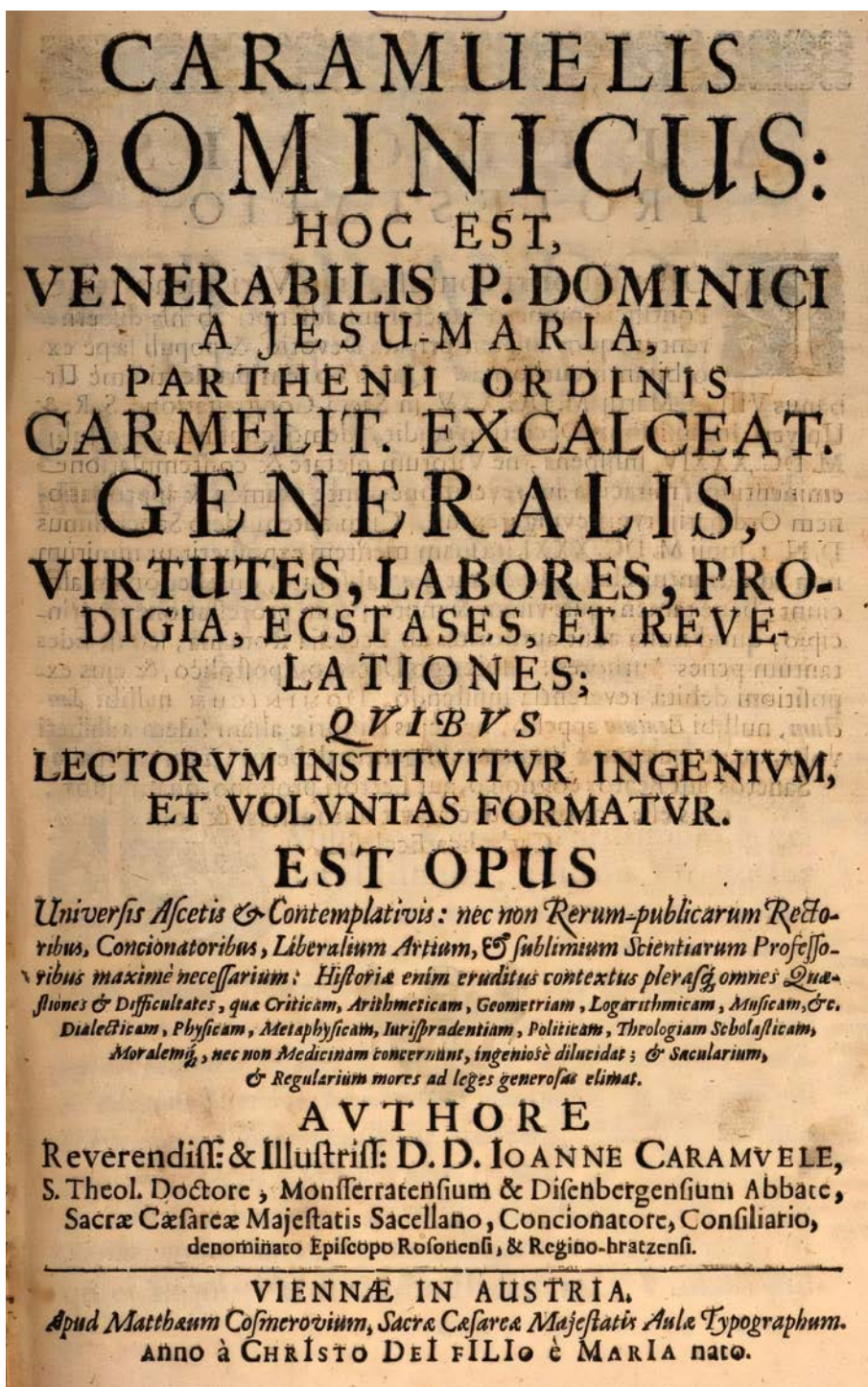


Figura 13. Portada del Dominicus de Caramuel.

lo afirme, y la devoción humana espere que triunfen en el cielo junto a Dios (Caramuel:d2r).

La circunspección de Caramuel se explica por la vigilancia con que en Roma se siguen desde principios de siglo los procesos de beatificación y canonización. Por esto, declara expresamente respetar el decreto de Urbano VIII de 3 de marzo de 1625, confirmado el 5 de julio de 1634 prohibiendo la difusión de milagros y de revelaciones antes de su examen y aprobación por el ordinario (véase Caramuel:a2v; Caramuel:616). En ningún momento será llamado fray Domingo, en todo el libro, ni santo ni beato (o bienaventurado).

A continuación, Caramuel explica cómo es su modo de escribir, el de un escolástico que se fija en las causas y sus efectos, pero también deseoso de dar consejos a los hombres de estado, a los filósofos, a los teólogos, a los juristas y, por qué no, a los médicos. Recomienda, en fin, al lector que procure imitar con su vida la de fray Domingo (Caramuel:d4v).

A lo largo del libro, hay muchas digresiones sobre milagros y éxtasis destinadas a probar la veracidad de los del carmelita. Cada episodio de la vida del siervo de Dios da lugar a tal número de consideraciones que convierte la biografía en una verdadera enciclopedia, aportando, sobre cada asunto, una grandísima cantidad de datos y de información. El número y la calidad de fenómenos místicos experimentados por el venerable Ruzola han motivado en Caramuel, según propia confesión, un cambio de actitud respecto al personaje. Habiendo querido, en principio, dejar de lado los éxtasis, hubo de cambiar de idea a la vista de los testimonios: las visiones y revelaciones divinas no fueron solamente interiores, sino muy frecuentemente confirmadas por prodigios exteriores. A pesar —confesará— de que conocemos solamente una pequeña muestra de todas las que tuvo en su vida el carmelita, puesto que su humildad le llevaba a intentar que pasaran ocultas (Caramuel:d2r).

Como él mismo dice en el Prólogo, ha dispuesto de muchos documentos con testimonios recogidos en los distintos países donde había ejercido su ministerio el siervo de Dios:

Me mandaste, emperador Fernando, que examinase las papeles de Domingo, las notas de su confesor, los procesos públicos (pontificios y diocesanos, imperiales y reales, etc.) instituidos con autoridad y acabados con la declaración de sentencia definitiva, los breves de los pontífices, las cartas de los emperadores, reyes y príncipes, así como la correspondencia ordinaria, y escribiera la vida de este hombre milagroso (Caramuel:dv, siempre en traducción nuestra).

Todos estos documentos abundan en la narración de hechos extraordinarios obrados por su mediación: milagros corporales y espirituales, fenómenos místicos de éxtasis y profecías. No queriendo adelantarse al juicio de la Iglesia, pretendió presentar estas «acciones non inter miraculosas, sed inter raras, eximias et prodigiosas» (Caramuel:d2r). De todas formas, los he-

chos extraordinarios son relatados profusamente tanto por Juan Caramuel como por el obispo Antonio Agustín, que hizo epítome de aquel.

### 1669 El epítome de Antonio Agustín

La biografía escrita de Caramuel era un imponente infolio de más de 600 páginas que tuvo escasa difusión. En España, el obispo Antonio Agustín era un ávido buscador y lector de cuanto escribía por entonces el padre Caramuel y encontró por casualidad, el año 1668, un ejemplar del *Dominicus* en el convento de carmelitas descalzos de San José, de Zaragoza. Después de leerlo y releerlo, decidió trazar un epítome del mismo en lengua vulgar:

Lastimeme de que hubiesen llegado a España tan pocos tomos de este libro de monseñor Caramuel ... Lastimeme de que, por muchos tomos que vinieren de este libro, habían de ser pocos los que lo buscasen, y menos los que lo entendiesen ... Y finalmente me lastimé de que estuviesen privados de estos frutos, que tan copiosamente me prometo, de la del venerable padre fray Domingo, todos los aragoneses y españoles que no supiesen latín ... (Agustín:cv).

Y así, decidió hacer epítome o resumen del texto latino:

¿Por qué he reducido esta historia a epítome? Respondo que para facilitar más la lección y no dejar excusa para no lograr los provechos de ella a los poco aficionados a leer vidas de santos, y para que los devotos que quieran imitarla puedan comprender y conservar mejor en su memoria (Agustín:e2v).

En 1669 se publicó el epítome dedicado al rey niño Carlos II «para que sin fatigar los brazos, por la edad tiernos,<sup>128</sup> halle sólido alimento el calor o fervor robusto, con que se aumente en Vuestra Majestad la devoción que en los gloriosos padre y abuelos maternos dio principio a la solicitud de la canonización de este venerable siervo de Dios, que espero ha de conseguir Vuestra Majestad» (Agustín:a2v). El volumen contiene 322 páginas de texto, más 80 de paratextos en 4.º, y fue estampado en Zaragoza, imprenta de Juan de Ybar. Aunque no hizo sino traducir resumiendo a Caramuel, añadió alguna cosa cara a sus lectores, pues «parece que no puede tener disculpa un español y aragonés, y nacido en Zaragoza, y escribiendo en Zaragoza, para no haber puesto, siquiera en el Apéndice aquel fragmento de carta ... prueba evidente de la predicción del apóstol Santiago el Mayor en los reinos de España ... y quise satisfacerme más haciendo diligencia para ver la misma carta y tomar de ella todo lo que pudiese conducir a la vida del venerable padre fray Domingo ... y así la pondré aquí» (Agustín:fv). La reproduce a continuación bajo este epígrafe «Copia de una carta que el reverendísimo

<sup>128</sup> El rey contaba, a la sazón, ocho años, regente su madre María de Austria.



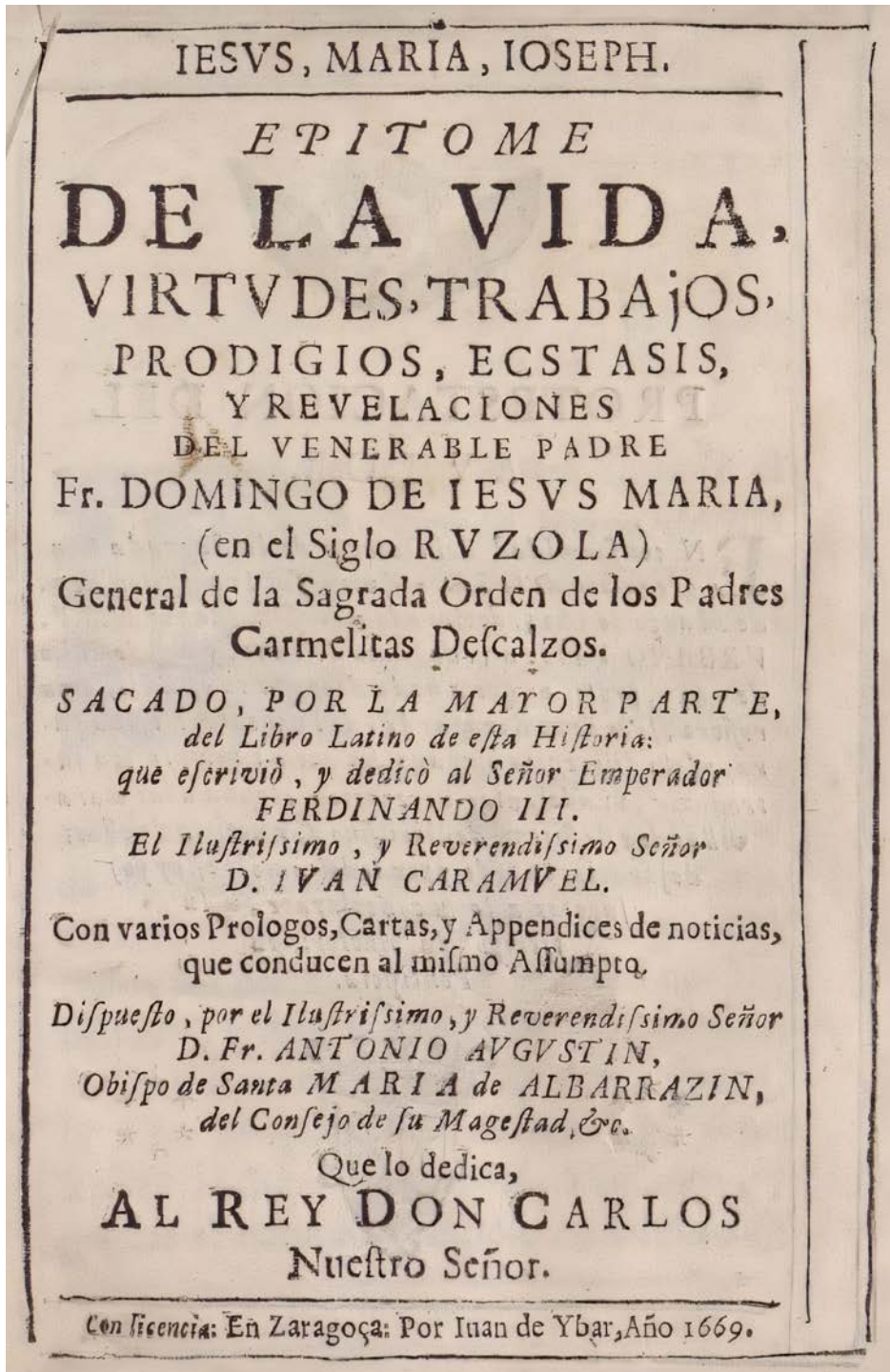


Figura 14. Portada del Epítome del obispo Antonio Agustín.



padre general de la Orden de los Descalzos de Nuestra Señora del Carmen tiene original en su poder, de mano de la señora doña Ana de Mendoza y de la Vega, duquesa del Infantado» (Agustín:f2v-f3v)

### EL PROCESO DE BEATIFICACIÓN

Muertos el emperador Fernando II y la princesa Isabel Clara Eugenia, grandes devotos del siervo de Dios, continuó su gran amigo el duque de Baviera Maximiliano —además de los nuevos emperadores— en el empeño de honrar su memoria escribiendo al papa en pro de su elevación a los altares (véanse una carta del duque y otra de la duquesa fechadas el mismo día 19 de enero de 1640 en Caramuel: 609-610).

Siguieron escribiéndose biografías y semblanzas que ponían de manifiesto el heroísmo de sus virtudes y la fama de su santidad abonando el esperado proceso. Después de la aparición de la monumental biografía de Caramuel, el año siguiente, el padre Filippo della Santissima Trinità incluía una breve semblanza del siervo de Dios en su *Historia carmelitani ordinis*, Lyon, 1656 (pp. 650-656). Fundándose en el relato de su vida que se conserva en el Archivo de su Orden en Roma con todas las aprobaciones jurídicas y el libro recientemente publicado en Viena «a gravissimo et eruditissimo Benedictinis Ordinis Praesule» [Juan Caramuel], pone de manifiesto, entre otras cosas, que su fama de santidad en vida fue tan universal que Fernando II tuvo dificultad para conseguir que Paulo V le dejara ir a Viena privándose de su proximidad; que en la batalla de la Montaña Blanca, fue una especie de oráculo divino para los soldados: con las llamas que salían de su crucifijo y de la imagen de la Virgen, este anciano montado a caballo había aterrorizado a un enemigo mucho más numeroso que los católicos; que, con todo ello, había conseguido la veneración del emperador. De regreso a Roma, había logrado la canonización de santa Teresa; y la instalación solemne de la imagen milagrosa en el convento-seminario de San Pablo con todas las banderas arrebatadas a los enemigos. Cumpliendo la legacía que le había encargado el papa cerca del emperador había muerto en Viena, y recibido sepultura allí mismo, en el convento de los padres descalzos (véase Filippo 1656:650-656).

Poco después, el mismo padre Filippo, que era a la sazón preposito general de la orden, publicó una amplia *Historia V. P. Dominici a Jesu Maria*, Lyon, 1659, que sería traducida al italiano en 1668 y al francés en 1669 (para esa fecha, ya se hacía mención de la intervención prodigiosa de fray Domingo en la Montaña Blanca en los Anales de los carmelitas de Francia: véase Chaline 2000:500). Filippo della Santissima Trinità, contando con toda la información contenida en la obra de Caramuel, y teniendo a su disposición los archivos de la orden en Roma, escribe un extenso volumen (la versión latina, un 8.º de 459 páginas), que podría ser muy útil cuando se iniciase el proceso. Dividido en 9 libros, los 7 primeros recorren toda la vida del siervo de Dios,

el 8.º describe en 15 capítulos el modo como vivió cada una de las virtudes cristianas; y el 9.º se dedica a probar en 10 capítulos la fama de santidad de que gozó entre *viros sanctos, summos pontifices, imperatores, reges, cardinales, principes, praelatos Ecclesiae, magnates, religiosos, y apud omnes populos* (véase Filippo 1668:†††v).

La primera fase que se puso en marcha para la beatificación y canonización consistió en el proceso diocesano, que se seguía en Roma a partir de finales de 1665, pero también en Viena. En Viena fueron interrogados entre 1673 y 1674 los testigos que todavía podían declarar en persona sobre el siervo de Dios: los testimonios figuran en el *Summarium* del proceso vienés que se envió a Roma. El 29 de enero de 1676, el papa, habiéndose aprobado los trabajos de la comisión, dio el visto bueno para la introducción de la causa. En ese mismo año tuvo lugar el proceso *de non cultu* sancionado por decreto de 17 de mayo. Examinados los escritos del siervo de Dios por la congregación de Ritos, fueron aprobados, y el 7 de diciembre de 1676 se otorgó el decreto para seguir adelante. En 1678 se abrió el proceso acerca de la fama de santidad. Pero, a partir de las objeciones puestas por el promotor de la fe, el proceso se interrumpió.

Según Chaline [2000:503ss.], la Montaña Blanca no ha sido el único obstáculo a este proceso, pero ciertamente no ha ayudado. Se entiende que, en el siglo XX y en el XXI, la Iglesia no juzgue urgente canonizar al héroe de 1620. Pero es en el siglo XVII donde se encuentran los verdaderos obstáculos: para sus contemporáneos más devotos, fray Domingo era un santo porque hacía milagros, el más notable de los cuales, la victoria de la Montaña Blanca. Esa era la *vox populi*, y la creencia del emperador, sin ninguna duda. La Iglesia, que se alegraba de esa victoria, hizo siempre gala de circunspección al respecto. Ante este fenómeno, las autoridades eclesiásticas se mostraron más bien incómodas y deseosas de poner orden respecto a las manifestaciones extraordinarias de la religión. No es difícil imaginar que fray Domingo suponía un cierto embarazo en este sentido. Las otras órdenes religiosas no se mostraron entusiasmadas por su papel. En Francia no faltaron los que pusieron en duda su poder taumatúrgico, sospecharon de sus visiones y examinaron con interés su vida antes de la batalla. Fue, sobre todo, en Austria, Baviera y Roma donde el recuerdo del carmelita y la Montaña Blanca permanecían vivos. Pero no fue suficiente para apoyar su causa, en buena parte porque los años que siguieron a la Montaña Blanca y a la muerte del siervo de Dios coincidieron con los de la puesta en práctica de un mayor control pontificio sobre las causas de canonización. Se comenzaba a imponer un nuevo tipo de santidad: no ya la que hacía milagros, sino la que presentaba un modelo de vida para los fieles. Se trataría de adaptar la biografía del fray Domingo de los milagros a la de un ejemplo de vida: es lo que se propusieron, en parte, Domín y Caramuel y los postuladores. Domín omite intencionalmente la Montaña Blanca, pero abunda en referencias a milagros

contra los demonios y apariciones. Caramuel se dedicó a probar sus virtudes por medio de sus milagros, éxtasis y visiones. Los postuladores procuraron atender más a la vida del siervo de Dios, especialmente respondiendo a las cuestiones planteadas por el promotor de la fe. Sin embargo, la memoria de la batalla de la Montaña Blanca seguía acaparando protagonismo y no dejaba de ser un obstáculo para obtener una beatificación rápida.

A petición de los postuladores, se abrió en Viena un nuevo proceso sobre la fama de santidad, cuyos resultados se enviaron a Roma. Finalmente, fue aceptado el 1 de octubre de 1682. El año siguiente, fue ordenada una investigación sobre virtudes. El proceso fue declarado válido en 1699. Habiendo noticia de milagros obrados en Colonia, era preciso verificarlos, y el proceso se interrumpió en 1701. Otros escritos, aparte de los ya aprobados, fueron objeto de examen.

El 13 de agosto de 1731 se emitió el decreto conforme podía continuar el proceso. El decenio que comenzaba con el centenario de la batalla de la Montaña Blanca parecía favorable. Pero el año anterior, el promotor de la fe, monseñor Lambertini, futuro Benedicto XIV, había reprochado a los postuladores de la causa el escaso número de testimonios sobre la Montaña Blanca. Se tuvo una congregación ante-preparatoria acerca de las virtudes en junio de 1739, y en 1748 la congregación preparatoria. El decreto sobre los escritos fue entregado el 13 de marzo de 1754. En 1759 fueron nombrados, para proseguir la causa, tres cardenales y varios consultores, pero la muerte del cardenal carmelita Guadagni, que los dirigía, interrumpió el proceso. En enero de 1770 fue encomendado al cardenal Corsini continuar los trabajos. Pero en 1772 se decidió abandonar la causa.

En el siglo XX, los carmelitas descalzos intentaron relanzar el proceso de beatificación. El 19 de abril de 1907 se decidió una nueva congregación preparatoria sobre virtudes. En 1931 se nombró postulador de la causa al cardenal carmelita descalzo Raffaello Carlo Rossi. El Santo Oficio hizo saber el 17 de noviembre de 1940 que no había óbice. Pero, desde entonces, el proceso quedó estancado. Actualmente (2023) se está trabajando de nuevo para presentar la *positio*.<sup>129</sup> en adelante, se conducirán las gestiones desde la postulación de los carmelitas de Austria, país donde murió y está enterrado el siervo de Dios.

## MEMORIA DE LA MONTAÑA BLANCA EN ROMA

Desde el principio hubo una asociación de la victoria obtenida sobre los hejees en la Montaña Blanca el 8 de noviembre de 1620 con la que había eli-

---

<sup>129</sup> *positio super virtutibus*: documento que recoge los datos obtenidos por la investigación diocesana sobre las virtudes heroicas del candidato, uno de los pasos hacia la declaración de santidad.

minado el peligro turco en Lepanto el año 1571. Atribuidas ambas victorias a la intervención de la Virgen María, en su día el papa Pío V estableció para el 7 de octubre —aniversario de la batalla de Lepanto— la celebración de una fiesta anual dedicada a Santa María de la Victoria.<sup>130</sup> Se comprende que la advocación con que se conocería a partir de 1620 la imagen milagrosa de la conquista de Praga sería la misma que aquella.

La noticia llegó a Roma el 1 de diciembre gracias a un correo del duque de Baviera. Provocó un enorme alivio, pues se vivía en la corte romana una gran preocupación por aquella guerra. De hecho, el 24 de enero de aquel año, el papa Paulo V había encabezado una procesión a Santa Maria sopra Minerva, la iglesia de los alemanes, para pedir la derrota de los rebeldes de Bohemia y la paz de la Iglesia.

Conocida la milagrosa victoria, Paulo V (Borghese) se dirigió a Santa María la Mayor, su basílica preferida, y permaneció una hora rezando en la capilla Paulina que él mismo había mandado erigir, aquella donde se venera la *Salus populi romani*, y que, por su decoración, supone una expresión brillante de la Reforma católica. Ningún lugar mejor que aquel, que en su imaginería mostraba la derrota de la herejía y el triunfo de la fe católica. Las pinturas proclaman la defensa del culto mariano contra los protestantes. Tanto por su fasto alrededor de una imagen mariana como por las escenas que se remontan hasta la cúpula, constituye una apologética que, se diría, esperaba una traducción militar. Esta se había cumplido el 8 de noviembre de 1620.

El día 3 se hizo gran fiesta. El papa fue a pie de Santa Maria sopra Minerva a Santa Maria dell'Anima. Allí celebró una misa solemne en presencia de la totalidad de cardenales, incluidos los ancianos y enfermos, los miembros de la curia, los embajadores..., a quienes concedió indulgencia plenaria. Por la noche, hubo salvas desde Castel Sant'Angelo. La Montaña Blanca acababa de entrar en el calendario de fiestas romanas. La victoria sobre los herejes alegró las últimas semanas de Paulo V, que falleció el 28 de enero de 1621 y fue enterrado en su capilla de Santa María Mayor. Le sucedió Gregorio XV.

No sería hasta el 9 de diciembre de ese año cuando, requerido por diversas cartas para que regresara, llegó a Roma fray Domingo. Fue a besar el pie del pontífice el día siguiente, y obtuvo de Su Santidad autorización para dar culto y particular veneración a la imagen profanada y encontrada, causa de la victoria. El lugar destinado a su culto fue la iglesia, todavía inacabada de San Pablo en Monte Cavallo, hoy llamado Quirinal, junto al convento de carmelitas descalzos de San Pablo. Se fijó la fecha del 10 de abril para hacer el traslado solemne de la imagen desde Santa María Mayor hasta el lugar destinado.

---

<sup>130</sup> Más tarde, el papa Gregorio XIII la cambió el nombre de la fiesta por el de la Virgen del Rosario.

Sin embargo, la traslación se hubo de aplazar dando lugar, entretanto, a la canonización de santa Teresa de Jesús, en la que había tomado parte importante fray Domingo. La canonización en la misma ceremonia de los grandes santos de la reforma católica, santa Teresa, san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier, junto con el italiano Felipe Neri, y el patrón de Madrid, san Isidro Labrador, tuvo lugar el 12 de marzo de 1622. El domingo 8 de mayo, por la mañana, se pudo venerar la imagen victoriosa en Santa María Mayor antes de que diese comienzo, ese mismo día, la fastuosa procesión que la condujo a su sede definitiva.

El historiador Olivier Chaline, a quien seguimos muy de cerca, recoge el testimonio de un carmelita que estuvo presente siendo niño, y recuerda:

Se había decorado Santa María Mayor, nuestra iglesia y todo el camino que había de recorrer la procesión. En la basílica de Santa María Mayor se había erigido un trono suntuoso, enriquecido con ornamentos de oro y plata, y con piedras preciosas, sobre el cual estaba colocada la imagen milagrosa con la corona imperial de Fernando II sostenida por ángeles de plata con esta inscripción: *Terribilis ut castrorum acies ordinata* (fray Andrés de la Cruz, *apud* Chaline 2000:517).

El trono se había colocado en medio de la gran nave de la basílica, delante del altar mayor, entre cuatro columnas doradas que sostenían sendos arcos florales de los que pendían una llave de oro que se decía había sido arrebatada en el campo de batalla al chambelán del Palatino, y campanillas de plata.

La procesión tuvo lugar al atardecer con la participación de las órdenes religiosas, los canónigos de las cuatro basílicas y numerosos cardenales. Atravesaron una de las vías más hermosas de la ciudad, toda cubierta de colgaduras y hermosas pinturas. El pueblo se agolpaba para ver la imagen milagrosa, y algunos vendedores avispados despachaban grabados que se podían llevar a sus casas. Entre los estandartes que desfilaron, destacaba el del duque de Baviera que fray Domingo había bendecido en plena batalla, y una cincuentena de banderas de los herejes. Figuraba el estandarte de santa Teresa escoltado por cuatro de sus religiosos. Y músicos y cantores de todas las iglesias. Y finalmente la imagen de la Virgen escoltada por el arzobispo de Bari revestido de pontifical y acompañado de príncipes y cardenales. La procesión llegó, por fin, a la iglesia de San Pablo de los padres carmelitas descalzos.

Esta iglesia que, a partir de entonces, tomó la advocación de nuestra Señora de la Victoria, no era entonces más que un modesto edificio. Construida entre 1610 y 1612, había sustituido a una pequeña capilla anterior. En 1622 el edificio no estaba todavía acabado; sin fachada, propiamente, y con muy incipiente decoración interior. Pero, para esta ocasión, según era uso frecuente en Roma, se recurrió a la arquitectura efímera, que hizo gran efecto.

Dejando el palacio del Quirinal, donde vivían entonces los papas, Gregorio XV acudió a rezar ante la Virgen. Después, se incensó la imagen y se entonó un Tedeum. A continuación, fray Domingo colocó sobre el altar un Niño Jesús hecho en Praga y otra imagen de la Virgen traída de Baviera. Durante toda la octava, multitud de ciudadanos acudieron a venerar la imagen milagrosa. El propio papa volvió el jueves para celebrar una misa privada ante ella.

Enseguida se llenaría la iglesia de exvotos de los fieles, y de dones y reliquias enviadas de todas partes, empezando por los papas y cardenales y siguiendo por los príncipes de los estados y jefes militares. Gregorio XV concedió indulgencias especiales, y Urbano VIII, su sucesor, regaló ornamentos sagrados para la iglesia. De estos y muchos otros detalles da cuenta pormenorizada el padre Caramuel en su *Dominicus*.

En Santa María de la Victoria, la Montaña Blanca se ha hecho romana. No cesaron de acudir peregrinos al templo y no paró de embellecerse su interior durante todo el siglo y hasta bien entrado el XVIII. También la fachada fue levantada entre 1625 y 1635 a expensas del cardenal Scipione Borghese, cuyas armas campean sobre ella. En 1633 se acabaron de pintar los frescos de la nave y la cúpula con el triunfo de la Virgen sobre los herejes y la gloria de san Pablo (titular de la iglesia hasta entonces). Luego vino, a partir de 1644, la realización de la capilla Cornaro y, en ella, el conjunto escultórico de la transverberación de santa Teresa, obra de Bernini. El embellecimiento de la iglesia no cesó. De la severidad primitiva pasó a una exuberancia barroca que no deja ningún hueco sin ornamento.

En la sacristía, cuatro cuadros, dos de los cuales alcanzan dimensiones considerables, representan la batalla de la Montaña Blanca de forma muy descriptiva. Fueron encargados por los carmelitas en fecha anterior a 1650; su autor permanece anónimo, y representan cuatro episodios, inspirándose en unos grabados de Raphaël Sadeler: la marcha de los católicos, los dos ejércitos cara a cara, el choque, y la fuga de los bohemios. Intentan dar a conocer cómo fue la batalla, y no, como será más tarde, en el caso de los cuadros del convento de Múnich, el papel de fray Domingo en la campaña de 1620, cuya figura solo aparece discretamente al pie del tercero de ellos montado a caballo junto a los jefes católicos, empuñando con la mano derecha su crucifijo mientras sostiene con la otra tabla de la Virgen.<sup>131</sup>

Entre otras reliquias conservadas en esta sacristía, detrás del altar mayor, destaca, en una de sus vitrinas, el crucifijo que siempre llevaba consigo fray Domingo, y que empuñó durante la famosa batalla. Un rótulo explica: «Crucifisso portato dal venerabile padre Domenico sul campo nella batta-

---

<sup>131</sup> No se halla en el grabado de Sadeler en que se inspira. Fue, con toda probabilidad, añadido en época tardía (ver Chaline 2000:440, 528).



**Figuras 15 y 16.** Batalla de la Montaña Blanca, Nuestra Señora de la Victoria. (Foto: Carmelitas de Roma)





**Figuras 17 y 18.** Batalla de la Montaña Blanca, Nuestra Señora de la Victoria. (Foto: Carmelitas de Roma)





**Figura 19.** Crucifijo del venerable Domingo Ruzola. Nuestra Señora de la Victoria. (Foto: Fidel Sebastián Mediavilla)

glia della “Montagna Bianca” (Praga, 1620) e che fu visto dagli eretici gettar fiamme».<sup>132</sup>

Dentro de sendos armarios acristalados penden las banderas que presidieron la batalla.

Y en la nave, a un lado y otro del retablo mayor, unas altas urnas dejan ver los sables tomados al enemigo que, como exvoto, depositaron a los pies de la Virgen los generales victoriosos.

<sup>132</sup> ‘Crucifijo llevado por el venerable padre Domingo en el campo durante la batalla de la Montaña Blanca (Praga, 1620) y que fue visto por los herejes que arrojaba llamas’.



**Figura 20.** Bandera proveniente de la batalla de la Montaña Blanca.  
Nuestra Señora de la Victoria. (Foto: Fidel Sebastián Mediavilla)

El pequeño cuadro venerado de la Virgen de la Victoria sucumbió al efecto de las llamas en el incendio del 20 de junio de 1833, que quemaron el altar de madera y consumieron buena parte de los trofeos depositados por los vencedores. En el centro del retablo, en el lugar que ocupaba la imagen milagrosa, se venera hoy una reproducción antigua.

## RECUERDO DE LA MONTAÑA BLANCA EN BAVIERA

A diferencia de Roma, en Baviera no hubo un santuario único dedicado a la memoria de la victoria milagrosa de la Montaña Blanca. Algunos importantes exvotos fueron regalados por Maximiliano a la abadía benedictina de Niederalteich. El santuario mariano de Altotting recibió la visita de muchos peregrinos en acción de gracias por el resultado de la batalla. Fray Domingo había estado allí a principios de 1621 cuando se dirigía de Viena a Múnich, y había dejado una cruz con la que había impartido la bendición a los combatientes durante la batalla. Después de los temores pasados los años 1618-1619, las gentes del sur de Bohemia, que habían permanecido fieles al emperador, sentían la necesidad de ir a dar las gracias a la Virgen por su protección. Varias ciudades bávaras que habían hecho voto ante la campaña de 1620, acudieron peregrinando a Altotting.

Maximiliano había hecho voto, también, de elevar una iglesia para los carmelitas en caso de victoria. Pero los efectos de la guerra, los costes sobre las finanzas bávaras y la invasión sueca de 1632 a 1634 retrasaron el cumplimiento de su compromiso. Hubo que esperar a 1654 para que dieran comienzo las obras del convento. A partir de 1657 se levantó la iglesia, y en 1660 fue terminada su construcción. En sus muros, una serie de cuadros de autor anónimo cuentan la batalla de 1620. El último de ellos muestra una vista del convento construido en cumplimiento del voto hecho por el duque Maximiliano. Resultó su obra póstuma (había fallecido en 1651).

En los cuadros del convento de Múnich, fray Domingo es lo central, más que la batalla, a pesar de que ella constituye el punto culminante de los trece cuadros. Instalada en la iglesia fundada por el duque, ahora elector, el ciclo de las pinturas presentaba una versión oficial de la batalla que hacía de la victoria un logro compartido del duque y el religioso carmelita, o, dicho de otro modo, de la Providencia.<sup>133</sup> Gracias a los padres carmelitas de Múnich, podemos reproducir aquí la serie completa, cuyas imágenes me han facilitado amablemente y permitido publicar.

De autor anónimo, como los cuadros de Nuestra Señora de la Victoria de Roma. Aquí, el protagonista, como se verá, es el padre Domingo más que la batalla, a pesar de que esta se presenta como el punto culminante de los trece cuadros.

Los uniformes militares son los que se utilizaban a finales del siglo XVII o comienzos del XVIII.

Para la descripción de los cuadros, sigo de cerca algunas de las observaciones que llamaron en su día la atención del historiador Olivier Chaline [2000:529-531].

---

<sup>133</sup> Véase una demorada descripción de cada uno de las trece pinturas en Chaline [2000: 540-547].



Figura 21. (Foto: carmelitas de Múnich)

1

El venerable padre Domingo de Jesús María, General de la Orden Carmelita, invitado al ejército católico por epístolas del serenísimo duque de Baviera Maximiliano y ruegos de su esposa Isabel, es enviado por el papa Paulo V a Múnich.

El conjunto de las pinturas canta las glorias de Maximiliano tanto como las de Domingo: en casi todas ellas, el futuro elector está presente. En este primero, como causante de la marcha del carmelita. La causa de Baviera es también la del papa: por tanto, de toda la Iglesia.



Figura 22. (Foto: carmelitas de Múnich)

2

El venerable padre Domingo, puesto en camino, ejecuta innumerables prodigios curando enfermos y librando endemoniados: por ello, es celebrada su llegada a Múnich con máximo concurso de gente y grandes honores.

Antes de su llegada le precede la fama de taumaturgo, y obra milagros. Los dos primeros cuadros dan idea del carácter extraordinario de la campaña que va a comenzar: la iniciativa del duque, la reputación de taumaturgo del carmelita, y la autorización pontificia: cada uno en su papel dentro del conflicto.





Figura 23. (Foto: carmelitas de Múnich)

3

Conquistada Grieskirchen mediante una pacífica rendición, el venerable padre Domingo celebra una misa rezada y bendice el magnífico estandarte del generalísimo duque Maximiliano con los nombres de Jesús y de María.

Acaba de franquearse la frontera. Comienza la sumisión de la Alta Austria; pero el primer acto de campaña es la misa (la abominación según los protestantes), y la bendición de estandartes, que son imágenes santas, que hacen que este ejército sea el de Jesucristo y de su Madre. Dando la espalda al altar de campaña, de cara al duque y a sus oficiales arrodillados, Domingo bendice los estandartes.



Figura 24. (Foto: carmelitas de Múnich)

4

Habiendo sido tomada Linz sin derramamiento de sangre,  
el venerable padre Domingo es arrebatado en éxtasis,  
en el curso del cual le es revelado por Dios con detalle la  
derrota de los enemigos y la victoria de Praga.

Esta pintura ofrece una de las composiciones más complejas de la serie. Se subdivide en tres escenas. Los cielos se abren, y envuelta en la luz por encima de las nubes, aparece la Virgen orante de rodillas delante de un Cristo radiante con un brazo agarrado a la cruz, y el otro apoyado en el globo terrestre. Las otras personas de la Trinidad no aparecen visibles, pero ángeles y santos están también orantes, intercediendo por el éxito del ejército católico. Este avanza en la parte inferior izquierda del cuadro cruzando el Danubio y tomando Linz, mientras Domingo cabalga al lado del duque y sus oficiales. El plano superior y el terrestre quedarían superpuestos y separados si no los uniese la tercera parte del cuadro: el padre Domingo, con los ojos cerrados, medita en el silencio de la noche delante de las Sagradas Escrituras y del crucifijo. Por el tiempo y el espacio, esta escena difiere de la conquista de Linz, que tendría lugar muy pronto: los separa una arquitectura abierta y una ventana cerrada. Un pavo real se pasea junto a la base de una pilastra. Apenas perceptible, un rayo de la gloria divina emana de Cristo, Rey del universo, y llega a través de la ventana hasta la estancia en que el carmelita está sumido en la oración. La visión le coloca entre la tierra y el cielo.



Figura 25. (Foto: carmelitas de Múnich)

5

El venerable padre Domingo impone el santo escapulario de la Virgen del Carmen a Maximiliano y a todos los otros jefes militares, y protege con el santo escapulario a todo el ejército confederado contra la falange enemiga.

En Linz, Maximiliano, de rodillas, con la Biblia en la mano, precediendo a sus oficiales, se dispone a recibir el escapulario.



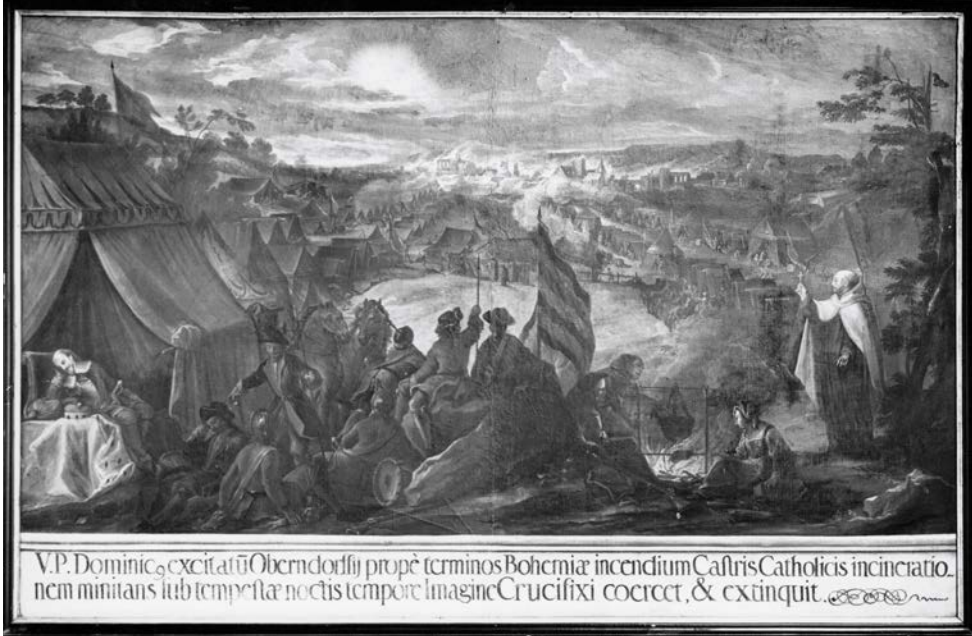


Figura 26. (Foto: carmelitas de Múnich)

6

Habiéndose desencadenado un incendio en Oberndorf, cerca de los límites de Bohemia, y amenazando alcanzar con el fuego al campamento católico en medio de la noche, el venerable padre Domingo, presentando su crucifijo, lo detiene y lo extingue.

Este cuadro y los dos siguientes son ya de ambiente guerrero, habiendo terminado, momentáneamente, el tiempo en que las ciudades se entregaban sin combatir. En este sexto, la pequeña población que arde en el horizonte rompe la noche con sus llamas que avanzan poco a poco. Ha sonado la alarma, y cunde la agitación entre las tiendas. Se ocupan de los caballos, pero el primer plano permanece tranquilo. Junto al estandarte azul y blanco de los bávaros, una mujer y dos hombres están preparando su cena. De pie, presentando su crucifijo, con el rostro sereno, el padre Domingo se dispone a hacer retroceder las llamas.



Figura 27. (Foto: carmelitas de Múnich)

— · 7 · —

**El venerable padre Domingo persuade al serenísimo duque de atacar las ciudades de Pisek y Pilsen que impedían el acceso a Praga, capital de Bohemia, las cuales en el espacio de medio día fueron conquistadas contra toda esperanza.**

Después del claroscuro viene la luz plena, la del combate que no ha aparecido —y todavía a distancia— hasta este séptimo cuadro. Las tropas marchan hacia una población todavía bastante lejana, cuyos defensores hacen fuego desde los bastiones. Un detalle interesante es ver como los soldados avanzan por las trincheras en zigzag hasta los muros de la ciudad que quieren tomar. La leyenda es un poco exagerada. Pilsen no fue tomada sino declarada neutral por un acuerdo. En cuanto a Pisek fue, en efecto, conquistada y saqueada. Si la violencia queda todavía lejana en este cuadro, simbolizada por algunas descargas de artillería y un poco de humo, aparecerá manifiesta en la siguiente escena, dirigida no contra los hombres, sino contra las imágenes.



Figura 28. (Foto: carmelitas de Múnich)

8

Visitando Strakonitz, el venerable padre Domingo encuentra una imagen pintada sobre yeso, y descubre que representa a Jesús, María y José en el pesebre, sucia de manchas y polvo, y la limpia con profundo dolor de corazón.

Lo mismo que en el cuadro del éxtasis de Linz, aquí están representados dos momentos diferentes no propiamente yuxtapuestos, sino ligados por lo que nos dicen las biografías, la certeza (o revelación) de que habían sido manos calvinistas las que habían profanado la imagen. En un primer plano, frente al espectador, los soldados enemigos están mutilando la imagen durante el saqueo de la iglesia. Esta viene representada como un templo del renacimiento italiano, con columnas y pilastras que abren la vista hacia el pasaje por medio de un peristilo. Es en este preciso lugar donde el pintor representa al padre Domingo con la imagen en una mano, y un paño blanco en la otra, dando a entender que acaba de limpiar la imagen profanada. Al mismo tiempo asiste a las violencias iconoclastas, lo que significa que comprende el sentido inmediatamente.



Figura 29. (Foto: carmelitas de Múnich)

El venerable padre Domingo anima con un piadoso sermón al duque y a todo el ejército, afirma que se trata de la causa de Dios, y les promete un glorioso combate y la victoria futura.

El padre Domingo está predicando a los militares. En un segundo plano se ve el ejército en marcha por un vasto paisaje montañoso, mientras que, en el primer plano, en presencia del duque, infantes y caballeros, todavía en reposo, escuchan al religioso anunciarles una victoria segura prometida por Dios. El crucifijo y la imagen de la Virgen profanada se han convertido en los dos atributos del profeta: ambos se encontrarán presentes, junto con el bastón, en el centro de la escena siguiente, la del consejo de guerra.





Figura 30. (Foto: carmelitas de Múnich)

————— 10 —————

Mientras se celebra un consejo de guerra, el venerable padre Domingo, movido por una divina inspiración, exhorta a Maximiliano y a los demás jefes del ejército, a pesar de las múltiples dificultades, a entrar confiados en batalla abierta y les promete un triunfo glorioso.

Más que nunca, el consejo de guerra se reduce a los dos personajes del día, los que han querido que se hiciera la batalla, Domingo y Maximiliano. Mencionado en la leyenda que ilustra el cuadro, la inspiración divina de la noche precedente no se muestra en este retrato de grupo, en el que solo cuenta la coincidencia de pareceres del religioso y del príncipe, pues no se muestran los dos episodios sucesivos, a diferencia de los cuadros sobre Linz o Strakonitz.



Figura 31. (Foto: carmelitas de Múnich)

**El venerable padre Domingo, montado en un generoso caballo, llevando el crucifijo en la mano y la imagen de la Virgen pendiente sobre el pecho, enardeciendo animosamente a los jefes militares y a los soldados, habiendo puesto en fuga a 100.000 enemigos, consigue la milagrosa victoria. 1620.**

Finalmente, la parte del arrojado. Lo sobrenatural ocupa también su puesto, pero en mucha menor medida que en el retablo de Santa María de la Victoria de Praga. El cielo, cerrado por las nubes, no deja ver la presencia de Jesús y de María. No es el éxtasis lo que se representa, sino al padre Domingo montado a caballo al lado del duque. Se trata de mostrar, más propiamente, el milagro con el crucifijo echando llamas que hacen huir de pánico a los enemigos. Pero el prodigio se muestra con sobriedad en comparación con los relatos escritos por los carmelitas. Este es el principal motivo en una pintura de guerra muy convencional y poco exigente con la verdad de los detalles, a pesar de que es posible identificar el castillo de la Estrella, y las siluetas de la catedral y del puente Carlos. Lo que cuenta es dar idea del movimiento, del ruido, del furor. La trompeta está llamando a la carga, y en el primer plano los hombres se matan unos a otros. Mosquetes y pistolas arrojan fuego. Las picas traspasan los vientres. Esta violencia próxima al espectador enfatiza la invulnerabilidad del duque y del carmelita. La derrota parece consumada, los campos se cubren de fugitivos que intentan alcanzar Praga, cuya silueta tranquila bajo los pájaros y las nubes grises sugiere otro tiempo y otro espacio lejos de esta carnicería. No hay que buscar en estos cuadros (a diferencia de los de Nuestra Señora de la Victoria de Roma) exactitud en los números ni en el aspecto de los militares. Su finalidad es otra, mostrar el carácter sobrenatural del desastre que sufrieron los protestantes, presentando a los dos héroes en su papel.



Figura 32. (Foto: carmelitas de Múnich)

12

El venerable padre Dominico se presenta ante la duquesa Isabel, tal como predijera antes de que comenzara la guerra, con Maximiliano volviendo a Múnich no solo sano e incólume, sino como glorioso vencedor.

El ciclo guerrero se cierra, y viene ahora una doble conclusión. La primera es este regreso triunfal a Múnich o el cumplimiento total de una profecía, la que se reproduce en la leyenda al pie del cuadro. En este se ve como la multitud se agolpa en las calles de Múnich próximas a la Residencia para recibir a los héroes victoriosos.



Figura 33. (Foto: carmelitas de Múnich)

El serenísimo elector Maximiliano, vencida la soberbia de los enemigos, y conseguida milagrosamente la victoria, con voto insigne decidió erigir este monasterio e iglesia de los padres carmelitas el día 12 de abril de 1654.

Renunciando al género narrativo, la última imagen es un exvoto: el monasterio prometido. De una manera muy medieval, Maximiliano aparece de rodillas sosteniendo el plano del monasterio que presenta a la Virgen, reproducido de nuevo en el cielo. A la derecha de la iglesia, sobre un globo terrestre, unos ángeles sostienen las armas del carmelito. Con esto termina el ciclo: habiendo conseguido el electorado, el duque ha cumplido su voto.



## EN PRAGA, EL SANTUARIO DE LA MONTAÑA BLANCA

Desde 1622 el arzobispo de Praga, cardenal Harrach, deseaba levantar un santuario en la Montaña Blanca. Se edificó, de momento, una capilla provisional. El 11 de abril de 1623 visitó el lugar el emperador Fernando II. El año siguiente, en el aniversario de la batalla, se subió por primera vez en procesión. Se rezó en checo y en alemán. El pequeño santuario no contaba todavía con una comunidad que lo atendiese. Fue el emperador quien decidiría más tarde que se instalase allí una orden religiosa especialmente ligada al culto mariano, los servitas, que, originarios de Italia, llegaron a Praga en 1626. Fernando II regresó el 25 de abril de 1628 para colocar personalmente la primera piedra de la nueva iglesia que se iba a edificar. Pero el proyecto de convertir aquello en un gran santuario no llegó a cuajar, en buena medida por la falta de interés de parte de los propios carmelitas descalzos. Estos, provenientes de Viena, donde Fernando II ya les había construido un convento, llegaron a Praga en octubre de 1624 y se instalaron en la antigua iglesia luterana de la Trinidad, ahora dedicada a nuestra Señora de la Victoria y a san Antonio de Padua. No acudieron en 1628 a la toma de posesión de la capilla de la Montaña Blanca por los servitas. Lo que contaba para ellos era la imagen y no el lugar de la batalla. A pesar de que, en el presbiterio de su iglesia de Praga, tienen los carmelitas como retablo un gran cuadro conmemorativo de la batalla con fray Domingo portando el cuadro milagroso, su atención se ha dirigido sobre todo a fomentar la devoción al Niño Jesús que presuntamente había pertenecido a santa Teresa, el 'Niño Jesús de Praga'. Esta pequeña imagen con fama de milagrosa les fue donada por la noble Polixena de Lobkovic en 1628,<sup>134</sup> y desde entonces constituye el centro de atención espiritual de esta iglesia.

Otro factor que contribuyó a que no prosperase el proyecto de atraer la devoción al lugar de la batalla lo constituye la marcha de los servitas italianos: tan solo dos años después de tomar posesión, en 1630 abandonaron el pequeño santuario. Les sustituyeron unos hermanos suyos alemanes presidiados por un irlandés. Entretanto, el lugar se había revelado inadecuado: no tenía agua. Las obras del convento quedaron inacabadas, y la primitiva capilla sufrió las consecuencias de la toma de aquel lugar, en 1631, por los sajones que habían entrado para ayudar a los suecos contra el emperador y habían ocupado la ciudad de Praga. El 15 de noviembre de 1631 los sajones entraron en la Montaña Blanca y mataron a dos servitas que no habían escapado a tiempo. Todavía fue devastado el convento con ocasión del paso de las tropas en guerra en 1634, 1639 y, sobre todo, en 1648 con el saqueo de Praga por los suecos.

---

<sup>134</sup> Polixena de Pernestán, casada con el canciller del reino de Bohemia, Sidonio Adalberto de Lobkowitz. Ella había recibido la imagen, como regalo de bodas, de su madre, María Maximiliana Manrique de Lara y Briceño, Dama de la Corte de la Emperatriz María de Austria.



**Figura 34.** Retablo de la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, Praga.

Con todo esto, las peregrinaciones no consiguieron arrancar. La batalla de 1620 era ahora un acontecimiento célebre, pero lejano; los católicos bohemios tenían más presente el dolor causado por la devastación de la capital que la victoria de antaño. En la ciudad de Praga, la memoria de la Montaña Blanca, que había quedado eclipsada por la nueva devoción al Niño Jesús, quedó también superada por la columna mariana que erigió Fernando III entre 1650 y 1652, frente al Ayuntamiento de la ciudad, para dar gracias por la salida de los suecos y el final de la guerra.

En 1720 miles de peregrinos asistieron durante una semana a la Montaña Blanca a celebrar el centenario de la victoria. En 1785 José II suprimió el convento. La iglesia, en cambio, vio un resurgir, y fue embellecida por diversos nobles que hicieron sus donaciones.

Actualmente la iglesia está rodeada de un complejo que permite acoger a los peregrinos, facilitarles el sacramento de la reconciliación e, incluso, albergue para la noche. En la fachada de la iglesia, adornando un frontón sobre el patio interior, un bajorrelieve representa a fray Domingo, personaje principal, en medio de la batalla montado a caballo y blandiendo el crucifijo con su mano derecha, todo ello aureolado por la inscripción «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios», y coronado por la imagen milagrosa: sobre ella, el rótulo «A María de la Victoria». Muy presente está también el carmelita en las pinturas de la decoración interior.

Esta devoción y el recuerdo de la victoria milagrosa dio lugar a un aumento del culto mariano y se desarrolló una iconografía en la que el recuerdo de la batalla poco a poco fue perdiendo protagonismo. Los hechos de 1620 dieron origen a un buen número de iglesias en diversas capitales, empezando por la iglesia de nuestra Señora de la Victoria de Praga y de Roma. Y en Madrid, en una de las pechinas de los cuatro arcos torales que sostienen la cúpula de la iglesia del Carmen descalzo, hoy parroquia de San José, está pintado también el venerable Ruzola a caballo, como en la batalla de Praga.

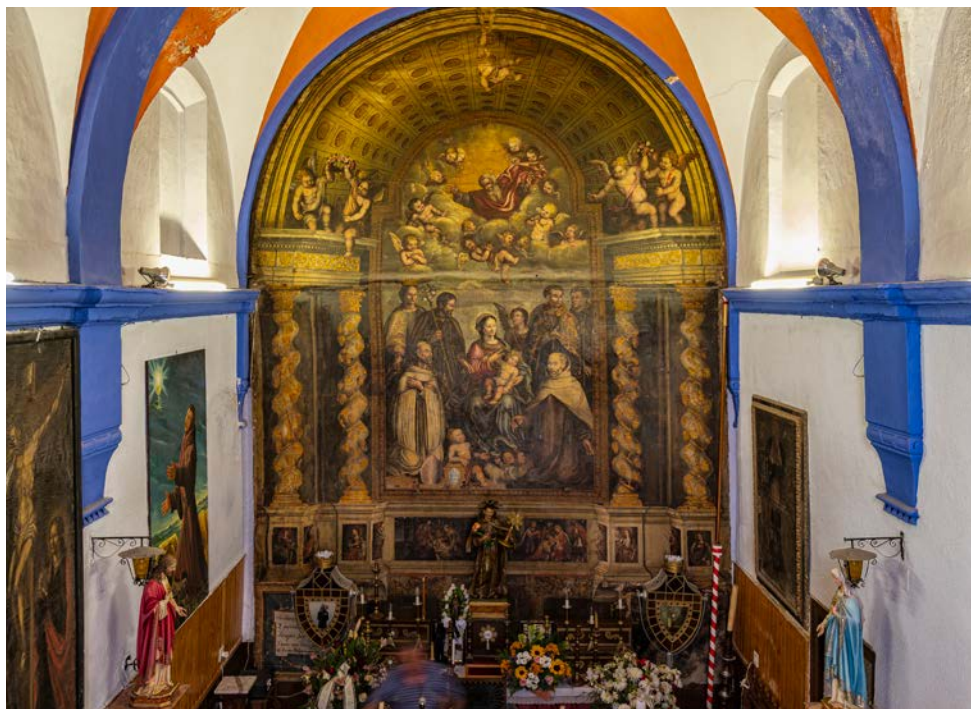
### **MEMORIA DEL VENERABLE RUZOLA EN LA CIUDAD DE GALATAYUD**

Sobre el solar de la casa natal del venerable Domingo de Jesús María fue construido en 1670 por el ayuntamiento un oratorio dedicado a nuestra Señora del Buen Parto. Cuando murió el venerable Ruzola en 1630, era, para la corporación bilbilitana, un perfecto desconocido. Domingo había marchado de la ciudad cuando contaba apenas doce años, y había estado ocasionalmente durante unos meses de 1600 como un humilde carmelita descalzo que está de paso. Cuando el concejo recibió con sorpresa una carta nada menos que del emperador Fernando II de Austria comunicándole que había fallecido en su palacio este insigne carmelita bilbilitano y haciendo resumen de su vida y obras, además de ofrecerle unas exequias rumbosas, pasado un tiempo, y habiendo podido leer, si no el extenso volumen de Caramuel



**Figura 35.** El venerable Ruzola en la Galería de Bilbilitanos Ilustres. Sala de plenos de la Casa Consistorial de Calatayud. (Foto: Asociación Torre Albarrana)





**Figura 36.** Interior del oratorio de Nuestra Señora del Buen Parto.  
(Foto: Asociación Torre Albarrana)

—entre otras cosas, por estar escrito en latín—, sí el que redactó el obispo Antonio Agustín, y sabiendo, además, que se estaba recabando información para incoarle proceso de beatificación, debieron pensar en hacerse con la propiedad de su casa natal y prepararle un templo para cuando fuera glorificado por la Iglesia. Entretanto, pusieron como motivo del retablo central a la Virgen María mientras daba a gustar el néctar de su pecho al carmelita descalzo según el relato publicado de una de sus visiones,<sup>135</sup> y eligieron como advocación para la iglesia la de Nuestra Señora del Buen Parto.<sup>136</sup>

Pronto pasó la propiedad de la nueva iglesia a manos particulares. El ciudadano don Juan de Vera y Sesé cedió terreno para su ampliación, y a fines de ese siglo XVII, su descendiente Mariano Lobera, caballero de la Orden de Malta, la restauró, y consiguió licencia para construir una tribuna a la que se accedía directamente desde su domicilio. En 1824, Jacinto Herlue-ta remozó la fábrica (véase Borrás Gualís:152).

<sup>135</sup> Véase más abajo la descripción del cuadro y del lance espiritual que lo originó.

<sup>136</sup> Algo semejante había pasado en la catedral de Osmá, donde Carlos III hizo edificar una suntuosa capilla para el obispo, hoy beato, Juan de Palafox a espera de su canonización, y dedicada, entretanto, a la Inmaculada Concepción.

La iglesia es de nave única, y consta de tres tramos cubiertos con bóveda de lunetos. El retablo mayor es un gran lienzo pintado al óleo a finales del XVII, atribuido a Jerónimo Secano, autor del retablo mayor del convento de Capuchinas de Calatayud, muy similar. El cuadro representa a la Virgen con un chorrito de leche brotando de sus pechos hasta la boca del siervo de Dios. La Señora lleva el Niño en sus brazos y tiene al lado a san José y otros santos. Bajo Ella, a un lado san Bernardo, y al otro el venerable Ruzola que recibe el regalo de la Virgen. Y sobre la escena, el Padre Celestial bendiciendo. Esta misma escena fue representada por Zurbarán (1598-1664), quien, por fechas, solo podía haber conocido el suceso a partir de la biografía escrita por Juan Caramuel (1655) o, más bien, por tradición oral y encargo de alguna persona que le relatase el hecho prodigioso. Esta representación se había encontrado poco antes de la celebración del tercer centenario del pintor (1964), primero interpretado y titulado como *Milagro de san Bernardo o la Virgen de la Buena leche*, ignorando la identidad del otro personaje, con una disposición idéntica a la del cuadro de Calatayud (véase Mariano Sánchez de Palacios, «Un desconocido cuadro de Zurbarán», *ABC*, 5-VII-1964, p. 38). Más tarde se interpretó correctamente la presencia y el protagonismo de Ruzola, perfectamente identificable por su hábito de descalzo, junto a san Bernardo y demás santos en presencia de la Virgen (Juan Bosco de Jesús, «Precisiones sobre un cuadro desconocido de Zurbarán», con reproducción fotográfica del cuadro, en *ABC* 7-I-1965, pp. 36-37). Según este último autor, representaciones semejantes de este episodio de la vida de Ruzola se pueden ver en diversos carmelos de Austria y Baviera (ver *ibidem*, p. 36).

En la nave, cuelga un lienzo de gran tamaño que representa dos escenas de visiones milagrosas: en una, el Crucificado habla con Domingo Ruzola niño; en la otra, la Virgen del Carmen (en hábito de carmelita) entrega el Niño Jesús al pequeño Ruzola, que lo recibe en sus manos. Había habido otro que representaba a fray Domingo al frente de las tropas imperiales en la batalla de Praga durante la rebelión de Bohemia (Borrás Gualís:152).

En los últimos años, el oratorio fue cedido a la Hermandad de San Pascual Bailón (patrón de los sogueros bilbilitanos), que celebra en ella sus cultos y fiestas.

Sus biógrafos coinciden en narrar —como se ha mencionado más arriba— que, mientras estaba en el convento del Carmen al amparo del tío prior, daba grandes muestras de piedad; y de noche, frecuentemente, se iba a una capilla donde había una imagen de la Virgen y una talla del Crucificado con los que hablaba. La Virgen algunas veces le dejaba el Niño en sus manos. Según las *Glorias de Calatayud*, durante muchos años después, este Niño era llevado a los enfermos, que obtenían por su medio gracias corporales o espirituales (véase Cos y Eyalar:II, 90). Esos coloquios del pequeño Domingo con Jesús y con María, que vienen relatados en diversas historias, los representa al vivo el lienzo de la capilla de la plaza del Olivo. El convento del Carmen



**Figura 37.** Retablo del oratorio de la casa natal de Ruzola.  
(Foto: Asociación Torre Albarrana)

se derribó en 1835, y sus joyas más preciadas fueron repartidas. Consta a dónde fue a parar el sagrario, y una custodia...; y, sobre todo, el Cristo milagroso, que fue entregado al convento de monjas capuchinas, donde lo veneran hasta el día de hoy los bilbilitanos (véase Borrás Gualís:198). Pero, de la Virgen que otorgaba al pequeño Domingo parecidos favores que el Cristo, no hay noticia de dónde fue a parar. Según una tradición de la que se hacían eco los *Anales de las carmelitas descalzas* en 1951 (véase Sebastián en prensa), esa imagen es la que ahora se venera en la colegiata-basílica del Santo Sepulcro. Otros muchos bilbilitanos recuerdan haber oído a sus mayores que la Virgen del Carmen pasó al Santo Sepulcro desde el palacio de los marqueses de Villa Antonia.

Ambas tradiciones son conciliables. El llamado palacio de Villa Antonia se yergue enfrente del solar que ocupaba el convento del Carmen: les separa tan solo una estrecha calle. Quizás, los frailes pasaron la imagen del convento al palacio buscando para ella un lugar más seguro que la colegiata que había sido recientemente saqueada por los franceses y de la que se temía su próxima desamortización. Los marqueses la cederían en tiempos más propicios al Santo Sepulcro, adonde seguramente estaba destinada en un principio. De hecho, en aquella casa señorial la imagen no encajaba: demasiado grande para el oratorio privado, se colocaría en algún lugar digno, pero inapropiado para su tamaño. Tampoco en la colegiata, cuando pasó a este templo, había lugar, de momento, para ella. O, por mejor decir, le habían ocupado el sitio. Se la instaló en una capilla que entonces estaba dedicada a la Virgen de Guadalupe. La hornacina del retablo estaba ocupada por un lienzo de la Guadalupana, pero el retablo —que es del XVII— y la hornacina eran a la medida de la imagen de la del Carmen y ostentaba —y ostenta— en todo lo alto — proclamando su procedencia—, el escudo del Carmen Calzado. El lienzo queda ahora prácticamente tapado por la talla de nuestra Señora del Carmen, que es una estatua de vestir. La representación de la Guadalupana había sido donada por el canónigo doctor Tomás Cuber, que había marchado a México el año 1775 como inquisidor. Y hasta es posible que la Guadalupana se sintiera como de paso esperando a la futura y definitiva titular.

La imagen de la Virgen Carmen se saca todos los años a la nave central durante su novena (entonces se puede apreciar con toda comodidad, en la capilla, el antiguo lienzo traído de México). Y el día de su fiesta se lleva por las calles en procesión. Los descendientes de la IV marquesa de Villa Antonia recuerdan que en su casa se guardaba el ajuar de la Virgen, y que acudían de la colegiata a buscarlo cada vez que era fiesta grande o la sacaban en procesión. También es memoria popular que hasta los años 70 del pasado siglo, la Virgen, cuando procesionaba, hacía estación en el palacio, y entraba en el patio, como antigua huésped de la casa. La proximidad de esta casa y la colegiata no era solamente física. El palacio, hoy abandonado, había sido levantado, y habitado durante siglos, por el viejo linaje de los Muñoz-Serrano





**Figura 38.** La Virgen del Carmen en su retablo de la basílica del Santo Sepulcro. (Foto: Asociación Torre Albarrana)



**Figura 39.** Visto de cerca, la Virgen del Carmen con el Niño.  
(Foto: Asociación Torre Albarrana)





**Figura 40.** Lienzo de la Virgen de Guadalupe, a la vista cuando se retira la del Carmen para su novena o salir en procesión. (Foto: Asociación Torre Albarrana)



**Figura 41.** Cristo de Ruzola, iglesia de Capuchinas.  
(Foto: Asociación Torre Albarrana)

—apellido materno de la última propietaria que vivió en él, doña Antonia de Velasco—, que tenían su enterramiento a los pies del presbiterio del Santo Sepulcro de Calatayud. Desaparecido el archivo del palacio de Villa Antonia, y no hallándose noticia en el de la basílica del Santo Sepulcro, confío en que un examen pericial de la imagen o la aparición de algún documento escrito —quizás en el obispado de Tarazona— permita certificar la identidad de esta como *la Virgen de Ruzola*.

Pero la memoria del venerable permanece viva en Calatayud, sobre todo, por la devoción muy popular y constante del denominado, sin ninguna duda, *Cristo de Ruzola*, que pasó directamente del convento del Carmen al de las Capuchinas.

Tiene una calle dedicada, que arranca de su casa natal, y todo el mundo, en su ciudad, sabe dónde está la casa y *Oratorio de Ruzola*. Sobre la puerta que da entrada al oratorio —dedicado, cierto, a nuestra Señora del Buen Parto—

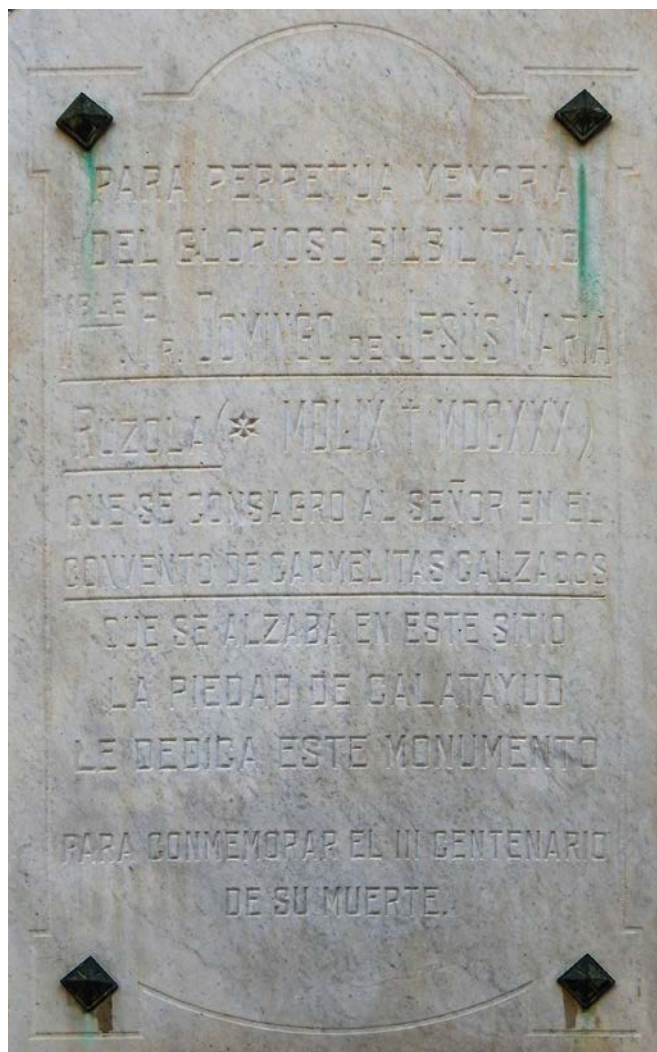


**Figura 42.** Calle de Ruzola en Calatayud. (Foto: Asociación Torre Albarrana)

en la plaza del Olivo, está fijada una placa de piedra que dice: «Este santo oratorio señala el lugar de la casa en que naciera el xvi de mayo de MDLIX el venerable fray Domingo de Jesús María Ruzola». En su interior, la imagen del carmelita descalzo tiene papel fundamental a los pies de la Virgen en el retablo central. Y en los grandes lienzos del muro, el pequeño Domingo recibe los favores ora de Cristo crucificado, ora de su Madre, en el antiguo Carmen calzado.

Se conservan en la ciudad dos retratos de fray Domingo con su hábito de carmelita descalzo. Uno de cuerpo entero, descrito más arriba, probable-





**Figura 43.** Placa que recuerda el lugar en que se alzaba el antiguo convento del Carmen. (Foto: Asociación Torre Albarrana)

mente enviado por el emperador con la carta en que notificaba su muerte y pedía información para el proceso de beatificación. Procedente del Oratorio de Ruzola, se exhibe actualmente en el Museo de la colegiata de Santa María. El otro, de medio cuerpo, se encuentra en la sacristía de San Juan el Real, y hubo de formar parte del conjunto de alhajas que se trajeron a esta iglesia cuando se derribó la de San Juan de Vallupié y se trasladó a ella su parroquia.

Del paso de Ruzola por el Carmen calzado, se hace memoria en el edificio que ocupa el solar sobre el que se levantaba el convento. Una placa indica: «Para perpetua memoria del glorioso bilbilitano, venerable fray Domingo



**Figura 44.** Retrato con leyenda de Miguel Ruzola. Nuestra Señora de la Peña (Foto: Asociación Torre Albarrana)

de Jesús María Ruzola (1559-1630) que se consagró al Señor en el convento de carmelitas calzados que se alzaba en este sitio, la piedad de Calatayud le dedica este monumento para conmemorar el III Centenario de su muerte».

Proveniente de aquel convento, sobrevive, muy deteriorado, un retrato en cuerpo entero del padre fray Miguel Ruzola, hermano mayor de Domingo, con su hábito de carmelita calzado. Se puede contemplar en la sacristía del santuario de nuestra Señora de la Peña. Una parte no desdeñable del lienzo la ocupa esta leyenda al mismo tiempo documental, y pletórica de bizarro orgullo local:

El venerable maestro fray Miguel Ruzola, bilbilitano, hermano del venerable padre fray Domingo Ruzola, ambos hijos de este convento de Calatayud; a cuyas expensas sustentole para estudiar en la Universidad de Salamanca. Fue el segundo graduado en Teología en la Universidad de Zaragoza, y llegó a ser su decano. Fue insigne predicador, que ocupó los púlpitos más graves de estos reinos. Fue prior de Calatayud, Pamplona y Zaragoza, y murió en este su convento de Calatayud de edad de más de 70 años en opinión de mucha virtud y santidad. La siempre augusta, leal y noble ciudad de Calatayud, y la segunda del nobilísimo reino de Aragón, antepuesta por los reyes, es madre fecunda de santos y sabios, pues cuenta 18 de señalada virtud y milagros; 10 sabios e ilustres poetas, y entre ellos Marcial, cuyos versos hoy son la admiración del orbe; cardenales, obispos, arzobispos e inquisidores, secretarios de reyes, capitanes generales, virreyes y embajadores.

Al acabar de escribir esta *vida* del padre Ruzola, también yo, bilbilitano, me sumo al orgullo patrio de quien redactó las líneas precedentes y otras similares del primer divulgador de sus hazañas en lengua castellana, el año 1669, el obispo Antonio Agustín, quien, para justificar el tiempo que había dedicado a ese trabajo, argumentaba, entre otras razones, además de «darlo a conocer a España en su misma lengua», la de «ofrecer a la insigne ciudad de Calatayud, patria de este gran siervo de Dios, alguna demostración de mi afecto: grande por su asunto, aunque siempre desigual a la obligación que le tenemos todos los aragoneses, por lo que ha ilustrado e ilustra este reino con tantos hijos esclarecidos, como en todo género de estados y profesiones ha dado y da siempre al mundo» (Agustín:c2v).<sup>137</sup>

---

<sup>137</sup> «¿Por qué elegí este, habiendo otros muchos asuntos de este género que podían aprovechar para el mismo fin? Respondo que por lograr con él, a más del principal del aprovechamiento, otros muchos fines: 1. Hacer, como fiel criado y leal vasallo, este pequeño pero gratísimo obsequio a la piedad católica y augusta del Rey Nuestro Señor y de la Reina Nuestra Señora, del Señor Emperador y de toda la Casa Austriaca, que tan devota y honradora se ha mostrado siempre de todas las personas virtuosas y santas, pero con singularidad, del venerable padre fray Domingo de Jesús María. 2. Darlo a conocer a España en su misma lengua. 3. Emplearme de noche, como de día, en servicio de este Reino de Aragón (ya que he faltado al de mi iglesia) por haberme tocado el oficio de Diputado suyo. 4. Ofrecer a la insigne ciudad de Calatayud, patria de este gran siervo de Dios, alguna demostración de mi afecto: grande por su asunto, aunque siempre desigual a la obligación que le tenemos todos los aragoneses por lo que ha ilustrado e ilustra este reino con tantos hijos esclarecidos, como en todo género de estados y profesiones ha dado y da siempre al mundo. 5. Y finalmente, corresponder, o pagar parte de lo que debo y estimo a mi gran Patrona, nuestra gloriosa virgen y madre santa Teresa de Jesús, y a su observantísima religión» (Agustín:-c2v).



## EPÍLOGO

### ESPERANDO LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

#### **ENTERRADO EN LOS CARMELITAS DE VIENA**

El cuerpo del venerable Ruzola fue enterrado con toda solemnidad, como se ha dicho, en la iglesia vieja de los padres carmelitas de Viena, por voluntad y con el acompañamiento del emperador. Aquel antiguo templo y convento fue abandonado a comienzos del siglo XX, y los padres descalzos se trasladaron a uno de nueva construcción en el barrio de Döbling. Los restos venerados del fundador de aquella comunidad fueron depositados muy dignamente en una capilla (lateral derecha) de la nueva iglesia.

Una sencilla lápida de granito lo cubre y ramos de flores y lámparas votivas atestiguan el respeto, el amor y la esperanza de los fieles que le confían sus preocupaciones y piden su glorificación.

Sobre la lápida, una inscripción latina dice, traducida, así:

AQUÍ YACE EL CUERPO DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS DOMINGO DE JESÚS MARÍA, DE LA ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS, DIFUNTO EL DÍA 16 DE FEBRERO DE 1630, TRASLADADO DE LA ANTIGUA IGLESIA DE LOS PADRES CARMELITAS DESCALZOS DE VIENA II TABORSTRASSE A ESTA IGLESIA EL DÍA 7 DE ABRIL DE 1903.

En la cabecera de la tumba, sobre un atril, una cartela con su retrato informa a los fieles y curiosos:

Aquí descansan los restos mortales del venerable siervo de Dios.

Domingo de Jesús María.

Nacido el 16 de mayo de 1559 en Calatayud, en España, ingresó en la Orden del Carmen con 12 años, y se unió más tarde a la reforma de santa Teresa de Jesús. Por sus virtudes destacables llegó a tener un digno prestigio dentro de la orden, y fue elegido general. A causa de los muchos prodigios y milagros con que Dios glorificó a su siervo, fue llamado por muchos “el taumaturgo”. Al principio de la guerra de los Treinta Años, el emperador Fernando II solicitó que el siervo de Dios fuera su consejero, y así —por orden del papa Paulo V— llegó a Viena pasando por Múnich. La Austria católica le agra-

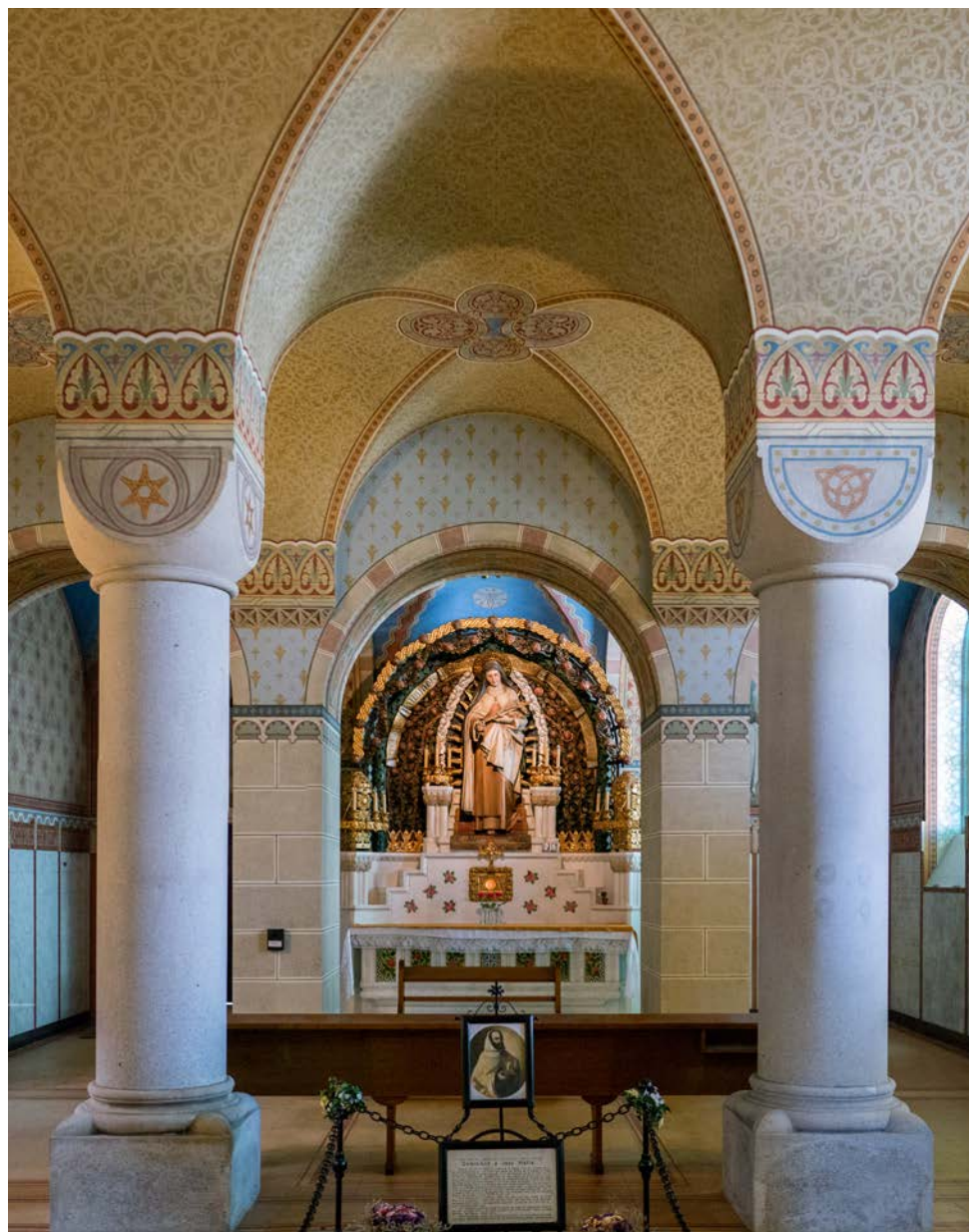


Figura 45. Capilla con la tumba del venerable Ruzola en Viena.



**Figura 46.** Tumba del venerable Ruzola en los Carmelitas de Viena. (Foto: Fidel Sebastián Mediavilla)



dece la victoria en Praga (en la Montaña Blanca) en 1620 contra los herejes de aquel tiempo gracias a su participación entusiasta movido por la confianza en María, y gracias a su oración. Al llegar a Roma se había encontrado en un lugar abandonado la imagen de “María con la cabeza inclinada”, que ahora se venera en esta iglesia.

En 1629 volvió de nuevo el venerable padre Domingo a Viena. Murió el 16 de febrero de 1630 en el palacio imperial de la corte. Su cuerpo fue enterrado con todos los honores en la entonces iglesia de los carmelitas de San José, en Leopoldstradt, y de allí fue trasladado el 7 de abril de 1903 a esta iglesia de la orden.

Su proceso de beatificación ha sido retomado recientemente; se desarrolla de modo favorable y —si Dios quiere— conducirá a la beatificación del siervo de Dios en los próximos años.

Se ruega que se den a conocer a los responsables del convento los favores recibidos del siervo de Dios, para la gloria de Dios y de su siervo, y para acelerar el proceso de beatificación.

### **LA VIRGEN DE LA CABEZA INCLINADA LE ACOMPAÑA EN SU ÚLTIMA MORADA**

La «Virgen con la cabeza inclinada» tiene una larga historia. Entre las muchas imágenes de nuestra Señora que fray Domingo encontró abandonadas y estropeadas por la desidia de los católicos o desprecio de los herejes y había devuelto al culto, dejando aparte la que dio la victoria al ejército católico en la Montaña Blanca, destaca una por su relación con la Casa de Austria, y que hoy día sigue recibiendo culto en la ciudad de Viena, capital que fue del imperio. Se trata de una pintura al óleo de 45 × 60 cm, de autor desconocido de la escuela italiana perteneciente al siglo XV o XVI, y muestra el busto de la Virgen con la cabeza ligeramente inclinada.

Según la tradición (que recoge tempranamente Caramuel:541-543), la imagen milagrosa fue descubierta en 1609 en un antiguo edificio bajo los escombros por el padre Domingo, prior, por entonces, del primer monasterio carmelita en Roma, Santa María della Scala, en el Trastevere. Habían comprado aquellas casas para ampliar el espacio destinado a los religiosos, que vivían con estrechez; y el prior había ido a inspeccionarlas, cuando encontró en el suelo el lienzo que dejaba adivinar el rostro de la Señora. Lo llevó a su propia celda, lo extendió sobre la mesa y lo limpió de sus impurezas pasándole por encima su pañuelo. La Virgen hizo además de agradecerlo inclinando la cabeza, y en esta posición quedó desde entonces la que antes aparecía erguida.

El padre Domingo escuchó a María pronunciar palabras de agradecimiento por esta atención y preguntarle qué recompensa esperaba. El padre Domingo, consternado, se preguntó si se trataría de una ilusión. Pero María lo consoló, asegurándole que era ella; que no debía temer, y que escucharía





**Figura 48.** Nuestra Señora de la Cabeza Inclinada.  
Iglesia de los carmelitas de Viena. (Foto: Carmelitas de Viena)

sus oraciones como recompensa por su amor hacia su hijo y hacia ella. Y le exhortó a pedirle algo. Después de estas palabras de la Santísima Virgen, Domingo humildemente le dio las gracias y le pidió la liberación del purgatorio del alma de uno que había muerto poco tiempo atrás. Caramuel menciona al duque Guillermo de Baviera. La Señora se lo concedió a cambio de que dijera una misa por él. El propio Domingo vio, después de celebrada esa misa, cómo la Virgen conducía el alma del duque ya justificada, y este, con la anuencia de la Señora, daba las gracias a Domingo (Caramuel:542). Estupefacto, Domingo se postró en tierra y no sabía que hacer o decir. La Virgen, entonces, le dijo: «A todos los que me veneren con devoción en esta imagen y se refugien en mí, les concederé sus peticiones y les otorgaré muchas gracias; pero especialmente quiero escuchar peticiones por el descanso y la liberación de las almas del purgatorio».

Domingo no quiso retener la imagen para sí y mantenerla en su celda; y, con permiso de sus superiores, la hizo instalar en la iglesia de su monasterio de Santa María della Scala.

Después de la muerte del padre Domingo, el duque Maximiliano de Baviera, al conocer la historia de esta imagen milagrosa, pidió a los superiores de Roma que le permitieran verla y venerarla por un tiempo. Sintiendo muy deudores de tan gran benefactor de la Orden, enviaron al hermano Anastasio de San Francisco, el fiel compañero de Domingo durante quince años, portando la imagen milagrosa a través de los Alpes. Era el año 1631. Al llegar a la ciudad de Múnich, el elector, el obispo, los carmelitas y el pueblo dieron a la imagen milagrosa una recepción solemne, y la colocaron en la iglesia carmelita para la pública veneración.

Habiendo decidido los superiores generales que el cuadro fuese venerado también por el emperador, ese mismo año, 1631, fue llevado en barco de Múnich a Viena surcando el Danubio. El emperador Fernando II había manifestado desde muy temprana edad una profunda veneración por la Madre de Dios. En conocimiento de esto y porque esta imagen de María procedía del padre Domingo, a quien mucho había querido el emperador, los superiores decidieron entregarla a los emperadores como muestra de agradecimiento por la protección y el apoyo que habían prestado siempre a la Orden Carmelita, incluida la fundación de los monasterios de Viena, Praga y Graz.

El emperador se sintió muy complacido. La imagen fue recibida en presencia de las dos majestades imperiales y de toda la corte y fue llevada en procesión solemne a la residencia imperial en el Hofburg, y colocada en el oratorio privado en la capilla de la corte sobre un altar. Tanto el emperador como la emperatriz acudían a esta imagen en todas sus preocupaciones; siempre la llevaban consigo en sus viajes. Recibieron de ella protección especial en diversas ocasiones.

Cuando el emperador Fernando II murió, el 15 de febrero de 1637, la emperatriz viuda Eleonora se retiró al monasterio de las Carmelitas Descalzas en Viena, que ella había fundado, para pasar allí el resto de su vida. Llevó la imagen milagrosa consigo y la colocó en el altar mayor de la iglesia carmelita. Además, hizo construir un valioso altar de mármol en la iglesia de los padres en Leopoldstadt, hizo un magnífico frontal y una casulla con sus propias manos y decretó en su testamento que la imagen milagrosa sería colocada en la iglesia de los padres para ser venerada después de que ella muriese.

El 27 de junio de 1655 murió la emperatriz viuda. Fue enterrada con el hábito de las monjas carmelitas en la cripta del monasterio. Enseguida, el 10 de julio, la imagen milagrosa fue trasladada a la iglesia de Leopoldstadt. Durante el asedio turco de 1683, fue destruido el altar que ella había erigido y muchas ofrendas votivas, pero la imagen milagrosa fue puesta a salvo.





Figura 49. Capilla de la Virgen con la cabeza inclinada.



El príncipe Maximiliano de Liechtenstein erigió un hermoso altar barroco nuevo para la iglesia carmelita en 1702.

En 1901, la imagen milagrosa fue trasladada a la nueva iglesia de Döbling. Desde entonces, ocupando el centro de un hermoso retablo de una capilla, al lado izquierdo del presbiterio y enfrente de la que aloja la tumba de Ruzola, hace compañía a los restos de su devoto Domingo de Jesús María, que espera muy cerca de la imagen venerada la resurrección de la carne.

Actualmente, todos los segundos domingos de mes a las 15:45 se celebra en su capilla una romería en honor a la Santísima Virgen. Comienza a las 3 p. m. con un canto de entrada y la oración a «María con la cabeza inclinada» frente a su imagen que ocupa el centro en el retablo de la capilla. Después hay una exposición eucarística en el altar *coram populo* y se reza el rosario. Durante este tiempo, un sacerdote está disponible en la parte trasera de la iglesia para confesar. Después de la santa misa, se reza ante la tumba (capilla lateral derecha) del padre Domingo de Jesús María pidiendo por su beatificación, y se finaliza con un canto mariano.

LAUS DEO, VIRGINIQUE MATRI!  
 Barcinonae, die xxv m. Novembris,  
 A.D. MMXXIII, septuagesimo quinto aetatis suae



## CRONOLOGÍA DE DOMINGO RUZOLA

- 1559** 16 de mayo. Nace en Calatayud.  
19 de mayo. Es bautizado en la parroquia de San Juan de Vallupié.
- 1561** Su hermano mayor, Miguel, ingresa en el convento del Carmen de Calatayud.
- 1569** 26 de febrero. Muere su padre, Miguel Ruzola.
- 1570** (Entre 1567 y 1571). Domingo ingresa en el convento del Carmen de Calatayud.
- 1572** 24 de mayo. Toma el hábito del Carmen en Zaragoza.
- 1578** 8 de diciembre. Hace la profesión religiosa en el Carmen de Zaragoza.
- 1580** Le encargan el cuidado de los enfermos. Comienza a cundir su fama de santidad. Desea llevar vida más retirada. A petición suya, le envían a Valencia.
- 1581** Llega a Valencia. Se ocupa, en el convento, como ayudante del sacristán mayor. Entra en contacto y amistad con el beato Nicolás Factor.
- 1583** 23 de diciembre. Asiste a la muerte de Nicolás Factor, que le profetizó una vida de padecimientos, frutos apostólicos y milagros en bien de las almas.
- 1584** Después de haber recibido las órdenes menores y el diaconado, recibe el presbiterado en Tortosa de manos del obispo dominico Juan Izquierdo.
- 1585** Noviembre. El rey Felipe II, acompañado del heredero y de la infanta Isabel Clara Eugenia acude a la iglesia del Carmen de Valencia para conocer a fray Domingo, y entran en conocimiento mutuo.

**1588** A instancias de la virreina, cuyo hijo había de embarcar, se pronuncia sobre el desastre que le espera a la Armada Invencible. Esto le concita la enemistad general.

**1589** Queriendo llevar una vida más retirada, entra como novicio en el convento de San Felipe de los carmelitas descalzos, en Valencia, a los treinta años de edad. Sigue el plan de vida de un novicio cualquiera. Enseguida lo trasladan a Pastrana para huir de la publicidad de Valencia, donde era muy conocido y tenido por santo.

**1590** *6 de febrero.* El Santo Oficio le declara inocente de las acusaciones de falsedad en sus éxtasis y profecías que se habían presentado contra él. *22 de noviembre.* Transcurrido el año de noviciado, hizo su profesión solemne como descalzo, a la edad de 31 años, repitiendo los tres votos que ya había hecho en la observancia.

Inmediatamente, es enviado a Madrid, convento de San Hermenegildo, y le confían el encargo de ayudante del maestro de novicios. Luego, al convento campestre de Cogolludo.

### 1591-1593

Estudiando en el colegio de San Cirilo, de Alcalá.

**1593** Destinado a Barcelona.

*15 de agosto.* Por esos días vive una especie de desposorio espiritual. Lance en que la Virgen le da a probar el néctar de su pecho.

En compañía de su provincial, visita Montserrat.

**1594** *3 de enero.* Acompaña en sus últimos momentos a la fundadora del convento de monjas carmelitas descalzas de Barcelona, Catalina de Cristo.

A comienzos de septiembre salió hacia Madrid. Paró en Zaragoza y ayudó por medio de sus amistades en las gestiones para fundar el primer convento de aquella ciudad.

A finales de año marchó para Valencia destinado como subprior del convento de San Felipe.

**1597** Hace un viaje a Madrid y Toledo. Hace propaganda de Catalina de Cristo.

**1598** En el capítulo de Pastrana es elegido prior del convento de Toledo.

Saliendo de Valencia, para en Zaragoza. Junto al Pilar, se le aparece la Virgen y le certifica la venida de Santiago Apóstol a España.

Pone de acuerdo los cabildos del Pilar y de la Seo sobre cuestiones de preeminencias.

A ruegos del obispo fray Diego de Yepes, visita Tarazona para conferenciar con él.

Pasa por Madrid y se entera de la muerte de Felipe II acaecida el 13 de septiembre.

Llega finalmente a Toledo y emprende obras de ampliación del convento.

- 1599** *Viernes Santo, 9 de abril.* Felipe III y la reina Margarita visitan el convento de Toledo, y pasan el día con fray Domingo.

*Noviembre.* Se traslada a Madrid, donde ha sido nombrado vicario del convento de la corte.

Emprende obras para un nuevo convento. Los reyes visitan las obras y comen con él.

- 1600** El nuevo prior de Madrid decide apartar a fray Domingo del ruido de sus admiradores, y le envía a Calatayud con idea de que se retire después al desierto de las Batuecas.

En la Pascua de Navidad llega a Calatayud.

Visita la villa de Ateca, y hace profecías y milagros.

Visita Daroca. Hace profecías y milagros. Estando en la capilla de los Corporales, recibe la merced de conocer, en éxtasis, todo el milagro eucarístico que allí se venera.

Pasó también por Sabiñán, Miedes, Belmonte, Burbáguena y otros pueblos del partido de Calatayud.

- 1601** En el desierto de Bolarque, en el término de Pastrana, donde estuvo por espacio de 14 meses.

- 1603** *31 de octubre.* Destinado a Italia, pasa a Valladolid, donde estaba la corte; se ve con el nuncio y se despide de los reyes.

- 1604** A mediados de marzo regresa a Barcelona.

A finales de junio se embarca en una nave genovesa.

En el mes de julio es recibido, con sus compañeros, en el convento de Santa Ana de Génova. La fama le acompañaba. Le fue a ver una multitud de todas las clases sociales. Entra en contacto y comienza su amistad con la familia Doria.

*Mes de julio.* Con permiso de sus superiores acompaña a Andrea II Doria a su feudo de Loano.

*26 de octubre.* Reclamado con urgencia, llega a Roma. Se aloja en el primer convento carmelita de la Urbe, Santa María della Sacala.

**1605** En el I Capítulo general de la Congregación Italiana de Carmelitas Descalzos (constituida en 1600), fue elegido maestro de novicios y subprior de la Scala.

En el mes de octubre es recibido por el papa Paulo V, que se había manifestado deseoso de conocerle por las noticias que tenía de él.

**1608** En el II Capítulo es elegido definidor general, y prior del convento de la Scala.

**1609** En Loano, el 22 de marzo oficia la fundación y bendición del convento e iglesia, que, juntamente con un palacio para albergar a su familia, ha hecho construir Andea II Doria.

Con esta ocasión, conoce a Aníbal Angelini, sacerdote secular al servicio de la familia Doria, que andaba pensando en hacerse religioso, y le convence de hacerse carmelita descalzo.

7 de junio. Impone el hábito en el convento de la Scala a Angelini, que pasará a llamarse Pedro de la Madre de Dios.

A mediados de octubre, reclamado por el nuevo virrey, marqués de Villena, hasta entonces embajador en Roma, parte para Sicilia acompañado de fray Arsenio de San Francisco. Permaneció por espacio de seis meses. El marqués de Villena hace comenzar las obras para fundar un monasterio de carmelitas en la capital de la isla.

**1610** En la segunda mitad de mayo llega a Roma y va a besar el pie al papa. El pontífice le agradece el convento que deja fundado en Palermo y le exhorta a extenderlos por toda Europa.

**1611** III Capítulo general. Domingo sale elegido prior de Nápoles. El papa no quiere perder su cercanía, y se cambian los destinos los priores de Nápoles y Roma.

**1614** IV Capítulo general. Es nombrado de nuevo definidor general, y procurador de toda la orden. Es beatificada santa Teresa de Jesús: fray Domingo había tenido un papel importante como procurador de la causa.

**1617** 13 de mayo. En el V Capítulo general es elegido prepósito general.

**1618** 14 de mayo. Sale de Roma para visitar las provincias septentrionales de la Orden.

23 de mayo. Defenestración de Praga, origen de la Guerra de los Treinta Años.

20 de junio. Domingo desembarca en Génova.

27 de julio. Hace la visita canónica del monasterio de Loano.

29 de julio. De nuevo en Génova, asiste a la muerte de Juan Andrea Doria. Hace la visita canónica de los monasterios de monjas y de frailes, y deja dispuesto que se haga uno nuevo de descalzas, que se fundaría el año siguiente con la advocación de Santa Teresa.

28 de septiembre. Emprende el regreso a Roma. De camino, hace la visita a la provincia de Lombardía.

15 de octubre. Celebra la fiesta de la beata Teresa de Jesús en Milán.

25 de diciembre. Celebra la Navidad en la pequeña iglesia del convento de Bolonia. Estando allí recibe la visita de los duques de Mantua y una invitación del duque Maximiliano de Baviera para que visite Múnich.

**1619** 17 de enero. En Faenza, declara concluida la visita a la provincia.

Llega a Roma por Pascua de Resurrección.

Impedido por la enfermedad, delega en cuatro religiosos continuar la visita a las provincias, y se reserva la de Roma y alrededores. En San Silvestre hace exhumar el cuerpo incorrupto de fray Juan de Jesús María.

28 de agosto. Fernando II de Habsburgo ciñe la corona imperial.

Octubre. El duque Maximiliano de Baviera asume el mando de la Liga católica.

**1620** 8 de mayo. En el VI Capítulo general concluye su mandato y es elegido primer definidor general.

10 de junio. Recibe del definitorio general la autorización para aceptar dos nuevos conventos, uno en Baviera y otro en Viena.

17 de junio. Domingo se pone en marcha para Alemania llevando como confesor y secretario a Pedro de la Madre de Dios (Angelini), y al hermano Anastasio de San Francisco.

26 de julio. Llega a Schärding, donde se había retirado Maximiliano con su esposa antes de comenzar la campaña militar.

31 de julio. Al acabar la misa, en presencia de los oficiales bendijo la bandera de Maximiliano.

15 de agosto. En un raptó místico vio lo que había de acontecer en la próxima batalla.

19 de septiembre. Se juntaron los dos ejércitos: el de la Liga y los imperiales.

11 de octubre. Descubre entre unas ruinas la imagen profanada de la Virgen (en el Portal, con san José y los pastores), que será venerada como Nuestra Señora de la Victoria.

8 de noviembre. Batalla victoriosa de la Montaña Blanca.

25 de diciembre. Pasa las Navidades en Múnich como huésped del duque.

**1621** 13 de enero. Parte para Viena, por orden y con instrucciones del papa, con sus dos compañeros.

1 de marzo. Se despide del emperador y va por poco tiempo a Múnich.

3 de abril. Marcha a Estrasburgo con una comisión del emperador.

21 de abril. Llega a Nancy, en la Lorena para una misión diplomática muy delicada confiada por el papa.

6 de junio. Sale de Nancy para Tréveris.

29 de junio. Visita Colonia.

8 de julio. Llega a Lovaina e inmediatamente se desplaza a Bruselas para asistir en sus últimos momentos al archiduque Alberto, que fallece en el día 13.

6 de agosto. Está dispuesto para salir de Bruselas, pero Isabel Clara Eugenia le hace quedar para que Rubens le haga su retrato.

Pasa por Amberes para entrevistarse con la priora y fundadora Ana de San Bartolomé, que había sido secretaria y enfermera de santa Teresa, y asistido a su muerte.

20 de agosto. Llega a París para ver al rey Luis XIII con una misión diplomática encomendada por el sumo pontífice.

15 de septiembre. Parte para Roma, embarcando en Marsella.

2 de octubre. Desembarca en Génova.

9 de diciembre. Llega a Roma tras un viaje que había durado un año y medio.

3 de octubre. Va a besar el pie al papa e informarle de sus gestiones. Aprovecha la ocasión para urgir la canonización de la madre fundadora Teresa de Jesús.

**1622** 12 de marzo. Santa Teresa es canonizada en una misma ceremonia junto con los santos españoles Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Isidro Labrador (patrón de Madrid), y el italiano Felipe Neri.

8 de mayo. La imagen milagrosa de la Montaña Blanca fue trasladada con la máxima solemnidad en procesión desde Santa María Mayor hasta la iglesia carmelita de San Pablo, que a partir de entonces, por voluntad del papa, se llamaría de Santa María de la Victoria.

24 de noviembre. Escribe una carta al emperador que consigue cambiar su primera decisión, y nombrar elector al duque Maximiliano, para asegurar la continuidad del catolicismo en el imperio.



- 1623** Asiste, en Loano, al Capítulo general, y permanece unos meses en Génova, ayudando con su conejo al gobierno de la República.  
 28 *de junio*. Va a besar el pie al pontífice, y darle cuenta de sus gestiones. El papa quiere hacerle cardenal, y Domingo rehúsa.  
 8 *de julio*. Muere Gregorio XV después de haber hecho confesión general con fray Domingo.
- 1625** Año santo en Roma. Domingo se dedicó a confesar e instruir a los peregrinos que llegaban e imponer el escapulario de la Virgen del Carmen. Entre otros, el archiduque Leopoldo vino a confesar con él y recibir de sus manos la comunión; luego se quedó a comer en el convento.
- 1627** 6 de marzo. Asiste al primer Capítulo general de las Escuelas Pías como testimonio de apoyo a su gran amigo José de Calasanz, a quien había ayudado mucho material y espiritualmente.
- 1628** A comienzos de la Cuaresma se trasladó al convento de la Scala para participar en el Capítulo general, pero no pudo asistir a él porque se puso muy enfermo: desahuciado; pero sanaría poco a poco.  
 Ese año cayó un rayo en su celda.  
 Sintiendo que le faltaban las fuerzas, pidió licencia para peregrinar a Asís.  
 Al regresar, dejó fundada una casa de penitencia para mujeres arrepentidas.  
 21 *de septiembre*. Da una nueva regla para la casa de penitencia que había fundado en Roma, ante el riesgo de que le cambiaran su naturaleza.
- 1629** Efectúa mejoras y enriquece el lugar del martirio de san Pedro (San Pietro in Montorio).  
 22 *de octubre*. Sale de Roma, comisionado por el papa, con dos compañeros. Esta vez no le acompaña Pedro de la Madre de Dios por encontrarse enfermo. Estando Domingo muy débil, y enfermo, el papa dispone que se desplace en litera.  
 22 *de noviembre*. Llegan a Viena. Ese día están ausentes los emperadores.  
 24 *de noviembre*. Va a visitarle en su convento la emperatriz.  
 27 *de noviembre*. Va a visitarle el emperador con el heredero, rey de Hungría.  
 6 *de diciembre*. Se traslada a vivir en el palacio ante la insistencia del emperador que quiere tenerle cerca para conferenciar a menudo (y por honrarle de este modo).

**1630** *2 de febrero.* Recibió el viático tras una larga enfermedad y progresiva debilidad.

*4 de febrero.* Recibe la extremaunción. Pide que sea a solas, pero acuden a acompañarle el emperador, la emperatriz, el rey de Hungría, dos cardenales y el provincial de su orden, que actúa de ministro.

*16 de febrero, sábado.* Muere despidiéndose con la mirada de los monarcas y otros señores que asistían.

*17 de febrero, domingo.* Multitud de personas pasaron a rendir homenaje a su cuerpo expuesto en la capilla del palacio imperial.

*19 de febrero.* Es enterrado a la derecha del altar de la capilla de la Virgen en la iglesia de los padres carmelitas de Viena.

**1632** *11 de mayo.* El Ayuntamiento de Calatayud, informado por el emperador de la muerte de tan ilustre bilbilitano, ofreció unas exequias dignas en la parroquia de San Juan de Vallupié, donde había sido bautizado.

El proceso de beatificación y canonización, solicitado ya por el emperador Fernando II y su sucesor, así como por ambas emperatrices, ha recibido nuevo impulso en este mismo año 2023, en que lo han tomado a su cargo los carmelitas descalzos de la provincia de Austria, en cuyo territorio falleció y está enterrado.

## FUENTES

### MADRID - Biblioteca Nacional

Antonio de la CRUZ, *Suma de algunas cosas maravillosas que Dios ha obrado por el padre fray Domingo de Jesús María...* MSS/3163.

Antonio de SAN BARTOLOMÉ, *Libro de la vida y milagros del padre fray Domingo de Jesús María, que por otro nombre se llamaba fray Domingo de Ruzola*, en Antonio de la Cruz, MSS/3163, ff. 157-192v.

Jerónimo de SAN JOSÉ, *Cifra de la vida del Venerable Frai Domingo de Jesús María*. MSS/8473

Nicolás de SAN CIRILO, *Relación de las cosas que yo propio oí al purísimo y candidísimo padre fray Domingo*, en Antonio de la Cruz, MSS/3163, ff. 148r-151v.

Pedro de SANTA TERESA, *Vida, virtudes y obras de Fray Domingo de Jesús María, carmelita descalzo*. MSS/6880.

### ROMA - Archivo de la Postulación General OCD.

RELACIÓN: *Vita o relazione di coscienza del venerabile servo di Dio fra Domenico di Giesu e Maria carmelitano scalzo scritta di suo proprio pugno essendoli stato imposto dall'obediencia*. Copia autenticata. 10 10.

### ROMA - Archivo General OCD

PIETRO: PIETRO DELLA MADRE DI DIO, Angelini, *Vita del M. R. P. Fr. Domenico di Gesù Maria, carmelitano scalzo*. 319a.



## BIBLIOGRAFÍA

AGUSTÍN: AGUSTÍN, Antonio, *Epitome de la vida, virtudes, trabajos, prodigios, ecstasis y revelaciones del venerable padre Fr. Domingo de Iesus Maria (en el siglo Ruzola) general de la sagrada orden de los Padres Carmelitas Descalzos: sacado por la mayor parte, del Libro Latino de esta Historia que escribió ... Iuan Caramuel: con varios prólogos, cartas y appendices*, Juan de Ybar, Zaragoza, 1669.

ANGUIANO, Mateo de (O.F.M. Cap.), *Vida y virtudes del capuchino español, el venerable siervo de Dios fray Francisco de Pamplona ... llamado en el siglo don Tiburcio de Redín...*, Imprenta Real, Madrid, 1704.

ARCINIEGA GARCÍA, Luis, «El templete de San Pietro in Montorio de Bramante: intereses de fundación y reproducción, y algunas paradojas resultantes», en Ximo Company, Borja Franco, Iván Rega, eds., *Bramante en Roma. Roma en España: Un juego de espejos en la temprana Edad Moderna*, Universitat de Lleida, Lleida, 2014, pp. 128-159.

BORRÁS GUALÍS, Gonzalo M., *Guía monumental y artística de Calatayud*, Ministerios de Educación y Ciencia, Madrid, 1975.

CARAMUEL: CARAMUEL LOBKOWITZ, Juan, *Caramuelis Dominicus: hoc est, venerabilis P. Dominici a Jesu-Maria, Parthenii ordinis Carmelit. Excalceat. generalis, virtutes, labores, prodigia, ecstases, et revelationes...*, Viennae in Austria: apud Matthaeum Cosmerovium..., [1655?].

CHALINE [2000]: CHALINE, Olivier, *La bataille de la Montagne Blanche (8 novembre 1620): Un mystique chez les guerriers*, Agnes Vienot, París, 2000.

COS Y EYALAR: COS, Mariano del, y Felipe EYALAR, *Glorias de Calatayud*, Celestino Coma, Calatayud, 2 vols., 1846.

DOMÍN: DOMÍN, Jerónimo, *Elogio del venerable P.F. Domingo de Iesus Maria y Ruzola, General que fue de los Carmelitas Descalzos en la Congregación de Italia ... / por ... Fr. Gerónimo Domin ... de la Orden de nuestra Señora del Carmen de la Obseruancia*. In Genoua: per Giuseppe Pauoni ...), [s.a.]. *Censura del Prior de los Carmelitas fechada en 1630*.

DOMINGO DE JESÚS MARÍA, *Alia argumena psalorum ad utiliore[m] divini officii recitationem*, Alexandre Zannetti, Roma, 1623.

DOMINGO DE JESÚS MARÍA, *Sententiario spirituale, documenti et pratiche affective, nelle tre vie della perfezione christiana: purgativa, illuminativa et unitiva, diviso in tre parti*, Alessandro Zannetti, Roma, 1622, 3 vols.

FERNÁNDEZ MONTAÑA, José, «Tres cartas originales del padre Nieremberg», *El siglo futuro. Diario católico*, 12-XII-1885, p. 1.

FILIPPO DELLA SANTISSIMA TRINITÀ, *Historia carmelitani ordinis*, Lyon, 1656.

FILIPPO DELLA SANTISSIMA TRINITÀ, *Historia venerabilis Dominici a Iesu Maria, Dis-calceatorum Ordinis Beatissimae Mariae a Monte Carmelo Congregationis S. Eliae Praepositi Generalis*, Lyon, 1659.

FILIPPO: FILIPPO DELLA SANTISSIMA TRINITÀ, *Vita del V.P.F Domenico di Giesù Maria, Carmelitano Scalzo, nella quale si descrivono le sue Virtù Eroiche, e le Communicationi Divine*, Scritta in Lingua Latina dal M.R.P.F Filippo, Roma, 1668.

FRANCISCO DE SANTA MARÍA, *Reforma de los Descalços de Nuestra Señora del Carmen de la primitiva observancia, hecha por Santa Teresa de Jesus...*, Diego Díaz de la Carrera, Miguel Francisco Rodríguez, Madrid, 7 vols. 1644-1739.

FUENTE: FUENTE, Vicente de la, *Historia de la siempre augusta y fidelísima ciudad de Calatayud*, Imprenta del Diario, Calatayud, 2 vols., 1880-1881.

GANDÍA [2021]: GANDÍA BARBER, «El culto lícito a los santos y beatos (canon 1187)», *Ius Canonicum* 61 (2021), pp. 245-287.

GIORDANO [1991]: GIORDANO, Silvano, *Domenico di Gesù Maria, Ruzola (1559-1630): Un carmelitano scalzo tra politica e riforma nella Chiesa posttridentina*, Teresianum, Roma, 1991.

GRACIÁN, Jerónimo, *Peregrinación de Anastasio*: véase SEBASTIÁN [2021].

JOANNES A IESU MARIA, *Instructio magistri novitiorum*, Neapoli, 1608.

JOANNES A IESU MARIA, *Instructio novitiorum, Romae*, 1605.

JUAN BOSCO DE JESÚS (San Román), «Precisiones sobre un cuadro desconocido de Zurbarán», *ABC*, 7-I-1965, pp. 36-37).

JUNTA PROVINCIAL DE LA ASOCIACIÓN DE CATÓLICOS EN MADRID, *Vida del venerable padre Fr. Domingo de Jesús María, en el siglo Ruzola: autor y propaganda de la obra llamada concordia espiritual, y noticia de la gran batalla de Praga, ganada contra los protestantes por su mediación*, Alejandro Gómez Fuentenebro, Madrid, 1879.

LEONOR DE LA MISERICORDIA (O.C.D.), *Relación de la vida de la venerable Catalina de Cristo*, edición crítica preparada por Pedro Rodríguez e Ildefonso Adeva, Monte Carmelo, Burgos, 1995.

Martínez García, Francisco, *Ateca, entre 1500 y 1800*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2018.

PALAFox Y MENDOZA, Juan de, *Carta del venerable Palafox y Mendoza, Obispo de la Puebla de los Ángeles, al Sumo Pontífice Inocencio X contra los Jesuitas...*, Imprenta de J. M. de Grau, Barcelona, 1845.

RODRÍGUEZ [1995]: véase LEONOR DE LA MISERICORDIA.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, Mariano, «Un desconocido cuadro de Zurbarán», *ABC*, 5-VII-1964, p. 38.

SEBASTIÁN [2020]: Sebastián Mediavilla, Fidel, *Descalzas de Calatayud a Beirut: fundaciones carmelitas*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 2020.

SEBASTIÁN [2021]: SEBASTIÁN MEDIAVILLA, Fidel, *Jerónimo Gracián. Peregrinación de Anastasio*, edición, introducción y notas de Fidel Sebastián Mediavilla, Publications of e-Humanista, Santa Barbara, 2021.

STEPÁNEK, Pavel, «Montserrat a Praga: l'etapa espanyola al monestir d'Emaus a Praga (1635-1871)», *RACBASJ*, 20 (2006), pp. 51-69.

TERESA DE JESÚS, santa, *Obras completas*, ed. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, BAC, Madrid, 1979.

YNDURÁIN, Francisco, «Para la cronología de la "Historia de Santa Orosia", de Bartolomé Paláu», *Archivo de Filología Aragonesa*, 5 (1953), pp. 166-169.



**COLECCIÓN HISTORIA Y SOCIEDAD**

